

CLIVE CUSSLER

con PAUL KEMPRECOS

CRISIS POLAR

Lectulandia

La NUMA ha conseguido neutralizar a poderosos enemigos de la tierra y el mar. Pero ¿cómo detener un fenómeno que puede causar erupciones volcánicas, terremotos y drásticos cambios climáticos que acabarán con los seres vivos? Este *desplazamiento polar*, según lo descubrió un científico húngaro hace sesenta años, puede ser provocado artificialmente. Y esto bien lo sabe el líder de un movimiento antiglobalización dispuesto a lanzar un escarmiento al mundo entero, sin medir las terribles consecuencias.

Lectulandia

Clive Cussler & Paul Kemprecos

Crisis Polar

Archivos NUMA 06

ePUB r1.3
JeSsE 22.09.13

Título original: *Polar Shift*
Clive Cussler & Paul Kemprecos, 2005
Traducción: Alberto Coscarelli
Ilustraciones: Alicia Sánchez
Retoque de portada: JeSsE

Editor digital: JeSsE
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Prusia oriental, 1944

El Mercedes-Benz 770 W150 Grosser Tourenwagen pesaba más de cuatro toneladas y tenía el blindaje de un Panzer, pero la limusina de siete pasajeros parecía flotar como un fantasma sobre el manto de nieve recién caída, mientras circulaba con los faros apagados a través de los dormidos trigales alumbrados por la luz azul de la luna.

El conductor pisó suavemente el freno cuando el coche se acercó a una granja a oscuras en el fondo de una suave hondonada. El coche avanzó a paso de hombre al edificio de piedra de una sola planta con el sigilo de un gato que caza a un ratón.

El hombre sentado al volante miró pensativamente a través del parabrisas cubierto de escarcha con ojos del color del hielo ártico. La casa parecía estar abandonada, pero no estaba dispuesto a correr riesgos. La carrocería de acero negro había sido pintada apresuradamente con pintura blanca. El burdo camuflaje había conseguido que la limusina resultara prácticamente invisible para los cazas Stormovic que surcaban los cielos como halcones furiosos, pero a duras penas había escapado de las patrullas rusas que surgían de la nieve cual espectros. Las balas habían dejado sus marcas en el blindaje en una docena de lugares.

Así que esperó.

El pasajero acostado en el espacioso asiento trasero había advertido la reducción de la velocidad. Se sentó y parpadeó varias veces para borrar el sueño de los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó en alemán con un claro acento húngaro. Su voz sonó somnolienta.

El conductor le hizo callar con un gesto.

—Algo no...

Una ráfaga de ametralladora destrozó la cristalina quietud de la noche.

El conductor pisó el freno a fondo. El pesado vehículo patinó en la nieve y se detuvo a unos cincuenta metros de la casa. El hombre apagó el motor y recogió la Luger 9 mm. que tenía a su lado. Sus dedos apretaron con fuerza la culata cuando una fornida figura vestida con el uniforme verde oliva y gorro de piel del ejército rojo salió tambaleante por la puerta principal de la granja.

El soldado se sujetaba un brazo y bramaba como un toro herido.

«¡Maldita puta fascista!», gritó varias veces con la voz ronca de rabia y dolor.

El soldado ruso había entrado en la granja solo unos minutos antes. La pareja de granjeros se habían ocultado en un armario, acurrucados debajo de una manta como niños asustados por la oscuridad. Había matado al marido para después volver su atención a la mujer que había escapado a la pequeña cocina. A sabiendas que la mujer no podía huir, se había colgado la ametralladora del hombro, y le había hecho un gesto con la mano para invitarla a acercarse al tiempo que le decía: «*Frau, komm*»,

con su voz más suave, que pretendía ser un tranquilizador preludio a la violación.

El cerebro empapado de vodka del soldado no le avisó que estaba en peligro. La mujer del granjero no había suplicado piedad ni se había echado a llorar como las demás mujeres que él había violado y asesinado. En cambio lo había mirado con los ojos encendidos de furia, y sin vacilar había sacado el cuchillo oculto detrás de la espalda para lanzarle una puñalada a la cara. El había visto el destello del acero en la luz de la luna que entraba por la ventana y había levantado el brazo izquierdo para protegerse el rostro, pero la afilada hoja le había hecho un corte en el antebrazo. El hombre había replicado al ataque con un puñetazo que la derribó. Sin darse por vencida, la mujer había intentado empuñar de nuevo el cuchillo. Dominado por una furia asesina, el ruso la había cortado en dos con las frenéticas descargas de su ametralladora PPS-43.

El soldado salió de la casa para mirarse la herida. El corte no era profundo, y ya casi no le sangraba. Sacó una botella de vodka casero del bolsillo y se la bebió entera. El fortísimo licor que le abrasó la garganta le ayudó a mitigar el terrible dolor en el brazo. Arrojó la botella vacía a la nieve, se secó los labios con el dorso del guante y dio un primer paso para ir a reunirse con sus camaradas. Les diría que había resultado herido mientras se enfrentaba a un grupo de fascistas.

Caminó un par de metros por la nieve y se detuvo cuando escuchó el sonido típico de un motor al enfriarse. Miró a lo que parecía una gran masa gris iluminada por la luna. Una expresión de sospecha apareció en su ancho rostro de campesino. Empuñó la ametralladora y apuntó al objeto indefinido, dispuesto a abrir fuego.

Se encendieron cuatro faros. Se escuchó el rugido del poderoso motor de ocho cilindros y el coche se puso en marcha con tanta potencia que las ruedas traseras derraparon en la nieve. El ruso intentó esquivar el vehículo que se le echaba encima. La punta del pesado parachoques le golpeó en una pierna y lo tumbó a un lado de la carretera.

El automóvil se detuvo unos pocos metros más allá, se abrió la puerta y se bajó el conductor. El hombre alto caminó a través de la nieve, sus pasos acompañados por el suave chasquido de los faldones de su abrigo de cuero negro contra sus muslos. Tenía el rostro alargado y la barbilla puntiaguda.

A pesar de la temperatura bajo cero llevaba al descubierto su muy corto cabello rubio.

Se puso en cuclillas junto al hombre caído.

—¿Estás herido, *tovarich*? —preguntó en ruso.

La voz era profunda y resonante, y el tono imitaba la distante simpatía de un médico.

El soldado gimió. No se podía creer su mala suerte. Primero la perra alemana con el cuchillo, ahora esto. Maldijo con los labios cubiertos de una baba sanguinolenta.

—¡Maldita sea tu madre! ¡Claro que estoy herido!

El hombre alto encendió un cigarrillo y lo colocó entre los labios del ruso.

—¿Hay alguien en la granja?

El soldado dio una larga calada y soltó el humo por la nariz. Se dijo que el desconocido sería uno de los comisarios políticos que infestaban el ejército como piojos.

—Dos fascistas —respondió—. Un hombre y una mujer.

El desconocido entró en la casa y salió al cabo de unos pocos minutos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó mientras se arrodillaba de nuevo junto al soldado.

—Maté al hombre y después a la mujer, que me atacó con un cuchillo.

—Buen trabajo. —El hombre le palmeó el hombro—. ¿Estás solo?

El ruso gruñó como un perro que defiende un hueso.

—No comparto mi botín ni mis mujeres.

—¿Cuál es tu unidad?

—El Undécimo Regimiento de Guardias al mando del general Galitsky —contestó el soldado con un tono de orgullo.

—¿Atacasteis Nemmersdorf en la frontera?

El soldado dejó al descubierto sus dientes podridos.

—Clavamos a los fascistas en las paredes de sus graneros. Hombres, mujeres y niños. Tendrías que haber escuchado a los perros fascistas suplicando piedad.

El hombre alto asintió.

—Bien hecho. Puedo llevarte con tus camaradas. ¿Dónde están?

—Muy cerca. Se preparan para continuar avanzando hacia el oeste.

El hombre alto miró en dirección a una lejana hilera de árboles. El ruido de los enormes tanques T-34 se escuchaba como un incesante tronar más allá del horizonte.

—¿Dónde están los alemanes?

—Los cerdos huyen para salvar la vida. —El soldado le dio otra calada al cigarrillo—. Viva la Madre Rusia.

—Sí. Viva la Madre Rusia. —El hombre alto metió una mano en el interior del abrigo, sacó la Luger y apoyó la boca del cañón en la sien del soldado—. *Aufwiedersehen*, camarada.

Sonó un único disparo. El desconocido guardó la pistola humeante en la funda y regresó al coche. Mientras se sentaba al volante, se escuchó la protesta del pasajero.

—¡Mató a ese soldado a sangre fría!

El hombre de cabellos oscuros aparentaba unos treinta y tantos años, y tenía las facciones de un actor. Un bigotillo adornaba una boca delicada. Pero no había nada delicado en la manera en que sus expresivos ojos grises ardían de rabia.

—Sencillamente ayudé a otro Iván a sacrificarse por la mayor gloria de la Madre Rusia —replicó el conductor en alemán.

—Comprendo que esto es la guerra —manifestó el pasajero, con la voz ahogada por la emoción—. Pero incluso usted debe admitir que los rusos son seres humanos, como nosotros.

—Sí, profesor Kovacs, somos muy parecidos. Hemos cometido unas atrocidades indescriptibles contra su gente, y ahora se están tomando la revancha. —Le describió los horrores de la matanza de Nemmersdorf.

—Lamento el destino de esas personas —declaró Kovacs, en un tono más calmado—. No obstante, el hecho de que los rusos se comporten como animales no justifica que el resto del mundo deba hacer lo mismo.

El conductor exhaló un largo suspiro.

—El frente está al otro lado de aquel cerro. Si quiere ir a discutir sobre las buenas virtudes de la humanidad, adelante. No se lo impediré.

El profesor se encerró en sí mismo como una ostra.

El hombre alto lo miró por el espejo retrovisor y sonrió para sus adentros.

—Una sabia decisión. —Encendió un cigarrillo, con la precaución de agacharse para que no se viese el resplandor de la cerilla—. Permítame que le explique la situación. El ejército rojo ha cruzado la frontera y roto el frente alemán como si fuese de papel. Casi todos los habitantes de esta bella región han abandonado sus hogares y campos. Nuestro valiente ejército intenta oponer resistencia al tiempo que huye. Los rusos tienen una ventaja de diez a uno en hombres y equipos, y están cortando todas las carreteras que van al oeste mientras avanzan a la mayor velocidad posible hacia Berlín. Hay millones de personas que marchan hacia la costa, donde solo se puede escapar por vía marítima.

—Que Dios nos ayude —manifestó el profesor.

—Por lo que parece, él también ha evacuado Prusia oriental. Considérese un hombre afortunado —replicó el conductor alegremente. Puso el coche en movimiento, retrocedió un par de metros para rodear el cadáver del ruso, y después avanzó a marcha lenta—. Es testigo de la historia.

El coche se dirigió hacia el oeste y entró en la tierra de nadie entre los ejércitos soviéticos que abundaban y los alemanes en retirada. El Mercedes volaba por las carreteras entre pueblos y campos desiertos. El paisaje helado parecía algo surrealista, como si lo hubiesen puesto de lado para vaciarlo de toda vida humana. Los viajeros solo se detenían para repostar con los bidones de gasolina que llevaban en el maletero y hacer sus necesidades.

Comenzaron a aparecer las primeras huellas en la nieve. Un poco más tarde, el coche alcanzó la retaguardia de la retirada. Aquello que había pretendido ser una retirada estratégica se había convertido en una fuga en masa de camiones y tanques que se movían pesadamente en medio de una riada de soldados y refugiados.

Los civiles más afortunados viajaban en tractores y carros. Los demás caminaban

con carretillas cargadas con sus posesiones. Muchos escapaban solo con lo puesto.

El Mercedes avanzaba por el arcén sin problemas gracias a las cadenas en los neumáticos. Continuó la marcha hasta que rebasó la cabecera de la columna, y poco antes del alba, el vehículo cubierto de fango y nieve entró en Gdynia como un rinoceronte herido que busca refugio en la espesura.

Los alemanes habían ocupado Gdynia en 1939. Después de desalojar a los cincuenta mil habitantes polacos y rebautizarla con el nombre de Gotenhafen, en memoria a los godos, habían transformado el activo puerto marítimo en una base naval destinada a los submarinos. En los astilleros habían construido sumergibles cuyas tripulaciones se formaban en las aguas cercanas, y después eran enviados a hundir buques aliados en el Atlántico.

El almirante Karl Doenitz había ordenado que se reuniera una variopinta flota en Gdynia para realizar la evacuación. En el puerto había varios de los mejores buques de línea, barcos de carga, pesqueros y yates privados. Doenitz quería rescatar a las tripulaciones de los submarinos y a todo el personal posible para continuar con la lucha. Cuando acabó la evacuación, la flota había transportado al oeste a más de dos millones de personas entre militares y civiles.

El Mercedes cruzó lentamente la ciudad. Un fuerte viento helado que soplaba desde el Báltico convertía los copos de nieve en racimos de agujas de hielo. A pesar de la inclemencia del tiempo, las calles aparecían concurridas como si fuese pleno verano. Los refugiados y los prisioneros de guerra caminaban en medio de la ventisca en una inútil búsqueda de refugio. Los puestos de socorro no daban abasto para atender las largas colas de refugiados hambrientos que esperaban para recibir un trozo de pan o una taza de sopa caliente.

Los camiones atestados con pasajeros y enseres llenaban las angostas calles. Un sinfín de refugiados salían de la estación de ferrocarril para unirse a las multitudes que habían llegado a pie. Abrigados con toda clase de prendas, parecían extrañas criaturas de nieve. A los niños los llevaban en improvisados trineos.

El coche podía alcanzar una velocidad máxima de ciento setenta kilómetros por hora, pero no tardó en verse metido en el terrible atasco. El conductor maldecía al tiempo que hacía sonar la bocina. El pesado parachoques de acero no conseguía apartar a los refugiados. Harto, el conductor detuvo el vehículo, se bajó y abrió la puerta trasera.

—Vamos, profesor —le dijo a su pasajero—. Es hora de dar un paseo.

Sin preocuparse más por el Mercedes abandonado en mitad de la calle, el conductor se abrió paso entre la multitud como si fuese un ariete. Sujetaba con fuerza el brazo del profesor, pedía paso a gritos y no vacilaba en apartar a codazos y con los hombros a todos aquellos que se demoraban.

Finalmente, consiguieron llegar a los muelles donde se habían reunido más de

sesenta mil refugiados que esperaban subir a bordo de alguno de los barcos amarrados o fondeados en la rada.

—Eche una buena ojeada —dijo el conductor, que miraba el terrible espectáculo con una sonrisa severa—. Los eruditos religiosos están todos equivocados. Como se ve claramente, el infierno no es caliente sino frío.

El profesor se convenció de que estaba en manos de un loco. Antes de que pudiese replicar, el conductor lo arrastraba de nuevo. Se abrieron paso entre una multitud de tiendas improvisadas con mantas cubiertas de nieve y eludieron a centenares de caballos y perros hambrientos abandonados por sus dueños. Vehículos de todo tipo abarrotaban los muelles. Largas hileras de camillas llevaban a los soldados heridos transportados desde el frente oriental en trenes ambulancia. Guardias armados custodiaban las pasarelas y apartaban a los pasajeros no autorizados.

El conductor se detuvo delante de la pasarela de un buque de pasajeros. El centinela levantó su fusil para cerrarle el paso. El hombre alto le mostró una hoja de papel escrito con letra gótica. El soldado leyó el documento, se cuadró y señaló a lo largo del muelle.

El profesor no se movió. Miraba atentamente cómo alguien a bordo del barco amarrado lanzaba un paquete a la multitud en el muelle. El lanzamiento se quedó corto y el paquete cayó al agua. Se escuchó el gemido de la multitud.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kovacs.

El soldado apenas se molestó en mirar hacia el barco.

—Los refugiados con un bebé pueden subir a bordo. Lanzan al bebé para que otros lo utilicen como un pase. A veces fallan y el bebé acaba en el agua.

—¡Qué horrible! —exclamó el profesor, estremecido.

El centinela se encogió de hombros.

—Será mejor que se den prisa. En cuanto cese la nevada, los rojos enviarán a sus aviones para que nos bombardeen y ametrallen. Buena suerte. —Levantó el fusil para cortarle el paso al siguiente en la fila.

El documento mágico hizo pasar a Kovacs y el conductor entre dos rudos oficiales de las SS que buscaban hombres aptos para enviarlos al frente. Por fin consiguieron llegar al pie de la pasarela de un transbordador cargado con soldados heridos. El conductor mostró de nuevo el documento al centinela, que les dijo que subieran a bordo sin perder un segundo.

Un hombre vestido con el uniforme del cuerpo médico naval esperó a que el sobrecargado transbordador se apartara del muelle. Había ayudado a subir a bordo a los heridos, pero ahora se escabulló entre la muchedumbre para dirigirse a un desguace marítimo.

Subió a los restos oxidados de un pesquero y bajó la escalerilla para ir a la cocina

bajo cubierta. De uno de los armarios sacó un radiotransmisor a manivela, lo puso en marcha y murmuró en el micrófono unas pocas frases en ruso. Esperó a escuchar la respuesta entre los chasquidos de la estática, guardó la radio, y regresó al muelle.

El transbordador que llevaba a Kovacs y el conductor se había situado a estribor de un buque apartado un centenar de metros del muelle para impedir que los refugiados pudiesen colarse a bordo. Al pasar por delante de la popa, el profesor había alzado la mirada. Pintado en letras góticas en el casco gris aparecía el nombre: *Wilhelm Gustloff*.

Bajaron una pasarela y llevaron a los heridos a bordo. Luego subieron los demás pasajeros. Todos sonreían y murmuraban plegarias de agradecimiento. La patria alemana solo estaba a unos pocos días de navegación.

Ninguno de los felices pasajeros podía saber que acababan de embarcarse en una tumba flotante.

El capitán de tercera clase Sasha Marinesko miró a través del periscopio del submarino S-13, con una expresión ceñuda.

Nada.

Ningún transporte alemán a la vista. La superficie del mar aparecía tan vacía como los bolsillos de un marinero que vuelve de permiso. Ni siquiera un apestoso bote de remos al que disparar. El capitán pensó en los doce torpedos sin usar que llevaba a bordo y su furia creció como una hoguera.

El alto mando naval soviético había dicho que la ofensiva del ejército rojo contra Danzig provocaría una evacuación marítima a gran escala. El S-13 era uno de los tres submarinos que habían recibido la orden de esperar el supuesto éxodo desde Memel, un puerto todavía en manos alemanas.

Cuando Marinesko se enteró de que habían capturado Memel, llamó a una reunión de oficiales. Les comunicó que había decidido poner rumbo a la bahía de Danzig, donde era más probable que se estuviesen reuniendo los convoyes para la evacuación.

Nadie protestó. Los oficiales y la tripulación tenían muy claro que del éxito de la misión dependía de que los recibiesen como héroes o los deportasen a Siberia.

Días antes, el capitán se las había tenido con la policía secreta naval, la NKGB. Había salido de la base sin permiso. El 2 de enero se había ido de putas cuando llegó la orden de Stalin que enviaba a los submarinos al Báltico para atacar a los convoyes. Pero el capitán se pasó tres días en los burdeles y bares del puerto de Turku en Finlandia. Regresó al S-13 un día después del que debía zarpar.

La NKGB lo esperaba. Sospecharon todavía más cuando les dijo que no recordaba nada de sus tres días de borrachera. Marinesko era un capitán experto que había sido distinguido con las órdenes de Lenin y la Estrella Roja. El audaz submarinista se había enfurecido cuando la policía secreta lo acusó de ser un espía y

desertor.

Su comprensivo comandante decidió demorar la celebración de una corte marcial. El plan fracasó cuando los tripulantes ucranianos firmaron una petición en la que pedían que se le permitiese al capitán volver al submarino. El comandante sabía que esta muestra de lealtad podía ser considerada como un posible motín. Por consiguiente y para evitar males mayores, ordenó que el submarino se hiciera a la mar mientras se tomaba una decisión sobre la corte marcial.

Marinesko llegó a la conclusión que si hundía unos cuantos barcos alemanes, él y sus hombres conseguirían librarse de un severo castigo.

Sin comunicarle su plan al cuartel general, ordenó que el S-13 tomase un rumbo que lo alejaba de la zona de patrullaje y hacia el fatal encuentro con el barco de pasajeros alemán.

Friedrich Petersen, el canoso capitán del *Gustloff*, se paseaba por la cámara de oficiales como un león furioso. Se detuvo bruscamente para dirigir una mirada asesina al joven vestido con el impecable uniforme de la división de submarinos.

—Le recuerdo, comandante Zahn, que soy el capitán de este barco y el responsable de llevar a esta nave y a todos los que se encuentran a bordo a un lugar seguro.

El comandante Wilhelm Zahn tuvo que apelar a su disciplina de hierro para controlarse, y bajó una mano para rascar detrás de la oreja a *Hassan*, su gran perro alsaciano.

—Si me lo permite, yo le recuerdo, capitán, que el *Gustloff* ha estado a mi mando como barco nodriza desde 1942. Soy el oficial de mayor graduación a bordo. Además, se olvida de su juramento de no volver a comandar un barco en navegación.

Petersen había aceptado el compromiso que era una de las condiciones establecidas para su repatriación después de haber sido capturado por los británicos. El juramento no era más que una formalidad porque los británicos creían que ya no tenía edad para estar en el servicio activo. A los sesenta y siete años, sabía que su carrera se había acabado independientemente del resultado final de la guerra. Era el *Leigerkapitán*, el «capitán dormido», del *Gustloff*. Pero le consolaba saber que el joven comandante había sido retirado del servicio activo tras haber fallado en el hundimiento del crucero británico *Nelson*.

—En cualquier caso, capitán, con usted al mando el *Gustloff*, ha salido del muelle. Una escuela y cuartel flotante amarrado dista mucho de ser un barco navegando. Tengo un gran respeto al servicio de submarinos, pero no puede negar que soy el único capacitado para llevar el barco al mar.

Petersen había comandado el barco en una ocasión, en un viaje antes de la guerra, y nunca le hubiesen permitido llevar el timón del *Gustloff* en circunstancias normales. Zahn se enfureció al pensar que estaría a las órdenes de un civil. Los submarinistas

alemanes se consideraban ellos mismos como un grupo de élite.

—Así y todo, sigo siendo el oficial de mayor rango a bordo. No sé si lo habrá advertido pero tenemos baterías antiaéreas montadas en cubierta —replicó Zahn—. Técnicamente esta es una nave de combate.

El capitán le respondió con una sonrisa indulgente.

—Una nave de combate muy curiosa. Quizá ha advertido que llevamos miles de refugiados, una misión mucho más adecuada para un transporte de la marina mercante.

—Ha olvidado mencionar a los mil quinientos submarinistas que deben ser evacuados para que puedan defender a su patria.

—Estoy más que dispuesto a acceder a sus deseos si puede mostrarme una orden escrita para que lo haga. —Petersen sabía perfectamente que, con el caos de la evacuación, nadie tenía tiempo para escribir las órdenes.

El rostro de Zahn adquirió el color de la remolacha. Su oposición iba más allá de la animosidad personal. Tenía serias dudas sobre la capacidad de Petersen para dirigir el barco con la tripulación inexperta y políglota bajo su mando. Quería tratar de imbecil al capitán, pero de nuevo se impuso su estricta disciplina. Se volvió hacia los demás oficiales que habían sido mudos testigos de la agria discusión.

—Este no será uno de los cruceros de «Fuerza a través de la alegría» —manifestó Zahn—. Todos nosotros, los oficiales navales y mercantes, tenemos por delante un dura tarea y una gran responsabilidad. Nuestro deber es atender al máximo a los refugiados, y espero que la tripulación haga todos los esfuerzos posibles para conseguirlo.

Chocó los tacones, saludó a Petersen, y luego salió de la cámara de oficiales seguido por su fiel alsaciano.

El guardia en lo alto de la pasarela echó una ojeada al documento del hombre alto y se lo pasó al oficial que supervisaba el embarque de los heridos.

El oficial se tomó su tiempo para leer la carta, y después comentó:

—*Herr Koch* parece tenerle en gran estima.

Erich Koch era el despiadado *Gauleiter* que se había negado a evacuar Prusia oriental mientras preparaba su propia fuga en un barco cargado con tesoros robados.

—Me gusta creer que me he ganado su respeto.

El oficial llamó a un sobrecargo y le explicó la situación. El sobrecargo se encogió de hombros y guió a la pareja a través de la abarrotada cubierta, y después bajaron tres niveles. Abrió la puerta de un camarote con dos literas y un lavabo. El camarote era demasiado pequeño como para que entrasen los tres al mismo tiempo.

—No es precisamente el camarote del *Führer* —comentó el sobrecargo—. Pero tienen suerte de tenerlo. El baño está en el pasillo, cuatro puertas más allá.

El hombre alto echó una ojeada al camarote.

—Nos bastará. Ahora, a ver si nos puede conseguir algo de comer.

Un rubor cubrió las mejillas del sobrecargo. Estaba harto de recibir órdenes de los personajes que viajaban con una relativa comodidad mientras los demás mortales tenían que sufrir. Pero algo en los fríos ojos azules del hombre alto le advirtió que más le valía no discutir. Regresó al cabo de un cuarto de hora con dos boles de sopa de verduras caliente y unas rebanadas de pan duro.

Los dos hombres devoraron su comida en silencio. El profesor terminó primero y dejó el bol a un lado. Tenía los ojos nublados por el cansancio, pero su mente seguía muy alerta.

—¿Qué es este barco? —preguntó.

El hombre alto rebañó el fondo del bol con el último trozo de pan, y encendió un cigarrillo.

—Bienvenido a bordo del *Wilhelm Gustloff*, el orgullo del programa «Fuerza a través de la alegría».

El programa formaba parte de la campaña de propaganda nazi para demostrarles a los trabajadores alemanes los beneficios del nacionalsocialismo. Kovacs miró en derredor.

—No veo mucha fuerza ni alegría —señaló.

—Sin embargo, algún día el *Gustloff* volverá a transportar a los felices trabajadores alemanes y a los fieles del partido a la soleada Italia.

—No veo la hora de que así sea. No me ha dicho adónde vamos.

—Lo más lejos posible del ejército rojo. Su trabajo es demasiado importante como para que caiga en manos de los rusos. El *Reich* lo cuidará muy bien.

—Por lo que se ve el *Reich* tiene ya bastantes problemas con cuidar de su propia gente.

—No es más que un retraso temporal. Su bienestar es mi máxima prioridad.

—No me preocupa mi bienestar. —Kovacs llevaba meses sin ver a su esposa y a su hijo pequeño.

Solo sus cartas habían mantenido vivas sus esperanzas.

—¿Su familia? —El hombre alto lo observó con una mirada firme—. No se preocupe. Esto se acabará muy pronto. Le sugiero que duerma. No, es una orden.

Se acostó en una de las literas, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, y cerró los ojos. Kovacs no se llevó a engaño. Su compañero casi nunca dormía y se despertaba en el acto a la más mínima provocación.

El profesor observó el rostro del hombre. No llegaba a la treintena, aunque parecía mayor. Tenía el cráneo alargado y el perfil fuerte que aparecía en los carteles de propaganda como el ideal ario.

Kovacs se estremeció al recordar cómo había matado a sangre fría al soldado ruso. Aún no había acabado de asimilar todo lo sucedido en los últimos días. El

hombre alto se había presentado en el laboratorio en plena nevada con un documento que autorizaba la partida del doctor Kovacs. Le había dicho que se llamaba Karl y le pidió que recogiese sus pertenencias. Después habían emprendido la desesperada fuga por la región helada, y en varias ocasiones habían estado a punto de caer en manos de las patrullas rusas. Ahora sin saber cómo había acabado en este barco.

La comida le había dado sueño. Se le cerraron los ojos, y se quedó profundamente dormido.

Mientras el profesor dormía, un pelotón de la policía militar recorrió el barco en busca de desertores. El *Gustloff* recibió la orden de partida, y un práctico subió a bordo. Alrededor de la una de la tarde, soltaron las amarras, y cuatro remolcadores comenzaron a apartarlo del muelle.

Una flotilla de embarcaciones menores, la mayoría cargadas con mujeres y niños, le cerraron el paso. El barco paró máquinas y recogió a los refugiados. El *Gustloff* tenía capacidad para mil cuatrocientos sesenta y cinco pasajeros y una tripulación de cuatrocientos. En este viaje, el viejo crucero llevaba ocho mil pasajeros.

El barco salió a mar abierto y fondeó a última hora de la tarde en el punto de encuentro con otro crucero, el *Hansa*, y sus escoltas. El *Hansa* sufrió una avería que le impidió presentarse a la cita. El Mando Naval, preocupado por el peligro que representaba para el *Gustloff* permanecer fondeado, ordenó que hiciese la travesía en solitario.

El crucero surcó las heladas aguas del Báltico, azotado por un fuerte viento del noroeste. El granizo repiqueteaba contra las ventanas del puente donde el comandante Zahn se consumía de furia mientras miraba a las dos escoltas que habían enviado para proteger al *Gustloff*.

La nave había sido construida para climas y mares más cálidos, pero, con un poco de suerte, sobreviviría al mal tiempo. En cambio, no sobreviviría a la estupidez. El Mando Naval había enviado al crucero a una travesía plagada de peligros con la pobre escolta de un viejo torpedero llamado *Lowe*, y un *Ti9*, otra antigualla que se utilizaba para la recuperación de torpedos. Cuando Zahn ya creía que la situación no podía empeorar, el *Ti9* comunicó que tenía una fuga de aceite y que regresaba a la base.

Zahn se volvió hacia el capitán Petersen y los demás oficiales que se encontraban en el puente.

—A la vista de que solo contamos con un escolta, propongo que naveguemos en zigzag a la máxima velocidad.

El capitán sonrió despectivamente.

—Imposible. El *Wilhelm Gustloff* es un crucero de veinticuatro mil toneladas. No podemos navegar zigzagueando como un marinero borracho.

—Entonces tendremos que aprovechar nuestra velocidad para alejarnos de

cualquier submarino. Lo lógico sería seguir la ruta directa a toda máquina.

—Conozco este barco. Incluso sin tomar en cuenta otras posibles averías, no se puede mantener una velocidad de dieciséis nudos sin que se fundan los cojinetes —replicó Petersen.

Zahn vio las venas hinchadas en el cuello del capitán. Miró a través de las ventanas del puente al viejo torpedero que marcaba el camino.

—En ese caso —declaró con una voz de ultratumba—, que Dios se apiade de nosotros.

—Profesor, despierte. —La voz sonó imperativa, urgente.

Kovacs abrió los ojos y vio a Karl inclinado sobre él. Se sentó en la litera y se frotó las mejillas para despejarse.

—¿Qué pasa?

—He hablado con algunos de los tripulantes. ¡Dios, qué desastre! Hay dos capitanes y no dejan de discutir. No hay botes salvavidas para todos. Las máquinas apenas si consiguen mantener la velocidad de crucero. El Mando Naval ordenó que el barco se hiciese a la mar con la única escolta de un torpedero que ya era un cascajo en la primera guerra. Para colmo, los idiotas en el puente de mando no han ordenado que apaguen las luces de navegación.

Kovacs vio por primera vez una expresión de alarma en el rostro de su compañero.

—¿Cuántas horas he dormido?

—Es de noche y navegamos por mar abierto. —Karl le entregó un salvavidas azul oscuro y se puso el suyo.

—¿Ahora qué haremos?

—Quédese aquí. Quiero ver qué pasa con los botes salvavidas. —Le arrojó un paquete de cigarrillos—. Invita la casa.

—No fumo.

Karl se detuvo un momento en la puerta.

—Quizá ya es hora de que comience —dijo, y se marchó.

Kovacs sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió. Había dejado de fumar el mismo día de su casamiento. Tosió cuando el humo le llenó los pulmones, y se mareó un poco, pero recordó con delicioso placer los inocentes excesos de sus días de estudiante.

Se acabó el cigarrillo, pensó en encender otro pero desistió. Llevaba días sin ducharse, y le picaba todo el cuerpo. Se lavó la cara en el lavabo y se secaba las manos con la toalla raída cuando llamaron a la puerta.

—¿Profesor Kovacs? —preguntó una voz ahogada.

—Sí.

Se abrió la puerta, y el profesor soltó una exclamación.

Tenía delante lo que debía de ser la mujer más fea del mundo. Medía más de un metro ochenta de estatura, con unos hombros enormes que amenazaban con reventar las costuras del abrigo de piel negra. Se había pintado los labios con tal cantidad de brillante carmín rojo que parecía un payaso.

—Perdone mi aspecto —dijo la mujer con una inconfundible voz masculina—. No ha sido cosa fácil subir a bordo de este barco. Tuve que apelar a este ridículo disfraz, y repartir unas cuantas propinas.

—¿Quién es usted?

—Eso no tiene importancia. Lo importante es su nombre. Usted es el doctor Lazlo Kovacs, el genio germano-húngaro de la electricidad.

El profesor se puso alerta.

—Soy Lazlo Kovacs y me tengo por húngaro.

—¡Perfecto! Usted es el autor de un trabajo sobre electromagnetismo que conmocionó al mundo científico.

Las antenas de Kovacs temblaron. El trabajo había sido publicado en una poco conocida revista científica y la consecuencia había sido que llamó la atención de los alemanes, que no habían vacilado en secuestrarlo a él y su familia. Permaneció en silencio.

—No importa —añadió el hombre muy contento, y la sonrisa de payaso se hizo más grande—. Veo que he encontrado al hombre que busco. —Metió la mano debajo del abrigo de piel y sacó una pistola—. Lamento ser descortés, doctor Kovacs, pero mucho me temo que tendré que matarlo.

—¿Matarme? ¿Por qué? Ni siquiera lo conozco.

—Pero yo lo conozco, o mejor dicho, lo conocen mis superiores de la NKGB. En el mismo momento en que las gloriosas tropas del ejército rojo cruzaron la frontera, enviamos a un destacamento especial para rescatarlo, pero usted ya había abandonado el laboratorio.

—¿Usted es ruso?

—Por supuesto. Nos hubiese encantado encontrarlo antes y que trabajase para nosotros. De haberlo podido interceptar antes de subir a este barco, ahora estaría disfrutando de la hospitalidad soviética. Pero ahora no puedo sacarlo de aquí, y no podemos permitir que usted y su trabajo caigan de nuevo en manos de los alemanes. No, no, eso no se puede tolerar. —Se esfumó la sonrisa.

Tal era el asombro de Kovacs que no tuvo miedo, ni siquiera cuando la pistola le apuntó al corazón.

Marinesko apenas si daba crédito a su buena fortuna. Llevaba horas en la torreta del S-13, sin hacer caso del viento polar y la espuma que le salpicaba el rostro, cuando amainó la nevada y vio la enorme silueta de un transatlántico precedido por una embarcación más pequeña.

El submarino navegaba en la superficie a pesar de la mar gruesa. La tripulación estaba en los puestos de combate desde el momento en que habían avistado las luces de unos barcos que navegaban cerca de la costa. El capitán había ordenado que redujesen la flotabilidad del submarino para que solo emergiera la torreta y situarse fuera de la detección de los radares.

Decidió que los barcos nunca esperarían un ataque desde la costa, y en consecuencia ordenó que el submarino pasase por detrás del convoy y seguir un curso paralelo al transatlántico y la escolta. Dos horas más tarde, el S-13 viró hacia su principal objetivo. Marinesko ordenó disparar cuando se encontraban muy cerca de la banda de babor de la nave.

Tres torpedos salieron de los tubos de proa en rápida sucesión para dirigirse al desprotegido casco del transatlántico.

Se abrió la puerta, y Karl entró en el camarote. Había permanecido unos instantes en el pasillo, atento al murmullo de voces masculinas en el interior. Se sintió desconcertado al ver a una mujer que le daba la espalda. Miró a Kovacs, que aún tenía la toalla en las manos, y vio el miedo reflejado en el rostro del profesor.

El ruso notó la ráfaga de aire helado al abrirse la puerta. Se giró y disparó sin apuntar. Karl se le adelantó por una milésima de segundo. Agachó la cabeza y arremetió contra el estómago del pistolero con la fuerza de una excavadora.

El golpe tendría que haberle roto las costillas al asesino, pero el grueso abrigo de piel y el corsé que llevaban eran como una armadura. El topetazo solo consiguió dejarle sin aire. Chocó contra una de las literas y cayó de lado. Se le desprendió la peluca y quedó a la vista el pelo negro corto. Consiguió hacer un segundo disparo que rozó el hombro derecho de Karl junto al cuello.

Karl se le echó encima, y le buscó la garganta con la mano izquierda. La sangre de la herida los manchó a los dos. El ruso levantó una pierna y descargó un puntapié contra el pecho de Karl, que tropezó y cayó de espaldas.

Kovacs cogió el cuenco de sopa del lavabo y lo arrojó contra el rostro del pistolero. El cuenco rebotó en la mejilla del ruso, que se echó a reír.

—Usted será el próximo. —Apuntó a Karl.

¡*Bum!*

La sorda explosión hizo temblar los mamparos. La cubierta se inclinó bruscamente hacia estribor. Kovacs cayó de rodillas. Los tacones altos de las botas que calzaba el asesino le hicieron perder el equilibrio. Cayó sobre Karl, que le sujetó la muñeca de la mano que llevaba el arma, la acercó a la boca y le hundió los dientes en el cartílago y el músculo. La pistola cayó al suelo.

¡*Bum!* ¡*Bum!*

El barco se sacudió de proa a popa con las dos nuevas explosiones. El asesino intentó levantarse, pero de nuevo perdió el equilibrio cuando la nave escoró a babor.

Intentó mantenerse erguido, y Karl aprovechó para darle un feroz puntapié en el tobillo. El ruso soltó un grito muy poco femenino y se desplomó. Su cabeza golpeó contra la base metálica de la litera.

Karl se sujetó a la tubería del lavabo y hundió el tacón claveteado de la bota en la garganta del ruso para aplastarle la laringe. El hombre intentó inútilmente apartarle la pierna, se le hincharon los ojos, el rostro adquirió un tono rojo oscuro, después púrpura, y luego exhaló su último suspiro.

Karl se irguió, tambaleante.

—Tenemos que salir de aquí. Han torpedeado el barco.

Sacó a Kovacs del camarote. En el pasillo reinaba el caos. Los alaridos y gritos de los aterrados pasajeros resonaban en los mamparos. El estruendoso sonido de las campanas de alarma contribuía a la confusión. Se habían encendido las luces de emergencia, pero el humo provocado por las explosiones dificultaba la visión.

La escalerilla principal estaba abarrotada a tal extremo que nadie se movía. Había muchos que vomitaban como consecuencia del humo aceitoso que se les colaba en las gargantas.

La muchedumbre intentaba abrirse paso entre el torrente de agua que caía por el hueco de la escalerilla. Karl abrió una puerta de acero, arrastró a Kovacs a un espacio oscuro y cerró la puerta sin perder ni un segundo. El profesor sintió cómo le guiaba la mano hasta el peldaño de una escalerilla.

—Suba —le ordenó Karl.

Kovacs obedeció sin rechistar y subió hasta que su cabeza chocó contra una escotilla. Karl le gritó que la abriera y continuase subiendo. Después de subir el segundo tramo, Kovacs abrió otra escotilla. El aire helado y los copos de nieve arrastrados por el viento le azotaron el rostro. Salió por la escotilla, y luego ayudó a Karl. Kovacs miró en derredor con una expresión de asombro.

—¿Dónde estamos?

—En la cubierta de primera clase. Por aquí.

En la cubierta helada reinaba un siniestro silencio, comparado con el horror de la tercera clase. Las pocas personas a la vista eran los privilegiados de los camarotes de primera clase. Algunos se habían reunido alrededor de una chalupa, una resistente embarcación de motor utilizada en los paseos por los fiordos noruegos. Los tripulantes provistos con martillos y hachas golpeaban los pescantes para quitarles el hielo.

En cuanto consiguieron aflojar los pescantes, los tripulantes apartaron a las mujeres, algunas de ellas embarazadas, y saltaron a bordo de la chalupa. Los niños y los soldados heridos no tuvieron ninguna oportunidad. Karl desenfundó la pistola y efectuó un disparo al aire. Los marineros vacilaron, pero solo por un segundo, antes de continuar la brega por embarcarse. Karl disparó de nuevo, esta vez contra el

primer tripulante que había subido a la embarcación. Los demás escaparon.

Karl hizo subir a una mujer y su bebé, y después ayudó a Kovacs antes de embarcar él. Permitió que un puñado de marineros subieran a bordo para que se ocupasen de lanzar al agua al tripulante muerto y arriar la chalupa. Soltaron las amarras y pusieron el motor en marcha.

La embarcación cargada hasta los topes cabeceó mientras navegaba lentamente hacia las luces de un carguero que acudía en auxilio de los náufragos. Karl ordenó que detuviesen la chalupa para recoger a las personas que flotaban en el agua. El exceso de carga amenazaba con hundir la chalupa. Uno de los marineros gritó a voz en cuello:

—¡No hay más lugar!

Karl le disparó entre los ojos.

—Ahora sí —dijo, y le ordenó a los tripulantes que arrojasen el cuerpo por la borda.

Sofocado el intento de motín, se apretó contra Kovacs.

—¿Está bien, profesor?

—Sí. —Kovacs lo miró—. Es usted un hombre sorprendente.

—Intento serlo. Nunca dejes que tus enemigos sepan lo que pueden esperar.

—No hablo de eso. Vi cómo ayudaba a las mujeres y heridos. Acunó a aquel bebé como si fuese suyo.

—Las cosas no son siempre lo que parecen, amigo mío. —Metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y sacó un paquete envuelto en una bolsa impermeable—. Tome estos documentos. Usted ya no es Lazlo Kovacs, sino un ciudadano alemán que vivía en Hungría. Solo tiene un ligero acento y no tardará en perderlo. Quiero que se pierda entre la multitud. Conviértase en otro refugiado. Vaya hacia las líneas británicas y norteamericanas.

—¿Quién es usted?

—Un amigo.

—¿Por qué debo creerle?

—Como le dije, las cosas no son siempre lo que parecen. Soy parte de un círculo que lleva luchando contra las bestias nazis desde mucho antes que los rusos.

Los ojos del profesor se iluminaron.

—¿El *Kreisau Circle*? —Había escuchado rumores de la existencia del grupo de resistencia clandestina.

Karl se llevó un dedo a los labios.

—Todavía nos encontramos en territorio enemigo —replicó en voz baja.

Kovacs le sujetó el brazo.

—¿Puede salvar a mi familia?

—Me temo que ya es tarde para eso. Su familia no existe.

—Pero las cartas...

—No eran más que falsificaciones para que no se desanimara y continuase con su trabajo.

Kovacs miró a la distancia con una expresión estupefacta.

Karl sujetó al profesor por la solapa y le susurró al oído:

—Debe olvidar su trabajo por su propio bien y el de toda la humanidad. No podemos arriesgarnos a que caiga en las manos equivocadas.

El profesor asintió, aturdido. La chalupa golpeó contra el casco del carguero. Bajaron una escalerilla. Karl le ordenó a los marineros que fueran a recoger a más náufragos. Desde la cubierta del barco, Kovacs observó la marcha de la chalupa. Karl le dirigió un último saludo antes de desaparecer en la cortina de nieve.

Kovacs vio a lo lejos las luces del transatlántico, escorado sobre babor, con la chimenea paralela al mar. Las calderas estallaron cuando la nave se hundió bajo la superficie una hora después de ser torpedeado. En ese tiempo, se perdieron cinco veces más vidas a bordo del *Gustloff* que en el *Titanic*.

Capítulo 1

El océano Atlántico. El presente

A todos aquellos que veían al *Southern Belle* por primera vez se les podía perdonar que se preguntasen si la persona que había bautizado al enorme barco de carga poseía un siniestro sentido del humor o si sencillamente era corto de vista. A pesar del nombre que recordaba a una de aquellas mujeres de perturbadora belleza de antes de la guerra de Secesión, el *Belle* era, simple y llanamente, un monstruo de metal sin nada que insinuase una pulcritud femenina.

El *Southern Belle* pertenecía a la nueva generación de supercargueros construidos en los astilleros norteamericanos después de muchos años durante los cuales Estados Unidos se había dejado pillar la delantera por los astilleros de otras naciones. Había sido diseñado en San Diego y construido en Biloxi. Con una eslora de doscientos treinta y cinco metros, era más largo que dos campos de fútbol unidos, y tenía espacio suficiente para cargar mil quinientos contenedores.

El gigantesco barco era controlado de la imponente superestructura en la cubierta de popa. Con una anchura de treinta y cuatro metros y seis pisos de altura, parecía un edificio de apartamentos, y albergaba los camarotes de los oficiales y la tripulación, los comedores, un hospital y consultorios, despachos y salas de conferencias.

En el puente de mando, situado en el máximo nivel de la superestructura, las hileras de pantallas de veintiséis pulgadas hacían que pareciera un casino de Las Vegas. El amplio centro de operaciones reflejaba la nueva era en el diseño naval. Los ordenadores controlaban todos los aspectos de los sistemas y funciones integradas.

Pero los viejos hábitos se resisten a morir. El capitán del barco, Pierre «Pete» Beaumont, observaba el horizonte a través de los prismáticos, pues seguía confiando más en sus ojos que en toda la sofisticada maquinaria electrónica a su disposición.

Desde su ventajosa posición en el puente, Beaumont tenía una visión panorámica de la tempestad que azotaba a su barco. El viento huracanado levantaba olas grandes como casas. Las olas rompían por encima de la proa y bañaban casi hasta la mitad las hileras de contenedores amarrados en cubierta.

El nivel de violencia extrema que rodeaba al barco hubiese hecho que otras embarcaciones menores corrieran a buscar refugio y que sus capitanes pasasen un mal rato. Pero Beaumont se comportaba como si estuviese a bordo de una góndola en el Gran Canal.

Le gustaban las tormentas. Disfrutaba con el toma y daca entre su barco y los elementos. Ver la manera como el *Belle* se abría paso en el mar embravecido en una impresionante exhibición de potencia le provocaba una emoción casi sensual.

Beaumont era el primero y único capitán de la nave. Había seguido la construcción del *Belle* desde el principio y conocía hasta la última tuerca. El barco

había sido diseñado para el servicio regular entre Estados Unidos y Europa, por una ruta que lo llevaba a través del océano más caprichoso del mundo. Tenía la más absoluta confianza en que la tempestad estaba bien dentro de los límites que soportaba la nave.

En Nueva Orleans habían cargado caucho sintético, lana, plásticos y maquinaria, y después habían navegado alrededor de Florida hasta un punto en mitad de la costa atlántica, para poner rumbo directo a Rotterdam.

El servicio meteorológico había acertado de pleno con el pronóstico. Habían anunciado vientos muy fuertes que darían paso a una borrasca atlántica. La tormenta los había pillado a unas doscientas millas de la costa. Beaumont permaneció tranquilo, incluso cuando los vientos ganaron en intensidad. El barco había aguantado temporales peores.

Observaba el horizonte cuando se tensó bruscamente y pareció apoyarse en los prismáticos. Los bajó por un instante, se los llevó de nuevo a los ojos y masculló una maldición. Se volvió hacia el primer oficial.

—Mira en aquel sector. Alrededor de las dos. Dime si ves algo fuera de lo normal.

El oficial era Bobby Joe Butler, un joven con talento oriundo de Natchez. Butler no ocultaba su ambición de comandar algún día un barco como el *Belle*, quizá incluso el propio *Belle*. De acuerdo con la indicación del capitán, Butler enfocó los prismáticos en un sector a unos treinta grados a estribor.

Solo vio el agua gris y alborotada que se perdía en la bruma del horizonte. Entonces, más o menos a una milla del barco, avistó una línea blanca de espuma que era por lo menos el doble de la altura del mar en el fondo. Incluso mientras miraba, la ola creció rápidamente en altura como si obtuviese potencia de las otras olas.

—Parece que se nos viene encima una muy grande —comentó Butler, con su deje del Mississippi.

El primer oficial miró de nuevo a través de los prismáticos.

—Las olas hasta el momento tenían unos diez metros. Esa parece doblarlas. ¡Caray! ¿Has visto alguna vez una tan enorme?

—Nunca —respondió el capitán—. Ni una sola vez en mi vida.

El capitán sabía que su barco podría resistir el embate si se colocaba de proa para disminuir el área de impacto. Le ordenó al timonel que programara al piloto automático para enfrentarse a la ola y mantener el rumbo firme. Luego cogió el micrófono y apretó un interruptor que conectaba al puente con el sistema de megafonía.

—Atención a todos los tripulantes. Les habla el capitán. Una ola gigante está a punto de golpear al barco. Busquen una posición segura lejos de cualquier cosa suelta y sujétense bien. El impacto será severo. Repito. El impacto será severo.

Como una medida de precaución, le ordenó al oficial de comunicaciones que transmitiese un SOS. El barco siempre podría anular la llamada, si era necesario.

La ola verdiblanca se encontraba ahora a una distancia de media milla.

—Mira eso —le dijo Butler. Unos brillantes destellos iluminaban el cielo—. ¿Relámpagos?

—Quizá —respondió Beaumont—. ¡Me preocupa más esa maldita ola!

El perfil de la ola no se parecía en nada a lo que conocía el capitán. A diferencia de las olas normales, que tenían la cresta curvada, esta era absolutamente vertical, como una pared en movimiento.

Beaumont tuvo la extraña sensación de estar viéndolo todo desde un punto exterior a su cuerpo. Una parte observaba a la ola de una manera desinteresada, científica, fascinado por el tamaño y la potencia, mientras que la otra lo contemplaba todo con un asombro impotente ante aquel inmenso y amenazador poder.

—Sigue creciendo —anunció Butler, asombrado.

El capitán asintió. La ola había alcanzado una altura de treinta metros, casi tres veces más de cuando la había visto por primera vez. Su rostro adquirió un tono ceniciento. Comenzaron a aparecer grietas en su confianza a prueba de bombas. Un barco del tamaño del *Belle* no podía girar en un periquete, y aún estaba atravesado cuando la gigantesca ola se encabritó como un ser vivo.

Se había preparado para soportar el choque pero se sintió perdido cuando una brecha lo bastante grande como para engullirse el barco se abrió en el océano delante de la ola.

Beaumont miró en el abismo que había aparecido mágicamente delante de sus ojos. Es como el fin del mundo, pensó.

El barco se metió en la brecha, se deslizó por la pendiente y hundió la proa en el océano. El capitán cayó contra el mamparo delantero.

En lugar de golpearlo, la ola se desplomó sobre el barco, y lo sumergió debajo de miles de toneladas de agua.

Las ventanas del puente implosionaron con la presión, y pareció como si todo el océano Atlántico hubiese entrado en la sala. El agua golpeó al capitán y a todos los demás con la fuerza de un centenar de mangueras de incendio. El puente se convirtió en un enredo de brazos y piernas. Los libros, los lápices y los cojines volaron por doquier.

Parte del agua se vació por las ventanas rotas, y Beaumont consiguió llegar hasta los controles. Todas las pantallas habían dejado de funcionar. Tampoco funcionaban el radar, las brújulas giroscópicas y la radio, pero, lo más grave, era la pérdida de energía. Todo los instrumentos habían sufrido un cortocircuito. No podían gobernar el barco.

El capitán se acercó a una ventana para evaluar los daños. La popa aparecía

destrozada, y el barco escoraba. Dedujo que había una o varias vías de agua en el casco. No quedaba ni un solo bote salvavidas en los pescantes. La nave se movía como un hipopótamo borracho.

La enorme ola parecía haber agitado el mar en derredor como un demagogo que inflama a la masa. Las olas barrían la cubierta de proa. Para colmo, con las máquinas paradas, el barco se había colocado transversal al oleaje, y derivaba en la peor posición posible.

Tras haber sobrevivido a la ola, el barco yacía con la banda expuesta, en peligro de ser «agujereado», como se decía en la jerga marinera.

Beaumont intentó mantener una actitud positiva. El *Southern Belle* podía salvarse incluso con unos cuantos compartimientos inundados. Alguien habría captado el SOS. El barco podía flotar durante días, si era necesario, hasta que llegase la ayuda.

—Capitán. —El primer oficial interrumpió los pensamientos de su superior.

Butler miraba a través de la ventana rota. Su mirada incrédula estaba fija en un punto. El capitán miró hacia donde apuntaba el dedo del joven, y el miedo lo hizo estremecer de pies a cabeza.

Otra línea horizontal de espuma comenzaba a formarse a una distancia de menos de un cuarto de milla.

El primer avión apareció al cabo de dos horas. Comenzó a volar en círculos y muy pronto se sumaron varios más. Después llegaron los barcos de rescate, desviados de las rutas marítimas. Los barcos formaron una hilera separados por una distancia de tres millas y rastrearon el mar como un partida que busca a un niño perdido en un bosque. Tras varios días de búsqueda, no encontraron nada.

El *Southern Belle*, uno de los barcos de carga que era la última palabra en tecnología y diseño, sencillamente se había esfumado sin dejar rastro.

Capítulo 2

Seattle, Washington

El aguzado kayak volaba a través de la superficie azul zafiro de Puget Sound como si hubiese sido disparado por un arco. El hombre de anchos hombros que lo guiaba parecía ser una misma pieza con la embarcación de madera. Hundía los remos en el agua con un movimiento grácil y fluido, concentrado en transmitir el poder de sus nervudos brazos en las paladas que mantenían al kayak moviéndose a una velocidad constante.

El sudor brillaba en las facciones curtidas del remero. La mirada penetrante de sus ojos azul claro, el mismo color del coral debajo del agua, observaba la amplia extensión de la bahía, las islas de San Juan envueltas por la bruma y, a lo lejos, los picos nevados de las montañas Olympic. Kurt Austin llenó a fondo los pulmones con el aire salado y abrió los labios en una amplia sonrisa. Era formidable estar en casa.

Las tareas de Austin como director del Equipo de Misiones Espaciales de la National Underwater and Marine Agency lo llevaban constantemente a los rincones más apartados del mundo. Pero su primer contacto con el mar había sido en las aguas frente a Seattle, donde había nacido. Puget Sound era para él como el patio de su casa. Había navegado en la bahía casi desde el día que había comenzado a caminar, y había corrido en veleros desde que tenía diez años. Su gran amor eran los barcos de carreras; era propietario de cuatro: un catamarán de ocho toneladas, capaz de alcanzar velocidades superiores a las cien millas por hora; un pequeño hidroplano; un velero de seis metros; y un bote de regatas en el que salía a remar por las mañanas en el Potomac.

La última incorporación a su flota era el kayak *Guillemot* hecho a medida. Lo había comprado en un viaje anterior a Seattle. Le gustaba su construcción en madera natural y el grácil diseño del delgado casco, basado en una embarcación de las islas Aleutianas. Como todas sus embarcaciones, era rápido además de hermoso.

Austin estaba tan ensimismado con las vistas y olores que casi se olvidó de que no se encontraba solo. Miró por encima del hombro. Una flotilla de cincuenta kayaks seguía la cinta de su estela a unos doscientos metros. Las pesadas embarcaciones de fibra de vidrio y dos asientos llevaban cada una a un padre y un niño. Eran seguros y estables, y no podían competir con el pura sangre de Austin. Se quitó la gorra azul turquesa de la NUMA, y dejó a la vista su abundante cabellera color platino, y la agitó bien alto por encima de la cabeza para animarlos a que se diesen prisa.

Austin no había vacilado cuando su padre, el rico propietario de una compañía internacional de salvamento marítimo con base en Seattle, le había pedido que dirigiera la carrera de kayaks que se celebraba todos los años para recaudar fondos destinados a la beneficencia. Había trabajado durante seis años para Austin Marine

Salvage antes de entrar en una poco conocida sección de la CÍA especializada en inteligencia submarina. Cuando acabó la Guerra Fría, la CÍA cerró la sección, y Austin fue contratado por James Sandecker, director de la NUMA antes de convertirse en vicepresidente de Estados Unidos.

Hundió los remos en el agua y dirigió el kayak hacia dos embarcaciones fondeadas a menos de un cuarto de milla y separadas unos treinta metros. A bordo se encontraban los comisarios de la carrera y los representantes de los medios. Tendida entre las naves había una gran pancarta roja y blanca con la palabra LLEGADA. Amuradas al otro lado de la pancarta había una barcaza y un transbordador alquilado. Acabada la carrera, cargarían los kayaks en la barcaza y los participantes serían agasajados con una comida a bordo de la nave de pasajeros. El padre de Austin seguía la carrera desde un yate blanco de dieciséis metros de eslora llamado *White Lightning*.

Austin se preparaba para el *sprint* hacia la meta cuando advirtió un movimiento con el rabillo del ojo. Se volvió hacia la derecha y vio la alta aleta curva que cortaba el agua ensu dirección. Mientras la observaba, al menos aparecieron otras veinte aletas detrás de la primera.

Puget Sound era el hogar de varios grupos de orcas, que comían salmón. Se habían convertido en las mascotas locales, y representaban un gran aporte a la economía, al atraer a turistas de todo el mundo dispuestos a verlas desde las lanchas que seguían a las ballenas o a participar en las excursiones en kayak. Las ballenas asesinas se acercaban a los kayaks y a menudo ofrecían todo un espectáculo, al asomarse parcialmente o saltando fuera del agua. Lo habitual era que las orcas pasaran inofensivamente, a menudo muy cerca de las pequeñas embarcaciones, sin molestarlas para nada.

Cuando la primera aleta se encontraba a unos quince metros, la oreja se levantó sobre la cola. Casi la mitad de sus ocho metros de longitud quedaron fuera del agua. Austin dejó de remar para mirarla. Lo había visto muchas veces, pero continuaba siendo algo impresionante. La oreja que lo miraba era un macho, probablemente el líder del grupo, y debía de pesar unas siete toneladas. El agua resbalaba por el brillante cuerpo negro y blanco.

La ballena se hundió de nuevo, y la aleta avanzó rápidamente en su dirección. Sabía por experiencia que en el último segundo la oreja pasaría por debajo del kayak. Pero cuando solo estaba a un par de metros, la oreja se alzó de nuevo y abrió la boca. A esa distancia se podían tocar las temibles hileras de dientes afilados como navajas en la boca rosada. Austin los miró, incrédulo. Era como si el amable payaso de un circo se hubiese convertido en un monstruo. Las mandíbulas comenzaron a cerrarse. Austin metió el remo en la boca de la criatura. Se escuchó un sonoro crujido cuando los dientes destrozaron la madera.

El enorme cuerpo cayó sobre la afilada proa del kayak y la convirtió en astilla. Austin se encontró metido en el agua helada. Se hundió por un segundo, y luego volvió a la superficie, impulsado por el chaleco salvavidas. Escupió una bocanada de agua y se volvió. Para su tranquilidad, la aleta se alejaba.

El grupo se encontraba entre Austin y una isla cercana. En lugar de dirigirse en aquella dirección, comenzó a nadar mar adentro. Después de unas pocas brazadas, dejó de nadar y flotó boca arriba. El helor a lo largo de la columna no solo lo causaba el agua helada.

Lo perseguía una falange de aletas. Se quitó las botas y el incómodo chaleco salvavidas. Sabía muy bien que era un gesto inútil. Incluso sin el chaleco, hubiese necesitado de un motor fueraborda amarrado a la espalda para superar a una oreca. Las ballenas asesinas nadaban a velocidades de hasta cincuenta millas por hora.

Se había enfrentado a muchos adversarios humanos con la más absoluta frialdad, pero esto era diferente. Le dominaba el mismo horror primitivo que seguramente habían sentido sus antepasados en la Edad de Piedra: el miedo a ser comido. A medida que las ballenas se acercaban, escuchó el suave barboteo que hacían al soltar el aire.

En el mismo momento en que esperaba que los afilados dientes se hundieran en la carne, el coro de humeantes exhalaciones quedó ahogado por el estruendo de unos poderosos motores. Casi ciego por el agua en los ojos, vio el sol reflejado en el casco de la embarcación. Unas manos asomaron por la borda para sujetarle los brazos. Sus rodillas golpearon dolorosamente contra el casco de plástico, y cayó sobre la cubierta como un pescado. Un hombre se inclinó sobre él.

—¿Está bien?

Austin respiró profundamente y le agradeció la ayuda al desconocido samaritano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el hombre.

—Me atacó una oreca.

—Eso es imposible. Son como perros caseros.

—Eso dígaselo a las orcas.

Austin se levantó. Se encontraba en una impecable lancha de unos diez metros de eslora. El hombre que lo había sacado del agua tenía la cabeza afeitada con una araña tatuada en el cuero cabelludo. Sus ojos quedaban ocultos por unas gafas con cristales de espejo, y vestía vaqueros negros y una chaqueta de cuero del mismo color.

En la cubierta detrás del hombre había una extraña estructura metálica con forma cónica y de casi dos metros de altura. Gruesos cables eléctricos colgaban de la estructura como lianas. Austin observó el curioso artilugio durante un segundo, pero le interesaba más lo que ocurría en el agua.

Las orcas que lo habían perseguido como una manada de lobos marinos hambrientos se alejaban de la lancha para dirigirse hacia la flotilla de kayaks. Unas

pocas personas habían visto cómo Austin caía al agua, pero no se encontraban lo bastante cerca para ver el ataque. Sin Austin en la vanguardia, los competidores no sabían qué hacer. Algunos continuaban remando lentamente. La mayoría se habían detenido sin más, donde flotaban como patitos de goma en una bañera.

Las ballenas se acercaban rápidamente a los desconcertados competidores. Como si fuese poco, otros grupos de orcas habían aparecido alrededor de la flotilla y se preparaban para el ataque. Nadie entre los tripulantes de los kayaks era consciente de la amenaza que iba hacia ellos. Eran muchos los que habían navegado antes por estas aguas y sabían que las orcas eran inofensivas.

Austin empuñó el timón.

—Espero que no le importe —dijo, y movió la palanca del acelerador al tope.

La respuesta del hombre se perdió en el tremendo rugido de los dos motores fueraborda. La embarcación planeó en cuestión de segundos. Austin puso rumbo a la brecha cada vez más angosta entre los kayaks y las aletas. Confiaba en que el ruido de los motores y los golpes del casco contra el agua espantasen a las orcas. Se desesperó al ver que las ballenas se dividían en dos grupos para esquivarlo y seguir la marcha hacia sus objetivos. Sabía que se comunicaban entre ellas para coordinar los ataques. Unos pocos segundos más tarde, el grupo alcanzó a la flotilla como una descarga de torpedos. Golpearon las ligeras embarcaciones con sus enormes cuerpos. Varios kayaks zozobraron y sus ocupantes acabaron en el agua.

Austin redujo la velocidad y guió a la lancha entre las cabezas de los niños y los padres y las afiladas aletas de las orcas. El *White Lightning* se había acercado a algunos de los kayaks volcados, pero la situación era demasiado caótica para prestar una ayuda efectiva. Austin vio cómo una de las aletas más grandes se acercaba a un hombre que flotaba en el agua con su hija pequeña en los brazos. Para llegar hasta ellos tendría que pasar por encima de los otros naufragos. Se volvió hacia el propietario de la embarcación.

—¿Lleva a bordo un fusil arponero?

El calvo manipulaba frenéticamente una consola conectada a través de un cable con la estructura metálica. Miró a Austin y sacudió la cabeza.

—No pasa nada —respondió, y le señaló los kayaks tumbados—. ¡Mire!

La gran aleta había dejado de moverse. Permanecía estacionaria y ahora flotaba juguetonamente, a unos pocos metros del hombre y su hija. Después comenzó a alejarse de las embarcaciones y los naufragos.

Las demás aletas la siguieron. Los grupos que habían continuado acercándose interrumpieron el ataque y se dirigieron de nuevo a mar abierto. El gran macho asomó a la superficie en un magnífico salto. En unos pocos minutos, no quedaba ni una oreja a la vista.

Un chiquillo se había separado de su padre. Debía de llevar mal puesto el chaleco

salvavidas, porque su cabeza se hundía debajo de la superficie. Austin se encaramó en la borda y se zambulló como un nadador en una carrera y nadó a toda velocidad. Alcanzó al niño antes de que se hundiese para siempre.

Lo sujetó y flotó con él boca arriba mientras esperaba a que viniesen a rescatarlos. No tuvo que esperar mucho. El *White Lightning* había arriado sus botes neumáticos, y los tripulantes ya recogían a los náufragos. Austin entregó al niño a uno de los marineros y se volvió. El calvo y la lancha habían desaparecido.

Kurt Austin padre era la réplica mayor de su hijo. Sus anchos hombros se hundían un poco, pero aún parecían capaces de abrirse paso a través de una pared. Se cortaba la espesa cabellera platino más corta que su hijo, que solía visitar al peluquero muy de cuando en cuando.

A pesar de ser un setentón, un estricto régimen de comida y ejercicios lo mantenían en una excelente forma física. Aún era capaz de hacer una jornada de trabajo que hubiese agotados a hombres con la mitad de su edad. Tenía el rostro curtido por el sol y el mar, y en su tez bronceada se veían las arrugas típicas de las personas de sonrisa fácil. Sus ojos de color coral azul verde podían brillar con la ferocidad de un león, pero, como ocurría con los de su hijo, por lo general contemplaban el mundo con una expresión divertida.

Padre e hijo estaban sentados en las cómodas butacas del lujoso salón del *White Lightning*, con sendas copas de *Jack Daniel's* en la mano. Kurt se había vestido con un chándal de su padre. Nadar en las aguas de Puget Sound había sido como meterse en una bañera llena de hielo, y el licor que pasaba por la garganta de Kurt reemplazaba el helor en sus miembros con un placentero calor.

El salón donde predominaban el latón y el cuero estaba decorado con grabados de partidos de polo y carreras de caballos. Kurt tenía la sensación de encontrarse en alguno de aquellos exclusivos clubes ingleses donde un socio podía morir en su mullida butaca sin que nadie se diese cuenta durante días. Su padre no se correspondía mucho con el tipo del caballero inglés, y Kurt se dijo que el entorno pretendía suavizar las asperezas provocadas por el esfuerzo de mantenerse en la cumbre dentro de una actividad muy competitiva.

Austin sirvió otra ronda y le ofreció a su hijo un habano *Lancero Cohiba*, que él rechazó cortésmente. El viejo lo encendió, dio varias chupadas y al exhalar una nube de humo rojizo le envolvió la cabeza.

—¿Qué demonios pasó ahí afuera?

La mente de Kurt no había acabado de aclararse. Reconsideró la oferta del puro, y aprovechó el masculino ritual de encenderlo para poner en orden sus pensamientos. Bebió un sorbo de su copa y le explicó la historia.

—¡Increíble! —manifestó Austin, como resumen de su reacción—. Diablos, esas ballenas nunca le han hecho daño a nadie. Tú lo sabes. Has navegado por la bahía

desde que eras un niño. ¿Has escuchado que hubiese ocurrido algo así alguna vez?

—No. A las orcas parece gustarles estar con los humanos, algo que siempre me ha intrigado.

Austin soltó una carcajada.

—No es ningún misterio. Son listas, y saben que somos depredadores como ellas.

—La única diferencia es que ellas matan solamente para comer.

—Bien dicho. —Austin cogió la botella para llenar de nuevo las copas, pero Kurt tapó la suya.

No podía mantener el ritmo de su padre.

—Tú conoces a todos en Seattle. ¿Alguna vez te has cruzado con un tipo calvo con el tatuaje de una araña en la cabeza? Tendrá unos treinta y tantos. Viste como un Ángel del Infierno, de cuero negro.

—El único que responde a esa descripción es *Spiderman* Barrett.

—No sabía que te gustasen los tebeos, papá.

En el rostro del viejo apareció una sonrisa.

—Barrett es uno de esos genios de la informática que hizo su fortuna aquí. Algo así como un Bill Gates de segunda división. Solo tiene unos tres mil millones de dólares. Vive en una mansión que da a la bahía.

—Me da pena. ¿Lo conoces personalmente?

—Solo de vista. Era uno de los habituales de los clubes nocturnos. Después desapareció de la circulación.

—¿A qué viene el tatuaje?

—La historia es que en la adolescencia era un fan de *Spiderman*. Se cortó el pelo, se hizo tatuar la cabeza y después se dejó crecer el pelo de nuevo. Ya de mayor, cuando comenzó a quedarse calvo, se veía el tatuaje, así que se afeitó la cabeza. Diablos, con el dinero que tiene Barrett se podría decorar todo el cuerpo con las tiras dominicales y nadie diría ni mu.

—Excéntrico o no, me salvó de convertirme en cebo de orea. Me gustaría darle las gracias y disculparme por haber tomado el mando de su embarcación.

Kurt se disponía a hablarle a su padre de la estructura metálica en la lancha de Barrett cuando un tripulante apareció en la puerta del salón y anunció:

—Ha venido alguien del Servicio de Pesca y Fauna Salvaje.

Un momento más tarde, una joven de cabellos oscuros vestida con el uniforme verde del Servicio de Pesca y Fauna Salvaje entró en el salón. Tendría unos veintitantos años, aunque las gafas de montura negra y la expresión seria la hacían parecer mayor. Se presentó como Sheila Rowland, y dijo que quería hablar con Kurt sobre el incidente con la orea.

—Lamento interrumpirles. Hemos prohibido las expediciones en kayak por Puget Sound hasta que llegemos al fondo de este episodio. Observar a las ballenas es una

parte considerable de la economía local, así que intentaremos acabar con la investigación lo más rápido posible. Los empresarios ya han puesto el grito en el cielo, pero no podemos arriesgarnos.

Austin la invitó a tomar asiento, y Kurt relató su historia por segunda vez.

—Es algo muy extraño —comentó la joven—. Nunca he tenido noticias de que las orcas atacasen a nadie.

—¿Qué me dice de los ataques en los parques acuáticos? —preguntó Kurt.

—Fueron hechos por orcas en cautividad y sometidas a presión para que actuaran. Se enfurecen por el encierro y las continuas exigencias, y en ocasiones descargan sus frustraciones en los entrenadores. Se conocen unos pocos casos en los que una orca en mar abierto ha atacado a una tabla de surf, al creer que se trataba de una foca. En cuanto descubrieron el error, se despreocuparon del surfista.

—Supongo que a la orca que encontré no le gustó mi cara —opinó Kurt con su típico humor seco.

Rowland sonrió, convencida de que con sus facciones bronceadas y los ojos azul claro, Austin era uno de los hombres más atractivos que había tenido la oportunidad de conocer.

—No creo que ese sea el caso. Si a una orca no le hubiese gustado su rostro, ahora no lo tendría. He visto a una orca sacudir a un león marino de doscientos cincuenta kilos de peso como si fuese una muñeca de trapo. Veré si hay algún vídeo donde aparezca el incidente.

—Eso no debería ser un problema, con todas las cámaras enfocadas en la carrera —dijo Kurt—. ¿Se le ocurre alguna razón para que las orcas se volvieran agresivas?

La muchacha sacudió la cabeza.

—Las orcas tienen unos sistemas sensoriales muy afinados. Si hubo algo que las trastornó, quizá buscaron descargar su furia en el objeto más cercano.

—¿Cómo las orcas frustradas en los parques acuáticos?

—Quizá. Hablaré con los cetólogos para saber qué opinan.

Se levantó y les dio las gracias a los dos hombres por el tiempo dispensado. Tras su marcha, Austin fue a llenar las copas, pero Kurt rehusó seguir bebiendo.

—Sé lo que pretendes, viejo zorro. Intentas emborracharme para llevarme a uno de tus barcos de salvamento.

Kurt padre no ocultaba el deseo de apartar a su hijo de la NUMA para que volviese a trabajar en la empresa familiar. La decisión de Kurt de continuar en la NUMA y no hacerse cargo de la empresa había sido motivo de fricción entre los dos hombres. Con el paso de los años, se había convertido en una broma compartida.

—Te estás ablandando —afirmó Austin—. Tienes que admitir que la NUMA no es gran cosa a la hora de ofrecer emociones.

—Te lo he dicho antes, papá. No solo son las emociones.

—Sí, lo sé. El deber con tu país y todo ese rollo. Lo peor es que no puedo culpar a Sandecker por retenerte en Washington ahora que es vicepresidente. ¿Cuáles son tus planes?

—Me quedaré por aquí un par de días más. Tengo que encargarme de un nuevo kayak. ¿Qué harás tú?

—He conseguido un jugoso contrato para reflotar un pesquero hundido en Hanes, Alaska. ¿Quieres venir? Podrías echarme una mano.

—Gracias, pero creo que podrás apañártelas solo.

—No se me puede culpar por intentarlo. De acuerdo, te invito a cenar.

Austin le hincaba el diente a un chuletón de kilo en el asador favorito de su padre cuando notó la vibración del móvil. Se disculpó y atendió la llamada en el vestíbulo. En la pantalla del móvil aparecía la imagen de un hombre de tez morena y el pelo peinado hacia atrás. Joe Zavala era uno de los miembros del Equipo de Misiones Especiales que Sandecker había reclutado en el New York Maritime College. Se trataba de un brillante ingeniero naval cuya experiencia en el diseño de sumergibles había sido recibida con alborozo en la NUMA.

—Me alegra comprobar que sigues entero —comentó Zavala—. El ataque de la orca a tu kayak aparece en todos los informativos. ¿Estás bien?

—Por supuesto. Se podría decir que disfruté como un ballenato.

Zavala esbozó una sonrisa.

—Los hay con suerte, y yo aquí muerto de asco. ¿Quién sino Kurt Austin podría convertir una simple carrera de kayaks en una lucha a vida o muerte con un grupo de locas ballenas asesinas?

—La última vez que te vi estabas casi a punto de alcanzar tu meta de salir con todas las mujeres disponibles en Washington. Yo no llamaría a eso morir de asco.

Zavala se veía asediado por las solteras de Washington, atraídas por su encanto, la seductora mirada de sus ojos castaños y su apostura latina.

—Admito que la vida puede llegar a ser interesante cuando estoy con una nueva cita y me cruzo con una antigua, pero eso no es nada comparado con tu carrera. ¿Qué pasó?

—Estoy cenando con mi padre, así que te lo contaré cuando vuelva dentro de un par de días.

—Creo que tendrás que regresar a Washington mucho antes. Nos han ordenado que mañana por la noche zarpeamos de Norfolk. ¿Conoces a Joe Adler?

—El nombre me suena. ¿No es el tipo de Scripps que estudia las olas?

—Es uno de los más destacados oceanógrafos y expertos en olas en el mundo. Vamos a ayudarlo a encontrar al *Southern Belle*.

—Recuerdo haber leído algo del *Belle*. Era aquel gigantesco buque portacontenedores que se hundió en marzo pasado.

—Eso es. Me llamó Rudi Adler quiere que estés en el proyecto. Al parecer, tiene influencias, porque Rudi aceptó la petición. —Rudi Gunn estaba a cargo de las operaciones de la NUMA.

—Es curioso. No conozco a Adler. ¿Seguro de que no se ha equivocado? Hay una docena de tipos en la NUMA que son expertos en búsquedas. ¿Por qué yo?

—Rudi no lo sabe. Pero Adler goza de una reputación internacional, así que tuvo que aceptar su petición de ayuda para encontrar el barco.

—Interesante. El *Belle* se hundió más o menos en el centro de la costa atlántica. ¿A qué distancia de la zona de búsqueda están trabajando los Trout?

Paul y Gamay Trout, los otros dos miembros del Equipo de Misiones Especiales, formaban parte de una campaña de investigación oceánica.

—Lo bastante cerca como para ir a verlos en una neumática y organizar una fiesta —contestó Zavala—. Ya tengo el tequila en la maleta.

—Mientras tú te encargas del suministro de las viandas, cambiaré la reserva de vuelo, y te llamaré para decirte a qué hora llego.

—Nos encontraremos en el aeropuerto. Habrá un avión esperándonos para llevarnos a Norfolk.

Hablaron de unos cuantos detalles más y se despidieron. Kurt pensó unos momentos en la petición de Adler, y después volvió a la mesa para decirle a su padre que se marcharía por la mañana. Si Austin se molestó por el cambio de planes de su hijo, no lo demostró. Le agradeció a Kurt haber ido a Seattle para la carrera, y prometieron volver a verse cuando surgiese la oportunidad.

Kurt cogió el primer vuelo que salió de Seattle por la mañana. Mientras el avión despegaba y ponía rumbo al este, pensó en la apagada reacción de su padre a su cambio de planes. Se preguntó si Austin Senior realmente quería que volviese a la empresa. Para el viejo, sería admitir que estaba camino del retiro. Ambos eran hombres de carácter fuerte y hubiese sido como tener a dos capitanes en un bote de remos.

En cualquier caso, su padre se equivocaba en cuanto al vínculo de Kurt con su trabajo en la NUMA. No eran las emociones lo que lo mantenía en la gran agencia de ciencias oceanográficas. Todas las oportunidades para una descarga de adrenalina significaban muchas horas de informes, papeleo y reuniones, que intentaba evitar con su permanencia en el campo. El canto de sirena que lo atraía una y otra vez era el insondable misterio del mar.

Los misterios como el extraño encuentro con las ballenas asesinas. Pensó en el incidente con las orcas. Reflexionó, también, sobre el hombre con el curioso tatuaje y el propósito del artilugio eléctrico que había visto en la embarcación de Barrett. Al cabo de unos minutos, borró esos pensamientos de su mente, cogió una hoja de papel y un bolígrafo y comenzó a escribir las especificaciones de un nuevo kayak.

Capítulo 3

Nueva York

Antes de que Frank Malloy acabara convertido en un muy caro consultor de los departamentos de policía de la nación, había sido la quintaesencia del «poli». Detestaba el desorden de cualquier tipo. Sus uniformes siempre estaban perfectamente planchados. Como un resabio de sus años en el cuerpo de infantería de marina, se cortaba el pelo canoso casi al rape. Los horas de gimnasia lo mantenían en una excelente forma física.

A diferencia de la mayoría de los agentes que se aburrían en las vigilancias, Malloy disfrutaba con pasarse horas sentado en un coche, mirando el flujo y reflujo del tráfico y los peatones, siempre alerta a la más mínima rotura en el tejido social. También le ayudaba tener una vejiga de hierro.

Malloy había aparcado en Broadway, y miraba el desfile de los transeúntes que caminaban a paso ligero y de turistas boquiabiertos, cuando un hombre se apartó de la muchedumbre y caminó en línea recta hacia el coche que no llevaba distintivos oficiales.

El hombre era alto y delgado, y tendría unos treinta y tantos años. Vestía un traje liviano color ante, arrugado en las rodillas, y unas gastadas zapatillas *New Balance*. Tenía el pelo y una perilla roja cortada en punta. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado y el nudo de la corbata flojo. Años como policía de ronda habían perfeccionado la capacidad de Malloy para identificar a las personas con una rápida ojeada. No dudó que se trataba de un reportero.

El hombre llegó junto al coche, se agachó para que su rostro quedara a nivel con la ventanilla y mostró su identificación.

—Me llamo Lance Barnes. Soy reportero del Times. ¿Es usted Frank Malloy?

La pregunta estropeó el triunfo de Malloy.

—Sí, soy Malloy. —Frunció el entrecejo—. ¿Cómo me descubrió, señor Barnes?

—Muy sencillo. —El reportero se encogió de hombros—. Está sentado solo en un Ford azul oscuro en una zona donde es prácticamente imposible aparcar.

—Debo de estar perdiendo facultades —manifestó Malloy, apenado—. Si no es eso, entonces es que se ve a la legua que soy «poli».

—No, hice trampa —replicó Barnes, con una sonrisa—. Me dijeron en el MACC que estaría aquí.

MACC eran las siglas correspondientes a Multi Agency Control Center, la entidad a cargo de la seguridad de la conferencia económica internacional que se celebraba en la ciudad. Los líderes políticos y económicos convergían en la Gran Manzana desde todo el mundo.

—Yo también hice trampa —afirmó Malloy con una carcajada—. Me llamaron

del MACC para avisarme de que vendría. —Observó el rostro del reportero y decidió que le resultaba conocido—. ¿Nos hemos visto antes, señor Barnes?

—Creo que una vez me multó por cruzar la calle con el semáforo en rojo.

Malloy se rió. Nunca olvidaba una cara. Ya la recordaría.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Estoy escribiendo un artículo sobre la conferencia. Me dijeron que usted es el mejor especialista cuando se trata de enfrentarse a las sofisticadas técnicas de disturbios. Me preguntaba si podría hacerle una entrevista referente a cómo planea enfrentarse a las protestas anunciadas.

Malloy tenía una empresa en Arlington, Virginia, que asesoraba a los cuerpos de policía de todo el país en materia de control de multitudes. Aparecía en las juntas directivas de varias empresas dedicadas a la fabricación de equipos antidisturbios, y sus vinculaciones empresariales y políticas lo habían convertido en un hombre rico. Un reportaje favorable en The New York Times podría significar nuevos clientes para su empresa.

—Suba —dijo y se inclinó sobre el asiento para abrir la puerta del pasajero.

Barnes subió al coche, y se dieron la mano. El reportero se subió las gafas de sol sobre la frente, y dejó a la vista unos ojos verdes de mirada penetrante y las cejas que formaban una «V» similar en forma a la boca y la barbilla. Sacó del bolsillo una libreta y un minúsculo magnetófono digital.

—Espero que no le importe si grabo la conversación. Es solo para no equivocarme en las citas.

—Ningún problema. Puede decir lo que quiera de mí, siempre que escriba el nombre correctamente. —Desde que había dejado la policía para poner en marcha la empresa, se había convertido en un experto a la hora de tratar con los periodistas—. ¿Asistió a la conferencia de prensa?

—Faltaría más. ¡Menudo arsenal! Los sistemas acústicos de largo alcance que montó en los Humbees me chiflaron. ¿Es verdad que los usaron en Irak?

—Se les considera como armas no letales. Producen un aullido ensordecedor que acaba incluso con los manifestantes más gritones.

—Si alguien me destroza los tímpanos con un sonido de ciento cincuenta decibelios, le aseguro que dejaría de vociferar por la paz y la justicia.

—Solo los utilizamos para comunicarnos con las grandes multitudes. Los probamos el otro día. Tienen un alcance de por lo menos cuatro manzanas.

—Aja —dijo el reportero, y tomó unas notas—. No hay duda de que los anarquistas tomarán buena nota.

—Opino que no necesitaremos apelar a toda la artillería. Son las cosas pequeñas las que cuentan, como las patrullas en moto y las barreras mecánicas.

—He oído decir que cuentan también con muchos equipos de alta tecnología.

—Es verdad —asintió Malloy—. La manera más efectiva de controlar a los pirados es con el software, no el hardware.

—¿Cómo es eso?

—Vayamos a dar una vuelta. —Malloy giró la llave en el contacto. Mientras el coche se apartaba del bordillo, llamó por la radio—. Aquí Nómada. Me dirijo al norte por Broadway.

—¿Nómada? —preguntó Barnes, cuando Malloy acabó la llamada.

—No dejo de dar vueltas. Mantengo un ojo atento a las cosas. Los pirados saben que rondo, pero no saben dónde estoy. Los pongo nerviosos. —Giró hacia el este, circuló durante un par de minutos por Central Park, y después volvió a Broadway.

—¿Quiénes son los «pirados», como usted los llama?

—Cuando se trata de los anarquistas, nunca sabes con quién o a qué te enfrentas. En Seattle, nos encontramos con ecologistas fanáticos y pacifistas chiflados. Había Wiccans y feministas neopaganas, que gritaban contra la World Trade Organization y la diosa, que vaya a saber quién es. La mayoría de los anarquistas están en contra del orden económico mundial. Son no violentos cuando se trata de personas, pero algunos de ellos consideran que es lícito atacar la propiedad privada. El caos es su arma principal. Por lo general están organizados en colectivos autónomos o grupos afines. Actúan por consenso y evitan cualquier tipo de jerarquía.

—Dada la falta de organización, ¿qué es exactamente lo que busca?

—Es difícil de describir —manifestó Malloy—. Más o menos lo mismo que cuando estaba en la calle. Los pirados suelen dividirse en grupos pequeños. En parejas o solos. Yo busco patrones de conducta.

—Leí lo ocurrido en las protestas de Seattle. Al parecer, aquello fue una pesadilla. Malloy silbó por lo bajo.

—Todavía tengo las cicatrices para demostrarlo. ¡Menudo follón!

—¿Qué salió mal?

—Los pirados fueron a por la World Trade Organization. Lo que ellos llaman la «élite del poder». Yo era el supervisor de distrito a cargo del control de multitudes. Nos pillaron con los pantalones bajados. Acabamos con cien mil manifestantes cabreados por lo que ellos consideran un sistema opresivo. Hubo saqueos, toques de queda, «polis» y guardias nacionales disparando balas de goma y granadas de gases lacrimógenos contra los manifestantes violentos y también los pacíficos. La ciudad acabó con un baldón negro internacional y una multitud de demandas. Algunos dicen que la policía se extralimitó. Otros que no hicieron todo lo que debían. No hay quien se aclare.

—Como usted dijo, un follón de cuidado.

—Así es —admitió Malloy—. Pero la batalla de Seattle marcó el punto de inflexión.

—¿De qué manera?

—Los manifestantes aprendieron que las marchas callejeras no bastaban para llamar la atención, que solo funcionaba la acción directa. Tienes que destrozar cosas, molestar a las personas, montar una buena delante de las cámaras de televisión.

—Por lo que he visto hoy en la ciudad, la élite del poder ha aprendido mucho desde lo sucedido en Seattle.

—No se equivoca. Yo estaba en Filadelfia para la convención republicana cuando los anarquistas nos dejaron de nuevo como unos tontos. Montaban alborotos y después echaban a correr perseguidos por unos «polis» en un estado físico lamentable. Sembraron el caos y la confusión. Hicieron lo mismo en la conferencia de la WTO en Miami. Finalmente comenzamos a saber cómo manejarlos cuando se celebró aquí la reunión del Foro Económico Mundial en 2002, y para la convención republicana de 2004 ya teníamos nuestra estrategia en marcha.

—Consiguieron mantener los disturbios al mínimo, pero hubo quejas de violaciones de los derechos civiles.

—Eso forma parte de la estrategia de los manifestantes. Esos tipos están siempre a la última. Son un pequeño grupo de provocadores que van de ciudad en ciudad. Provocan a las autoridades con la intención de que se produzca una reacción excesiva. ¡Epa!

Malloy se apresuró a aparcar en doble fila, muy cerca de un grupo de personas cargadas con instrumentos musicales, y comunicó por radio:

—Nómada a MACC. Guerrilleros músicos reuniéndose para una marcha no autorizada desde Union Square al Madison Square Garden.

Barnes miró las aceras a ambos lados de la calle.

—No veo a nadie manifestándose.

—Ahora se mueven en parejas. Eso no es ilegal. Comenzarán a agruparse en unos minutos; no, espere, ya está.

Los músicos estaban formando grupos más grandes, y bajaban a la calzada para organizarse en columna, pero antes de que pudiesen comenzar la manifestación aparecieron agentes de policía en bicicletas y motos por los extremos y comenzaron con los arrestos.

El reportero tomaba notas a toda velocidad.

—Estoy impresionado —comentó—. Ha funcionado como un reloj.

—Tal como debe ser. La maniobra es el resultado de años de experiencia. En esta ocasión nos ocupamos de una conferencia económica no muy trascendente, pero hay centenares de visitantes y activistas, así que siempre existe el riesgo de que las cosas se desmadren. Los pirados siempre intentan estar un paso por delante de nosotros.

—¿Cómo distinguen a los fanáticos de las personas que solo quieren protestar?

—Es difícil. Primero los arrestamos y después vemos quién es quién. —Sonó el

móvil que estaba en el soporte del tablero y se lo pasó a Barnes—. Lea el mensaje.

El periodista leyó el texto que aparecía en la pantalla.

—Dice que la pasma motorizada tiene rodeados a los guerrilleros músicos. Piden que le digan a la gente que eviten esta zona. Reclaman la presencia de las cámaras, además de observadores médicos y legales. También que impidan a los «polis» arrestar a los manifestantes que molestan al público en la zona de los teatros. ¿De quién es el mensaje?

—De los pirados. Los «polis» no son los únicos que aprendieron de Seattle. Los anarquistas también tienen su centro MACC. Informan a los manifestantes de las calles que deben seguir para mantenerse apartados de la policía. Mientras nosotros acabamos con una manifestación, ellos comienzan otra. —Malloy se echó a reír—. Nos gastamos miles de millones en medidas de seguridad todos los años, y ellos utilizan una tecnología que casi es gratuita.

—¿No saben que ustedes leen sus mensajes?

—Claro que sí. Pero las manifestaciones son más espontáneas, así que siempre estamos jugando al gato y al ratón. Inteligencia es el nombre del juego. Son rápidos, pero al final todo se reduce a cantidad de medios. Tenemos treinta y siete mil policías, un dirigible, helicópteros, cámaras de vídeo y a doscientos hombres provistos con cámaras de vídeo en los cascos conectadas al centro de mando.

—¿Ellos no sintonizan los canales de la policía?

—Sabemos que lo hacen. La clave es la respuesta rápida. Ya sabe lo que dicen de las peleas, un gigante bueno puede darle una paliza a un «pequeñajo» bueno cuando quiera. Si se juega con limpieza no podemos perder.

Barnes le devolvió el móvil a Malloy.

—Creo que este mensaje es para usted.

En la pantalla había cambiado el texto.

«BUENOS DÍAS, NÓMADA, ¿O DEBEMOS LLAMARLE FRANK, SEÑOR MALLOY?»

—¿Eh? —exclamó Malloy. Miró el móvil que tenía en la mano como si se hubiese transformado en una serpiente—. ¿Cómo demonios han hecho esto? —Miró a Barnes.

El reportero se encogió de hombros y continuó tomando notas. Malloy intentaba borrar la pantalla cuando recibió un segundo mensaje.

«COMIENZA EL PARTIDO».

La pantalla se puso en blanco. Malloy cogió el micro e intentó llamar al MACC, pero nadie le respondió. Sonó de nuevo el móvil. Atendió la llamada, escuchó durante unos momentos, y dijo:

—Ahora mismo me ocupo. —Se volvió hacia el periodista, con el rostro pálido—. Era el MACC. Dicen que se han quedado sin el aire acondicionado en el centro de

mando. Las comunicaciones no funcionan. Nadie sabe dónde están las patrullas. Los semáforos de toda la ciudad están en rojo.

Se acercaban a Times Square. Centenares de manifestantes, aparentemente sin ser detenidos por la policía, llegaban al lugar desde las calles laterales. Times Square se veía abarrotado como si fuera la noche de fin de año.

El coche de Malloy circuló lentamente entre la multitud. Cuando se acercaron al viejo edificio del New York Times, la enorme pantalla de vídeo dejó de mostrar a un personaje de Disney y se apagó.

—Eh, mire aquello —dijo Barnes, y le señaló la pantalla.

Un mensaje escrito en mayúsculas pasaba por la pantalla.

«BIENVENIDOS, NEOANARQUISTAS, COMPAÑEROS DE VIAJE Y TURISTAS. HEMOS DETENIDO A LOS OPRESORES EJÉRCITOS DE LA ÉLITE DEL PODER. ESTA ES UNA PEQUEÑA MUESTRA DEL FUTURO. HOY ES NUEVA YORK. MAÑANA DETENDREMOS AL MUNDO ENTERO. CONVOQUEN UNA REUNIÓN EN LA CUMBRE PARA DESMANTELAR LA GLOBALIZACIÓN O NOSOTROS NOS ENCARGAREMOS DE DESMANTELARLA».

«¡QUÉ PASEN UN BUEN DÍA!»

Un sonriente rostro con cuernos apareció en la pantalla, y luego una sola palabra:

«LUCIFER».

—¿Quién demonios es «Lucifer»? —preguntó Malloy, que miraba a la pantalla a través del parabrisas.

—A mí que me registren —contestó Barnes. Abrió la puerta del Ford—. Gracias por el paseo. Tengo que escribir mi artículo.

En ese mismo momento se borró la palabra, y el nombre de FRANK MALLOY apareció simultáneamente en todas las pantallas. Panasonic, LG, NASDAQ.

Malloy soltó una maldición y abandonó el coche precipitadamente. Observó a la multitud. Barnes se había esfumado entre los miles de manifestantes. Murmuró el nombre que había aparecido en la pantalla, «Lucifer», y se estremeció. Acababa de recordar dónde había visto el rostro del reportero. La perilla en punta, el pelo rojo, las cejas en «V», la boca y los ojos verdes le habían recordado subconscientemente las representaciones de Satanás.

Mientras Malloy se preguntaba si había perdido el juicio, no era consciente de que aquellos mismos ojos verdes seguían mirándolo. Barnes se había detenido en el portal de un edificio de oficinas desde donde veía al policía sin problemas. Sostenía un móvil contra la oreja y se reía.

—Solo quería decirle que su plan ha funcionado como un reloj. La ciudad está paralizada.

—Fantástico —respondió su interlocutor—. Tenemos que hablar. Es importante.

—Ahora no. Vaya al faro, para que pueda darle las gracias personalmente.

Se guardó el móvil en el bolsillo y echó una ojeada a Times Square. Un joven acababa de lanzar un ladrillo contra el escaparate de la tienda Disney. Otros siguieron el ejemplo, y en cuestión de minutos las aceras quedaron cubiertas con cristales rotos. Incendiaron un coche y una columna de humo negro ascendió hacia el cielo. El hedor acre del plástico y la tela que ardían llenó el aire. Una banda guerrillera marchaba por la calle al ritmo de la canción del *Puente sobre el río Kwai*. La música apenas si se escuchaba por encima del estrépito de las bocinas de los coches.

Barnes contempló la escena con una beatífica sonrisa en su rostro satánico.

—Caos —murmuró como un monje que repite su manirá—. Dulce, dulce caos.

Capítulo 4

Las luces de cubierta estaban encendidas cuando el coche de la NUMA que llevaba a Austin y Zavala se detuvo en el muelle de Norfolk. Austin subió por la pasarela a paso ligero. Le alegraba volver al mar, y hacerlo en el buque oceanográfico *Peter Throckmorton*, una de las naves más modernas de la flota de la NUMA. Tenía una deuda con el misterioso doctor Adler por invitarlo a participar en la expedición.

El barco de noventa metros de eslora llevaba el nombre de uno de los pioneros de la arqueología marina. Throckmorton había demostrado que los métodos arqueológicos servían bajo el agua, y había estimulado toda una era de descubrimientos. La nave era un percherón marino. Había sido diseñado como una herramienta versátil, y sus equipos de sensores remotos podían explorar con la misma facilidad una ciudad sumergida como un campo de chimeneas hipo-termales.

Como la mayoría de los barcos de investigación científica, el *Throckmorton* era una plataforma marina desde la cual los científicos podían lanzar vehículos y sondas para realizar sus experimentos. En las cubiertas de proa y popa estaban las grúas y cabrestantes que se usaban para bajar y recoger las sondas y sumergibles que llevaba el barco. Había más grúas en las bandas de babor y estribor.

Uno de los oficiales del buque recibió a los hombres de la NUMA en lo alto de la pasarela.

—El capitán Cabral les da la bienvenida a bordo del *Throckmorton* y les desea un agradable viaje.

Austin conocía al capitán, Tony Cabral, de otras expediciones de la NUMA, y esperaba la oportunidad de saludarlo.

—Por favor, transmita nuestro agradecimiento al capitán, y dígame que nos complace navegar bajo su mando.

Acabadas las formalidades, un marinero los acompañó hasta sus cómodos camarotes. Dejaron los macutos y fueron a buscar a Adler. El marinero les recomendó que fuesen primero al centro de control de exploraciones.

El centro era una amplia habitación en penumbra en la cubierta principal. Junto a los mamparos se alineaban las estanterías con los monitores, que eran los ojos y oídos de los sensores remotos. Cuando lanzaban una sonda, la información se transmitía al centro para su análisis. Con el barco todavía en puerto, en la sala solo había un hombre sentado delante de un ordenador y que escribía en el teclado con dos dedos.

—¿El doctor Adler? —preguntó Kurt.

El hombre se volvió con una amplia sonrisa.

—Sí, y ustedes deben de ser la gente de la NUMA.

Austin y Zavala se dieron a conocer y le estrecharon la mano.

El experto en olas era un hombre huesudo con el físico de un leñador y una

desgreñada cabellera blanca que parecía el musgo que crece en el tronco de un viejo roble. Tenía un bigote retorcido y daba la impresión de ser un añadido de última hora. Tenía una voz profunda y una manera de caminar un tanto desgarrada, como si se hubiese acabado de levantar de la siesta, pero los alertas ojos grises que los miraban a través de las gafas de montura de acero chispeaban con una mirada risueña. Les dio las gracias por venir y les acercó un par de sillas.

—No se imaginan lo mucho que me alegra verlos, caballeros. No estaba muy seguro de que Rudi Gunn accediese a mi solicitud de tenerlo en la expedición, Kurt. Contar también con Joe es un premio inesperado. Probablemente me mostré un poco cargante. Será porque vengo de una familia de cuáqueros. Ya saben, la persuasión amistosa y todo eso. No forzamos a nadie; solo nos apoyamos en la gente hasta que nos hacen caso.

El profesor no tenía motivos para creer que pudiese pasar inadvertido, pensó Kurt.

—No hay ninguna razón para disculparse —manifestó Kurt—. Siempre estoy dispuesto para una travesía marítima. Me sorprendió que reclamase específicamente mi presencia a bordo. No nos conocíamos.

—No, pero sí que había oído hablar mucho de usted. También sé que a la NUMA le gusta pregonar sus logros sin atribuirlos directamente al trabajo de su equipo de operaciones especiales.

El equipo había sido una creación del almirante Sandecker, que había dirigido la NUMA antes de que Dirk Pitt asumiera la dirección. Había querido disponer de un grupo de expertos en tareas submarinas que algunas veces tenían lugar fuera del conocimiento gubernamental. Al mismo tiempo, había utilizado el éxito de las misiones más espectaculares del equipo para conseguir nuevos fondos del Congreso.

—Tiene razón. Preferimos minimizar nuestras actuaciones.

Adler sonrió al escuchar la respuesta.

—Resulta difícil minimizar el hallazgo del cuerpo de Colón en una pirámide maya submarina, o el haber evitado un *tsunami* debido a los escapes de hidrato de metano en la costa este.

—Un golpe de suerte —replicó Austin—. No hicimos más que solucionar unos problemas.

—Kurt dice que el único problema en nuestro trabajo es que el problema nos dispare —intercaló Zavala.

—Admito que el equipo de operaciones especiales se ha encargado de algunas misiones un tanto curiosas —manifestó Kurt—, pero la NUMA cuenta con docenas de técnicos mucho más capaces que yo para encargarse de las tareas de investigación y búsqueda. ¿Por qué me pidió a mí?

—Algo muy extraño está ocurriendo en el océano —declaró Adler, con una

expresión grave.

—Eso no es una novedad. El mar es más desconocido que el espacio exterior. Sabemos más de las estrellas que del planeta debajo de nuestros pies.

—Nadie más de acuerdo que yo con sus palabras —dijo Adler—. Lo que pasa es que me bailan por la cabeza algunas ideas muy locas.

—Joe y yo hemos aprendido hace mucho que la línea entre la locura y lo racional es muy delgada. Nos gustaría escuchar lo que tenga que decir.

—Se las explicaría en su momento. Prefiero esperar a que encontremos al *Southern Belle*.

—Ya nos parece bien. Háblenos de la desaparición del *Belle*. Si no recuerdo mal, envió una llamada de socorro cuando navegaba a la altura de la mitad de la costa atlántica. Comunicó que tenía problemas, y después desapareció sin dejar rastro.

—Así es. Se inició una búsqueda a gran escala en cuestión de horas. Al parecer el mar se lo engulló sin más. Ha sido muy duro para las familias de los tripulantes no saber lo que les pasó a sus seres queridos. Desde un punto de vista práctico, a los propietarios del buque les gustaría poner los asuntos legales en orden.

—Hace siglos que los barcos desaparecen sin dejar rastros —le recordó Kurt—. Incluso ahora a pesar de la comunicación instantánea en todo el mundo.

—El caso es que el *Belle* no era un barco cualquiera. Era lo más parecido posible a una nave insumergible.

—Eso me suena —dijo Austin, con una sonrisa.

—Lo sé —admitió Adler—. Lo mismo se dijo del *Titanic*. Pero las técnicas de construcción de barcos han dado pasos de gigante desde que el *Titanic* se fue a pique. El *Belle* era un buque de carga con unas características absolutamente nuevas. Podía resistir las condiciones meteorológicas más severas. Dice usted que no es la primera vez que desaparece un barco bien construido. Tiene toda la razón. Un buque mercante llamado *Munchen* desapareció en medio de una tempestad cuando cruzaba el Atlántico en 1978. Como el *Belle*, transmitió un SOS para comunicar que estaba en apuros. Nadie ha conseguido descubrir todavía qué le ha pasado. Murieron veintisiete tripulantes.

—Trágico. ¿Encontraron algún resto del barco? —preguntó Austin.

—La operación de rescate comenzó en cuanto se recibió el SOS. Más de un centenar de barcos rastrearon la zona. Encontraron diversos restos, y un bote salvavidas vacío que brindó una pista importante. El bote era uno de los colgados en los pescantes de la banda de estribor a más de veinte metros por encima de la línea de flotación. Las cabillas del bote estaban torcidas de proa a popa.

Zavala, como ingeniero mecánico, comprendió inmediatamente el significado del daño sufrido por el barco.

—No es difícil deducir el motivo —manifestó—. Una ola de por lo menos veinte

metros de altura arrancó al bote de los pescantes.

—La comisión investigadora naval decidió que el barco se había hundido cuando las condiciones meteorológicas provocaron un «hecho inusual».

—Suenan como si la comisión hubiese querido librarse de dar un veredicto concluyente —comentó Kurt.

—Los marineros que escucharon el veredicto de la comisión estarían de acuerdo. Se mostraron escandalizados. Ellos sí sabían qué había hundido al *Munchen*. Las tripulaciones llevan años hablando de encuentros con olas de veinte y treinta metros de altura, pero los científicos no se creen sus relatos.

—En más de una ocasión he escuchado historias de olas monstruosas, pero nunca he visto ninguna de primera mano.

—Dé gracias por ello, porque no mantendríamos ahora esta conversación de haberse encontrado con una de ellas.

—Hasta cierto punto, comprendo la voluntad de la comisión de ser cauta —declaró Austin—. Los marineros tienen fama de ser un tanto flexibles con la verdad.

—De eso doy fe —señaló Zavala, con una sonrisa nostálgica—. Llevo años oyendo hablar de las sirenas y sigo sin ver ninguna.

—Sin duda pretendían evitar los titulares de olas asesinas —dijo Adler—. Si nos atenemos a las opiniones científicas de aquellos años, las olas de las que hablaban los marineros eran teóricamente imposibles. Los científicos utilizábamos unos modelos matemáticos, llamados lineales, según los cuales una ola de treinta metros de altura solo ocurre una vez cada diez mil años.

—Aparentemente, después de la pérdida del *Manchen*, no tendríamos motivo para preocuparnos durante muchos siglos —afirmó Austin, con una sonrisa agria.

—Eso era lo que se pensaba antes del caso *Draupner*.

—¿Se refiere a la plataforma de extracción de petróleo frente a la costa noruega?

—¿Conoce el caso?

—Trabajé en las plataformas del mar del Norte durante seis años —contestó Austin—. Resulta difícil encontrar a alguien que haya trabajado en una plataforma que no esté enterado de la ola que descargó contra la torre.

—La plataforma estaba a unas cien millas de la costa —le explicó Adler a Zavala—. El mar del Norte es famoso por el mal tiempo, pero el día de fin de año de 1985 se produjo una de las peores borrascas. La plataforma se vio azotada por olas de diez a quince metros de altura. Luego los golpeó una que los sensores estimaron en unos treinta metros de altura. Todavía me cuesta creerlo cuando lo pienso.

—Por lo que parece, la ola que se abatió sobre la plataforma también acabó con el modelo lineal —dijo Zavala.

—Lo barrió de la superficie del mar. Aquella ola superaba en más de diez metros la máxima altura que el modelo hubiese calculado para la ola de los diez mil años. Un

científico alemán llamado Julián Wolfram instaló un radar en la plataforma *Draupner*. Midió la altura de cada ola que rompió contra la plataforma en un período de cuatro años. Encontró que veinticuatro olas habían superado los límites del modelo lineal.

—Así que las leyendas no eran tales —señaló Austin—. Quizá, después de todo, podría ser que acabase por encontrar a *Minnie la sirena*.

—No me atrevería a decir tanto, pero la investigación de Wolfram demostró que las leyendas tenían una base real. Cuando elaboró la gráfica, encontró que estas nuevas olas eran más altas, y más grandes, que las olas comunes. El trabajo de Wolfram fue como el estallido de una bomba para la industria naviera. Durante años, los arquitectos navales habían empleado el modelo lineal para construir barcos lo bastante fuertes como para soportar el embate de olas de no más de quince metros de altura. También los pronósticos meteorológicos se basaban en la misma premisa errónea.

—Por lo que dice, todas las naves en el mundo corrían el riesgo de ser hundidas por una ola asesina —manifestó Zavala.

—Así es. Hubiese sido un coste de miles de millones reacondicionar y rediseñar los barcos. La posibilidad de un desastre económico alentó a que se hiciesen más estudios. La atención se centró en la costa de Sudáfrica, donde muchos marineros habían visto olas gigantes. Cuando los científicos analizaron los accidentes navales en el cabo de Buena Esperanza, comprobaron que habían tenido lugar en paralelo a la «corriente de Agulhus». Las olas gigantes parecían producirse básicamente allí donde las corrientes cálidas se encontraban con las frías. Durante un período de diez años a partir de 1990 se perdieron veinte barcos en aquella zona.

—La industria naval debió de dormir más tranquila —dijo Austin—. Los barcos solo tenían que mantenerse apartados de aquella vecindad.

—Aprendieron que no era así de sencillo. En 1995, el *Queen Elizabeth II* se encontró con una ola de treinta metros en el Atlántico norte. En 2001, dos supertransatlánticos de turismo, el *Bremen* y el *Caledonian Star*, fueron sacudidos por olas de treinta metros muy lejos de la corriente. Ambos sobrevivieron para contar lo sucedido.

—Eso sugiere que la «corriente de Agulhus» no es el único lugar donde aparecen estas olas —señaló Austin.

—Correcto. No había corrientes opuestas cerca de dichas naves. Cotejamos esta información con las estadísticas y nos encontramos con algunas conclusiones inquietantes. Más de doscientos superpetroleros y portacontenedores con esloras superiores a los doscientos metros se habían hundido en los mares del mundo durante un período de veinte años. Las olas gigantes aparecieron como la causa principal de los hundimientos.

—Son unas estadísticas bastante graves.

—¡Son horrendas! Debido a las serias implicaciones para la navegación, nos hemos dedicado a mejorar el diseño de barcos, y ver si es posible el pronóstico.

—Me pregunto si el proyecto en el que trabajan los Trout tendrá algo que ver con estas superolas —dijo Zavala.

—Paul Trout, y su esposa, Gamay Morgan-Trout, son nuestros colegas en la NUMA —le explicó Austin al profesor—. Ahora se encuentran en el *Benjamín Franklin*, un barco de la NOAA, para participar en un estudio de los remolinos en esta zona.

Adler se pellizcó la barbilla con una expresión pensativa.

—Es una sugerencia valiosa. Desde luego vale la pena considerarla. Ahora mismo no descarto nada.

—Mencionó usted algo sobre el pronóstico de estas olas gigantes —le recordó Austin.

—Poco después de los incidentes del *Bremen* y el *Caledonian Star*, los europeos lanzaron un satélite para el estudio de los océanos. En un plazo de tres semanas, el satélite registró diez olas similares a las que casi habían hundido a los dos barcos.

—¿Alguien ha conseguido deducir la causa de las olas asesinas?

—Algunos hemos estado trabajando con un principio de mecánica cuántica llamada la «ecuación de Schrödinger». Es un tanto complicada, pero explica la manera como las cosas pueden aparecer y desaparecer sin ninguna razón aparente. La «ola vampiro» es un buen nombre para el fenómeno. Chupan la energía de las otras olas y, voila, tenemos a nuestro monstruo gigante. Todavía no sabemos cuál es la causa que lo provoca.

—Por lo que dice, cualquier barco cuyo casco fue construido para soportar condiciones marítimas calculadas de acuerdo con el modelo lineal podría sufrir el mismo destino que el *Southern Belle*.

—Oh, va mucho más allá, Kurt. Mucho más.

—No le entiendo.

—Los diseñadores del *Southern Belle* incorporaron todas las nuevas informaciones de las olas gigantes en su trabajo. El *Belle* tenía un castillo de proa cubierto, doble casco, y reforzados los escotillones transversales para evitar las inundaciones.

Austin miró al científico durante unos segundos. Meditó sus palabras.

—Eso significaría que el barco pudo encontrarse con una ola de más de treinta metros de altura.

Adler le señaló la pantalla del ordenador. La imagen mostraba una serie de olas y medidas.

—Se produjeron dos olas gigantes, una de ellas de treinta y cuatro metros de

altura para ser exactos. Tomamos estas imágenes desde un satélite.

El científico había esperado que sus palabras impresionasen a los dos hombres, pero ambos respondieron con expresiones de gran interés y no con exclamaciones de incredulidad. Comprendió que había acertado al conseguir el favor de Rudi Gunn cuando Austin se volvió hacia su amigo y con la mayor tranquilidad le dijo:

—Por lo que se ve, tendríamos que haber traído nuestras tablas de surf.

Capítulo 5

Big Mountain, Montana

El viejo se bajó del telesilla y esquió con paso vigoroso hasta lo alto de la pendiente de Black Diamond. Se detuvo en la cumbre de la colina, y sus ojos color cobalto contemplaron el magnífico panorama de cielo y montañas. Desde una altura de dos mil quinientos metros, disponía de una vista de pájaro del Flathead Valley y Whitefish Lake. Los picos nevados del parque nacional de los glaciares resplandecían en el este. Hacia el norte se extendían las serradas cumbres de las Rocosas canadienses.

La cima pelada estaba libre de bruma. Ni el más mínimo asomo de una nube manchaba el luminoso cielo azul. Mientras el cálido sol le bronceaba el rostro, pensó en la deuda que tenía con las montañas. No tenía ninguna duda. Sin la claridad ofrecida por los picos, se hubiese vuelto loco.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Europa había comenzado a recuperarse, pero su mente era una selva de oscuros murmullos. No tenía importancia que hubiese puesto sus letales habilidades al servicio de la Resistencia. Continuaba siendo un autómatas asesino, pero con un terrible defecto: la humanidad. Como cualquier máquina de precisión con una avería, con el tiempo hubiese acabado hecho trizas.

Había abandonado el continente asolado por la guerra para ir a Nueva York, y después había seguido hacia el oeste hasta alejarse miles de kilómetros del humeante matadero europeo. Se había construido una sencilla cabaña de troncos él solo con herramientas de mano. La agotadora tarea y el aire puro habían limpiado los más oscuros recesos de su memoria. Las violentas pesadillas desaparecieron poco a poco. Podía dormir sin un arma debajo de la almohada y un puñal atado al muslo.

Con el paso de los años, había pasado de ser una implacable máquina de matar a esquiador impenitente. El pelo rubio cortado muy corto en su juventud tenía ahora el color del peltre y le crecía por encima de las orejas. Un descuido bigote hacía juego con las gruesas cejas. Su tez había adquirido el color del cuero.

Mientras miraba con los ojos entrecerrados para protegerlos del resplandor del sol en la nieve, apareció una sonrisa en su rostro alargado. No era un hombre religioso. No encontraba motivos para creer en un Supremo Hacedor que hubiese creado algo tan absurdo como el hombre. Si tuviese que optar por alguna religión, escogería el druidismo, porque tenía mucho más sentido rendir culto a un árbol que a cualquier deidad. Al mismo tiempo, consideraba todo viaje hasta la cima de una montaña como una experiencia espiritual.

Este sería el último descenso de la temporada. La nieve se había mantenido hasta bien entrada la primavera como ocurría siempre a gran altitud, pero el invierno había tenido que claudicar. Trozos de tierra marrón se veían a través de la delgada capa

blanca, y el aire dominaba el olor a tierra húmeda.

Se colocó las gafas y se empujó con los bastones para bajar por la cara norte del North Bowl y ganar velocidad antes de iniciar la primera vuelta. Siempre comenzaba el día por el mismo sendero, una rápida cuenca entre silenciosos fantasmas de nieve; extrañas criaturas espectrales que se creaban cuando el viento y la niebla cubrían los árboles con escarcha.

Realizaba las suaves vueltas que había aprendido en la infancia cuando esquiaba en Kitzbuhl, Austria.

Al final de la cuenca, se lanzó por el tobogán de Schmidt's y salió a un claro. Excepto por los más entusiastas esquiadores, la mayoría de la gente había colgado los esquís para ocuparse de sus barcas y los equipos de pesca. Parecía como si fuese el amo de la montaña.

Pero cuando Schroeder salió de entre los árboles a campo abierto, otros dos esquiadores salieron de un bosquecillo de abetos.

Esquiaban a unos centenares de metros detrás, uno a cada lado de la pista. Él se movió al mismo paso, y efectuó vueltas cortas para darles paso. En cambio, en lugar de adelantarlo, replicaron sus giros, hasta que se encontraron esquiando de tres en fondo. Un radar mental que llevaba mucho tiempo en desuso se puso en marcha. Demasiado tarde. Los esquiadores se cerraron hacia él como las mandíbulas de unos alicates.

El hombre mayor se detuvo en un borde del sendero. Sus escoltas frenaron como jugadores de hockey y levantaron surtidores de nieve, uno más arriba y el otro más abajo. Los cuerpos musculosos tensaban la telas de los monos plateados. Sus rostros quedaban ocultos por las gafas espejo. Solo se veían las barbillas.

Los hombres lo miraron sin decir palabra. Se trataba del viejo juego de la intimidación silenciosa. Él les dedicó una sonrisa de cocodrilo.

—Buenas —saludó alegremente con el tono del oeste que había practicado durante años—. Hacen pocos días como este.

El esquiador de más arriba le respondió con un lento deje sureño:

—Si no me equivoco, usted es Karl Schroeder.

El nombre que había descartado décadas atrás le sonó sorprendentemente extraño, pero mantuvo la sonrisa.

—Creo que se equivoca, amigo. Me llamo Svensen. Arne Svensen.

El esquiador se tomó su tiempo para clavar los bastones en la nieve, quitarse un guante, meter la mano en el interior del mono y sacar una pistola PPK Walther.

—No me venga con esas, Arne. Hemos comprobado la identidad con sus huellas dactilares.

Imposible.

—Creo que me confunde con algún otro.

—¿No lo recuerda? —El hombre se rió—. Estábamos detrás de usted en el bar.

Schroeder rebuscó en su memoria y recordó un incidente en el Hell Roaring Saloon, el abrevadero que frecuentaban los esquiadores al pie de la montaña. Había estado bajando cervezas como solo pueden hacer los austríacos. Había vuelto a su taburete después de una pausa para ir al lavabo y su media jarra había desaparecido. El bar estaba muy concurrido, y dedujo que algún otro cliente se la había llevado por error.

—La jarra de cerveza. Fue usted.

—Lo estuvimos vigilando durante una hora, pero valió la pena. Nos dejó un juego completo de huellas. Desde entonces nos ha tenido pegados al culo.

Se escuchó el deslizar de unos esquís que bajaban la pendiente.

—No se le ocurra hacer ninguna tontería —le advirtió el hombre que miró hacia arriba.

Tapó el arma con la mano enguantada.

Un momento más tarde, un esquiador solitario pasó como una centella y siguió su camino sin prestarles atención.

Schroeder siempre había tenido claro que su transformación de ejecutor a ser humano lo haría vulnerable. Pero había llegado a creer que su nueva identidad había conseguido aislarlo completamente de su antigua vida. El arma que le apuntaba al corazón era la prueba palpable de su error.

—¿Qué quiere? —preguntó Schroeder, con el tono de derrota del fugitivo al que finalmente han conseguido atrapar.

—Quiero que se calle y haga lo que le digo. Me han dicho que es un antiguo soldado, así que sabe acatar las órdenes.

—Vaya soldado —comentó el otro hombre con un claro desprecio—. Lo único que veo desde aquí es un fugado que se mea en los pantalones.

Ambos se rieron.

Bien.

Sabía que había estado en el ejército, pero intuyó que no sabían que se había graduado en una de las escuelas de asesinos más famosas del mundo. Había mantenido sus conocimientos de las artes marciales y su puntería siempre al máximo, y, aunque rondaba los ochenta, el ejercicio físico y la vida al aire libre habían mantenido un cuerpo que muchos hombres con la mitad de su edad le hubiesen envidiado.

Permaneció calmado y confiado. Estaban en su terreno, donde conocía cada árbol y piedra.

—Fui un soldado hace mucho tiempo. Ahora solo soy un viejo. —Agachó la cabeza y encorvó los hombros para dar una imagen de sumisión, y añadió un ligero temblor a su voz profunda.

—Sabemos mucho más de usted de lo que cree —afirmó el hombre con la pistola—. Sabemos lo que come, dónde duerme. Sabemos dónde viven usted y su chucho. Habían estado en su casa.

—Donde vivía el chucho —puntualizó el otro hombre. Schroeder lo miró.

—¿Mataron a mi perro? ¿Por qué?

—El «pequeñajo» no dejaba de ladrar. Le dimos una píldora para que se callara.

La pequeña dachshund a la que él le había puesto el nombre de *Schatsky* probablemente había ladrado de alegría al ver a los intrusos.

Notó un frío que le recorrió todo el cuerpo. En su mente, escuchó a su maestro, el profesor Heinz. El psicópata con los ojos azules de un querubín había sido recompensado con un puesto de profesor en el monasterio de Wevelsburg por su trabajo de diseñar la máquina de la muerte nazi.

«En las manos expertas, casi cualquier objeto común se puede convertir en un arma letal —decía el profesor con su voz suave—. La punta de este periódico bien enrollado para convertirlo en una porra puede romper la nariz de un hombre y hacer que las astillas de hueso se claven en su cerebro. Esta estilográfica puede atravesar un ojo y causar la muerte. Esta pulsera de reloj metálica colocada sobre los nudillos es capaz de destrozar los huesos faciales. Este cinturón es un magnífico garrote si no tienen tiempo para sacarse los cordones de las botas...»

Las manos de Schroeder apretaron con fuerza las empuñaduras de los bastones.

—Haré lo que me digan. Quizá haya una manera de resolver esto.

—Claro —dijo el pistolero y esbozó una sonrisa—. Primero, quiero que baje esquiando sin prisas hasta el pie de la montaña. Siga a mi amigo amante de los perros. Él también lleva un arma. Yo le seguiré de cerca. Al final de la pista, quítese los esquís, déjelos en los soportes y vaya al aparcamiento este.

—¿Puedo preguntar adonde me llevan?

—Nosotros no lo llevamos a ninguna parte. Solo lo entregamos.

—Piense en nosotros como si fuésemos FedEx o UPS —dijo el otro hombre.

—No es nada personal —señaló su compañero—. Solo es un trabajo. Adelante. Con calma. —Hizo un gesto con el arma, y después la guardó para poder esquiar sin estorbos.

Con el hombre de más abajo en cabeza y Schroeder en el medio, bajaron en fila india a una velocidad moderada. Schroeder juzgó al hombre que tenía delante como un esquiador agresivo que compensaba su falta de capacidad técnica con la fuerza de los músculos. Miró a su escolta. Le bastó una mirada para saber que era el menos experto de los dos. Así y todo, eran jóvenes, fuertes, y tenían armas.

Pasó un «snowboarder» y desapareció sendero abajo.

Schroeder calculó que su escolta seguiría instintivamente con la mirada al objeto

en movimiento y realizó su jugada. Se volvió, pero en lugar de continuar a través realizó un giro de ciento ochenta grados para quedar de cara hacia la cumbre.

Su escolta no advirtió la maniobra hasta que fue demasiado tarde. Intentó frenar. Schroeder afirmó el esquí de más abajo en la nieve. Sujetó el bastón derecho con las dos manos, mientras que el otro quedaba colgando de la correa, y clavó la punta de acero en la pequeña parte carnososa de la garganta que sobresalía por encima del cuello cisne.

El hombre aún se movía cuando la punta le abrió un agujero desgarrado en la garganta por debajo de la nuez. Dejó escapar un grito ahogado, le fallaron las piernas y cayó en la nieve donde se revolcó en las garras de una espantosa agonía.

Schroeder esquivó el cuerpo que se retorció como un torero que elude al toro herido.

El hombre en cabeza miró por encima del hombro. Schroeder recuperó la improvisada lanza. Clavó los bastones y se lanzó pista abajo. Descargó un golpe con el codo derecho en el rostro del hombre y consiguió hacerle perder el equilibrio. Con las rodillas flexionadas y la cabeza agachada, continuó en línea recta hasta acercarse al final de la pendiente, donde la pista viraba bruscamente a la derecha.

El segundo esquiador debía llevar una metralleta oculta en el interior del mono porque una descarga de fuego automático rompió el silencio de las cumbres.

Los disparos pasaron muy altos y destrozaron unas cuantas ramas de los pinos.

Un segundo más tarde, Schroeder se había puesto fuera de la línea de tiro.

Se metió en una angosta pista negra que serpenteaba por la ladera como un sacacorchos. El personal de la estación había colocado cinta amarilla y un cartel donde se decía que la pista estaba cerrada.

Schroeder pasó por debajo de la cinta. La pista bajaba casi en vertical. La nieve mostraba un tinte marrón, allí donde el grosor era mínimo. Había grandes trozos de tierra al descubierto. Las piedras que normalmente estaban ocultas debajo de la nieve se veían con toda claridad.

Escuchó más disparos, y saltaron unos surtidores de fango a un par de metros. El tirador se encontraba en lo alto del risco.

Schroeder esquió entre la tierra y las rocas. Los esquís pasaron por el fango y casi se frenaron, pero aún quedaban unos centímetros de nieve que bastaron para que los patines continuaran deslizando.

Buscó el camino a través de un campo de pequeños montículos de nieve dura y llegó a una pendiente donde la capa de nieve era adecuada. Escuchó detonaciones a su derecha. Su perseguidor esquiaba por un sendero paralelo, y disparaba a través de la zona que los separaba. La mayoría de los proyectiles acabaron en los árboles. El pistolero vio el fallo y entró en el bosque que los separaba.

La silueta del hombre parecía la de un canguro que hubiese tomado esteroides,

pero se abrió camino con saltos y derrapes. Schroeder vio que el hombre saldría de entre los árboles por debajo, desde donde podrían disparar a placer.

El hombre se cayó una vez, y se apresuró a levantarse, pero la demora le daría tiempo a Schroeder para rebasarlo antes de que saliese a campo abierto. Pero seguiría siendo un blanco fácil. Así que, cuando el perseguidor salió de entre los árboles a un lado de la pista, Schroeder cargó contra él.

El hombre vio cómo Schroeder se le echaba encima y buscó el arma.

Schroeder descargó un mandoble con el bastón contra el rostro descubierto del hombre como si fuese un cosaco a la carga. El golpe fue un poco alto y le destrozó las gafas. El pistolero perdió el equilibrio. Patinó primero en un esquí, luego en el otro. El arma voló de su mano. Como si fuese un borracho que camina haciendo eses, y agitando los brazos, pasó por encima del borde del sendero, donde había una caída de casi siete metros hasta los árboles.

Acabó colgado cabeza abajo en una depresión de nieve alrededor de un gigantesco abeto. Los esquís se habían enredado en las ramas bajas. Forcejeó para soltarse los herrajes, pero quedaban fuera de su alcance. Se quedó colgado, indefenso. Jadeaba al respirar.

Schroeder bajó la pendiente de lado. Recogió la Uzi donde el hombre la había dejado caer y la sostuvo por el aro del gatillo.

—¿Para quién trabaja? —preguntó Schroeder.

El hombre consiguió subirse las gafas rotas.

—Acmé Security —respondió, con voz ahogada.

—¿Acmé? —Schroeder sonrió.

—Es una empresa grande situada en Virginia.

—Sabe quién soy, así que debe saber por qué me quieren.

El hombre sacudió la cabeza.

—¿Qué iban a hacer conmigo?

—Teníamos que entregarlo a unas personas en la estación. Tenía que haber un coche para llevárselo.

—Me han estado vigilando durante días. Sabe más de lo que cuenta. Quiero saber lo que le dijeron. —Su voz sonó tranquilizadora—. Le doy mi palabra de que no lo mataré. Mire. —Arrojó la Uzi entre los árboles.

Una expresión de sospecha apareció en el rostro del hombre, pero decidió arriesgarse.

—Comentaron algo de la foto de una muchacha que encontramos en su casa. Crean que usted sabe dónde está.

—¿Qué quieren con ella?

—No lo sé.

Schroeder asintió.

—Una cosa más. ¿Quién mató a *Schatsky*?

—¿Quién? —El hombre lo miró como si Schroeder hubiese perdido el juicio.

—Mi perra. La que no dejaba de ladrar.

—La mató mi compañero.

—Pero usted no hizo nada para impedirlo.

—Me gustan los perros.

—Le creo. —Schroeder se apartó y comenzó a subir la cuesta.

—No puede dejarme aquí —gritó el hombre, aterrorizado.

—Solo dije que no lo mataría —respondió Schroeder—. Nunca dije que lo sacaría. No se preocupe. Estoy seguro de que lo encontrarán cuando se derrita la nieve.

La temperatura bajaría de cero aquella noche. Los órganos vitales del cuerpo humano no estaban pensados para funcionar boca abajo, y el hombre no tardaría mucho en morir asfixiado.

Schroeder esquió hasta el pie de la montaña y buscó un lugar desde donde se veía el aparcamiento. Vio un todoterreno Yukon negro con los cristales tintados. Había tres hombres junto al vehículo que miraban hacia lo alto de la montaña. Se preguntó quiénes serían, pero decidió que no tenía importancia. Por ahora.

Se quitó los esquís, los dejó en un soporte, y fue a los vestuarios. Recogió la riñonera, guardó las botas en la taquilla, se calzó rápidamente los zapatos, y se encaminó hacia el lugar donde tenía aparcada la camioneta.

Echó una ojeada al aparcamiento sin ver nada sospechoso. Caminó a paso ligero hasta el vehículo y subió. Mientras salía del aparcamiento, buscó debajo del asiento la pistola y la colocó sobre su falda.

Consideró su próximo movimiento. Sería peligroso regresar a su casa. Salió de la ciudad para ir hacia el Glacier National Park. Veinte minutos más tarde, se detuvo delante de un pequeño edificio destartado. El cartel en la fachada decía: Glacier Park Wilderness Touring Company and Camps. Era una de las varias empresas y propiedades en las que Schroeder había invertido a través de compañías fantasma. Detrás del edificio había varias cabañas que alquilaba en verano.

Aparcó en la parte de atrás, entró en la cabaña reservada para su propio uso y apartó la apolillada cabeza de reno colgada sobre la repisa de la chimenea para dejar a la vista una caja de caudales. Marcó la combinación y la abrió. Dentro había una caja llena de dinero, que se metió en los bolsillos de la parka junto con licencias de conducir falsas, pasaportes y tarjetas de crédito.

Fue al baño y se afeitó el bigote. Se tiñó el pelo de castaño para que correspondiese a la foto de su carnet de identidad, y de un armario sacó una maleta preparada de antemano. Tardó menos de treinta minutos en cambiar de identidad. La rapidez era esencial. Quienquiera que fuese el que había encontrado un camino entre

la red de falsas identidades que había tejido debía de tener considerables recursos a su disposición. Solo era una cuestión de tiempo que lo rastreasen hasta ese lugar.

Alguien podría estar vigilando el pequeño aeropuerto de Kalispell. Decidió ir hasta Missoula y alquilar un coche. A medio camino de su destino, se detuvo delante de una cabina de teléfono público. Con una tarjeta de prepago, llamó a un número de larga distancia. Mientras sonaba el teléfono, contuvo el aliento. Se preguntó si ella aún lo recordaría. Había pasado mucho tiempo. Contestó un hombre. Dijeron unas pocas palabras y colgó. Había una mirada de desilusión en sus ojos.

No había límite de velocidad en Montana. Mientras mantenía pisado el acelerador a fondo, se preguntó cómo el genio había escapado de nuevo de la lámpara. El era mucho más joven la primera vez que lo había encerrado, y ahora se preguntaba si, a su edad, conseguiría hacerlo otra vez.

Pensó en la muchacha. El retrato en su dormitorio lo había hecho un estudio comercial. Podían localizarlo. Creía que los archivos del ordenador estaban limpios, pero nunca se podía estar seguro del todo. Después estaban los registros de las llamadas telefónicas. Con la vejez se había vuelto descuidado. Solo era una cuestión de tiempo que diesen con ella. Se preguntó qué aspecto tendría. La última vez que la había visto había sido en el funeral de su abuelo. Dejó vagar la mente, y revivió los acontecimientos que lo ligaban con la joven.

Corría el año 1948. El vivía en su cabaña de troncos en Montana. Aunque tenía acceso a una fortuna depositada en cuentas suizas, se ganaba la vida con trabajos sueltos y como guía de los turistas que visitaban los glaciares. Un cliente, un empresario de Detroit, había dejado una revista en la cabaña. Schroeder se encargaba de la limpieza, y le había echado una ojeada. Así fue como descubrió qué había sido de Lazlo Kovacs desde la noche aquella en que el *Wilhelm Gustloff* se había ido a pique.

El artículo hablaba de una compañía fundada por el doctor Janos, un emprendedor refugiado húngaro. La empresa estaba sacando al mercado una serie de nuevos productos, todos ellos basados en las propiedades electromagnéticas, y Janos se había hecho millonario. Schroeder sonrió. No había ninguna foto del inventor, pero el genio de Kovacs aparecía en cada objeto.

Era la temporada de fango entre el esquí y el senderismo, así que un día preparó la maleta y tomó el tren a Detroit. Encontró el laboratorio Janos en un edificio sin identificar. Había tenido que preguntar a varias personas del vecindario dónde estaba el laboratorio.

Vigiló la puerta principal desde un coche aparcado. La paciencia que había aprendido a tener cuando perseguía a seres humanos acabó por ser recompensada. Una limusina Cadillac llegó delante del edificio, pero en lugar de detenerse continuó para girar por un callejón en la parte de atrás. Se marchó antes de que pudiese ver

quién había subido. Siguió al coche hasta el exclusivo barrio de Grosse Pointe, donde vivían muchos ejecutivos de la industria del automóvil. Perdió de vista la limusina cuando atravesó la verja de una finca cerrada con un muro.

A la tarde siguiente, estaba de nuevo en el laboratorio. Aparcó donde veía con claridad el callejón trasero. Cuando llegó la limusina, se bajó del coche y caminó hacia el callejón. El chófer, que mantenía la puerta abierta, lo miró pero probablemente tomó a Schroeder por un vagabundo.

Un hombre salió por la puerta trasera y caminó hacia el coche. Miró en dirección a Schroeder, amagó subir, y después miró de nuevo. Una gran sonrisa apareció en su rostro. Para extrañeza del chófer, su rico patrón se apresuró a abrazar al vagabundo con gran entusiasmo.

—Después de todos estos años. Dios bendito, ¿qué haces aquí?

—Pensé que a lo mejor te agradaría hacer un viaje por la nieve —respondió Schroeder, sonriente.

Kovacs lo contempló con una mirada de horror fingido.

—No si tú estás al volante.

—Se te ve bien, viejo amigo.

—Sí, a ti también. Sin embargo, diferente. Dudé en el primer momento. Pero era el mismo Karl de siempre.

—No tendría que haber venido aquí —comentó Schroeder.

—Por favor, amigo mío, estaba escrito en el destino que volveríamos a encontrarnos. Tengo tanto que agradecerte.

—Saber que estás bien y próspero ya me basta. Ahora debo irme.

—Primero tenemos que hablar. —Kovacs le dijo al chófer que esperase y lo llevó al laboratorio—. Aquí no hay nadie.

Pasaron por las salas llenas de unos equipos eléctricos que se hubiesen sentido muy a gusto en el laboratorio del doctor Frankenstein, y se acomodaron en un lujoso despacho.

—Te han ido muy bien las cosas —dijo Schroeder—. Me alegro.

—He sido muy afortunado. ¿Qué tal tú?

—Soy feliz, aunque mi casa no tiene un aspecto de millonario como la tuya.

—¿Has estado en mi casa? Por supuesto, tendría que haberlo sabido. Tocas todas las bases, como dicen en nuestro país de adopción.

—¿Tienes familia?

Una fugaz nube pasó por el rostro de Kovacs, pero después sonrió.

—Sí, me he vuelto a casar. ¿Y tú?

—Ha habido muchas mujeres, pero continuo siendo un solitario.

—Muy desafortunado. Me gustaría presentarte a mi esposa e hijo.

Schroeder sacudió la cabeza. Hasta aquí podían llegar. Kovacs dijo que lo

entendía. La presencia de Schroeder plantearía demasiadas preguntas. Ambos aún tenían enemigos en el mundo. Hablaron durante otra hora, hasta que Schroeder finalmente formuló la pregunta que tenía en mente.

—Has enterrado las frecuencias, ¿no?

Kovacs se tocó la frente.

—Están aquí, para siempre.

—Ya sabes que hubo un intento de utilizar tu trabajo. Los rusos encontraron documentos y equipos en el laboratorio e intentaron hacerlo servir en su beneficio.

—Soy como la tía que escribe la receta de sus galletas para la familia —dijo Kovacs, con una sonrisa—, pero se guarda un ingrediente importante. Sus experimentos solo pudieron llevarlos hasta un punto.

—Lo intentaron. En este país realizaron investigaciones similares en cuanto el gobierno se enteró de lo que pasaba. Después las paralizaron.

—No hay necesidad de preocuparse. No he olvidado lo que mi trabajo le hizo a mi primera familia.

Satisfecho con la respuesta, Schroeder dijo que debía marcharse. Se dieron la mano y un último abrazo. Schroeder le dejó a Kovacs una dirección de contacto, por si lo necesitaban. Prometieron hablar de nuevo, pero pasaron años sin llamarse. Entonces, un día, Schroeder encontró en su casilla de correos un mensaje del húngaro.

«De nuevo necesito de tu ayuda», decía el mensaje.

Cuando llamó, el científico le dijo:

—Ha sucedido algo terrible.

Esta vez, Schroeder fue directamente a la mansión en Grosse Pointe. Kovacs lo recibió en la puerta. Tenía un aspecto terrible. Había envejecido bien, el único cambio visible era las canas, pero ahora tenía unas bolsas oscuras debajo de los ojos, y la voz ronca como si hubiese estado llorando. Se sentaron en el estudio, y Kovacs le explicó que su esposa había muerto unos pocos años antes. Su hijo se había casado con una mujer maravillosa, pero ambos habían muerto en un accidente de coche unas semanas atrás.

Kovacs le dio las gracias cuando Schroeder le expresó sus condolencias, y dijo que había algo en lo que podría ayudarlo. Habló por el intercomunicador, y a los pocos minutos entró una niñera. Sostenía en brazos a un precioso bebé rubio.

—Mi nieta, Karla —le informó Kovacs, mientras cogía a la niña en brazos, orgulloso a más no poder—. Lleva el nombre de un viejo amigo quien, espero, muy pronto será su padrino.

Le pasó el bebé a Schroeder, que la sostuvo torpemente en los brazos. Se sintió conmovido por la invitación y aceptó la responsabilidad. Mientras la niña crecía, realizó varios viajes a Grosse Pointe, donde se le recibía como al tío Karl, y se había

admirado de su gracia e inteligencia. En una ocasión, ella y su abuelo habían pasado unos días en Montana. Estaban sentados en la galería de la cabaña, entretenidos en mirar cómo la niña perseguía a las mariposas, cuando Kovacs le dijo que tenía una enfermedad mortal.

—No tardaré en morir. Mi nieta está bien provista. Pero quiero que me jures que la vigilarás de la misma manera que una vez me vigilaste a mí y la protegerás de cualquier peligro.

—Será un placer —respondió Schroeder, sin siquiera imaginar que podría llegar el día en que tuviese que cumplir el compromiso.

La última vez que había visto a Karla había sido en el funeral de su abuelo. Ya había comenzado a ir a la universidad y estaba muy ocupada con los estudios y los amigos. Se había convertido en una muchacha encantadora e inteligente. El la había llamado de vez en cuando para asegurarse de que se encontraba bien, y siguió su carrera con orgullo. Habían pasado años desde que se habían visto. Se preguntó si ella lo reconocería.

Apretó las mandíbulas con renovada decisión.

Fuera como fuese, tendría que llegar a Karla antes de que ellos lo hiciesen.

Capítulo 6

El *Intruder* se deslizó a través del agua oscura con una explosión de burbujas que dispersó a un cardumen como las hojas barridas por el viento. Mientras el torpedo de un metro cincuenta de longitud volaba a través del mar, el transductor que pulsaba debajo de su piel metálica disparaba ráfagas de energía contra el fondo. Un receptor electrónico captaba los ecos, y los datos del sonar se transmitían a la velocidad de la luz por un cable de fibra óptica blindado de centenares de metros de longitud. El grueso cable serpenteaba por la cubierta de barco con el casco pintado de color azul turquesa que dejaba una amplia estela en la superficie del océano a unas doscientas millas al este de la costa atlántica de Estados Unidos.

El cable acababa en la sala de control de exploración en la cubierta principal de la nave. Austin estaba delante de la resplandeciente pantalla, para analizar las imágenes del sonar lateral. Esta era una revolucionaria herramienta de exploración submarina diseñada por el difunto doctor Harold Edgerton que permitía una rápida exploración de grandes zonas del fondo marino.

Una línea vertical negra que iba de arriba abajo de la pantalla marcaba el rumbo del barco de exploración. Las anchas bandas de color a cada lado correspondían a las zonas de babor y estribor que estaban siendo exploradas por el sonar lateral. Los datos de navegación y la hora aparecían en el lado derecho de la pantalla.

Austin observaba la pantalla, su rostro bañado por la luz ámbar, alerta a cualquier alteración visual. Se trataba de un trabajo fatigoso, y llevaba haciéndolo desde hacía dos horas. Desvió la mirada y se frotaba los ojos cuando Zavala y Adler entraron en la sala. Zavala traía un jarra de café y tres tazas que había recogido en el comedor.

—La pausa para el café —dijo.

Llenó las tazas y las repartió.

El café caliente le quemó los labios a Austin, pero lo reanimó.

—Gracias por la dosis de cafeína. Comenzaba a dormirme.

—Yo puedo hacer el siguiente turno —ofreció Zavala.

—Gracias. Por ahora dejaré el escáner en automático, y os enseñaré a ti y al profesor lo que hemos estado haciendo.

Austin conectó el monitor del sonar para que sonase si captaba algún objeto de más de quince metros de longitud, y los tres hombres se reunieron alrededor de una mesa de cartas.

—Estamos realizando una búsqueda de medio alcance para cubrir el máximo de terreno posible sin distorsionar los resultados. Aquí la profundidad es de unos ciento setenta metros. Hemos marcado unos cuadrados de doce millas a lo largo del presunto rumbo del barco desaparecido. —Pasó el dedo a lo largo del perímetro de un cuadrado trazado con rotulador en la lámina de plástico transparente que protegía la

carta náutica—. El barco recorre unas líneas paralelas imaginarias en cada cuadrado como quien corta el césped. Estamos más o menos por la mitad de este cuadrado. Si no localizamos a la nave en este sector, tendremos que probar en los siguientes.

—¿Ha aparecido algo interesante? —preguntó Zavala.

Austin hizo una mueca.

—Ni una sola sirena, si es eso lo que te interesa. La mayor parte es fondo plano con sedimentos duros aquí y allá, peñascos, hoyas y depresiones, peces y cosas por el estilo. Ni una sola señal de nuestro barco, o de cualquier otro.

Adler sacudió la cabeza en una muestra de frustración.

—Nadie creería que fuese tan condenadamente difícil encontrar un barco que es más largo que dos campos de fútbol unidos con toda esta cantidad de chismes electrónicos.

—Es un océano muy grande. Pero si hay algún barco capaz de encontrar al *Belle*, ese es el *Throckmorton* —afirmó Austin.

—Kurt tiene razón —añadió Zavala—. Los instrumentos en este barco pueden decirle el color de los ojos de un gusano de los respiraderos a mil brazas.

—La biología de las grandes profundidades no es mi especialidad —señaló Adler—, pero no sabía que esas extraordinarias criaturas tuviesen ojos.

—Joe exagera, pero solo un poco —dijo Austin, con una sonrisa—. Los equipos disponibles a bordo del *Throckmorton* hacen válidas las manifestaciones de quienes argumentan que los humanos pueden explorar los fondos oceánicos sin mojarse los pies. En lugar de estar como sardinas en lata en su vehículo sumergible, aquí estamos tomando café mientras el escáner lateral hace todo el trabajo.

—¿Usted qué opina, Kurt?

Austin consideró la pregunta.

—No hay ninguna duda de que alguien como Joe puede construir un vehículo robot submarino que se pueda programar para que lo haga todo excepto traer el periódico y las pantuflas.

Zavala, que además de ingeniero era un mecánico de primera, había diseñado y dirigido la construcción de numerosos vehículos submarinos, tripulados y teledirigidos, para la NUMA.

—Pues ahora que lo mencionas —dijo Zavala—. Estoy trabajando en un diseño que hará todo eso y preparará un margarita de rechupete.

—No me extraña —replicó Austin, y luego señaló las pantallas que llenaban los mamparos—. Pero lo que falta en esta cómoda sala es el ansia por la única cosa que evitará que la raza humana se atrofie como un miembro que no se usa: la aventura.

Adler sonrió al saber que había acertado al solicitar la ayuda de la NUMA. Austin y Zavala eran obviamente dos científicos de primer orden, expertos en las arcanas áreas de la investigación submarina. Pero con su porte atlético, su agudo ingenio y su

amable camaradería los dos hombres de la NUMA parecían rescatados del pasado. Tenían más de espadachines del Siglo XVIII, todo un cambio comparado con los académicos marinos con los que tenía que trabajar, personas taciturnas encerradas exclusivamente en lo suyo. Levantó la taza en un brindis.

—Por la aventura.

Los otros levantaron las tazas.

—Quizá sea el momento de tener a un experto en olas en el equipo de misiones especiales —comentó Austin.

Un sonoro zumbido del monitor del sonar cortó en seco la risa de Adler.

Austin dejó la taza y se acercó a la pantalla del sonar. Observó las imágenes durante unos segundos. Una amplia sonrisa apareció en su rostro y se volvió hacia el profesor.

—Nos dijo que le gustaría evaluar los daños en el *Southern Belle* antes de hablarnos de las teorías que ha estado considerando.

—Sí, es correcto —asintió Adler—. Espero averiguar por qué se hundió el *Belle*.

Austin movió la pantalla para que el profesor pudiese ver la espectral imagen de un barco en el fondo del océano a ciento setenta metros de profundidad.

—Está a punto de tener su oportunidad.

El mar no había perdido el tiempo para reclamar como suyo al *Southern Belle*.

El barco iluminado por los potentes focos del vehículo submarino ya no era la magnífica nave que había surcado el océano como una isla flotante. El casco azul estaba cubierto con un musgo gris verdoso que le daba el aspecto de un perro hirsuto, como si le hubiese crecido piel. Los organismos microscópicos se habían instalado en las algas, y atraían a legiones de peces que buscaban comida en todos los rincones de lo que se había convertido en una gigantesca incubadora de vida marina.

El ROPOS ROV había sido bajado al agua desde la cubierta de popa del *Throckmorton* a los pocos minutos de que Austin hubiese avisado al puente que el escáner del sonar había captado la imagen del barco. El vehículo tenía unos dos metros de longitud, y uno de alto y ancho. A pesar de su aspecto de caja de zapatos, el diseño del ROV había avanzado mucho desde los primeros modelos de vehículos dirigidos por control remoto que eran poco más que una cámara sujeta a un cable. Ahora era un laboratorio capaz de cumplir una amplia variedad de funciones científicas.

Llevaba dos cámaras de vídeo, manipuladores gemelos, herramientas para la recogida de muestras, sonar y canales digitales para la transmisión de datos. El vehículo estaba unido a la nave por un cable de fibra óptica que transmitía las imágenes de las cámaras y otras informaciones, y por donde recibía las órdenes del piloto. Impulsado por un motor eléctrico de cuarenta caballos, el ROV había descendido rápidamente los ciento setenta metros hasta donde el barco yacía en el

fondo apoyado en la quilla.

Joe Zavala, sentado delante de la consola de control, pilotaba al robot submarino con un joystick. Zavala era un piloto con centenares de horas de vuelo en helicópteros, reactores pequeños y aviones de turbohélice, pero para controlar a un objeto en movimiento a una distancia de casi doscientos metros se necesitaba la mano experta de un adolescente aficionado a los videojuegos en los controles.

Con la mirada atenta a la imagen de vídeo que tenía delante, Zavala guió al ROV como si estuviese sentado en su interior. Utilizaba el joystick con mano firme pero delicada, para transmitir al vehículo las órdenes que le permitiesen compensar los sutiles cambios en las corrientes. Además, debía tener la preocupación de que el ROV no se enganchara en su cordón umbilical.

Los ánimos eran sombríos en el abarrotado centro de control. Tripulantes y científicos se habían apiñado en la sala en cuanto se corrió la voz de que habían descubierto al *Southern Belle*. Los silenciosos espectadores miraban las fantasmagóricas imágenes del barco hundido como los asistentes a un funeral.

La realidad había calado después de la excitación inicial del hallazgo del buque. Aquellos que viven en el mar saben que la sólida cubierta debajo de sus pies descansa en los ondulantes fundamentos de una masa de agua tan hermosa como traicionera. Todos a bordo del *Throckmorton* sabían que el barco hundido se había convertido en la tumba de su tripulación. Todos eran conscientes de que podían sufrir el mismo destino. No había señal alguna de los hombres que se habían hundido con el *Southern Belle*, pero era imposible no pensar en los últimos aterradores momentos de la tripulación del carguero.

Totalmente concentrado en su trabajo, Zavala guió al ROV hasta el nivel de la cubierta y lo llevó en un recorrido de proa a popa. En otras circunstancias, hubiese tenido mucho cuidado para evitar que el vehículo no acabase enganchado en los mástiles y las antenas de radio, pero la cubierta del *Belle* se veía lisa como una mesa de billar. La cámara transmitió las imágenes de los muñones de metal de los soportes de las grúas y pescantes utilizados para mover los contenedores y que habían sido arrancadas de cuajo.

Cuando el ROV pasó por encima de la cubierta de popa, los focos alumbraron en un enorme boquete rectangular. Zavala murmuró una exclamación en español, y luego dijo:

—Falta todo el castillo de popa.

—Intenta buscar en la zona inmediata al barco —le indicó Austin, que estaba inclinado sobre el hombro de su compañero.

Zavala movió el joystick, y el vehículo se elevó sobre la cubierta y comenzó a moverse alrededor del barco en una trayectoria de espiral, pero no vieron señal alguna del castillo de popa.

El profesor Adler había observado las imágenes en el más absoluto silencio. Tocó el brazo de Austin y lo llevó hacia un extremo de la sala, lejos de la multitud reunida delante del monitor.

—Creo que es hora de que hablemos —susurró.

Austin asintió. Fue de nuevo hasta la consola de control para decirle a Joe que estaría en la sala de descanso, y luego abandonó la sala en compañía del profesor. Como los que no estaban de servicio se encontraban en el centro de control, atentos a las imágenes del *Belle*, tenían la sala de descanso para ellos solos. Era un lugar muy cómodo, con sillones y butacas de cuero, televisión y DVD, una mesa de billar, otra de tenis de mesa, juegos de salón y un ordenador. Austin y Adler se sentaron en sendas butacas.

—¿Qué opina? —preguntó Adler.

—¿Del *Belle*? No hay que ser un Sherlock Holmes para deducir por qué se hundió. Falta el castillo de popa.

—Tenemos las fotos del satélite que muestran la actividad de olas. No hay ninguna duda de que fue alcanzado por una o más olas asesinas mucho más grandes que cualquiera que hayamos visto antes.

—Cosa que nos lleva de nuevo a sus teorías. Antes no ha querido hablar de ellas. ¿El hallazgo del barco le ha hecho cambiar de opinión?

—Mucho me temo que mis teorías están muy fuera de lo común.

Austin se reclinó en la butaca y entrelazó las manos detrás de la nuca.

—He aprendido que nada es común cuando se trata del océano.

—He vacilado hasta ahora porque no quiero que me señalen como un chalado. La comunidad científica ha tardado años en aceptar la realidad de las olas asesinas. Mis colegas me harían picadillo si supiesen lo que pienso.

—No dejaremos que eso ocurra —afirmó Austin—. Respetaré su confianza.

El profesor se lo agradeció con un gesto.

—Cuando ya no se pudieron negar las pruebas empíricas de estas olas, la Unión Europea lanzó dos satélites con cámaras de alta resolución como parte del proyecto Max Wawe. El objetivo era ver si estas olas existían, y estudiar de qué manera podían influenciar en el diseño de los barcos y las plataformas de extracción de petróleo. Los satélites de la Agencia Espacial Europea podían ofrecer *imagettes*, que abarcaban un sector de diez por cinco kilómetros. En un período de tres semanas, los satélites identificaron más de diez olas gigantes, todas con una altura superior a los veintisiete metros.

Adler fue a sentarse delante del ordenador. Tecleó una serie de órdenes y en la pantalla apareció una imagen del globo terráqueo. El océano Atlántico estaba salpicado con símbolos de olas y números.

—Estoy utilizando los datos del censo del Wave Atlas. Cada símbolo corresponde

a la localización de una ola gigante, y los números indican la altura y la fecha en que se formó. Como ve, hay un incremento en la actividad de las olas en los últimos trece meses, y también en el tamaño de estos monstruos.

Austin acercó una silla a la del profesor. Observó los símbolos. Las olas estaban repartidas al azar por todo el mundo, excepto por algunos grupos.

—¿Observa algo anormal?

—Estos cuatro grupos circulares están separados por la misma distancia en el Atlántico, incluida la zona donde estamos ahora. Dos en el Atlántico Norte. Dos en el sur. ¿Qué hay del Pacífico?

—Me alegra que me lo pregunte. —Adler hizo girar la imagen para que apareciera al océano Pacífico.

Austin soltó un silbido.

—Cuatro grupos similares. Qué curioso.

—Lo mismo pensé yo. —Una leve sonrisa apareció en el rostro del científico—. Medí los grupos y encontré que son exactamente equidistantes en cada océano.

—¿Qué me está diciendo, profesor?

—Que al parecer aquí hay un plan consciente. Estas olas son obra del hombre o de Dios.

Austin consideró las implicaciones del comentario del profesor.

—Hay una tercera posibilidad —señaló al cabo de un momento—. El hombre que actúa como Dios.

—Eso es algo que queda excluido de la pregunta —dijo Adler.

—No necesariamente. —Austin sonrió—. La humanidad tiene una larga historia de intentos de controlar los elementos.

—Controlar el mar es otro asunto.

—Estoy de acuerdo, pero algunos intentos aunque sean burdos funcionan. Basta con ver los diques y los rompeolas que llevan siglos de existencia.

—Fui uno de los consultores en el proyecto de control de mareas en Venecia, así que sé a qué se refiere. El concepto de detener el océano es relativamente simple. El desafío es la ingeniería. La creación de olas gigantes puede ser mucho más complicado.

—Pero no imposible —puntualizó Austin.

—No, no imposible.

—¿Alguna vez ha pensado en los medios para hacerlo? ¿Algo como gigantescas explosiones submarinas?

—Es muy poco probable. —Adler sacudió la cabeza—. Necesitaría de una explosión nuclear, y sería detectada. ¿Alguna otra idea?

—No a bote pronto. Pero es algo que claramente la NUMA debería investigar.

—No sabe lo feliz que me hace escuchárselo decir —manifestó Adler, con un

tono de alivio—. Creí que me volvería loco.

A Austin se le ocurrió una idea.

—Joe se preguntaba si el trabajo de los Trout podría arrojar alguna luz en este misterio.

—Claro, ya lo recuerdo. Mencionó que un par de colegas de la NUMA están trabajando en otro proyecto en esta zona.

—Al sur de nuestra posición. Están con un grupo de científicos en el *Benjamín Franklin* que pertenece a la NOAA, dedicados al estudio de las implicaciones biológicas de los remolinos gigantes en el Atlántico.

—Como le decía, no descarto nada. Desde luego valdría la pena echar una ojeada.

—Podemos hablar con ellos sobre sus hallazgos cuando volvamos a puerto.

—¿Por qué esperar? —preguntó Adler. Escribió una dirección y una página web apareció en la pantalla, seguida por una imagen de satélite de costa media atlántica—. El satélite que transmite esta imagen puede captar un objeto del tamaño de una sardina.

—Sorpriente —dijo Austin, y se acercó a la pantalla.

Adler «clicó» con el ratón.

—Ahora vemos la temperatura del agua. La banda ondulada de rojo ocre es la corriente del Golfo. La zona azul es agua fría, y los espirales marrones son remolinos de agua caliente. Enfocaré el zoom en nuestro barco.

Utilizó el ratón para que uno de los remolinos llenase la pantalla. El contorno de los dos barcos se veía con toda claridad cerca de la espiral.

—Este punto de aquí es el *Throckmorton*. El otro debe de ser el barco de la NOAA. ¡Caray! Esto es fabuloso.

Austin se inclinó sobre el hombro del profesor.

—¿Qué es ese círculo más pequeño en el cuadrante sudeste?

Adler amplió la imagen.

—Es un remolino aislado. Se comporta de una manera muy curiosa. Los números en los rectángulos indican el nivel y la velocidad del agua. El nivel dentro del remolino parece ir bajando al tiempo que aumenta la velocidad del agua. —Los ojos de Adler no se despegaban de la pantalla. El remolino, que era casi un círculo perfecto, continuaba creciendo—. Dios mío.

—¿Cuál es el problema?

El profesor tocó la pantalla.

—Me parece que somos testigos del nacimiento de un remolino gigante.

Capítulo 7

Gamay Morgan-Trout bajó cuidadosamente el recogedor de muestras Van Dorn por encima de la borda de babor del barco de exploración científica de la NOAA y observó cómo el cilindro de plástico con una capacidad de nueve litros se hundía debajo de las crestas blancas de las olas. Fue soltando poco a poco la fina cuerda que lo sujetaba mientras el artefacto se sumergía centenares de metros hacia el fondo marino.

Después de llenar la botella que se cerraba automáticamente, comenzó a recogerla con la ayuda de su marido. Paul Trout se encargó de sujetar la botella y de subirla a bordo, y después de desengancharla de la cuerda la sostuvo a la luz, como si estuviese observando a trasluz una copa de un vino de añada.

—Esto es absurdo —comentó, con un brillo de picardía en los ojos castaños.

—¿Qué es absurdo?

—Piensa en lo que hacemos.

—Vale —dijo Gamay, intrigada—, acabamos de lanzar una botella por encima de la borda y la subimos llena de agua de mar.

—Tú lo has dicho. Echa una ojeada a este barco. El *Benjamín Franklin* está cargado hasta los topes con equipos de última generación: ecosondas, sonares laterales y de multirrayos, y lo que pidas en hardware y software informático. Pero nosotros no estamos más allá de los viejos marineros que untaban sebo en el cuenco de la sonda para saber cómo era el lecho marino.

—Pues ahora nos toca ir a recoger plancton con una red de pescador de las de antaño. —Gamay sonrió—. Pero que no busquen para el transporte. Me niego a remar. ¿La zodiac está preparada?

—Todo a punto. —Trout observó la superficie del mar con ojo experto—. El viento comienza a refrescar. Se pondrá movido. Tendremos que estar alerta. —Hablaban con el típico acento de los nativos de Nueva Inglaterra.

Gamay miró las crestas blancas que comenzaban a salpicar el gris azulado del agua.

—Quizá no podamos salir durante días si esperamos.

—Es lo que pensaba. —Le dio el recogedor de muestra—. Nos encontraremos en los pescantes de la zodiac.

Gamay llevó la botella al laboratorio. Allí analizarían la muestra para buscar residuos metálicos y organismos. Luego fue a su camarote, se puso un traje de agua encima de los tejanos, el suéter de lana islandés y la camisa de pana, y se recogió la larga cabellera roja debajo de una gorra de béisbol que llevaba el logo de «Amigos del Hunley». Lo último que se puso fue el chaleco salvavidas, y salió para ir a la cubierta de popa.

Trout la esperaba junto a los pescantes que sujetaban a la zodiac de ocho metros de eslora. Vestía impecable como siempre. Debajo del traje de aguas, llevaba tejanos hechos a medida y un suéter de lana de Cachemira. Una de las pajaritas multicolores, que para Trout era un complemento indispensable, adornaba el cuello de la camisa azul de Brooks Brothers. Como un contrapunto a su pulcritud, calzaba unos viejos botines de trabajo, un recuerdo de sus días en el Wood Hole Oceanographic Institution, donde el calzado práctico era de rigor. Llevaba un gorro de lana para protegerse la cabeza.

Los Trout subieron a la embarcación y un marinero se encargó de bajar la zodiac al agua. Paul puso en marcha el motor diésel Volvo Penta mientras Gamay soltaba el cabo de amarre. Se colocaron lado a lado delante de la consola del timón con las piernas separadas como si fuesen conductores de cuadrigas, las rodillas flexionadas para absorber el impacto del casco contra las olas.

La zodiac planeaba sobre la superficie como un delfín juguetero. Paul puso rumbo hacia una esfera naranja que cabeceaba en el agua a un cuarto de milla del barco. Había colocado la boya unas horas antes para disponer de un punto de referencia durante la recogida de plancton.

No era un entorno de trabajo muy hospitalario. Unos negros nubarrones se acercaban rápidamente por el este, y la línea del horizonte apenas si se distinguía entre el gris del cielo y el del mar. La velocidad del viento del este había subido unos cuantos nudos. Una fina llovizna había comenzado a caer de una gruesa capa de nube que ocultaba el sol.

Pero mientras se preparaban para la recogida, los rostros de Paul y Gamay mostraban las expresiones de felicidad que tienen las personas nacidas para el mar cuando están en su elemento natural. Paul había subido a bordo de una barca de pesca con su padre en cuanto aprendió a caminar. Había trabajado en la flota pesquera de Woods Hole en Cape Cod hasta que fue a la universidad.

A Gamay no le preocupaba el mal tiempo, aunque sus antecedentes eran diferentes. Nacida en Racine, Wisconsin, había pasado muchos años de su infancia y adolescencia navegando por las en ocasiones borrascosas aguas de los Grandes Lagos con su padre, un promotor inmobiliario y gran aficionado a la náutica.

—Tienes que admitir que esto es mucho más divertido que empapelar las paredes —comentó Paul mientras acercaba la embarcación a la boya.

Gamay preparaba el equipo de recogida.

—Esto es más divertido que casi cualquier cosa que se me ocurra —replicó, sin hacer caso de las heladas salpicaduras en el rostro.

—Me alegra que hayas tenido el detalle de añadir el «casi» —dijo Paul con una mirada socarrona.

Gamay lo miró con una expresión agria que no concordaba con la risa en los ojos.

—Presta mucha atención a lo que haces o te caerás por la borda.

Los Trout no habían esperado regresar al mar tan pronto. Después de acabar su última operación con el Equipo de Misiones Especiales, habían pensado en disfrutar de unos días de descanso y relajación. Trout había comentado en una ocasión que Gamay seguramente había aprendido técnicas de relajación con un sargento de la Legión Extranjera francesa. Fanática del *fitness* y el ejercicio, no llevaban más de unas horas en la casa cuando ella comenzó con un programa de entrenamiento de nivel olímpico.

Incluso eso no fue suficiente. Gamay tenía el hábito de convertir en máxima prioridad cualquier cosa que le viniese a la mente en un momento dado. Paul comprendió que estaba en problemas cuando, después de pasar juntos un día de excursión por los campos de Virginia en su Humbee, ella miró el empapelado de la sala de la casa en Georgetown que no dejaban de remodelar. Asintió con paciencia de santo mientras Gamay recitaba la lista de proyectos de remodelación que había redactado.

El frenesí remodelador duró solo un día. Gamay pegaba el papel como si le fuese en ello la vida cuando Hank Aubrey, un colega del Scripps Institute of Oceanography, llamó para preguntar si ella y Paul querían participar en un estudio de remolinos oceánicos en la costa media atlántica a bordo del *Benjamín Franklin*.

Aubrey no tuvo necesidad de repetirlo. Trabajar con Austin y el Equipo de Misiones Especiales era un trabajo de ensueño que los había llevado a vivir aventuras en los lugares más exóticos. Pero algunas veces extrañaban la investigación pura de sus años en la universidad.

—¿Remolinos oceánicos? —preguntó Paul después de haber aceptado la invitación—. Todo lo que sé lo leí en las revistas de oceanografía. Grandes y lentos remolinos de agua caliente o fría que algunas veces llegan a tener centenares de millas de diámetro.

—Según Hank —dijo Gamay—, se ha despertado un gran interés por el fenómeno. Los remolinos pueden afectar las plataformas de extracción de petróleo y el tiempo. Por el lado bueno, pueden levantar microorganismos del fondo hasta la superficie y causar una explosión en la cadena alimentaria. Yo me encargaré de estudiar el flujo de nutrientes y su impacto en la pesca comercial y la población de ballenas. Tú puedes encargarte de los componentes geológicos.

—Me encanta cuando dices garrerías —se mofó Paul, al notar el creciente entusiasmo en la voz de su esposa.

Gamay se apartó un mechón de pelo que le había caído sobre la cara.

—Los científicos somos un poco raros cuando se trata de las cosas que nos ponen cachondos.

—¿Qué me dices de empapelar paredes? —dijo Paul.

—Ya llamaremos a alguien para que lo acabe.

Paul arrojó el pincel en el cubo de cola.

—A sus órdenes, «capi».

Los Trout trabajaban juntos con la precisión de un cronómetro suizo. Su trabajo en equipo había sido una cualidad que el antiguo director de la NUMA James Sandecker tomó muy en cuenta a la hora de contratarlos para el Equipo de Misiones Especiales. Ambos tenían treinta y tantos años. Por el aspecto físico, no podía haber pareja más dispar.

Paul era el más serio de los dos. Parecía estar siempre reflexionando, una impresión reforzada por el hábito de agachar la cabeza y mirar como si lo hiciese por encima de unas gafas imaginarias. Cada vez que debía decir algo importante parecía tener que buscarlo en las profundidades de la mente.

Gamay era más abierta y vivaz que su marido. Una mujer alta y delgada que se movía con la gracia de una modelo, tenía una sonrisa deslumbrante con una leve separación entre los caninos, y, si bien no era exuberante o excesivamente sensual, era muy atractiva. Se habían conocido en Scripps, cuando Paul hacía el doctorado en geología marina, y Gamay había cambiado los estudios de arqueología náutica por los de biología marina.

A las pocas horas de haber recibido la llamada, ya estaban a bordo del *Benjamín Franklin*. El *Franklin* contaba con una tripulación de veinte marineros muy experimentados, más diez científicos de diversas universidades y agencias del gobierno. La misión primaria era realizar una exploración hidrográfica de la costa atlántica y el golfo de México.

En un viaje típico, el barco realizaba miles de mediciones exactas de profundidad para generar una imagen del fondo marino y de cualquier pecio o cualquier otra obstrucción presente. La información se utilizaba para actualizar las cartas náuticas de la NOAA, la National Oceanic and Atmospheric Administration.

Aubrey los había recibido en lo alto de la pasarela y les había dado la bienvenida a bordo. Era un hombre menudo cuya inquieta vitalidad, nariz en pico e incesante charla le hacían parecer un loro. Los llevó a su camarote. Después de dejar las maletas, fueron al comedor. Se sentaron a una mesa, y Aubrey les trajo té.

—Caray, es fantástico veros —dijo—. Me alegra mucho que pudieseis uniros al proyecto. ¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que nos encontramos, tres años?

—Mejor di cinco —le corrigió Gamay.

—Vaya. En cualquier caso, es mucho tiempo. Lo recuperaremos en este viaje. El barco zarpa dentro de un par de horas. A menudo pienso en vosotros y vuestro trabajo en la NUMA. Debe de ser fascinante —manifestó Aubrey, con un tono de envidia—. Mi trabajo con los remolinos no es nada comparado con vuestras aventuras.

—No te creas —manifestó Gamay—. Paul y yo soñamos con una oportunidad

para hacer un poco de investigación científica pura y dura. Además, por lo que hemos leído, el trabajo que estáis haciendo afecta a un gran número de personas.

—Supongo que tienes razón. —Aubrey se animó—. Mañana tendremos una sesión de orientación científica. ¿Qué sabéis del fenómeno de los remolinos oceánicos?

—Poca cosa —admitió Gamay— más allá de que los remolinos caen dentro de un campo científico muy poco estudiado.

—Exacto. Por eso esta expedición es de una gran importancia. —Cogió una servilleta de papel y sacó un bolígrafo del bolsillo en un gesto que los Trout habían visto hasta la saciedad—. Ya veréis las fotos enviadas por los satélites, pero esto os enseñará más o menos a lo que nos enfrentamos. Iremos a una zona cercana a la corriente del Golfo, a unas doscientas millas de aquí. Este remolino tiene unas cien millas de diámetro, y está localizado al este de Nueva Jersey, en el borde de la corriente. —Dibujó un círculo irregular en la servilleta.

—Parece un huevo frito —dijo Paul.

A Trout le gustaba tomarle el pelo a Aubrey por su manía de analizar problemas científicos en las servilletas de papel, e incluso una vez le había propuesto recopilarlas en un libro de texto.

—Una licencia artística —replicó Aubrey—. Te da una idea de a qué tenemos que enfrentarnos. Los remolinos oceánicos son básicamente gigantes, se mueven lentamente y llegan a tener una anchura de centenares de millas. Parecen ser originados por las corrientes oceánicas. Algunos giran en el sentido horario. Otros al revés. Pueden transportar calor o frío, y levantar los nutrientes desde el fondo marino a la superficie, con la consecuencia de que afectan el clima y producen un cambio de la vida marina en lo alto de la cadena alimentaria.

—En alguna parte he leído que las flotas pesqueras faenan en los bordes de estas cosas —comentó Trout.

—Los humanos no son los únicos que han descubierto las implicaciones biológicas de los remolinos. —Aubrey trazó unos cuantos dibujos más en la servilleta y se la mostró.

—Ahora parece un huevo frito atacado por un pez gigante —dijo Paul.

—En realidad, cualquiera que tenga ojos, puede ver que son ballenas. Se sabe que van a alimentarse en los bordes de los remolinos. Hay un par de equipos que intentan rastrear a las ballenas hasta los lugares donde se alimentan.

—Quieren utilizar a las ballenas para encontrar los remolinos —señaló Paul.

—Hay métodos mejores para encontrar a los remolinos que siguiendo a las ballenas. La expansión termal hace que el agua en el interior del remolino cree una protuberancia en el océano que se puede rastrear a través de los satélites.

—¿Cuál es la causa para que las corrientes marinas creen estos remolinos? —

preguntó Paul.

—Esa es una de las cosas que pretendemos averiguar con esta expedición. Vosotros sois ideales para este proyecto. Gamay puede aportar al tema sus conocimientos de biología, y esperamos que tú seas capaz de diseñar alguno de esos modelos informáticos que se te dan muy bien.

—Gracias por invitarnos a bordo. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance —manifestó Gamay.

—Sé que lo haréis. Esto va más allá de la ciencia pura. Estos remolinos gigantes pueden tener una influencia fundamental en el clima. Un remolino oceánico detenido frente a las costas de California puede provocar bajas temperaturas y lluvia en Los Ángeles. De la misma manera, en el Atlántico, un remolino que se desprenda de la corriente del Golfo puede dar origen a una espesa niebla.

—No es que podamos hacer gran cosa con el tiempo —opinó Paul.

—Es verdad, pero saber qué podemos esperar nos ayudará a prepararnos mejor. La investigación de los remolinos oceánicos podría ser vital para la economía de la nación. La seguridad para la navegación comercial y el transporte de petróleo, carbón, acero, coches, cereales y muchas cosas más dependen de un pronóstico meteorológico lo más acertado posible.

—Que es el motivo por el que la NOAA tiene tanto interés en lo que hacemos —dijo Paul.

—Efectivamente. Eso me recuerda que debo hablar con el capitán sobre nuestro programa. —Se levantó y volvió a darles la mano—. No sé qué más puedo decir para agradecer que estén aquí y podamos trabajar juntos. Esta noche habrá una fiesta para que todos os conozcáis. —Le acercó la servilleta a Paul—. Mañana se harán preguntas sobre este tema, listillo.

Afortunadamente para Trout, el comentario de Aubrey solo había sido una broma, pero la sesión fue muy instructiva, y en el momento en que el barco fondeó, la pareja tenía un sólido conocimiento de los remolinos oceánicos. Desde cubierta, el mar en las proximidades del remolino no mostraba ninguna diferencia particular respecto a cualquier otra parte del océano, pero los satélites y los modelos virtuales indicaban que se movía a una velocidad de unos tres nudos por hora.

Trout había hecho algunos gráficos del fondo marino en las inmediaciones del remolino, y Gamay se había concentrado en el aspecto biológico. El análisis del fitoplancton era una parte esencial de la investigación, y por eso tenía tanto interés en realizarlo cuanto antes.

Mientras la zodiac se balanceaba suavemente entre las olas, bajaron la red Neuston por encima de la borda. Consistía en un marco de tubos rectangular, y la red de tres metros tenía la forma de una manga, lo que le permitía filtrar grandes volúmenes de agua. Soltaron cabo para que la red flotase en parte fuera del agua, y a

continuación realizaron varias pasadas de arrastre en línea con la boya y un ojo atento al casco blanco del barco de la NOAA para mantener las referencias. El resultado los satisfizo. La red había recogido numerosas muestras de plancton sólido.

El motor funcionaba al ralentí, y Trout ayudaba a Gamay con la última recogida cuando ambos levantaron la cabeza al unísono al escuchar un ruido que sonaba como un torrente. Se miraron el uno al otro desconcertados y luego miraron hacia el barco. Todo parecía estar en orden. Vieron a los tripulantes que caminaban por cubierta.

Gamay fue la primera en advertir un parpadeo luminoso en la superficie del mar como si el sol fuese un tubo fluorescente a punto de quemarse.

—Mira el cielo.

Trout miró a lo alto y la mandíbula le bajó hasta las rodillas. Las nubes parecían estar envueltas en una tela de fuego color plata que latía con brillantes descargas de radiación. Continuó mirando, boquiabierto, la exhibición celestial, y respondió con una observación muy poco científica.

—¡Guau!

El sonido que había escuchado antes se repitió, solo que esta vez con más fuerza. Parecía venir de mar abierto, lejos del barco de la NOAA. Paul se enjugó los ojos y señaló hacia un punto en el océano.

—Algo está pasando a las dos, y se encuentra muy cerca.

Gamay miró hacia donde le señalaba su marido, y vio un círculo irregular que parecía la sombra de una nube.

—¿Qué es? —preguntó.

—No lo sé, pero cada vez es más grande —respondió Paul.

La mancha oscura se expandía y formaba un círculo de agua encrespada. Treinta metros de diámetro. Luego sesenta, y continuaba creciendo. Una resplandeciente banda blanca apareció en el borde del círculo oscuro y en cuestión de segundos se transformó en una pared de espuma. Un sordo gemido se elevó de las profundidades como si el mar gritase de dolor.

Entonces el centro del círculo se hundió bruscamente y una enorme herida apareció en el océano. Aumentaba de tamaño a gran celeridad, y los alcanzaría en cuestión de segundos.

La mano de Trout buscó instintivamente el acelerador en el mismo instante en que los invisibles dedos de la corriente se alargaron desde el vórtice y comenzaron a arrastarlos hacia el terrible agujero negro.

Capítulo 8

El inmenso agujero que se había abierto en el mar solo fue visible por un instante antes de desaparecer detrás de una barrera de espuma. Jirones blanquecinos se desprendían de la burbujeante cresta. Un fuerte olor salobre saturó el aire como si la zodiac se hubiese encontrado en medio de un cardumen.

El barco de la NOAA comenzó a moverse hacia la zodiac. Tripulantes y científicos se alineaban en la borda, y agitaban las manos en el aire.

La zodiac estaba a punto de escapar de la corriente cuando una ola rompió sobre la proa casi cuadrada y perdieron empuje. Paul apretó las mandíbulas. Movi6 la palanca del acelerador hasta el tope y cambi6 de rumbo. El motor entreg6 toda la potencia, y la embarcaci6n salt6 como si hubiese recibido una descarga el6ctrica. La zodiac avanz6 un par de metros antes de verse sujeta de nuevo por los poderosos tent6culos de la corriente que se generaba en los bordes del enorme remolino.

Un tronar se elev6 desde las entrañas del mar, un sonido de tal potencia que ahog6 el desesperado rugido del motor. El aire pareci6 vibrar como si centenares de 6rganos estuviesen tocando una misma nota grave. Una niebla espesa, lechosa, sali6 del agujero. Para hacer que la escena fuese todavía m6s surrealista continuaba en el cielo el espect6culo de rayos l6ser. Las luces habían cambiado de color y ahora eran azules y rojas.

La embarcaci6n comenz6 a moverse en una espiral cada vez m6s cerrada a medida que se veía arrastrada hacia el cintur6n de espuma. No había manera de escapar. La zodiac se vio alzada hasta la cima del risco de agua blanca, que ahora tenía una altura de casi dos metros, y comenz6 a sacudirse con tal violencia que Gamay estuvo a punto de caer al mar.

Trout solt6 el tim6n y se lanz6 sobre Gamay. Sus fuertes dedos consiguieron sujetar la tela del traje de aguas y la tir6 de nuevo al interior. Ya no era seguro estar de pie. Se pusieron a gatas en el suelo y se sujetaron a la cuerda de seguridad que recorría las bordas.

La zodiac estaba totalmente sujeta por la cresta de resplandeciente espuma. Como si no fuesen suficientes los constantes cabeceos y bandazos, la embarcaci6n comenz6 a girar como una bailarina de ballet borracha.

El castigo continu6 mientras la zodiac se veía arrastrada a lo largo de la pared de espuma. A un lado estaba el mar. Al otro, una gran chimenea giratoria cuyas negras paredes bajaban en una pendiente de cuarenta y cinco grados. Los lados del remolino parecían duros como el cristal.

La embarcaci6n se balance6 peligrosamente en lo alto de las espumantes paredes y luego se desliz6 hacia la enorme chimenea de agua negra. La brutal corriente que se generaba alrededor de las paredes del remolino superaba la atracci6n de la gravedad.

El descenso de la zodiac acabó a unos seis metros por debajo del brillante círculo de espuma. Atrapados por la fuerza centrífuga como la bola de una ruleta en movimiento, la zodiac comenzó a dar vueltas y vueltas alrededor de la chimenea.

La zodiac colgaba en un ángulo de cuarenta y cinco grados, con el fondo plano paralelo a la pendiente, con la banda de babor por debajo de la de estribor. La proa apuntaba hacia delante como si la embarcación aún se estuviese moviendo impulsada por el motor.

Los Trout se movieron para apoyar las botas en la borda más baja. Miraron al interior del remolino. Medía como mínimo una milla de diámetro. La chimenea se inclinaba bruscamente y el fondo quedaba oculto por las nubes de espesa niebla que se elevaban del agua en movimiento. La luz que atravesaba la niebla formaba un arco iris que cruzaba el remolino como si la naturaleza estuviese intentando moderar el brutal despliegue de poder con su delicada belleza.

Sin un punto de referencia estacionaria, era imposible calcular a qué velocidad se movían o cuántas veces la zodiac había recorrido el círculo. Pero transcurridos unos minutos, vieron que el borde estaba más alto. No había ninguna duda de que la embarcación descendía al mismo tiempo que se movía en círculo.

En un intento por orientarse, Gamay miró el trozo de cielo por encima del agujero. Vio un movimiento en el borde y lo señaló con la mano libre.

—¡Demonios! —exclamó Paul—. Es el *Franklin*.

El barco se encontraba en el borde del círculo, y la popa se proyectaba al vacío desde la cresta de espuma. Desapareció de la vista durante unos instantes, reapareció fugazmente y se perdió de nuevo.

Los Trout se olvidaron de su propio infortunio. Por las sucesivas apariciones y desapariciones del *Franklin*, era obvio que el barco se había visto atrapado en las brutales corrientes generadas por el vórtice y que ahora se veía atraído hacia la chimenea.

La nave oscilaba atrás y adelante en un mortal juego de tira y afloja cuando las hélices salían del agua y el barco se quedaba sin impulso. Luego, al hundir la popa, las hélices batían de nuevo el agua y el barco remontaba, en un cabeceo que duró varios minutos. Después toda la eslora del barco pasó por encima de la cresta y entró en la caldera. La proa apuntaba hacia arriba. Parecía como si estuviese pegado con cola a la pared de agua.

—¡Vamos, chico, vamos...! —gritó Trout.

Gamay lo miró de reojo, incluso esbozó una sonrisa ante la poco habitual muestra de emoción, antes de que ella, también, se sumase a los gritos de aliento.

La pulida superficie detrás de la popa hervía como si alguien hubiese puesto el fuego al máximo. Los motores hacían su trabajo. Las hélices mordían la pared inclinada de la chimenea, y poco a poco el barco comenzó a acercarse al borde, se

detuvo, avanzó de nuevo un tanto desviado, desapareció fugazmente en la niebla, y finalmente con un último esfuerzo rebasó el borde.

Esta vez, el barco desapareció de la vista sano y salvo. Los Trout vitorearon, pero su alegría se vio atemperada en unos segundos en cuanto tomaron consciencia de que se encontraban solos e impotentes ante una arrolladora fuerza de la naturaleza.

—¿Alguna idea de cómo salir de aquí? —gritó Gamay.

—Puede que el remolino desaparezca por sí solo.

Gamay miró hacia arriba. En los pocos minutos que habían dedicado a mirar la lucha del *Franklin*, la embarcación había bajado por lo menos otros tres metros.

—No lo creo.

El agua había perdido su color tinta china, y los pulidos costados mostraban un tinte marrón producto del fango arrancado del fondo. Centenares de peces muertos giraban en un gran círculo como confeti atrapado en un vendaval. El aire húmedo apestaba a salmuera, pescado y fango.

—Mira toda esa basura —dijo Paul—. Lo levanta del fondo.

El remolino levantaba del fondo restos de toda clase, de la misma manera que un tornado arranca cosas del suelo. Había cajones, trozos de madera, tapas de escotillas, y hasta un bote salvavidas desfondado. Gran parte de estos restos eran tragados de nuevo por el vórtice que acababa por destrozarlos como si se encontrasen debajo de las cataratas del Niágara.

Gamay observó que algunos de los restos, la mayoría pequeños, se movían hacia el borde.

—¿Qué te parece si saltamos al agua? Quizá somos lo bastante livianos como para ir hacia arriba como aquellos restos.

—No hay ninguna garantía de que subamos. Lo más probable es que acabemos chupados hacia las profundidades para acabar convertidos en picadillo. Recuerda que la primera regla del mar es quedarte con tu barco, si es posible.

—Pues no parece una gran idea. Seguimos bajando.

Era verdad. La embarcación había bajado.

Un objeto cilíndrico se movía hacia arriba por la pared del remolino. Lo siguieron varios más.

—¿Qué es aquello? —preguntó Paul.

Gamay se quitó la espuma de los ojos y miró de nuevo, a un punto a unos siete metros por delante y un poco por debajo de la zodiac. Antes de convertirse en bióloga marina, había estudiado arqueología, y de inmediato reconoció la forma ahusada de los recipientes de cerámica con las superficies pintadas de un color gris verdoso.

—Son ánforas y se mueven hacia arriba.

Trout le leyó el pensamiento.

—Solo tendremos una oportunidad para sujetarnos a ellas.

—Nuestro peso puede cambiar la dinámica, y solo tenemos una oportunidad.

—¿Tenemos alguna otra alternativa?

Los tres antiquísimos recipientes se encontraban enloquecedoramente cerca. Trout se acercó a la consola y apretó el botón de arranque. El motor se puso en marcha. La embarcación avanzó en ángulo y él tuvo que compensar la tendencia a irse de popa con un ingenioso manejo del timón. Quería situarse por encima de las ánforas para cerrarles el paso.

La primera del grupo comenzó a derivar por delante de la proa. En un segundo estaría fuera de alcance. Trout aceleró, y la zodiac se situó por delante del objeto en movimiento.

—¡Prepárate! —gritó Trout. El salto tendría que ser perfecto—. La superficie del ánfora estará resbaladiza, y se girará. Asegúrate de sujetar las asas y amárrate bien con las piernas.

Gamay asintió al tiempo que se encaramaba en la borda.

—¿Tú qué harás?

—Me montaré en la siguiente.

—Será difícil mantener la zodiac en posición. —Gamay sabía que sin alguien para mantener controlada a la neumática, el salto de Trout sería todavía más arriesgado.

—Ya me las ingeniaré.

—Y un cuerno. Me quedo.

Justo se había ido a casar con la mujer más tozuda del mundo.

—Esta es tu única oportunidad. Alguien tiene que acabar con el maldito empapelado. Por favor.

Gamay lo miró fijamente, luego sacudió la cabeza y avanzó un poco más por la proa. Recogió las piernas y se concentró en el salto.

—¡Espera! —gritó Paul.

Ella se volvió para mirarlo, desconcertada.

—A ver si te decides.

Trout había visto algo que Gamay no había advertido. La vidriosa pared por encima de ellos aparecía limpia de restos. Todo lo que había sido arrancado del fondo parecía haber alcanzado una barrera invisible más allá de la cual era imposible avanzar. Los restos bajaban de nuevo con la misma rapidez con que habían subido.

—Mira —vociferó Paul—. Se está engullendo los restos.

Gamay solo tardó unos segundos en comprender que su marido tenía razón. Las ánforas habían llegado al máximo de la altura. Trout le tendió una mano y la ayudó a volver al interior. Se sujetaron a la cuerda de seguridad, sin poder hacer más que mirar impotentes cómo la embarcación se hundía en el abismo.

Capítulo 9

La figura esférica en la pantalla del ordenador le recordó a Austin la membrana, el citoplasma y el núcleo de una célula maligna. Se volvió hacia Adler.

—¿Qué es exactamente con lo que nos enfrentamos aquí, profesor?

El científico se rascó la cabeza.

—Demonios, Kurt, me ha pillado. Esta perturbación crece por momentos, y se mueve en círculos a una velocidad de treinta nudos. Nunca había visto nada parecido, ni en tamaño ni en velocidad.

—Yo tampoco —admitió Austin—. Me he encontrado con algunos remolinos que me hicieron sudar tinta, pero eran relativamente pequeños y de corta duración. Esto parece sacado de alguna obra de Edgar Allan Poe o Julio Verne.

—Los vórtices de *Descenso al Maelstrom* y *Veinte mil leguas de viaje submarino* son en gran parte invenciones literarias. Poe y Verne se inspiraron en el remolino Moskstraumen frente a las islas Lofoten que pertenecen a Noruega. El historiador griego Pitias lo describió hace más de dos mil años atrás como un remolino que engullía las naves y después las regurgitaba. El obispo sueco Olaus Magnus escribió en el Siglo XV que era más poderoso que Caribdis, que aparece en la *Odisea*, y que el vórtice estrellaba a las naves contra el fondo del mar y se tragaba a las ballenas.

—Todo eso pertenece a la fantasía. ¿Qué me dice de la realidad?

—Es mucho menos aterradora. El remolino noruego ha sido medido científicamente, y ni siquiera se aproxima a la descripción literaria. Otros tres remolinos importantes: Corryvreckan, en las costas escocesas, Saltstraumen, en Noruega, y Naruto, cerca de Japón, son mucho menos poderosos. —Sacudió la cabeza—. Es curioso ver la presencia de remolinos en mar abierto.

—¿Por qué?

—Los remolinos suelen aparecer en los estrechos donde el agua se mueve con rapidez. La confluencia de las mareas y las corrientes, combinada con el perfil del fondo marino, puede crear perturbaciones importantes en la superficie.

La imagen en la pantalla mostró que se había acortado la distancia entre el remolino y el *Benjamín Franklin*.

—¿Esa cosa podría representar algún peligro para el barco?

—No si las anteriores observaciones científicas sirven de referencia. El remolino Oíd Sow frente a la costa de New Brunswich tiene aproximadamente la misma fuerza que el Moskstraumen, con velocidades de dieciocho nudos por hora. Es el remolino oceánico más grande del hemisferio occidental. La turbulencia cerca del fenómeno puede ser peligrosa para las embarcaciones pequeñas, pero no representa riesgo alguno para los barcos. —Hizo una pausa, con la mirada fija en la pantalla—. ¡Caray!

—¿Qué pasa?

—En un primer momento no estaba seguro —respondió el profesor, atento a la espiral en la pantalla—. Pero esa cosa crece muy rápido. En el tiempo que llevamos hablando, casi ha duplicado el tamaño.

Austin ya había visto más que suficiente.

—Quiero que me haga un favor —dijo, con voz serena—. Vaya ahora mismo al centro de control. Dígale a Joe que recoja al ROV sin demora y que venga al puente cuanto antes. Dígale que es urgente.

Adler echó una última mirada a la pantalla, y luego se marchó a la carrera. Austin, por su parte, subió al puente.

Tony Cabral, el capitán del *Throckmorton*, era un hombre afable que rondaba los sesenta. En su rostro bronceado destacaban la nariz aguileña, el gran bigote negro con las puntas hacia arriba, y una sonrisa traviesa que le hacía parecer un pirata benevolente. Pero esta vez su rostro mostraba una expresión muy grave que dio paso a otra de sorpresa cuando vio a Austin.

—Hola, Kurt, estaba a punto de enviar a alguien a buscarte.

—Tenemos un problema —dijo Austin.

—¿Ya te has enterado del SOS que recibimos?

—Primera noticia. ¿Qué pasa?

—Recibimos una llamada de socorro del barco de la NOAA hace unos minutos.

Los peores temores de Austin acababan de confirmarse.

—¿Cuál es su situación?

—La mayor parte del mensaje era ininteligible. Había mucho ruido de fondo —respondió Cabral. Frunció el entrecejo—. Lo tenemos grabado. Quizá tú puedas encontrarle algún sentido.

Pulsó un interruptor en la consola de la radio. Una confusión de sonidos como un concurso de oratoria en un manicomio resonó en el puente. Se escuchaban muchos gritos, pero no se entendían las palabras excepto cuando una voz ronca se imponía a los ruidos.

—«¡Mayday! Aquí el barco de la NOAA *Ben Franklin*. ¡Mayday! ¿Alguien me recibe?»

Otra voz se escuchaba en el fondo. Gritaba:

—«¡Potencia! ¡Maldita sea, más potencia!».

Después una rápida frase. La escucharon fugazmente, pero bastó para transmitir una sensación de terror.

—«¡Maldita sea! ¡Nos traga!»

A continuación se escuchó la voz serena de Cabral. Intentaba responder a la llamada de auxilio.

—«Aquí el barco de la NUMA *Throckmorton*. ¿Cuál es su situación? Adelante. ¿Cuál es su situación?»

Sus palabras las ahogó un tremendo rugido como si un monzón soplase por el interior de una caverna. Luego cesó la transmisión. El silencio que siguió fue más insoportable que cualquier ruido.

Austin intentó imaginarse a sí mismo en el puente del *Franklin*, y el caos que reinaba en el mismo. La voz que transmitía la llamada de socorro era seguramente la del capitán, o, más probablemente, quien pedía más potencia a la sala de máquinas.

El sonido sobrenatural cuya descripción más cercana podría ser el de una batidora gigante era algo que nunca había conocido en toda su experiencia marinera. Notó que los cabellos de la nuca se le habían erizado como soldados en posición de firmes. Miró en derredor. A juzgar por las expresiones del capitán y la tripulación, no era el único en albergar estos pensamientos.

—¿Cuál era la posición del *Franklin*?

El capitán se acercó a una pantalla de radar.

—Esa es otra cosa de locos —comentó—. Los teníamos en la pantalla a una distancia de dieciocho millas, y seguían un rumbo sudoeste. Luego desaparecieron sin más.

Austin observó el barrido del radar. No había señal alguna del barco; solo los ecos dispersos donde las ondas del radar tocaban las crestas de las olas.

—¿Cuánto tardaremos en llegar allí?

—Menos de una hora. Pero antes tendremos que recoger el ROV.

—Joe ya se ha encargado de recuperarlo. Es probable que ya esté a bordo.

Cabral dio la orden de poner rumbo al *Franklin* a toda máquina. Levaron anclas, y la afilada proa del *Throckmorton* comenzaba a cortar las olas cuando apareció Zavala con el profesor Adler.

—El profesor me ha comentado lo del remolino —dijo Zavala—. ¿Alguna novedad del *Franklin*?

—Enviaron un SOS, pero se cortó la transmisión, y los hemos perdido en el radar.

—¿Qué es eso de un remolino, Kurt? —preguntó Cabral, que había seguido el breve intercambio.

—El profesor y yo estábamos observando unas imágenes de satélite cuando vimos la aparición de un remolino cerca de la posición del *Franklin*. De un diámetro aproximado de dos millas.

—¿No está la NOAA realizando un estudio de los remolinos oceánicos?

—Este no es un remolino vulgar. Probablemente tiene centenares de metros de profundidad y gira a una velocidad de más de treinta nudos.

—No puede ser que lo digas en serio.

—No podría serlo más.

Austin le pidió al profesor que describiese lo que habían visto. Adler le explicaba los detalles al capitán cuando los interrumpió el operador de radar.

—Los tenemos de nuevo en pantalla —dijo.

Su anuncio fue seguido por otro del encargado de las comunicaciones.

—Capitán, recibo una transmisión del *Franklin*.

Cabral se acercó al micrófono.

—Aquí el capitán Cabral del barco de la NUMA *Throckmorton*. Recibimos su SOS. ¿Cuál es su situación actual?

—Aquí el capitán del *Franklin*. La situación es normal, pero hemos estado a punto de ser tragados por un enorme agujero en el mar. La cosa más increíble que haya visto.

—¿Algún herido?

—Contusiones menores que ya están siendo atendidas.

Austin le pidió el micrófono a Cabral.

—Soy Kurt Austin. Tengo a un par de amigos a bordo de su barco. ¿Podría decirme cómo se encuentran Paul y Gamay Trout?

A la pregunta le siguió un silencio que se prolongó tanto que pareció como si se hubiese cortado la transmisión. Luego llegó la respuesta.

—Lamento tener que decirlo. Estaban realizando una recogida de muestras de plancton a bordo de una zodiac cuando el remolino los engulló. Intentamos ir en su ayuda, y fue entonces cuando nos metimos en problemas.

—¿Los vio realmente dentro del remolino?

—Estábamos muy ocupados, y la visibilidad sigue siendo prácticamente nula.

—¿A qué distancia está ahora del remolino?

—A poco más de una milla. No nos atrevemos a acercarnos más. Las corrientes que giran alrededor de esa cosa son todavía muy fuertes. ¿Qué quiere que hagamos?

—Manténgase lo más cerca posible. Nos acercaremos a echar una ojeada.

—De acuerdo. Buena suerte.

—Gracias. —Austin se volvió hacia Cabral—. Pete, necesito que me prestes el helicóptero. ¿Cuándo lo tendrás listo para el despegue?

Cabral conocía la reputación de Austin en la NUMA. Sabía que aquel hombre sonriente y amable, absolutamente seguro de sí mismo, con sus anchos hombros y pelo casi blanco, era capaz de enfrentarse a la más extraña de las situaciones y salir sin problemas. El capitán era un marino experto, pero aquella situación lo superaba. Se ocuparía de su barco, y dejaría que Austin se preocupase del resto.

—Está preparado para despegar de inmediato. Avisaré a la tripulación que se reúna contigo en la plataforma de despegue. —Cogió el micro del intercomunicador.

Austin le sugirió que el barco de la NUMA mantuviese el mismo rumbo y velocidad. Luego él y Zavala corrieron a la plataforma de despegue ubicada en la cubierta principal, pero antes pasaron por el depósito de aprovisionamiento para recoger unos objetos. La tripulación ya había puesto en marcha el motor del

McDonnell Douglas. Subieron a la cabina y se abrocharon los cinturones de seguridad. Los rotores batieron el aire y el helicóptero se elevó, para después iniciar su vuelo sobre el agua.

Austin escudriñó el mar a través de los prismáticos. A los pocos minutos de vuelo vio las antenas y luego la superestructura del barco de la NOAA. Se encontraba cerca de un círculo negro que hacía empequeñecer al barco con su tamaño. El remolino parecía haber dejado de aumentar, pero no pudo menos que admirar la valentía de la tripulación del *Franklin* al mantenerse tan cerca del vórtice.

Zavala ascendió unos doscientos metros, y mantuvo al helicóptero en un rumbo directo al remolino. Al acercarse, comentó:

—Tiene todo el aspecto de la caldera de un volcán.

Austin asintió. Había algunas similitudes con un volcán, sobre todo con la forma de chimenea del agujero, y la niebla que surgía del interior. Era esta niebla la responsable de la mala visibilidad en toda la zona.

Las paredes negras de la chimenea que se veían entre las brechas de la niebla eran mucho más pulidas que cualquiera de aquellas de los volcanes que Austin había visto. Ninguna de las imágenes transmitidas por los satélites había conseguido reflejar lo impresionante del fenómeno. Parecía una enorme herida infectada en el mar.

—¿Qué tamaño le calculas al agujero? —preguntó Kurt.

—¡Es descomunal! —respondió Zavala, que después lo midió a ojo de buen cubero—. Pero, para ser precisos, yo diría que tiene un diámetro de unas dos millas.

—Es lo que creía. Por el ángulo de las paredes, es probable que llegue hasta el fondo, aunque es difícil saberlo con esta niebla. ¿Nos podemos acercar?

Zavala llevó al helicóptero hasta la vertical del remolino.

Desde aquella posición, el vórtice parecía un inmenso cono humeante. El aparato se mantuvo estacionario a unos sesenta metros de altura, pero no alcanzaron a ver en el interior.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Zavala.

—Podríamos bajar, aunque existe la posibilidad de que no podamos volver a salir.

—¿Qué te propones?

—Te ofrezco una opción. Por el aspecto que tiene, quizá sea demasiado tarde para hacer algo por nuestros camaradas. Estarías arriesgando tu vida inútilmente.

En el rostro moreno de Zavala apareció una gran sonrisa.

—No me hagas que insista. ¿Qué te propones?

Austin se hubiese sorprendido de haber escuchado otra cosa. Era absolutamente imposible para ambos abandonar a sus amos. Señaló con el pulgar hacia abajo. Zavala movió los controles. El helicóptero inició su descenso al negro corazón del remolino.

Capítulo 10

El ruido infernal era lo peor del descenso al abismo.

Los Trout podían cerrar los ojos para no ver el enloquecedor giro del pozo que se los tragaba, pero era imposible defenderse de las ensordecedoras ondas sonoras que los sacudían sin interrupción. Cada molécula de sus cuerpos parecía vibrar con el ataque sonoro. El sonido les había privado de su único y pequeño consuelo: hablar el uno con el otro. Se tenían que comunicar con gestos y apretones de mano.

El batir de las aguas en la base del vórtice producía un retumbar continuo, como si estuviesen ocurriendo cien tormentas eléctricas a la vez. El ruido se amplificaba por la forma de megáfono del remolino. Aún más aterradores eran los fuertes resoplidos y cloqueos que llegaban desde el fondo, como si la zodiac estuviese siendo arrastrada a la boca hambrienta de un cerdo gigante.

La embarcación y sus dos pasajeros habían bajado unos dos tercios de las empinadas paredes de la chimenea. A medida que se estrechaba el diámetro del cono, la velocidad de la corriente aumentaba y llegó un momento en que la zodiac daba vueltas como restos de lechuga arrastrados hacia el desagüe.

Cuanto más bajaban, más oscuro era el infernal entorno. La espesa niebla que se elevaba desde el fondo reducía cada vez más la luz que llegaba desde la superficie. Los Trout comenzaban a notar el mareo producido por el incesante girar. El aire cargado al máximo de humedad ya era difícil de respirar y más aún con los asfixiantes olores, una apestosa combinación de salmuera, pescado, cosas muertas y fango que olía como la bota de un pescador.

La zodiac mantenía la misma posición con la popa paralela a la pared del vórtice. Gamay y Paul estaban sentados tan juntos que parecían unidos por la cadera. Ambos se sujetaban a la cuerda de seguridad, y el uno al otro. Tenían los músculos entumecidos de estar en un posición entre erguida y sentada, con los cuerpos en ángulo y los pies encajados en el flotador inferior. La humedad había traspasado los trajes de agua, con la consecuencia de que tenían las prendas empapadas, y el frío aumentaba todavía más sus padecimientos.

A la vista de cómo aumentaba la velocidad del descenso no tardarían mucho en acabar muertos. Les quedaban unos pocos minutos para llegar a donde la niebla era cerrada del todo. Gamay miró hacia la superficie para echar una última mirada al sol. Parpadeó, incapaz de dar crédito a lo que estaba viendo.

Un hombre colgaba por encima de la zodiac. Su silueta aparecía recortada contra la débil luz solar, y no conseguía verle el rostro, pero los anchos hombros eran inconfundibles.

Kurt Austin.

Colgaba de una cuerda sujeta al helicóptero. No había dejado de gritar y agitar los

brazos, pero el ruido del remolino y de las aspas habían apagado el sonido de su voz.

Gamay le dio un codazo a Paul. Su marido no pudo menos que esbozar una sonrisa cuando siguió la dirección que marcaba el dedo de la joven y vio a Austin en su imitación de Peter Pan por encima de sus cabezas.

El helicóptero se movía a la misma velocidad que la zodiac dentro de la chimenea. En una impresionante demostración de vuelo acrobático, Zavala mantenía al aparato en un ángulo paralelo a la inclinación de la chimenea para evitar que las aspas tocasen la pared de agua. Un error de cálculo, una deriva de unos pocos metros, y el helicóptero acabaría cayendo sobre la zodiac convertido en un montón de chatarra.

El rescate había sido improvisado sobre la marcha. A medida que el helicóptero descendía en el remolino, Austin había visto un destello amarillo por debajo de la mitad de la chimenea. Lo identificó en el acto como el traje de agua de Paul y se lo señaló a Zavala.

El helicóptero se lanzó a la persecución de la lancha neumática como un motorista de la policía persigue a un automovilista que ha superado el límite de velocidad. Austin, mientras tanto, había hecho varias lazadas a modo de estribos en la cuerda de rescate. Tenía el pie metido en una de las lazadas y se sujetaba a otra con una mano mientras se balanceaba en la turbulencia descendente de los rotores y la ascendente del remolino.

Trout le indicó a Gamay que fuese primero. La muchacha le hizo una seña a Austin para comunicarle que estaba preparada. El helicóptero bajó un poco más hasta que la última lazada llegó a unos treinta centímetros de la mano de Gamay.

Austin bajó hasta la penúltima lazada con la intención de que su peso la estabilizaría, pero así y todo la improvisada escala continuaba sacudiéndose como un traílla.

La cuerda rozó los dedos de Gamay, solo para escaparse de su sujeción. Intentó otras dos veces coger la lazada, pero ambos fueron infructuosos. En un movimiento desesperado, estiró el cuerpo en toda su longitud y se encaramó en el flotador superior.

Otra vez se acercó la cuerda. Gamay se balanceó precariamente y levantó las manos como una jugadora de voleibol que intenta parar un remate, y esta vez consiguió sujetar la lazada inferior con las dos manos.

Se elevó en el aire. Con el peso de dos personas, la cuerda se hizo más estable. Gamay se sujetó con una mano, cogió la siguiente lazada, y subió un poco más. La cuerda giró sobre sí misma mientras ella subía, y aumentó los efectos del mareo.

Flaqueó por un momento, y hubiese podido caer, pero Austin vio que estaba en apuros. Bajó una mano, la sujetó por la muñeca y la levantó hasta la otra lazada. Gamay miró hacia arriba, vio la animosa sonrisa de Austin y sus labios formaron la

palabra gracias.

Con la última lazada libre, era el turno de Trout para abandonar la zodiac. Levantó un brazo por encima de la cabeza para señalar que estaba preparado. La cuerda bajó hasta unos centímetros de la mano extendida. En el momento en que iba a sujetarse, una turbulencia sacudió el helicóptero, y lo empujó hacia la pared de agua. Los dedos de Trout se cerraron en el aire, y casi perdió el equilibrio.

Zavala consiguió compensar el peso añadido a un lado del helicóptero. Con pulso firme, situó de nuevo al helicóptero en posición. Trout concentró todos sus sentidos en la lazada inferior, calculó la distancia, y después aprovechó la elasticidad del flotador para ganar impulso en el salto y alcanzó la cuerda. Se sujetó a la lazada con una sola mano, sin poder alcanzar la inmediata superior mientras giraba con el viento.

El helicóptero inició una lenta y constante subida en un ángulo aproximadamente paralelo a la pendiente del remolino. Las paredes de agua se fueron alejando a medida que el aparato ganaba altitud. Habían superado la mitad de la chimenea cuando la zodiac realizó una última vuelta y desapareció en el fondo del torbellino. Muy pronto el helicóptero llegó al nivel de la superficie, y a continuación la rebasó. Zavala se alejó del vórtice con un desplazamiento lateral.

Trout no había podido subir una lazada más. Aún colgaba de un brazo. Tenía los dedos desollados por la cuerda y la sensación de que en cualquier momento acabaría con el brazo descoyuntado. Durante todo el ascenso no había dejado de dar vueltas como una peonza en el extremo de la soga.

Zavala procuraba equilibrar la necesidad de alejarse cuanto antes del remolino con la de evitar el esfuerzo añadido que representaría para su carga humana aumentar la velocidad.

El helicóptero se había alejado unos setenta metros del borde del remolino cuando cedieron las fuerzas de Trout. Soltó la cuerda y cayó al agua con un sonoro chapoteo.

Tuvo la buena fortuna de caer de pie. Las piernas amortiguaron el choque, pero las rodillas le subieron hasta el pecho y le vaciaron todo el aire de los pulmones. Se hundió casi un par de metros antes de que el chaleco salvavidas cumpliera su función. Asomó la cabeza y comenzó a escupir agua salada. No creía que pudiese sentir mucho más frío del que tenía, pero las frías aguas del Atlántico lo helaron hasta los huesos.

Zavala había notado la leve sacudida al aligerarse la carga, y sospechó que había perdido a uno de sus pasajeros. Viró para situarse en la vertical y a continuación descendió para que su amigo pudiese sujetarse a la cuerda. Por segunda vez en el día, Trout intentó cogerse. Pero cuando sus dedos entumecidos y lastimados estaban a unos centímetros de la lazada se vio arrastrado por una fuerte corriente. Trout era un nadador de mucha resistencia que se había pasado casi toda la vida en el mar, pero cuanto más braceaba, más lejos se veía de la cuerda.

El helicóptero intentó mantenerse a nivel.

La corriente arrastraba a Paul con tanta fuerza que no le resultaba posible mantenerse fijo en un punto para sujetar la lazada. Lo intentó una y otra vez. Se veía cada vez más cerca del borde del remolino, y fue cuestión de segundos el que se viera metido en la zona donde el agua hervía y formaba una pared de espuma.

Lo único que podía hacer era mantener la cabeza por encima del agua para respirar. El remolino parecía muy dispuesto a quedarse por lo menos con uno de los humanos que habían tenido la audacia de escapar de sus garras.

La corriente lo llevó alrededor del borde. Trout se esforzó por mantener la cabeza fuera del agua en medio de un oleaje que hubiese hecho las delicias de los surfistas.

Austin no tenía la menor intención de abandonar a su amigo. Se izó a pulso hasta el helicóptero. Después aseguró bien las piernas, cogió la cuerda con las dos manos y subió a Gamay.

Le dio un rápido beso en la mejilla, lanzó la cuerda por la puerta abierta y bajó de nuevo.

Zavala seguía a Trout alrededor del borde. Descendió hasta que la cuerda quedó al alcance de Paul, que lo intentó de nuevo, sin éxito.

Austin se dio cuenta de que Trout ya no tenía fuerzas para valerse por sí mismo. Vio que Gamay lo miraba angustiada desde el aparato. Le dirigió un saludo y se soltó.

Cayó al agua a unos pocos metros de Trout y nadó hasta su amigo. Paul le preguntó con una voz que parecía la de un sapo resfriado:

—¿Qué... demonios... estás... haciendo... aquí?

—Me pareció que te lo estabas pasando a lo grande, así que no me lo quise perder.

—¡Estás loco!

Austin le replicó con una sonrisa pasada por agua. Forcejeó para unir los chalecos salvavidas. En cuanto lo consiguió, miró hacia el helicóptero que volaba en círculos por encima de sus cabezas.

Agitó un brazo, y Zavala se acercó para un nuevo intento de rescate. Después de varias pasadas, Austin llegó a la conclusión de que necesitaría tener la velocidad de una serpiente de cascabel para sujetar la cuerda. El agua helada le robaba las energías, y cada vez eran menos las probabilidades de que pudiese sacarlos a los dos del agua. Pero continuó intentándolo, y no se dio cuenta hasta al cabo de unos segundos de que ocurría algo extraño.

Se movían a menor velocidad alrededor del remolino. El ángulo de las paredes del enorme agujero era cada vez menos pronunciado. Por un momento creyó que era su imaginación, o sencillamente una ilusión óptica, pero luego vio que efectivamente ascendía el fondo del vórtice, y que ahora tenía la forma de un cuenco.

También se calmaba el fuerte oleaje en todo el borde. El agua recuperaba un

aspecto normal.

El fondo continuó subiendo. Al mismo tiempo, disminuyó la velocidad de avance y ahora se movían a paso de hombre.

Zavala había visto el cambio en la configuración del remolino, y una vez más se situó con el helicóptero a baja altura sobre sus compañeros.

Austin sintió la fuerza que le daba la descarga de adrenalina. Esta vez levantó la mano y sus dedos sujetaron la cuerda que Gamay soltaba desde el helicóptero. Con los dedos entumecidos, pasó la cuerda por debajo de las axilas de Paul, luego se sujetó él, y le indicó a Zavala que los subiese.

Mientras se alzaban por encima de las olas, Austin vio el barco de la NOAA y el *Throckmorton* que venían hacia ellos.

Miró abajo, y se asombró del espectáculo que contemplaba. El remolino había desaparecido prácticamente, y en su lugar había un gran círculo negro que giraba muy poco a poco y abarrotado con toda clase de restos.

En el centro del círculo el agua burbujeaba como si un buceador estuviese a punto de salir a la superficie, solo que burbujas mucho más grandes. Luego el agua comenzó a elevarse en un montículo verde blanquecino, y un enorme objeto emergió del mar y flotó en las olas.

En su etapa final, el remolino había vomitado un barco.

Capítulo 11

El avión anfibia LA-250 Renegade había seguido la rocosa costa de Maine hasta Camden, donde había virado por encima de una flotilla de veleros que salían de la pintoresca bahía para poner rumbo al este a través de la bahía de Penobscot. Su destino era una isla con forma de pera fácil de identificar por la torre roja y blanca del faro situado en lo alto del promontorio en el extremo más angosto.

El hidroavión amerizó cerca del faro y fue hasta la boya de amarre. Dos hombres salieron del aparato, embarcaron en el bote con motor fueraborda sujetado a la boya y se dirigieron a un muelle de madera, donde había amarrados una goleta de dieciséis metros de eslora y una lancha rápida. Desembarcaron y fueron caminando por el muelle hasta unas escaleras muy empinadas en la cara del acantilado.

El fuerte sol de Maine se reflejaba en la cabeza afeitada de *Spider* Barrett y el tatuaje. Barrett tenía todo el aspecto de ser capaz él solo de montar una rebelión de moteros. Vestía tejanos y camiseta negros y tenía los musculosos brazos cubiertos con tatuajes de calaveras. Sus ojos estaban ocultos con unas gafas de espejo de montura redonda. Un pendiente de aro colgaba en el lóbulo de una de las orejas, un tachón de plata en una de las aletas de la nariz, y alrededor del cuello pendía de una cadena de plata la Cruz de Hierro.

El aspecto de Hell's Ángel era engañoso. Barrett era dueño de una magnífica colección de motocicletas Harley-Davidson clásicas, pero también se había licenciado con matrícula de honor en física cuántica en el Massachusetts Institute of Technology.

El piloto se llamaba Mickey Doyle. Tenía el físico de un levantador de pesas olímpico. Llevaba una camiseta de los *Celtic* y una cazadora de los *New England Patriots*. Una gorra de los *Red Sox* sujetaba la rebelde cabellera color zanahoria. Mordía la colilla de un grueso puro. Doyle se había criado en un barrio de clase trabajadora en el sur de Boston. Tenía la inteligencia rápida de alguien que ha vivido mucho en la calle, un travieso sentido del humor irlandés, y una sonrisa inocente que encantaba a los desprevenidos pero que no conseguía suavizar la dureza de los ojos azules.

Un hombre armado con un fusil automático apareció de pronto de entre unas zarzas. Vestía un uniforme de camuflaje y una gorra negra inclinada sobre la frente. Miró a los dos hombres con expresión hostil, señaló con el cañón del arma hacia la base del acantilado y los escoltó unos pocos pasos más atrás, con el fusil apoyado en el pliegue del codo.

Cuando llegaron al pie del acantilado, el guardia pulsó un control remoto y se abrió una puerta disimulada en la roca. Al otro lado había un ascensor que los subió hasta el faro.

Al salir de la torre vieron a Tristan Margrave, que cortaba leña y apilaba los troncos. Margrave dejó el hacha, despidió al guardia con un gesto y se acercó para estrechar las manos de los recién llegados.

—Adiós a mi paz y tranquilidad —dijo, con una falsa expresión de enfado en su delgado rostro satánico.

Era treinta centímetros más alto que los visitantes. Aunque tenía las manos callosas de trabajar con el hacha, no era un leñador ni el reportero del New York Times llamado Barnes, que había conversado con el detective Frank Malloy. Había conocido a Barrett en el MIT, donde se había licenciado, también con matrícula de honor, en informática avanzada. Juntos, habían desarrollado unos programas de software que los habían convertido en multimillonarios.

Barrett observó al guardia hasta que desapareció entre los árboles.

—No tenías a un gorila la última vez que estuve aquí.

—Es uno de los tipos de la empresa de seguridad que contraté —respondió Margrave, con un tono un tanto despectivo—. Hay todo un batallón acampados por algún lugar de la isla. Gant y yo consideramos que podría ser una buena idea contratarlos.

—Lo que Gant pide se le concede.

—Sé que no te cae bien, pero Jordán es vital para nuestros esfuerzos. Necesitamos de su fundación para negociar los acuerdos políticos que haremos después de acabar nuestro trabajo.

—¿La legión de «Lucifer» ya no es bastante para ti?

Margrave se echó a reír.

—Mi tan cacareada legión comenzó a deshacerse en el momento en que se habló de disciplina. Ya sabes lo mucho que los anarquistas detestan a la autoridad. Necesitaba profesionales. En estos tiempos se llaman a sí mismos «consultores» y te cobran un ojo de la cara por sus servicios. El tipo solo hacía su trabajo.

—¿Cuál es su trabajo?

—Asegurarse de que no desembarquen en la isla los visitantes no autorizados.

—¿Esperabas tener visitas?

—Nuestra empresa es demasiado importante como para correr riesgos inútiles. —Margrave sonrió—. Diablos, ¿qué pasaría si alguien viese por aquí a un tío con una araña tatuada en la cabeza y comenzase a hacer preguntas?

Barrett se encogió de hombros y miró la pila de leña.

—Me alegra ver que estás viviendo tu filosofía retro, pero cortar todos esos troncos hubiese sido mucho más fácil con una motosierra. Sé que te la puedes permitir.

—Soy un neoanarquista, no un neoludista. Creo en la tecnología cuando es por el bien de la humanidad. Además, la motosierra está rota. —Se volvió hacia el piloto—.

¿Qué tal el vuelo desde Portland, Mickey?

—Como una seda. Sobrevolé Camden, con la ilusión de que tu amigo se alegrase al ver los veleros.

—¿Por qué necesita alegrarse? —preguntó Margrave—. Está a punto de entrar en el panteón de la ciencia. ¿Qué pasa, *Spider*?

—Tenemos problemas.

—Eso fue lo que me dijiste por teléfono. Creí que era una broma.

—Esta vez no —contestó Barrett, con una sonrisa apagada.

—En ese caso, creo que todos necesitamos una copa. —Margrave los precedió por el camino de lajas que llevaba hasta una casa de madera de planta y piso junto a la torre del faro.

Margrave había comprado la isla tres años atrás, y había decidido conservar la casa tal como estaba en los tiempos que había sido el alojamiento de los hombres taciturnos que atendían aquel puesto solitario. Las paredes de pino tenían un revestimiento de rejilla y el gastado linóleo que cubría el suelo era el original, lo mismo que la pila y el fregadero de pizarra y la bomba de mano en la cocina. Margrave le apretó un hombro a Doyle.

—Oye, Mickey, *Spider* y yo tenemos que hablar de algunas cosas. Hay una botella de Bombay Sapphire en la alacena. Sé un buen chico, y prepáranos un par de copas. Tienes cerveza en el frigorífico para ti.

—Sí, señor —respondió el piloto marcialmente, y se cuadró.

Los dos subieron al piso superior por la escalera de caracol de hierro pintado. El piso donde antes se habían alojado el farero y su familia había sido reformado para convertirlo en una gran estancia.

El diseño minimalista ofrecía un marcado contraste con el de la planta baja. Un ordenador portátil sobre la mesa de teca negra a un lado de la habitación. Un sofá de cromo y cuero y dos sillones eran todo el resto del mobiliario en el lado opuesto. Las ventanas en tres de las paredes ofrecían vistas de la isla, con los altos pinos, y las resplandecientes aguas de la bahía. Por las ventanas abiertas les llegaba el olor salado del mar.

Margrave le señaló el sofá a Barrett y él se sentó en uno de los sillones. Doyle apareció al cabo de unos minutos y les sirvió las copas. Luego abrió la lata de Budweiser y fue a sentarse a la mesa.

—Por ti, *Spider*. —Margrave le levantó la copa en un brindis—. Las luces de Nueva York nunca volverán a ser las mismas. Es una pena que tu genio deba permanecer oculto.

—El genio no tiene nada que ver. El electromagnetismo nos rodea por todas partes. Si juegas con los campos magnéticos es fácil hacer cosas de ese estilo.

—Esa es la declaración más modesta del siglo. —Margrave soltó una sonora

carcajada—. Tendrías que haber visto la cara de aquel «poli» cuando vio su nombre escrito por todo Times Square y Broadway.

—Me hubiese gustado estar allí, pero lo hice sentado tranquilamente en mi casa. El localizador que llevabas en el magnetófono hizo el trabajo. La gran pregunta es saber si nuestra demostración nos ha llevado un poco más cerca de nuestra meta.

Una sombra pasó fugazmente por el rostro de Margrave.

—He estado leyendo los informes de la prensa. —Sacudió la cabeza—. La máquina de las trolas funciona a tope. Las élites dicen que fue pura casualidad que las interrupciones coincidieran con la reunión económica mundial. Están preocupados, pero los muy idiotas no acaban de tomarse en serio nuestras advertencias.

—¿Crees que es hora de disparar otro cañonazo a popa?

Margrave se levantó para ir hasta la mesa. Volvió con el ordenador, se sentó de nuevo y escribió en el teclado. La única pared sin ventanas se convirtió en una gran pantalla donde aparecían los continentes y los océanos.

La imagen se componía de la información suministrada por los satélites, las boyas oceánicas y docenas de estaciones terrestres de todo el mundo. Los continentes aparecían perfilados en negro sobre el azul verdoso de los océanos. Los números del 1 al 4 parpadeaban en el océano Atlántico; dos por encima y dos por debajo del ecuador. Un patrón similar aparecía en el Pacífico.

—Los números indican los lugares donde hicimos sondeos experimentales del fondo marino. El modelo virtual que programé indica que si empleamos todos nuestros recursos en esta área del Atlántico Sur, conseguiremos el efecto deseado. Se ha acabado la hora de las advertencias. Las élites son demasiado imbéciles, o demasiado arrogantes. En cualquier caso, tenemos que ir a por el premio gordo.

—¿De cuánto tiempo hablas?

—Del que tardemos en preparar las cosas. El único idioma que entienden las élites es el del dinero. Tendremos que darles un buen golpe a sus billeteros.

Barrett se quitó las gafas y miró al vacío, al parecer ensimismado en sus pensamientos.

—¿Qué pasa, *Spider*?

—Creo que deberíamos dejarlo correr y olvidarnos de todo esto.

El rostro de Margrave sufrió una increíble transformación. Se acentuó la «V» que formaban las cejas y la boca. Se esfumó la expresión risueña. En su lugar apareció otra de aterradora malevolencia.

—Veo que tienes cosas que objetar.

—No estamos hablando de bromas de estudiantes, Tris. Ya sabes el daño potencial que podría ocurrir si esta cosa se nos escapa de las manos. Podrían morir millones de personas. Podrían producirse cataclismos económicos y naturales de los que el mundo tardaría años en recuperarse.

—¿Cómo podría ocurrir? Dijiste que lo tenías controlado.

Barrett pareció hundirse en sí mismo.

—Me estaba engañando a mí mismo. Siempre ha sido una patraña. Después de lo ocurrido con el mercante en el Sitio Dos, volví al tablero. Probé una versión a escala del equipo en Puget Sound. Las orcas se volvieron locas. Atacaron a un grupo de chicos. Se hubiesen comido a un tipo de no haberlo sacado yo del agua.

—¿Alguien sabe quién era?

—Sí, un tipo llamado Kurt Austin. Lo leí en el periódico. Trabaja para la NUMA, y era el líder en la carrera de kayaks que acabó en un desastre. Solo vio el equipo por un segundo. Es imposible que supiese para qué servía.

Una nube oscura pareció pasar por el rostro de Margrave.

—Espero que tengas razón. De lo contrario, tendríamos que eliminar al señor Austin.

Barrett lo miró, horrorizado.

—¡No lo dirás en serio!

—Por supuesto, tío, no era más que una broma. Vi los reportajes del ataque de las orcas. ¿Me estás diciendo, *Spider*, que las orcas son depredadoras?

—No, lo que digo es que mi experimento perturbó sus capacidades sensoriales porque no pude controlar el campo electromagnético.

—¿Qué más da? Nadie resultó herido.

—¿Te has olvidado de que perdimos uno de nuestros propios barcos?

—Solo llevaba una tripulación mínima. Estaban enterados de los riesgos. A todos se les pagó muy bien.

—¿Qué me dices del *Southern Belle*? A esa gente no se le pagó para que participase en nuestros experimentos.

—Eso es historia antigua. Fue un accidente, compañero.

—Demonios, eso ya lo sé. Pero nosotros somos los responsables de sus muertes.

Margrave se inclinó hacia delante en la silla. Sus ojos brillaban como ascuas.

—Tú sabes por qué estoy tan apasionado por esta empresa.

—La culpa. Quieres expiar el pecado de los Margrave que hicieron la fortuna familiar con la sangre de los esclavos y el tráfico de opio.

Margrave sacudió la cabeza.

—Mis antepasados no eran nada comparados con aquello a lo que nos enfrentamos ahora. Luchamos contra una concentración de poder que nunca se había visto en el mundo. No hay nada que pueda rivalizar con las corporaciones multinacionales que se están apoderando del mundo con la ayuda de la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Estas entidades no electas, antidemocráticas, hacen caso omiso de las leyes civilizadas y hacen lo que quieren, sin importarles en lo más mínimo el impacto en todos los

demás. Quiero reclamar el poder sobre la tierra para todos sus habitantes.

—Hablas como el anarquista clásico —opinó Barrett—. Estoy contigo, pero matar a personas inocentes no me parece la mejor manera para conseguirlo.

—Lamento de todo corazón la pérdida de las tripulaciones y los barcos. Fue una desgracia, pero no pudimos evitarlo. No somos unos sanguinarios ni estamos locos. Si conseguimos nuestros objetivos, la pérdida de un barco es un coste mínimo. Siempre son necesarios algunos sacrificios para obtener un bien mayor.

—¿El fin justifica los medios?

—Si es necesario.

—Muchas gracias, señor Karl Marx.

—Marx era un charlatán, un teórico al que se le dio una fama que no se merecía.

—Tienes que admitir que este proyecto se basa en algunas teorías que no tienen nada de convencionales. El marxismo no era más que una idea sin mayor peso hasta que Lenin leyó *El capital* y convirtió a Rusia en el paraíso de los trabajadores.

—Esta es una discusión fascinante, pero volvamos a algo en lo que los dos estamos de acuerdo: la tecnología. Cuando empezamos con todo este «numerito», dijiste que podías tener controlado todo el poder que estábamos desatando.

—También te dije que sería un sistema imperfecto sin las frecuencias adecuadas —replicó Barrett—. He hecho todo lo posible sin tenerlas, pero hay una gran diferencia entre un disparo de fusil y un escopetazo, que es lo que estamos usando. Las olas y los remolinos que creamos exceden a todo lo que hemos visto en los modelos virtuales. —Hizo una pausa y respiró profundamente—. Estoy pensando en dejarlo, Tris. Lo que hacemos es demasiado peligroso.

—No puedes dejarlo. El proyecto se iría al garete.

—No es verdad. Tú podrías seguir adelante a partir del trabajo que llevo hecho. Como tu amigo, te ruego que no sigas.

En lugar de responder con furia, Margrave se echó a reír.

—Eh, *Spider*, tú fuiste quien descubrió los teoremas de Kovacs y me los enseñaste.

—Hay veces en las que lamento haberlo hecho. El hombre era brillante, sus teorías peligrosas. Quizá sea una bendición que los conocimientos muriesen con él.

—Si te dijese que Kovacs encontró la manera de neutralizar el efecto de sus teoremas, ¿reconsiderarías tu decisión de abandonar el proyecto?

—Disponer de un sistema antifallos marcaría una gran diferencia. Pero es hablar en balde. El conocimiento murió con Kovacs al acabar la Segunda Guerra Mundial.

Una expresión de astucia brilló en los ojos de Margrave.

—Supongamos, solo por continuar la discusión, que no murió.

—Ni hablar. Los rusos se apoderaron de su laboratorio. Lo mataron o acabó prisionero.

—Si lo capturaron, ¿cómo es que los rusos no desarrollaron sus trabajos y fabricaron superarmas?

—Lo intentaron —afirmó Barrett—. Provocaron el terremoto de Anchorage e hicieron un estropicio con el clima. —Hizo una pausa, y se le iluminó el rostro—. Si los rusos tenían a Kovacs, no podrían haber cometido semejante fallo. Así que evidentemente tuvo que morir en 1944.

—Eso es lo que cree todo el mundo.

—Deja ya de mirarme como el gato que se ha comido al canario. Tú sabes algo, ¿no?

—Como siempre hay una parte de verdad en esa historia —manifestó Margrave—. Kovacs publicó su trabajo sobre la guerra electromagnética. Los alemanes lo secuestraron para que desarrollase un arma que salvaría al *Tercer Reich*. Los rusos capturaron el laboratorio y se llevaron a los científicos con ellos. Pero uno de aquellos científicos dejó Rusia tras el final de la Guerra Fría. Di con su paradero. Me costó una fortuna en sobornos.

—¿Me estás diciendo que él tiene la información que necesitamos?

—Ojalá hubiese sido así de sencillo. El proyecto estaba estrictamente compartimentado. Los alemanes tenían como rehén a la familia de Kovacs. El ocultó los datos fundamentales con la ilusión de mantener viva a su familia.

—Tiene sentido —admitió Barrett—. Si los alemanes hubiesen sabido que había un antídoto para su trabajo, ya no lo habrían necesitado.

—Eso mismo es lo que creo. No sabía que los nazis habían matado a su familia poco después de arrestarlos, y que habían falsificado las cartas de su esposa donde lo animaba a colaborar por el bien de ella y el hijo. Unas horas antes de que llegasen los rusos al laboratorio, se presentó un hombre que se llevó a Kovacs. Un tipo alto, rubio, que conducía un Mercedes, según dijo nuestro científico.

Barrett puso los ojos en blanco.

—Esa descripción encaja con la mitad de la población alemana.

—Hemos sido afortunados. Unos pocos años después de abandonar Rusia, nuestro hombre vio una foto del hombre rubio en una revista de esquí. Allá por los sesenta, el tipo que se llevó a Kovacs ganó una carrera de esquí *amateur*. Llevaba barba y se le veía mayor, pero nuestra fuente estaba segura de que era el mismo hombre.

—¿Has podido rastrearlo?

—Envié a unos cuantos de nuestros gorilas para invitarlo a una charla. La misma empresa que se encarga de la vigilancia de la isla.

—¿Cómo se llama la empresa? ¿Asesinatos Sociedad Limitada?

—Gant la recomendó —respondió Margrave, con una sonrisa—. Admito que la empresa a veces se pasa de dura, pero queríamos unos profesionales a los que no les

importase saltarse un poco los márgenes de la ley.

—Confío en que haya valido la pena el dinero invertido.

—Hasta ahora no. Perdieron su gran oportunidad de hablar con el contacto de Kovacs. Les olió venir y se largó.

—Anímate. Incluso si lo encuentras, no tienes ninguna garantía de que sepa algo de los secretos de Kovacs.

—Llegué a la misma conclusión. Así que volví al origen. Programé una búsqueda masiva de todo lo que se había escrito y dicho de Kovacs. Partí de la premisa que si estaba vivo, hubiese continuado con las investigaciones.

—Todo un acto de fe. Su trabajo acabó con su familia.

—Seguramente tomó todas las precauciones necesarias, pero aun así dejó huellas. Mi programa rastreó todas las publicaciones científicas desde el fin de la guerra. Encontró unos cuantos artículos donde se comentaban los usos comerciales de los campos electromagnéticos.

—Tienes toda mi atención —dijo Barrett, que se inclinó hacia delante en su asiento.

—Uno de los pioneros en la investigación era una compañía fundada en Detroit por un inmigrante europeo llamado Viktor Janos.

—Jano era el dios de las dos caras romano que miraba el pasado y el futuro. Interesante.

—Eso me pareció. El paralelismo con el trabajo de Kovacs era demasiado extraño para ser cierto. Era como si Van Gogh hubiese copiado a Cézanne. Podría haber dominado la técnica de la luz de los impresionistas, pero no hubiese podido evitar el uso de los colores atrevidos y básicos.

—¿Qué sabes déjanos?

—Poca cosa. El dinero puede comprar el anonimato. Supuestamente era rumano.

—El rumano era uno de los seis idiomas que Kovacs hablaba a la perfección. Dime más.

—Su laboratorio estaba en Detroit, y él vivía en Grosse Pointe. Debía correr cada vez que veía una cámara, pero no se pudo ocultar cuando se convirtió en un muy generoso filántropo. Su esposa aparecía con frecuencia en las páginas de sociedad. También apareció la noticia del nacimiento de un hijo, que falleció después con su esposa en un accidente de carretera.

—Literalmente lo que se dice un punto muerto.

—Eso es lo que creí. Pero Janos tenía una nieta. Busqué su nombre y tuve suerte. Había escrito una tesis sobre los mamuts lanudos.

—¿Los antiguos elefantes? ¿Qué tiene eso que ver con Kovacs?

—Espera. En la tesis sostiene que los mamuts fueron extinguidos por una catástrofe natural que era un versión mucho más devastadora de lo que nosotros

estamos intentando hacer. Esta es la parte interesante. Afirmó que si eso hubiese ocurrido en la actualidad, la ciencia habría podido neutralizar la catástrofe.

—¿El antídoto? —Barrett resopló—. Me tomas el pelo.

Margrave buscó una carpeta que estaba en la mesa y la arrojó al regazo de Barrett.

—Cuando leas esto, creo que cambiarás de opinión respecto a dejar el proyecto.

—¿Qué pasa con la nieta?

—Es paleontóloga y trabaja para la Universidad de Alaska. Gant y yo decidimos enviar a alguien allí para que hable con ella.

—¿Por qué no dejamos el proyecto en suspenso hasta que averigüemos qué sabe?

—Esperaré, pero mientras tanto quiero tener todas las piezas acomodadas para que podamos ponernos en marcha de inmediato. —Margrave se volvió hacia Doyle, que no se había perdido ni una palabra de la conversación—. ¿Tú qué opinas?

—Diablos, yo no soy más que un pobre piloto sureño. Yo nado con la corriente.

Margrave le hizo un guiño a Barrett.

—*Spider* y yo estaremos ocupados durante un rato.

—Vale. Voy a buscar otra cerveza y saldré a dar un paseo —dijo el piloto.

En cuanto se marchó Doyle, los dos hombres se pusieron al ordenador. Acordaron reunirse de nuevo cuando acabaron de perfilar su plan hasta donde era posible. Doyle rondaba por el muelle cuando se acabó la visita.

—Te agradezco que hayas cambiado de opinión y sigas con el proyecto —le dijo Margrave a Barrett—. Llevamos siendo amigos desde hace mucho tiempo.

—Esto va más allá de la amistad —replicó Barrett.

Se dieron la mano, y minutos más tarde, el hidroavión corría por la bahía para el despegue. Margrave observó el aparato hasta que se convirtió en un punto en el cielo, y luego entró en la casa. Miró a través de la ventana del primer piso con una sonrisa en su rostro delgado. Barrett era un genio, pero increíblemente ingenuo en todo lo referente a la política.

A pesar de las promesas, Margrave no tenía la intención de demorar el proyecto. Si alguna vez había existido un momento donde el fin justificaba los medios, era ahora.

Capítulo 12

—¡Increíble! —exclamó Barrett y sacudió la cabeza.

Ocupaba el asiento del copiloto, y no había dejado de leer el contenido de la carpeta que le había dado Margrave desde el momento del despegue.

—¿Está bien lo que te ha dado, Tris? —preguntó Doyle.

—¿Bien? ¡Esto es fantástico!

Barrett levantó la cabeza de los papeles que lo habían tenido absorto y miró a través de la ventanilla. Había prestado muy poca atención al mundo fuera de la cabina y ahora esperaba ver la misma costa rocosa que habían seguido en el vuelo de ida a la isla. No había ni rastro del golfo de Maine. En cambio, abajo no había más que pinos en todas las direcciones.

—Oye, Mickey, ¿no te habrás tomado un par de cervezas de más? ¿Dónde está el agua? Esta no es la misma ruta que seguimos antes. Nos hemos perdido.

Doyle sonrió como si lo hubiesen pillado en mitad de una broma pesada.

—Esta es la ruta turística. Quiero mostrarte el lugar adonde voy a cazar ciervos. Solo son unos minutos más de viaje. Por lo visto, los papeles que te dio Tris son importantes.

—Sí, es algo sorprendente. Tris tiene razón. El tema es arcano, y la autora generaliza mucho, y hay una diferencia entre los fenómenos naturales y el tipo de cosas que nosotros intentamos conseguir. Pero escribe con conocimiento de primera mano de lo que podríamos llamar un antídoto. Es como si hubiese hablado con Kovacs en persona.

—Buen chico. Eso significa que seguirás en el proyecto.

—No. —Barrett sacudió la cabeza—. Aquí no hay nada que me lleve a cambiar de opinión. Incluso si hablamos con esta mujer, no hay manera de valorar cuánto sabe de verdad o cuánto es pura teoría. Esta locura no puede seguir adelante. La única manera de evitar el desastre es hacerlo público.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo un amigo que se encarga de la sección de ciencias en el Seattle Times. Lo llamaré en cuanto aterricemos, y le contaré toda la historia.

—Eh, *Spider*, no puedes decirle a la gente de qué va todo este plan —afirmó Doyle con una vigorosa sacudida de cabeza—. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo público? Podrías meterte en un lío de mucho cuidado.

—Tendré que correr ese riesgo.

—Esto hundirá a Tris además del proyecto. Es tu socio.

—Lo he pensado mucho. Creo que a la larga será lo mejor para él.

—No sé qué decirte.

—Pues yo lo tengo muy claro. Quizá acabe dándome las gracias por haber

mandado a pique toda esta locura.

—¿Por qué no esperas un poco? El dijo que lo suspendería todo hasta que alguien hablase con la nieta de Kovacs.

—Llevo muchos años trabajando con Tris. Solo lo dijo para tranquilizarme. — Barrett sonrió—. El mundo tiene que saber lo que hemos estado tramando, y, desafortunadamente, me ha tocado a mí la china.

—Demonios.

—¿Qué pasa, Mickey? Dijiste que el desanimado era yo.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, *Spider*?

—Desde que estudiábamos en el MIT. Tú trabajabas en la cafetería. ¿Cómo has podido olvidarlo?

—No lo he olvidado. Tú eras el único de todos aquellos estudiantes «listillos» que no me trataba como si fuese escoria. Tú eres mi amigo.

—Tú me lo recompensaste sobradamente. Conocías los mejores bares de ligue en Cambridge.

—Todavía los conozco —afirmó Doyle, con una sonrisa.

—A ti no te ha ido nada mal, Mickey. No todo el mundo puede ser piloto.

—No soy más que un «pelanas» comparado con el, hombre.

—¿Tris? Sí, es el no va más. Yo siempre he sido un trabajador. Soy como el arquitecto que construye una única casa. El es como el promotor que vende miles de esas casas. Su visión es lo que nos hizo millonarios a los dos.

—¿Tú te crees todas esas cosas anarquistas que dice?

—Una parte. Las cosas están desequilibradas en el mundo, y me gustaría darle una sacudida a las élites, pero me interesaba más el desafío científico. Ahora las cosas se han torcido, y tengo que ponerle remedio.

—Pues yo te digo, como un amigo, que no es una buena idea.

—Valoro tu amistad, pero en este caso siento mucho no estar de acuerdo contigo.

Doyle hizo una pausa antes de responder, con un tono de tristeza en la voz:

—Yo también lo siento.

Barrett dio por acabado el tema, y reanudó la lectura, y solo de vez en cuando miraba a través de la ventanilla. Sobrevolaban una zona boscosa muy densa cuando Doyle exclamó:

—¡Epa! ¿Qué es eso?

Barrett interrumpió la lectura.

—No oigo nada excepto el ruido del motor.

—Algo no va bien —afirmó Doyle y frunció el entrecejo. El hidroavión bajó súbitamente un centenar de metros—. Maldita sea, estamos perdiendo potencia. Tendré que bajar.

—¿Bajar? —preguntó Barrett, alarmado. Miró a través de la ventanilla la

alfombra de pinos—. ¿Dónde?

—Conozco esta zona muy bien, aunque hace tiempo que no vengo a cazar por aquí. Creo que no estamos muy lejos de un lago.

El avión continuó perdiendo altura.

—Veo algo —anunció Barrett, y señaló un destello.

Doyle levantó el pulgar y puso rumbo al espejo de agua. El hidroavión descendió rápidamente en un ángulo oblicuo que pareció que lo llevaría a estrellarse contra los pinos. En el último segundo, Doyle elevó el aparato para esquivar las copas antes de amerizar de panza en el lago.

El impulso los llevó hacia la costa y el avión se detuvo cuando los flotadores rozaron el fondo. Doyle se tronchaba de risa.

—Ha sido toda una obra de arte. ¿Estás bien?

—Tengo el culo en las orejas, pero por lo demás estoy bien.

—Amerizar ha sido la parte fácil —dijo Doyle, con la mirada puesta en los árboles que rodeaban el lago—. Lo difícil será despegar.

Barrett señaló la radio.

—¿No tendríamos que pedir ayuda?

—En un minuto. Quiero comprobar los daños. —Salió de la cabina, y desde el flotador saltó a la playa. Se agachó un par de veces para mirar la parte inferior del fuselaje—. Eh, *Spider*, ven a ver esto.

Barrett abandonó el avión.

—¿Qué pasa?

—Aquí, debajo del fuselaje. Es increíble.

Barrett comenzó a agacharse, sin soltar la carpeta.

—No veo nada.

—Lo verás, lo verás. —Doyle sacó una pistola de debajo de la cazadora.

Barrett se agachó todavía más, y la carpeta de cuero se le escapó de la mano. El montón de hojas se desparramó sobre la playa. Algunas las cogió y otras se las llevó la brisa del lago como si tuviesen vida propia.

Levantó la carpeta y luego echó a correr detrás de las hojas, y las fue atrapando al vuelo con la habilidad de un cazador de mariposas. Consiguió recogerlas todas antes de que llegasen a los árboles. Las guardó en la carpeta y la apretó contra su pecho. Mostraba una sonrisa de triunfo cuando comenzó a caminar de regreso al avión.

Vio la pistola en la mano de Mickey.

—¿Qué pasa, Mickey?

—Adiós, *Spider*.

Comprendió por el tono que su amigo no bromeaba. Se le borró la sonrisa.

—¿Porqué?

—No puedo dejar que hundas el proyecto.

—Escucha, Mickey. Esto tal vez lo podamos arreglar entre Tris y yo.

—No tiene nada que ver con Tris.

—No te entiendo.

—Me tomaré una cerveza en tu memoria la próxima vez que vaya a Cambridge —dijo Doyle.

La pistola calibre 25 tosió dos veces.

La primera bala se clavó en la carpeta de cuero. Barrett sintió el impacto en el pecho, pero aún le dominaba la incredulidad cuando la segunda bala le rozó la cabeza. Entraron en acción los reflejos de supervivencia. Dejó caer la carpeta, se volvió, y echó a correr con todas sus fuerzas. Doyle efectuó dos disparos más, pero los proyectiles acabaron hundidos en el tronco de un pino. Maldijo a voz en cuello y emprendió la persecución.

Barrett no hizo caso de las ramas bajas que le azotaban el rostro ni de las zarzas que le rasgaban los tejidos. La sorpresa al ver que su amigo le disparaba había dado paso al más absoluto terror. La sangre le goteaba por la sien y el cuello.

Mientras continuaba con la enloquecida carrera, vio delante un destello plateado. ¡Maldita sea! Había vuelto al lago, pero ahora no había vuelta atrás.

Salió del bosque y se encontró en una playa de arena a unos cien metros del avión. Escuchaba el estrépito de la carrera de Doyle entre los árboles. Sin vacilar, se metió en el agua, respiró a fondo, y se sumergió. Era muy buen nadador, y, a pesar de las botas, consiguió alejarse unos cuantos metros antes de que Doyle llegase a la orilla. Se sumergió todo lo que pudo.

Doyle se detuvo al borde del agua y apuntó cuidadosamente a las ondulaciones en la superficie que marcaban el punto donde Barrett había desaparecido. Comenzó a disparar metódicamente hasta acabar el cargador, puso otro y disparó en abanico.

El agua se tiñó de rojo donde se había sumergido *Spider*. Doyle decidió esperar cinco minutos para asegurarse de que Barrett no contenía la respiración, pero escuchó que alguien gritaba desde más allá de los altos juncos que había a su izquierda.

Echó una última ojeada a la mancha que se extendía en la superficie del lago y se guardó el arma. A paso rápido, regresó a través del bosque hasta el claro. Recogió los papeles que había dejado caer Barrett y los guardó en la carpeta; fue entonces cuando vio el orificio en el cuero. Maldijo por lo bajo. Se lo tenía merecido por haber utilizado un arma que apenas era un poco más que un juguete. Minutos más tarde, ya volaba de nuevo sobre el bosque.

Tan pronto como tuvo cobertura en el móvil marcó un número.

—¿Qué? —preguntó una voz de hombre.

—Está hecho —respondió Doyle—. Intenté hacerle cambiar de opinión, pero estaba decidido a contarlo todo.

—Es una pena. Era brillante. ¿Algún problema?

—Ninguno —mintió Doyle.

—Buen trabajo —dijo la voz—. Quiero verte mañana.

Doyle prometió que allí estaría. Al cortar, la sentimentalidad irlandesa lo llevó a conmoverse un poco por haberse visto en la necesidad de matar a un viejo amigo. Pero Doyle se había criado en un barrio donde una amistad podía acabar en un entierro nocturno por algún trapicheo con drogas o un comentario imprudente. No era esa la primera vez que mataba a un amigo o conocido. El negocio era el negocio. Se olvidó de Barrett y comenzó a pensar en la riqueza y el poder que muy pronto tendría en sus manos.

No se hubiese sentido tan tranquilo de haber sabido lo que ocurría en el lago. Una embarcación había aparecido por detrás de los juncos. Los dos pescadores habían escuchado las detonaciones de la pistola de Doyle. Querían advertirle al cazador que había más gente en la zona. Uno de los hombres era un abogado de Boston, pero, todavía más importante, el otro era un médico.

Al salir de detrás de los juncos, el abogado señaló al frente y preguntó:

—¿Qué diantre es aquello?

—A mí me parece un melón con el tatuaje de una araña —respondió el médico.

Remaron hasta llegar a un par de metros del objeto. Desapareció el melón, y en su lugar aparecieron ojos, una nariz y una boca. El abogado levantó el remo dispuesto a golpear la cabeza flotante. *Spider* Barrett miró a los dos atónitos pescadores. Abrió la boca.

—Ayúdenme —suplicó.

Capítulo 13

Con un desplazamiento de veintitrés mil toneladas y una potencia de setenta y cinco caballos, el *Kotelny*, un rompehielos ruso de la clase «Yamal», era capaz de abrirse camino en un capa de hasta dos metros de espesor. La afilada proa cortaba la esponjosa masa de hielo primavera como un cuchillo caliente a través de un sorbete. Karla Janos, que se encontraba en la proa con la mirada puesta en la isla envuelta en la bruma, que era su punto de destino, percibió una sensación extraña.

El involuntario temblor que recorrió su espigado cuerpo no tenía nada que ver con el terrible clima del mar de Siberia oriental. Karla iba abrigada con una gruesa parka, y se había acostumbrado al frío después de pasar dos inviernos con los equipos de la Universidad de Alaska en Fairbanks, donde las temperaturas eran de cuarenta grados bajo cero. Conocía el territorio alrededor del círculo polar ártico lo bastante bien como para saber que no había muchas probabilidades que Ivory Island respondiese a la imagen de cálida blancura evocada por su nombre, pero no estaba en absoluto preparada para la desolación de aquel lugar aislado.

Como científica, Karla sabía que su reacción era más emocional que objetiva, pero la isla tenía un aspecto amedrentador que no resultaba fácil descartar. La característica más destacada de la isla era un volcán extinguido que aún tenía restos de nieve en la cima truncada. El cielo cubierto de negros nubarrones borraba cualquier nota de color que hubiesen podido dar los rayos de sol, así que el mar y la tierra parecían estar tapados con un velo gris. A medida que el rompehielos se acercaba a la isla, vio que las bajas y ondulantes colinas y la tundra alrededor del volcán aparecían cortadas por un entramado de gargantas cuyas serpenteantes paredes, combinadas con la luz que incidía en ella oblicuamente, creaban una ilusión óptica y transmitían la sensación de que la tierra se estuviese retorciendo de dolor.

—Perdón, señorita Janos. Echaremos anclas dentro de quince minutos.

Se volvió para mirar al comandante del barco. El capitán Ivanov era un hombre fornido de unos sesenta años. Su ancho rostro estaba curtido por el brutal clima ártico, y una corta barba blanca adornaba su barbilla.

El capitán era una persona bondadosa que había pasado la mayor parte de su vida dedicado a navegar por las heladas aguas del archipiélago. Karla e Ivanov habían forjado una sólida amistad desde que la joven había subido a bordo del rompehielos en su base situada en la isla Wrangel. Ella había disfrutado muchísimo con sus conversaciones sobre los temas más variados durante las cenas. El capitán la había impresionado con sus amplios conocimientos de historia, biología y meteorología que iban más allá de lo necesario para el mando de una nave en mares hostiles. Lo había hecho ruborizar cuando ella lo calificó como un hombre del Renacimiento.

Al capitán, Karla le recordaba a su hija, una bailarina del ballet Bolshoi. Era alta,

delgada, de piernas largas, y con la soltura de movimientos de alguien segura de su cuerpo. Llevaba la larga cabellera rubia recogida en un moño bien apretado al estilo de las bailarinas. Había heredado los mejores rasgos de sus antepasados magiares y eslavos: la frente ancha, los pómulos altos, una boca grande y sensual, una tez cremosa y unos ojos gris humo casi almendrados que insinuaban la existencia de algún antepasado asiático. Karla había estudiado danza durante un tiempo, pero le atraía mucho más el atletismo. Había sido una destacada corredora en la Universidad de Michigan, donde se había licenciado en paleontología y también había hecho un curso menor en biología de los vertebrados.

—Gracias, capitán Ivanov. Ya tengo el equipaje preparado. Lo iré a recoger ahora mismo a mi camarote.

—Tómese su tiempo. —La miró con una expresión bondadosa en sus ojos azules—. Parece distraída. ¿No se siente bien?

—Estoy bien, gracias. Estaba contemplando la isla, y la verdad es que la encuentro un tanto siniestra. Obviamente, no son más que imaginaciones mías.

—No del todo —replicó el capitán—. He navegado por estas aguas durante muchos años, y la isla siempre me ha parecido diferente. ¿Conoce algo de su historia?

—Solo que la descubrió un trampero.

—Así es. Fundó un asentamiento junto al río. Asesinó a algunos de los demás tramperos durante una reyerta por unas pieles, así que no pudieron darle el nombre de un asesino.

—Conocía esa historia. De todas maneras, incluso si fuese una asesina, no sé si me gustaría que le pusiesen mi nombre a un lugar absolutamente solitario y sin ningún atractivo. Creo que Ivory es más poético. Además, por lo que sé de la isla como una fuente de marfil, también muy acertado. —Hizo una pausa—. Dijo usted que la isla era diferente. ¿De qué manera?

El capitán se encogió de hombros.

—Algunas veces, cuando he pasado por delante de la isla durante la noche, he visto luces que se movían cerca del viejo asentamiento de los tramperos junto al río, en lo que llamaban Ivorytown.

—Allí está la base de la expedición, donde me alojaré.

—Probablemente era la luminiscencia de las bolsas de gas.

—¿Gas? Usted dijo que se movían.

—Es usted muy observadora —dijo el capitán—. Me disculpo. No pretendía asustarla.

—Todo lo contrario, me interesa.

Karla era muy parecida a su hija. Inteligente. Terca. Intrépida.

—De todas maneras, la vendremos a recoger dentro de dos semanas. Le deseo mucha suerte con su investigación.

—Gracias. Estoy muy segura de que encontraré algo en la isla que apoye mi teoría sobre la causa de la extinción de los mamuts lanudos.

En el rostro del capitán apareció una sonrisa irónica.

—Si sus colegas en la isla tienen éxito, quizá veamos a los mamuts en el zoológico de Moscú.

Karla exhaló un sonoro suspiro.

—Quizá nosotros no lleguemos a verlo. Incluso si la expedición consigue encontrar ADN de mamut en algún resto y se pudiese utilizar para la inseminación de una elefanta india, se podría tardar más de cincuenta años en desarrollar a una criatura que fuese en su mayor parte un mamut.

—Espero que eso nunca ocurra —manifestó Ivanov—. No creo que sea prudente jugar con la naturaleza. Es como lo que dicen los marineros de silbar a bordo. Podrías hacer que se levantase un temporal.

—Estoy de acuerdo, y por eso me dedico a la investigación pura.

—Una vez más, le deseo mucha suerte. Ahora, si me perdona, tengo que ocuparme de la maniobra.

Karla le agradeció la hospitalidad, y se dieron la mano. Experimentó una sensación de soledad cuando el capitán se marchó, pero se consoló al pensar en el trabajo que tenía por delante. Con una mirada de desafío a la isla, fue a su camarote para recoger las maletas, y volvió a la cubierta a esperar que la llevaran a tierra.

El barco realizó una pasada cerca de la costa de una rada natural para abrir un canal en el hielo. Karla cargó las maletas en la chalupa, y después subió a bordo. Arriaron la embarcación, los dos marineros soltaron las amarras y pusieron rumbo a la isla, entre los trozos de hielo grandes como coches. A medida que se acercaban a tierra, Karla vio a una figura que los saludaba desde la costa.

Unos minutos más tarde, la chalupa embarrancó en la playa a unos centenares de metros del río que desembocaba en la bahía y Karla saltó a tierra. La mujer de mediana edad que la esperaba se acercó y le dio un inesperado abrazo.

—Soy María Arbatov —se presentó en inglés con un claro acento ruso—. Me alegro mucho de conocerte, Karla. Me han hablado maravillas de tu trabajo. Me cuesta creer que alguien tan joven haya podido hacer tanto.

María llevaba los cabellos canosos recogidos en un moño, tenía las mejillas rosadas y una gran sonrisa que quitaba el helor al aire ártico.

—Encantada de conocerte, María. Gracias por la bienvenida.

María se excusó y fue a supervisar la descarga de los suministros que transportaba la chalupa. Apilaron los cajones en la playa de guijarros. Vendrían a recogerlos más tarde. María dijo que no había nada ni nadie que pudiese llevárselos. Karla se despidió de los dos marineros. María y ella subieron una pequeña colina y caminaron a la vera del río. El sendero mostraba numerosas huellas de botas, una indicación de

que aquel era el camino habitual para ir y volver de la playa.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó María, atenta a donde pisaba en la capa de «permafrost».

—Estupendo. El capitán Ivanov es un hombre encantador. El *Kotelny* se usa para llevar a los turistas por el archipiélago, así que mi camarote era muy cómodo.

—El capitán Ivanov también fue muy amable cuando trajo a la expedición. Espero que no te hayas aficionado mucho a las comodidades. Hemos hecho todo lo posible, pero nuestros alojamientos son mucho más primitivos que los camarotes del barco.

—Lo sobreviviré. ¿Qué tal marcha el proyecto?

—Como dicen los norteamericanos, ¿prefieres saber primero las buenas noticias o las malas?

Karla la miró de soslayo.

—Te lo dejo a ti.

—Primero, las buenas noticias. Hemos hecho varias salidas y en todas hemos recolectado especímenes muy prometedores.

—Esa es la buena noticia. ¿Cuál es la mala?

—Acabas de llegar en el momento en que se libra una nueva guerra ruso-japonesa.

—No sabía que esta era una zona de combate. ¿A qué te refieres?

—¿Sabes que esta es una expedición conjunta?

—Sí, está financiada por intereses rusos y japoneses. La idea es compartir los hallazgos.

—Como científica sabes que no es tan importante lo que encuentras sino los méritos que recibes por hacerlo.

—Los méritos te dan una posición, te abren nuevas puertas en tu carrera y, en última instancia, te facilitan los fondos que necesitas.

—Correcto. En este caso, como está en juego una gran cantidad de dinero, resulta muy importante decidir quién se llevará los méritos por los hallazgos. —Se habían alejado poco más de medio kilómetro de la costa y habían subido otra colina cuando María anunció—: Ya casi hemos llegado. Bienvenida a Ivorytown.

Siguieron por el sendero a través de la tundra hasta donde se alzaban varios edificios cerca del río. La estructura más grande, del tamaño de un garaje para un solo coche, estaba rodeada por varias casetas sin ventanas cuyo tamaño era un tercio de la más grande. Los techos eran de chapa de cinc ondulada. Había dos tiendas grandes a un lado. Karla se acercó al edificio más cercano y pasó la mano por la áspera superficie gris de la pared.

—Está casi toda hecha con huesos y colmillos —comentó, asombrada.

—La gente que vivió aquí aprovechó el material que más abundaba —explicó

María—. Los fósiles están ligados con un mortero casero. Son paredes muy resistentes, y cumplen perfectamente con su función principal, que es proteger del frío.

Se abrió la vieja puerta de madera de la casa y salió un hombre corpulento. Apartó a María sin miramientos y abrazó a Karla como si fuese un tío ausente durante mucho tiempo y la besó sonoramente en ambas mejillas.

—Soy Sergei Arbatov. —Le dedicó a Karla una amplia sonrisa que dejó al descubierto varios dientes de oro—. Soy el jefe del proyecto. Es un placer tener trabajando con nosotros a una criatura absolutamente encantadora.

Karla no pasó por alto la sombra que pasó fugazmente por el rostro de María. Había leído las biografías y antecedentes de los miembros de la expedición y sabía que si bien Sergei era el jefe, su esposa lo superaba en número de grados académicos. Karla era de las que siempre estaba en pugna con el sector académico masculino, y no le agrado ver cómo él la dejaba de lado. Pasó junto a Arbatov y apoyó un brazo en los hombros de María.

—Yo también agradezco la ocasión de trabajar con alguien con tantos logros científicos —afirmó.

Se esfumó el ceño fruncido de María y sonrió, complacida. La expresión de Arbatov mostró claramente que no le había hecho ninguna gracia el reproche. No se pudo saber lo que hubiese ocurrido a continuación de no haber salido de la casa en aquel momento otras dos personas. Sin vacilar, Karla se adelantó para inclinarse respetuosamente ante uno de ellos.

—Doctor Sato, me llamo Karla Janos. Es un placer conocerlo —le dijo al mayor de los dos—. He escuchado tantos elogios del Centro de Ciencia y Tecnología Gifu y de la Universidad Kinki. —Se volvió hacia el más joven—. Usted debe de ser el doctor Ito, el veterinario de la Universidad Kagoshima en el sur de Japón.

Los hombres respondieron a sus amables palabras con sendas sonrisas e inclinaciones.

—Esperamos que haya tenido un viaje agradable —manifestó el doctor Sato—. Estamos muy complacidos de que se sume a nuestra expedición.

—Gracias por permitirme estar aquí. Sé que están muy ocupados con sus propias investigaciones.

Karla y los dos japoneses hablaron de sus mutuos conocidos científicos hasta que se acercó María y la cogió del brazo.

—Acompáñame, que te mostraré dónde te alojarás. —La llevó a una de las casetas, y entraron en el oscuro y mohoso interior—. La construyeron los viejos tramperos, y el asentamiento lo ampliaron los buscadores de marfil. Es más cómoda de lo que parece. En las tiendas grandes tenemos la cocina y el comedor. La tienda más pequeña es el baño común. Es un lugar helado, así que deberás aprender a no

demorarte. No hay ducha. Tendrás que conformarte con lavarte con una esponja. Disponemos de un generador eléctrico, pero lo utilizamos con medida porque la provisión de combustible es limitada.

—Estoy segura de que estaré cómoda —prometió Karla, mientras se preguntaba si alguno de los asesinatos se había cometido en aquella habitación.

Colocó una plancha aislante en el suelo y luego el saco de dormir.

—Debo felicitarte —dijo María—. Te has hecho con los japoneses en cuanto les citaste sus antecedentes.

—Fue sencillo. En cuanto tuve los nombres, los busqué en Internet. Vi las fotos y leí sus biografías. Aunque creo que mis encantos de nada sirvieron con Sergei.

María soltó la carcajada.

—Mi marido en el fondo es un buen hombre. De no ser así me hubiese librado de él hace tiempo. Pero a veces es muy plasta, sobre todo cuando se trata de mujeres. Tiene un ego descomunal.

—También leí vuestras biografías. El no tiene ni la mitad de tus credenciales científicas.

—De acuerdo, pero él tiene las vinculaciones políticas, y eso es lo que cuenta. Te respetará porque le has plantado cara, pero si no te importa halagarlo un poco, lo tendrás comiendo de la palma de tu mano. En realidad es bastante inseguro, y yo lo hago continuamente.

—Gracias por el consejo. Le daré un poco de coba. ¿Cuál es nuestro programa?

—De momento todo está en el aire.

—No te entiendo. —Vio la picardía en los ojos de la rusa—. ¿Hay alguna cosa que no me hayas dicho?

—Así es. La buena noticia es que hemos encontrado algo realmente extraordinario. La mala es que los demás aún tienen que decidir si te lo dicen ahora, o si deben esperar a conocerte mejor.

A Karla se le despertó de inmediato la curiosidad, pero optó por una respuesta prudente:

—Lo que decidáis ya me vale. Tengo mi propio trabajo para mantenerme ocupada.

María asintió, y las dos mujeres salieron de la caseta para ir a reunirse con los demás científicos agrupados delante de la casa grande.

—Has llegado a la isla en un momento que puede ser muy afortunado, o incómodo, según lo que decidas —le dijo Arbatov a Karla, con un tono severo.

—No te entiendo.

—Hemos votado —añadió Arbatov, con el mismo tono—. Hemos decidido hacerte partícipe de nuestra confianza. Pero primero debes jurar que no divulgarás lo que has visto, ahora o más tarde, sin el expreso consentimiento de los demás

miembros de esta expedición.

—Te lo agradezco, pero sigo sin entenderlo. —Karla miró a María en busca de ayuda.

Arbatov le señaló la casa, cuya gruesa puerta de madera estaba vigilada por los japoneses. Parecían las esculturas de un templo asiático. A un gesto del ruso, Sato abrió la puerta y con un amplio movimiento del brazo la invitó a pasar.

Todos sonreían. Por un momento, Karla se preguntó si no habría caído en manos de un grupo de científicos que habían perdido el juicio por el aislamiento ártico. Pero aun así acabó por entrar. Allí no olía tanto a moho como en su caseta, y en cambio notó otro olor como si se tratase de una caballeriza. Su origen era una masa de piel marrón rojizo que yacía sobre una mesa iluminada por los focos que alimentaba el generador eléctrico. Avanzó un paso más y comenzó a ver los detalles.

La criatura parecía dormir. Casi esperaba que en cualquier instante abriese los ojos o moviese la cola o la corta trompa, y le pegase el susto de su vida.

Acostado delante de ella, con el mismo aspecto que hubiese tenido vivo veinte mil años atrás, estaba la cría de mamut mejor conservada que hubiese visto hasta entonces.

Capítulo 14

Jordán Gant era como la Quimera, el mítico monstruo griego hecho de partes del todo diferentes. Era disciplinado como un monje penitente, y daba la impresión de ser un asceta, pero el traje negro hecho a medida y el polo con cuello cisne a juego que resaltaban la tez pálida y los cabellos blancos costaban más de lo que muchas personas cobraban por semana. Su oficina de Washington, en Massachusetts Avenue, era espartana en comparación con los lujosos despachos de otras poderosas fundaciones en la zona. Sin embargo, era propietario de una granja en Virginia que parecía un palacio, una caballeriza y un garaje lleno de coches deportivos. Había hecho una fortuna con sus inversiones multinacionales, pero era el director de una organización cuyo objetivo declarado era poner trabas a las corporaciones, como aquellas que lo habían hecho millonario.

Tenía las orejas pequeñas y pegadas al cráneo, algo que le daba el aspecto de un aerodinámico ornamento de un capó. Sus facciones eran suaves, como si se hubiesen formado antes de que cualquier carácter —bueno o malo— pudiese marcarlas. Sus expresiones no eran más permanentes que las imágenes proyectadas en una pantalla. En un estado natural, relajado, su rostro carecía de cualquier emoción. Había perfeccionado al máximo la sonrisa del político, y podía manejarla como si se tratase de un dispositivo electrónico. Podía fingir un interés sincero por la conversación más aburrida, y proyectar bondad o alegría, valiéndose de una máscara como un actor de la antigüedad. Había momentos en los que parecía más una ilusión que un hombre real.

Gant mostraba su faceta más amable mientras hablaba en su despacho con Irving Sacker, un hombre de mediana edad con papada y una incipiente calvicie. Con las uñas cortadas por la manicura, sus impecables cortes de pelo y sus sobrios trajes, Sacker y los otros tres abogados de su influyente bufete en Washington parecían como si la Georgetown Law School los hubiese cortado con el mismo patrón. Aunque se diferenciaban por sus facciones y sus físicos, los tres parecían hambrientas aves de rapiña dispuestas a lanzarse con furia sobre cualquier tecnicismo legal.

—Veo que ha traído el estudio de rehabilitación y los discos que le pedí —dijo Gant.

Sacker le entregó un maletín.

—Normalmente, hubiésemos guardado una copia de seguridad de los archivos en el despacho, pero dado que usted ha pagado tan generosamente por la privacidad, hemos borrado toda la información de los discos duros. Es como si nunca nos hubiésemos ocupado de su caso.

—En nombre de Global Interest Network les doy las gracias por todo el trabajo, y gracias también por mantener todo este proyecto en secreto.

—Solo hicimos nuestro trabajo —manifestó Sacker—. Ha sido un reto muy interesante. Lo que hemos creado para usted en el papel es una megacorporación que controlaría todos los medios de comunicación electrónicos posibles en el plante. Redes de teléfonos móviles. Satélites. Telecomunicaciones. Todo el pastel.

—Tendrá que admitir que esta es la manera como se están haciendo las cosas, con todas esas compras y fusiones en la industria.

—Todo eso no son más que vulgares chiringuitos comparado con el ente que hemos creado para usted.

—Solo ha hecho exactamente lo que se le ha pedido.

—En ese caso, espero que nos mantenga como su equipo legal para cuando se presente cualquier demanda *antitrust* —manifestó Sacker, con una sonrisa.

—Ustedes serán los primeros de nuestra lista —prometió Gant, con un tono halagador.

—¿Le importa si le hago una pregunta, señor Gant?

—En absoluto. Adelante.

—Estos acuerdos y contratos permitirían, si ocurriesen una serie de circunstancias muy poco probables, que alguien pudiese asumir el control de los principales sistemas de comunicaciones mundiales. Corríjame si me equivoco, pero su fundación se opone a lo que considera un sistema económico opresivo, a la economía de mercado y al capitalismo.

—Así es. La fundación es prodemocrática y no partidista. Estamos de acuerdo en que el libre comercio puede ser beneficioso para los países en desarrollo y la paz. Nosotros hacemos campaña contra el actual modelo de libre comercio. Nos preocupa cuando los intereses corporativos están por encima de las normas de seguridad, y las leyes de protección medioambiental se consideran como barreras al libre comercio. Estamos en contra de la concentración de poder en manos de unas pocas corporaciones multinacionales. Nos oponemos a unos movimientos de capitales que les permiten evadir las leyes locales. Vemos al Banco Mundial, a la Organización Mundial del Comercio y al Fondo Monetario Internacional como organismos que están por encima de los gobiernos y les imponen sus criterios. —Cogió un folleto impreso en rojo, blanco y azul, y se lo dio a Sacker—. Puede enterarse de todo lo que desee sobre la campaña del Proyecto Libertad en estas páginas.

—Lo he leído —dijo Sacker—, y estoy de acuerdo con algunos de sus posicionamientos. —Miró los carteles en la pared que mostraban a la Organización Mundial del Comercio como un pulpo gigante—. ¿Por qué una fundación como la suya gasta una fortuna para montar algo que está en contra de lo que defiende?

—Es muy sencillo. Creemos que la megacorporación que ustedes han preparado se convertirá en una realidad en un futuro próximo. Para luchar contra un enemigo, hay que conocerlo a fondo. Básicamente somos un grupo de análisis e ideas. Su

trabajo nos brindará la oportunidad de descubrir los puntos débiles, y también las fuerzas, de una red de comunicaciones globalizada.

—Muy astuto. No hay duda que la GIN es muy buena en el campo de las comunicaciones. No puedes ver ni un solo informativo en la televisión sin que salga alguno de sus portavoces para pontificar sobre el tema del día.

—Muchas gracias. Nuestra presencia en los medios es impresionante, pero usted habla de influencia, no de poder.

Sacker consultó su reloj y se levantó de la silla. Gant estrechó las manos de todos y los acompañó hasta la puerta.

—Muchas gracias de nuevo. Estaremos en contacto.

En cuanto salió el último de los visitantes, Gant volvió a su mesa, apretó el botón del intercomunicador y dijo unas pocas palabras. Se abrió una puerta lateral y Mickey Doyle entró en el despacho.

—Hola, Mickey. ¿Lo has escuchado?

—Sacker es un tipo listo —respondió el piloto—. Se huele algo, aunque no acaba de saber qué es.

—Creo que conseguí desviarlo del tema con mi explicación, pero no estoy muy seguro de haberle convencido. No tiene importancia. ¿Has hablado con Margrave desde el incidente con Barrett?

—Esta mañana. Dijo que había intentado llamar a *Spider* pero que no le había atendido. Yo le expliqué que cuando había dejado a Barrett en el aeropuerto de Portland, *Spider* me dijo que quería marcharse unos días a alguna parte para reflexionar.

—Buen trabajo. —Gant abrió un cajón y sacó una carpeta de cuero. Para no arriesgarse a escuchar preguntas incómodas por el agujero de bala en la carpeta vieja, Doyle la había reemplazado por otra nueva—. He leído todo el material relacionado con Karla Janos. Está muy claro que sabe algo.

—Eso fue lo que dijo *Spider*. ¿Qué quieres que haga con ella?

—Ya tengo gente que se ocupa de esa parte. Cuando me llamaste desde la isla con la noticia de que podía haber un antídoto para neutralizar lo que hacemos, decidí actuar sin demora. Nuestro grupo de seguridad rastreó a la mujer hasta la Universidad de Alaska en Fairbanks. Desafortunadamente, no llegamos a tiempo. Se había marchado para participar en una expedición científica en Siberia.

—¡Siberia! ¡Caray! ¿Por qué no la luna?

—No te preocupes. Las personas que pagan las facturas de la fundación tienen los brazos muy largos. Hacen muchos negocios en Rusia y me pusieron en contacto con un caballero en Moscú. El llamó a su gente en Siberia, y dieron con la señorita Janos en una isla remota. Se encargarán de ir hasta allí y secuestrarla. Mientras tanto, un equipo va de camino para interrogar y averiguar qué sabe.

—¿Crees que sabe algo que pueda hundir el proyecto?

—Eso es secundario —respondió Gant—. Solo nos interesa saber si ha hablado con alguien más. Después la eliminaremos. Puede que tengamos que ocuparnos de otro problema. Kurt Austin, el hombre de la NUMA que mencionó Barrett. No me gusta la idea de que viese el mecanismo.

—Lo mantendremos vigilado.

—Bien. Consulté su *curriculum*. Tiene unas cuantas hazañas en su haber. No queremos que nos cause problemas. Si lo vemos como una amenaza, tendremos que eliminarlo rápidamente. Mientras tanto, mantente cerca de Margrave, e infórmame sin demora de cualquier cosa importante. Queremos que dedique toda su fortuna y energía en seguir con este proyecto hasta el final.

—Será un placer.

Gant era un maestro en ocultar sus propias emociones, pero tenía un gran talento para interpretar las expresiones de los demás. Doyle parecía un mastín al que estaban a punto de darle un succulento filete.

—No te gusta, ¿verdad?

—¿Quién, Tris? No. Siempre me ha tratado como si fuese una basura. Cree que soy su mono. Me manda a que le sirva el café y las copas, y me recompensa con una lata de cerveza. Soy invisible para un tipo como él.

—Eso es lo que te hace absolutamente valioso para el proyecto Libertad. Eres mejor que una mosca en la pared. Serás recompensado mucho más de lo que podrías imaginar. Si te sirve de consuelo por ahora, te diré que Margrave puede ser un genio, pero no tiene la más mínima idea de lo que está pasando delante mismo de sus narices. No sabe que la compañía de seguridad que contrató es un ejército privado de las propias «élites» como las llama, y a las que desea humillar. Creo que su proyecto servirá para favorecer el logro de las metas de sus amigos neoanarquistas. No se da cuenta de que su trabajo lo destruiría a él y a sus mugrientos amigos, y consolidará el poder de aquellos a los que pretende derrotar.

—¿Qué quieres que haga con el viejo de Montana?

Gant se echó a reír.

—Veo que mis reflexiones filosóficas te aburren.

—En absoluto. Sólo necesito que me indiques un rumbo.

—No creo que quieras volver a enfrentarte con el tipo después de que se cargara a dos de tus hombres.

—Es un tipo listo. Ellos un par de imbéciles.

—No me gusta dejar cabos sueltos, pero ya no es una prioridad. Con la información que tenemos de la muchacha, no lo necesitamos para nada. Una cosa más. Esos abogados que estuvieron aquí. Me gustaría que te ocupases de ellos. Haz lo que puedas para que parezca un accidente. Una explosión en las oficinas, quizá.

Doyle se levantó de la silla.

—Me ocuparé ahora mismo.

El piloto se marchó. Gant se acercó a la ventana y miró la avenida. Los muy idiotas habitantes de la ciudad creían estar viviendo en el país más poderoso de la tierra. Nunca habían comprendido que el poder militar tenía un límite. La organización de las élites de que él formaba parte sabía que los fines políticos no se conseguían solo con las armas sino con una estricta vigilancia y el control total de las comunicaciones.

Unas metas que no tardarían en convertirse en realidad.

Capítulo 15

Austin se apoyó en la borda del *Throckmorton* y miró a través de los prismáticos el barco que había surgido súbitamente de las profundidades. La embarcación se escoraba como un borracho, y flotaba tan bajo que las olas que no llegaban al metro de altura barrían la cubierta. Por algún milagro, se empecinaba en no regresar a su tumba marina.

Como experto en salvamento, Austin había rescatado objetos de toda clase y tamaño del fondo del mar, que iban desde bombas atómicas a submarinos. Las leyes de la física indicaban que la embarcación no podía flotar. Al mismo tiempo, tenía claro que en el mar podían ocurrir las cosas más inverosímiles. No era un hombre supersticioso, pero sus años de navegación por todos los mares del mundo habían hecho que lo extraño fuese algo común. No se diferenciaba de los otros marineros que otorgaban a los barcos cualidades humanas. Aquella nave estaba decidida a contar su historia, y Austin estaba muy dispuesto a escucharla.

—¿Qué lo mantiene a flote? —preguntó Zavala.

—No sé qué lo mantiene arriba o por qué apareció en la superficie —respondió Austin—. Es posible que estuviese enganchado en el fondo o sujetado por el peso de la carga. Quizá el remolino lo libró de la atadura, y subió a la superficie como un corcho. —Vio la expresión escéptica de Zavala y añadió—: Vale, no tengo la más mínima idea de por qué salió a la superficie o de por qué no se hunde. ¿Quieres que vayamos a echar un vistazo?

Como Austin, Zavala se arrebujaba en la manta que la tripulación les había dado cuando regresaron a bordo después de rescatar a los Trout.

—Esperaba poder sentarme con una botella de tequila reposado, pero si quieres te acompaño al helicóptero en cuanto me cambie de ropa.

Austin se había olvidado de que tenía las ropas empapadas.

—Pensaba ir hasta allí en lancha para que podamos subir a bordo y curiosear un poco.

—Siempre me han gustado las excursiones marítimas. Además, el tequila siempre sabe mejor si lo dejas añejar.

Austin propuso que se encontrasen en la plataforma de la grúa que bajaría la lancha al agua. Fue a su camarote y se quitó las prendas empapadas. Cuando acabó de vestirse y antes de ir a reunirse con Zavala, pasó por la enfermería para ver cómo estaban los Trout. Dormían. El auxiliar médico le comentó que sufrían las consecuencias de la exposición y el agotamiento pero que después de unas cuantas horas de sueño reparador, estarían bien.

Al salir de la enfermería, se encontró con el profesor Adler, que estaba ansioso por hablar con los Trout sobre su experiencia de primera mano en el interior del

remolino. El científico se desilusionó al saber que por ahora no podía verlos, pero se dio por satisfecho cuando Austin le propuso que se reuniese con algunos de la tripulación del *Benjamín Franklin*, que habían sido trasladados a bordo del *Throckmorton* para ser atendidos de las contusiones. El *Franklin* había fondeado cerca del *Throckmorton* para ocuparse de hacer las reparaciones necesarias.

Austin se reunió con Zavala, y unos pocos minutos después navegaban hacia el barco misterioso. Austin dio una amplia vuelta alrededor de la embarcación mientras Zavala la fotografiaba. En la superficie del mar flotaban peces muertos y toda clase de restos. Austin calculó a ojo la eslora de la nave y la comparó con los barcos de la NOAA y la NUMA.

—Tiene unos cien metros de eslora y parece bastante nuevo.

—Tiene el mismo aspecto que tengo yo después de una noche de juerga —comentó Zavala—. Es muy ancho de manga. Debe de tener unas bodegas considerables, pero no veo ninguna grúa. Seguramente se las debió de arrancar el remolino.

—No hay ningún nombre ni registro en el casco.

—Quizá se trate de un barco pirata.

La sugerencia de Zavala no era del todo descabellada. La piratería moderna era un gran problema en todos los mares del mundo. Lo mismo que sus colegas del pasado, los piratas capturaban barcos y los utilizaban para atacar a otras embarcaciones.

—Quizá —dijo Austin, no muy convencido. El barco parecía estar en muy buenas condiciones, si tenía en cuenta que había estado en el fondo del mar—. A primera vista, diría que se hundió hace muy poco. No se ven incrustaciones ni algas, aunque las pudo limpiar la fuerza del remolino. —Redució la velocidad al mínimo—. Ya hemos visto todo lo posible a nivel del mar. ¿Qué te parece si subimos a bordo?

—El protocolo dice que deberíamos esperar una invitación del capitán.

—Sí, en circunstancias normales. Pero puede que esté atendiendo otros menesteres. Me parece ver que ondea el banderín de que se reciben visitas.

—Tienes mejor vista que yo. Lo único que veo es un cascarón que podría dar una vuelta de campana solo con que una gaviota se pose en la cubierta.

—En ese caso, lo mejor será asegurarnos de llevar puestas nuestras alas acuáticas.

Mientras Zavala se ocupaba de llamar al *Throckmorton* para avisarles que abordarían la nave y que estuviesen preparados para una emergencia, Austin acercó la zodiac a la banda escorada. Esperó a que llegase una ola, y aceleró. La lancha cabalgó en la cresta y el poder del mar arrastró a la zodiac hasta la cubierta. Zavala se apresuró a amarrarla en un muñón de metal. Agachados como espeleólogos en el interior de una cueva, medio caminaron, medio se arrastraron por la cubierta inclinada. No se veía ningún obstáculo en toda su extensión más allá de una pequeña

masa de hierros retorcidos que asomaba más o menos por la mitad.

Continuaron moviéndose por la cubierta. Encontraron cuatro vigas atornilladas que formaban un rectángulo alrededor de una abertura de unos dos metros cuadrados. Se asomaron al hueco. Escucharon el chapoteo del agua contra el metal.

—El pozo llega hasta el fondo —comentó Zavala—. Me pregunto para qué habrá servido.

—Yo diría que lo empleaban para bajar y subir cosas. Las vigas quizá eran el soporte de una grúa o un pescante.

Las vigas estaban ocultas en parte por un enredo de gruesos cables eléctricos que parecían una pila de espaguetis negros. Austin lo observó con atención para buscarle algún sentido. Su mirada se detuvo en un cono de tejido metálico de unos ocho metros de largo. Estaba tumbado de lado, entre los cables y las conducciones eléctricas que desaparecían por unos agujeros en la cubierta.

La visión del cono le trajo unas imágenes a la memoria. Las aletas que hendían el agua. El hombre calvo con el extraño tatuaje en la cabeza que manipulaba una caja negra, y le aseguraba que no pasaría nada. Las orcas que habían interrumpido el ataque con la misma celeridad con la que había comenzado. Sin pensarlo, Austin soltó:

—*Spider* Barrett.

—¿*Spider* qué? —preguntó Zavala.

—*Spider* Barrett es el tipo que me recogió en su lancha cuando las orcas enloquecieron en Puget Sound. Tenía una versión a escala de aquel cono metálico.

—¿Para qué sirve?

—Tú eres la lumbrera mecánica del equipo. Intenta adivinar.

Zavala se rascó la cabeza.

—Todos los cables terminan en aquel gran cono. Yo diría que estaba colocado en el agujero sujeto a una estructura para poder bajarlo al agua. No se me ocurre para qué podría servir a bordo. Si lo conectas a una fuente de energía, quizá podría servir como una bujía de encendido gigante.

Austin consideró la opinión de Zavala durante unos momentos.

—Abramos una de las escotillas y miremos qué hay abajo.

Una sonrisa burlona apareció en el rostro de Zavala.

—¿Quién en su sano juicio podría resistir la oportunidad de arrastrarse a las tripas de un barco que podría dar una vuelta de campana con un simple estornudo?

—Creía que solo te preocupaban las gaviotas.

—¿Qué me dices de una gaviota resfriada?

—Míralo de esta manera. ¿Dónde prefieres estar, detrás de tu mesa en la NUMA, o en un lugar como este donde tienes una maravillosa vista oceánica?

—Preferiría estar al volante de mi Corvette con la vista de una preciosa rubia.

—Lo aceptaré como un sí. Creo que he visto por dónde bajar.

A pesar de la charla intrascendente, ambos eran muy conscientes del riesgo que representaba ir bajo cubierta. Pero Zavala confiaba ciegamente en el juicio y los instintos de Austin, y lo hubiese seguido hasta más allá de las puertas del infierno sin vacilar. Austin se acercó a una escotilla que había visto.

Hizo girar la manivela, afirmó los pies, y tiró. La tapa giró sobre las bisagras, y un olor apestoso salió por la abertura, tan fuerte que los hizo retroceder. Austin desenganchó la linterna halógena que llevaba en el cinturón y dirigió el rayo al interior. La potente luz alumbró una escalerilla de metal.

Se quitaron los chalecos salvavidas. Solo los incomodarían en el descenso, y no les servirían de nada si el barco daba una vuelta de campana mientras se encontraban bajo cubierta. Austin fue el primero en bajar por la escalerilla, muy inclinada por lo escorado del barco. Bajó unos seis metros antes de pisar la cubierta inferior. Se sujetó a la escalerilla para no rodar por la pendiente.

Zavala bajó rápidamente y miró en derredor.

—Esto es como una de esas casas que hay en los parques de diversiones.

—Pues vamos a divertirnos un rato —dijo Austin.

Se apoyó en el mamparo para caminar por el estrecho pasillo. Después de recorrer unos quince metros, llegaron a otra escalerilla que bajaba. La perspectiva de seguir bajando a las entrañas del barco no era nada agradable, sobre todo cuando notaron que aumentaba la inclinación del suelo. Ambos sabían que si daba la vuelta, estaban perdidos. No tendrían tiempo de salir. Pero Austin estaba decidido a averiguar los secretos de la nave.

—¿Crees que nos sonreirá la fortuna? —preguntó, y el eco se extendió por el pasillo.

—Acabamos de enfrentarnos a un remolino gigante y salimos victoriosos —respondió Zavala, con una sonrisa—. Estoy seguro de que la buena suerte aguantará un poco más.

La escalerilla los llevó a otra cubierta idéntica a la anterior. Al final del pasillo, en lugar de otra escalerilla había una puerta. La abrieron. Al pasar, el olfato les avisó que había un cambio en el entorno. El olor salobre de los pasillos había sido reemplazado por el olor que se nota en una tormenta eléctrica, como si hubiesen entrado en una cabina de radio.

Austin movió el rayo de la linterna. Se encontraban en una pasarela que se abría a una enorme bodega, donde había cuatro gigantescos cilindros dispuestos en hilera.

—Tiene todo el aspecto de la sala de generadores eléctricos de la presa Hoover.

—Aquí hay potencia suficiente como para abastecer a una ciudad pequeña.

—También para que salte la chispa en una bujía de encendido gigante —señaló Austin, al recordar el cono que habían visto en la cubierta.

Apuntó el rayo hacia arriba. Docenas de gruesos cables eléctricos pendían del techo y acababan en los generadores.

Crack.

La cubierta se inclinó un poco más.

—Creo que la gaviota que te preocupaba acaba de posarse.

—Esperemos que no esté resfriada —replicó Zavala.

Austin era intrépido pero no tonto. Volvieron sobre sus pasos, subieron las escalerillas y recorrieron los pasillos hasta salir de nuevo al exterior. Agradecieron el aire libre después de la claustrofóbica oscuridad en el interior del barco. La nave había aumentado visiblemente la escora. Sin embargo, Austin no estaba satisfecho. No había rastros de una superestructura, pero en alguna parte tenía que haber una sala de control. Mientras Zavala llamaba al *Throckmorton* para informar de la situación, Austin caminó por la cubierta inclinada hacia la popa.

Encontró otras varias escotillas que daban acceso al interior. Acertar cuál era la buena sería un disparo a ciegas. Luego dio con lo que buscaba. Cerca de una de las escotillas de popa había unos aisladores redondos. Dedujo que seguramente habían sido las bases de las antenas de radio arrancadas por el remolino. Abrió la escotilla, y le hizo un gesto a Zavala para que lo siguiese.

Como antes, la escalerilla los llevó a un pasillo, pero solo tenía tres metros de largo, y acababa en una puerta. La abrieron y entraron.

—Creo que acabamos de encontrar a la tripulación —dijo Zavala.

Había seis cuerpos en avanzado estado de descomposición en la sala de control. Estaban amontonados en la parte más baja de la habitación. Austin no quería perturbar la tumba de los marineros, pero necesitaba averiguar todo lo posible sobre el barco. Con Zavala pegado a sus talones, Austin avanzó para observar el gran panel de control. Con las docenas de indicadores e interruptores, era mucho más complicado que cualquier otro tablero que hubiese visto antes. Dedujo que los generadores de la bodega se controlaban desde allí. Estaba absorto en el estudio del panel cuando se oyó un fuerte estrépito y lo que pareció un gemido.

—¡Kurt! —gritó Zavala.

Austin comprendió que si se quedaban un segundo más, acabarían haciéndoles compañía a los cadáveres.

—Creo que hemos terminado —dijo, y señaló la puerta.

Zavala abrió la marcha. Corrieron a la escalerilla y salieron a cubierta.

Austin había intentado llevar la cuenta de los segundos transcurridos desde que habían escuchado el estrépito, pero en la prisa perdió la cuenta. No había tiempo para llegar a la zodiac, soltar la amarra y poner en marcha el motor. Ni siquiera se molestaron en recoger los chalecos salvavidas, sino que corrieron hacia la borda escorada y se zambulleron.

En cuanto asomaron a la superficie, comenzaron a nadar con todas sus fuerzas. El barco crearía una fuerza de succión al hundirse, y no querían verse atrapados. Ya estaban bien lejos cuando dejaron de nadar y miraron atrás.

La borda escorada se había sumergido del todo, y la cubierta estaba casi en vertical con el agua. La gaviota resfriada de Zavala seguramente se había posado, porque el barco se tumbó bruscamente y la quilla quedó al aire como el caparazón de una tortuga inmensa. Flotó durante unos minutos, pero a medida que el agua inundaba las bodegas se fue hundiendo hasta que solo quedó visible un pequeño trozo del casco. Luego desapareció del todo, y hubo un estallido de burbujas.

El mar había reclamado lo que era suyo.

Capítulo 16

—Encantado de conocerle, profesor Kurtz —dijo Harold Mumford, profesor de zooarqueología—. ¿Le agrada el té Earl Grey?

—Es mi preferido —respondió el hombre sentado en el despacho de Mumford en el campus de la Universidad de Alaska en Fairbanks.

Tenía el rostro alargado, con la barbilla prominente y ojos azul claro. Entre los cabellos castaños se veían unas primeras canas.

Mumford sirvió dos tazas de té y le dio una a su visitante.

—Ha hecho un largo viaje. Fairbanks está muy lejos de Berlín.

—Sí, Alemania está a muchos miles de kilómetros, doctor Mumford. Pero siempre he deseado venir a Alaska. Es la última frontera.

—Eso es algo que se está acabando demasiado rápido —afirmó Mumford, un hombre orondo, de media edad que tenía el rostro parecido al de una morsa amistosa—. Demonios, hasta tenemos un Wal-Mart en la ciudad. Pero a un paso, aún nos queda una gran extensión de tierra salvaje, poblada de osos y renos. Espero que tenga la oportunidad de visitar el parque en Denali.

—Oh, sí. Es algo que tengo apuntado en mi agenda. Me entusiasma la perspectiva.

—Es un día de viaje pero vale la pena. Lamento que no haya podido encontrar a Karla Janos. Como le dije por teléfono, se marchó para unirse a una expedición científica hace unos días.

—Venir aquí fue una decisión de última hora —dijo Schroeder—. Se me presentó la oportunidad de disponer de unos días libres, y decidí dejarme caer por aquí. Ha sido muy amable de su parte recibirme casi sin previo aviso.

—Es un placer. No le culpo por su deseo de conocer a Karla. Es una joven brillante además de encantadora. Trabajó en el yacimiento de Grestle River Quarry a unos cien kilómetros de aquí. Fue en ese lugar donde encontramos varios colmillos de mamut tallados. Fue algo muy excitante. El trabajo que escribió sobre la explotación de los mamuts por los cazadores primitivos es uno de los mejores que he leído sobre el tema. Sé que estaría encantada de conocer a alguien con sus antecedentes académicos.

Schroeder se había hecho sus credenciales académicas en una copistería en Anchorage. Las tarjetas de visita lo identificaban como Hermán Kurtz, profesor de Antropología de la Universidad de Berlín. Había tomado en préstamo el apellido del enigmático personaje de *El corazón de las tinieblas* de Conrad.

A todo lo largo de su carrera, nunca había dejado de sorprenderle lo poderosas que eran las palabras impresas en una hoja de papel cuando se las combinaba con un aire de absoluta seguridad. La parte más difícil era hablar con acento austríaco

después de tantos años de hablar en inglés con acento del oeste.

—Leí el trabajo —mintió Schroeder—. Como usted dijo, es muy interesante. También leí el artículo donde expone su tesis sobre la extinción de los mamuts.

—Eso fue algo típico de Karla. Después de presentar la conclusión de que el hombre solo había tenido un impacto mínimo en la extinción de los mamuts, dio el gran salto para señalar como la causa más probable un acontecimiento catastrófico. Ya se puede imaginar la controversia que suscitó.

—Sí, no deja de ser un planteamiento muy innovador, pero me gustó su manera de presentarlo. ¿Su teoría de la extinción tiene algo que ver con su actual trabajo de campo?

—Todo. Espera encontrar las pruebas que confirmen su teoría en una remota isla en Siberia.

Schroeder hinchó los carrillos.

—Siberia sí que está muy lejos de aquí. ¿Cómo se hace para llegar hasta allí?

—En el caso de Karla, voló hasta la isla Wrangel, y después embarcó en un rompehielos que la llevó a las islas de Nueva Siberia. El barco la recogerá dentro de dos semanas, y regresará a Fairbanks unos pocos días más tarde. ¿Aún estará usted en Alaska?

—Desafortunadamente no. Pero la envidio mucho por su aventura. Lo dejaría todo y seguiría sus pasos ahora mismo, si pudiese.

Mumford se reclinó en la silla y cruzó las manos detrás de la nuca.

—Por lo que parece, Ivory Island se ha convertido en otro Cancún —comentó, con una sonrisa.

—¿Perdón?

—Ivory Island es donde Karla está ahora mismo. Un tipo de Discovery Channel vino a verme ayer y dijo que había venido a Alaska con un equipo para filmar un programa especial sobre el monte McKinley. Supongo que habrá escuchado hablar del trabajo de Karla. Se mostró muy interesado cuando le hablé de la isla. Mencionó la posibilidad de acercarse hasta allí. Lo quiso saber todo del proyecto. Por lo que se ve, no hay ningún obstáculo cuando tienes un talonario firmado en blanco.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Schroeder—. Quizá nos conocimos en alguno de mis viajes.

—Hunter —contestó Mumford—. Scott Hunter. Un gigantón, muy musculoso.

Schroeder sonrió, pero en sus ojos apareció una expresión de desprecio por el ridículo juego de palabras detrás del nombre falso.

No puedo decir que lo conozca. Por supuesto, le habrá informado de las dificultades para llegar a la isla, ¿no?

—Lo envié al aeropuerto para que hablase con Joe Harper. Es un antiguo piloto con una gran experiencia de vuelo por regiones remotas y que ahora tiene una

compañía llamada PoleStar Air. Llevan a grupos de turistas en viajes de aventuras a Rusia.

Schroeder se bebió el resto del té de un trago aunque le quemó la garganta. Le dio las gracias a Mumford por la hospitalidad, y marchó sin demora en su coche de alquiler al aeropuerto de Fairbanks. La ubicación próxima al círculo polar hacía que el aeropuerto fuese el más indicado para el repostaje de los grandes aviones de carga que efectuaba la ruta transpolar desde el Lejano Oriente a Estados Unidos. Schroeder vio despegar a un 747 cuando aparcaba. El aeropuerto era relativamente pequeño, y solo necesitó preguntar una vez para encontrar la oficina de la PoleStar Air.

La recepcionista lo saludó con una amable sonrisa y le informó que el señor Harper estaría a su disposición en cuanto acabase de hablar por teléfono. Harper apareció al cabo de unos pocos minutos. Tenía el tipo que hubiese deseado el actor llamado a interpretar el personaje del aviador intrépido. Era un hombre delgado de mirada alerta y expresión decidida, y, a juzgar por su apariencia, aún estaba haciendo la transición de piloto solitario a empresario turístico.

Llevaba la barba bien recortada, pero en cambio los cabellos los tenía desgredados y le caían por encima de las orejas. La camisa nueva y planchada hacía juego con los tejanos a los que aún les faltaba para llegar al nivel de ser cómodos. Transmitía un aire de una gran capacidad profesional, pero había una sombra de preocupación en sus ojos. Se agachó para susurrarle al oído de la recepcionista algo sobre la factura del combustible, y después invitó a Schroeder a pasar a su despacho.

El espacio de trabajo apenas si tenía capacidad para una mesa y un ordenador. Todo lo demás aparecía ocupado por pilas de carpetas. Harper era muy consciente del desorden.

—Le pido perdón por el desorden. PoleStar es todavía una empresa familiar, y tengo que encargarme del papeleo. En realidad, lo hago casi todo con la ayuda de mi esposa que es la recepcionista.

—Me han comentado que tiene muchos años de piloto en estas regiones.

El rostro de Harper se animó.

—Llegué aquí en 1984. Tenía un Cessna con el que volé durante años. Amplié el negocio con una flota de hidroaviones ultraligeros. Después los vendí para comprar el reactor que está en la pista. El azul con las estrellas por todo el fuselaje. A los clientes con dinero les gusta hacer sus viajes de aventura en primera clase.

—¿Qué tal va?

—El negocio funciona, aunque no puedo decir lo mismo de mí. —Cogió una pila de papeles y los dejó de nuevo en la mesa—. Estoy empantanado aquí hasta que seamos lo bastante grandes como para contratar a un empleado. Pero ese es mi problema. ¿Cuál es el suyo?

—Vengo de hablar con el doctor Mumford en la universidad. Me dijo que usted

llevará a un equipo de televisión a una isla en Siberia.

—Ah, sí, la gente del Discovery. Tomarán un avión que enlaza con un pesquero en Wrangel.

Schroeder le dio a Harper una de sus tarjetas.

—Quisiera ir a las islas de Nueva Siberia. ¿Cree que podría viajar con ellos?

—Por mí de acuerdo. Hay lugar para todos en el avión. Solo tiene que pagar el billete. Desafortunadamente, han reservado todos los asientos del avión y el barco.

Schroeder se pensó la respuesta.

—Quizá pueda hablar con sus clientes para que me dejen viajar con ellos.

—Puede intentarlo. Se alojan en el hotel Westmark.

—¿A qué hora piensa despegar?

Harper consultó su reloj.

—Dentro de dos horas y veintiún minutos.

—Voy a hablar con ellos.

Schroeder fue al hotel, y preguntó en la recepción por el equipo del Discovery. El recepcionista le dijo que los había visto entrar en el bar hacía unos minutos. Schroeder le dio las gracias y fue al bar, donde la mayoría de los clientes eran parejas o personas solas. El único grupo ocupaba una mesa en un rincón, y conversaban en voz baja. Eran cuatro.

Compró un periódico en el vestíbulo, fue a sentarse a una de las mesas cercanas al grupo y pidió un zumo de lima con agua mineral. Dos de los hombres lo miraron por un momento y continuaron con la conversación. Una de las ventajas de la vejez es la invisibilidad, pensó. Los jóvenes sencillamente dejan de verte.

Decidió poner a prueba su conclusión. Vio que uno de los hombres se levantaba para ir al lavabo. Esperó el momento exacto para levantarse y tropezar deliberadamente con el hombre cuando volvía. Schroeder se deshizo en disculpas, pero el hombre se limitó a maldecir, y lo hizo callar con una mirada furibunda.

El incidente le informó de dos cosas. La primera, que su nueva apariencia, afeitado y con el pelo teñido, funcionaba, y que el hombre de la tele llevaba un arma en una sobaquera. Decidió llevar las cosas más adelante.

Fue al lavabo y al salir se acercó a la mesa del grupo.

—Buenos días —dijo con su acento del oeste—. Me han dicho que son ustedes del Discovery Channel. ¿El señor Hunter?

Un hombre fornido que parecía ser el jefe lo miró con suspicacia.

—Sí. Yo soy Hunter. ¿Cómo es que sabe mi nombre?

—Lo sabe todo el hotel. No es frecuente la presencia de celebridades por estos parajes. —La respuesta provocó las sonrisas de los cuatro—. Solo quería decirle lo mucho que disfruté con el programa de los hititas que hizo hace algunos meses atrás.

Una expresión de desconcierto apareció fugazmente en el rostro del hombretón.

—Gracias —respondió, mientras continuaba observando a Schroeder, alerta—. Tengo que atender unos asuntos, así que si nos disculpa.

Schroeder se disculpó por haberlos interrumpido y volvió a su mesa. Escuchó las risas de los hombres. Se había inventado el programa de los hititas. Él no se perdía ninguno de los reportajes del Discovery Channel. No se había emitido ningún programa sobre el tema en los últimos seis meses. Eran unos impostores.

Pensó en un plan mientras se acababa la bebida y se decidió por la acción directa. Fue a su coche, y sacó de debajo del asiento una pistola con silenciador.

Se alegró al ver que los hombres aún estaban en el bar cuando entró en el hotel. Había llegado justo a tiempo. Habían pagado la cuenta y se habían levantado de la mesa. Los siguió hasta el ascensor. Subió con ellos al tercer piso, sin dejar de parlotear como un tonto, y sin hacer caso de las malhumoradas respuestas. Bajó con ellos en la misma planta, y murmuró algo sobre las coincidencias. Caminó por el pasillo, como si hubiese olvidado dónde estaba, pero cuando el grupo se separó para ir a sus respectivas habitaciones tomó nota de los números.

Esperó un minuto, y luego se acercó a la primera puerta. Con la pistola oculta detrás de la espalda, miró a un lado y otro del pasillo para asegurarse de que estaba solo, y llamó. La puerta se abrió al momento. El hombre torció el gesto al ver a Schroeder. Era el mismo al que habían empujado. Se había quitado la chaqueta, y, tal como había sospechado Schroeder, llevaba un arma.

—¿Qué demonios quiere?

—Creo que he perdido la llave de mi habitación. Me preguntaba si me permitiría utilizar su teléfono.

—Estoy ocupado. —Acercó la mano al arma—. Vaya a molestar a otra parte.

El hombre comenzó a cerrar la puerta. Schroeder levantó la pistola y le disparó entre los ojos. El hombre se desplomó con una expresión de abyecta sorpresa. Schroeder miró de nuevo a un lado y otro del pasillo, pasó por encima del cadáver y lo arrastró al interior.

Schroeder siguió la misma rutina, con pequeñas variaciones pero idénticos resultados. En uno de los casos, falló el primer tiro y tuvo que efectuar un segundo. En otro, escuchó que se abría la puerta del ascensor cuando arrastraba al muerto al cuarto. Pero cuando acabó, había matado a cuatro hombres en menos de cinco minutos.

No sentía el menor remordimiento. Los había matado con la fría eficiencia del pasado. No eran más que unos matones, que no se diferenciaban en nada de los muchos que había conocido, e incluso trabajado. Además eran unos incompetentes. Lo más probable era que hubiesen formado el equipo deprisa y corriendo. No eran los primeros hombres que había matado, y tampoco serían probablemente los últimos.

Colgó el cartel de no molestar en cada una de las puertas. Unos pocos minutos

más tarde, viajaba de nuevo en su coche de alquiler hacia el aeropuerto. Harper continuaba en su despacho, metido entre sus papeles como un topo gigante.

—Hablé con el equipo de la tele —dijo Schroeder—. Han cambiado de plan. Han decidido ir a la isla Kodiak para filmar un reportaje sobre los osos.

—¡Mierda! ¿Por qué no me han llamado?

—Puede llamarlos y preguntarles. Pero ya salían cuando hablé con ellos.

Harper cogió el teléfono y llamó al hotel. Pidió que lo pasasen con las habitaciones de los hombres de la televisión. Cuando no consiguió respuesta, colgó violentamente. Se frotó los ojos, y pareció que se echaría a llorar en cualquier momento.

—Se acabó —dijo—. Contaba con el dinero de este viaje para el pago de la mensualidad del pájaro. Estoy en la ruina.

—¿No tiene ningún otro vuelo chárter contratado?

—No es nada fácil. Se tardan días, algunas veces semanas, en conseguir uno.

—¿Entonces ahora el avión y el barco se pueden alquilar?

—Sí, están libres. ¿Conoce a alguien que quiera alquilarlos?

—Pues se da el caso que sí. —Schroeder metió la mano en un bolsillo, y sacó un grueso fajo de billetes, que arrojó sobre una pila de papeles—. Esto es por el viaje de ida y el barco. Le pagaré la misma cantidad por el vuelo de vuelta. La única condición es que tendrá que esperar durante algunos días hasta que esté preparado para el regreso.

Harper recogió el fajo y pasó el pulgar por el borde. Eran todos billetes de cien dólares.

—Con esto casi podría comprar un avión nuevo. —Frunció el entrecejo—. No se tratará de nada ilegal, ¿verdad?

—En absoluto. No llevará ninguna carga. Solo a mí.

—¿Tiene documentos?

—El pasaporte y la visa en regla. —Tenía que estarlo por el dinero que había pagado, pensó Schroeder.

Había hecho una escala en Seattle y había esperado impacientemente mientras su falsificador de documentos preferido preparaba la documentación del profesor Kurtz.

—Trato hecho —dijo Harper, y le tendió la mano.

—Bien. ¿Cuándo nos vamos?

—En el momento en que esté usted listo.

—Pues ahora.

El avión despegó al cabo de una hora. Schroeder, cómodamente instalado en su butaca, disfrutaba con ser el único pasajero mientras bebía una copa de whisky escocés, una cortesía de la casa. Harper pilotaba el avión. Respiró más tranquilo cuando Fairbanks se perdió en la distancia y el avión puso rumbo al oeste. Tenía claro

que era un hombre mayor dispuesto a realizar el trabajo de un joven. Le había dicho a Harper que no lo interrumpiese a menos que fuese necesario. Estaba cansado y necesitaba dormir.

Tendría que estar muy despejado para la misión que tenía por delante. Vacío la mente de cualquier pensamiento y cerró los ojos.

Capítulo 17

El barco de la NOAA *Benjamín Franklin* se arrastraba como un marinero que acaba de participar en una pelea de taberna. La experiencia con el remolino había significado un duro castigo para los motores, y ahora los hacían funcionar al mínimo para que no acabaran de romperse. El *Throckmorton* lo escoltaba a menos de una milla para acudir rápidamente en su auxilio si era necesario.

Mientras los dos buques navegaban lentamente hacia Norfolk, un helicóptero color turquesa con el nombre NUMA bien visible en el fuselaje apareció por el oeste. Se situó en la vertical del *Benjamín Franklin* como si fuese un colibrí antes de posarse en la cubierta. Bajaron cuatro personas cargadas con suministros médicos y equipos.

Los tripulantes les indicaron cómo llegar a la enfermería. Ninguna de las heridas sufridas por los marineros cuando el barco se había puesto casi en posición vertical en el remolino eran graves. El capitán había solicitado el envío de un equipo para ayudar al enfermero de a bordo, que se había visto abrumado por el número de pacientes con contusiones y heridas menores.

Acabado el repostaje, y después de cargar a los dos tripulantes que tenían un brazo fracturado, Austin le agradeció al capitán su hospitalidad. Luego él, junto con los Trout, Zavala y el profesor Adler, subieron al helicóptero. Unos pocos minutos más tarde ya estaban en el aire.

El helicóptero aterrizó en el National Airport menos de dos horas más tarde. Los heridos fueron llevados a las ambulancias que los esperaban. Los Trout cogieron un taxi para ir a su casa en Georgetown, y se llevaron con ellos al profesor Adler como invitado, y Zavala llevó a Austin a su casa en el río Potomac en Fairfax, Virginia, a poco más de un kilómetro del cuartel general de la Agencia Central de Inteligencia en Langley. Todos habían acordado reunirse a la mañana siguiente a las ocho, después de disfrutar de una buena noche de descanso.

Austin vivía en una casa flotante de estilo Victoriano reconvertida que daba al río. La había comprado cuando trabajaba para la CÍA. El techo mansarda era parte de una vieja finca, que los anteriores propietarios habían dejado que se arruinase. Se había convertido en una residencia con vistas al río para innumerables familias de ratones para el momento en que Austin emprendió las obras de reformas y devolvió a la fachada el esplendor original. En la parte inferior de la casa guardaba su bote de competición y un pequeño hidroplano.

Dejó la maleta en el vestíbulo y entró en la amplia sala de estar. La decoración y el mobiliario combinaban lo antiguo con lo nuevo. Los muebles coloniales de madera oscura, todos originales, contrastaban con las paredes encaladas donde colgaban cuadros de arte moderno y clásico junto con cartas náuticas. En las librerías de suelo

a techo estaban los volúmenes encuadernados en cuero de las aventuras marinas de Conrad y Melville y las obras de los grandes filósofos que eran su estudio favorito. Había vitrinas con pistolas de duelo que coleccionaba. Su extensa colección de música, con una clara preferencia por el jazz progresivo, reflejaba la serenidad de nervios de acero, su energía y empuje, y su talento para la improvisación.

Puso en marcha el contestador automático para escuchar los mensajes. Había multitud de llamadas, pero ninguna que no pudiese esperar. Encendió el estéreo, y la música del trío de Oscar Peterson llenó la habitación. Se sirvió una copa de su mejor tequila añejo, abrió la puerta corredera de cristal y salió a la terraza acompañado por el agradable tintineo de los cubitos de hielo en la copa. Escuchó el suave chapoteo del agua, y llenó los pulmones con el aire del río cargado con el perfume de las flores tan absolutamente diferente del olor salobre del océano donde pasaba la mayor parte de sus días de trabajo.

Después de unos minutos, volvió al interior, cogió uno de los libros de los antiguos filósofos griegos y buscó la *Alegoría de la Caverna* de Platón. En la parábola de Platón, los prisioneros encadenados en una caverna solo ven las sombras proyectadas por los títeres en una pared y escuchan a los titiriteros que se mueven a sus espaldas. Solo con esta pobre información, los prisioneros deben decidir qué es sombra y qué realidad. De la misma manera, el cerebro de Austin repasaba todos los extraños conocimientos de los últimos días, en un intento por poner un poco de orden en el caos mental. Una y otra vez volvía a lo único concreto: el misterioso barco.

Se acercó al escritorio de cortina y encendió el ordenador portátil. Escribió la dirección de la página web que le había dado el profesor Adler, y buscó la imagen transmitida por el satélite de la zona de la ola gigante. La imagen mostraba una tranquilidad absoluta. Buscó las imágenes de archivos correspondientes a la fecha del hundimiento del *Southern Belle*. Las dos olas gigantes que habían sorprendido a Adler se veían con toda claridad en la fecha de la desaparición del barco. El gigantesco portacontenedores aparecía como un pequeño destello que estaba en un momento, y desaparecía en el siguiente.

Abrió la imagen para abarcar una extensión mayor y vio algo que no había observado antes. Había cuatro barcos agrupados en la zona del hundimiento. Uno en cada punto cardinal, y equidistantes el uno del otro. Estudió la imagen durante unos momentos, y luego retrocedió unos días. No aparecía ningún barco. Adelantó a solo un poco después del naufragio. Solo había tres barcos. Cuando pasó al día siguiente del hundimiento del *Belle*, no había ningún destello.

Era como uno de los prisioneros de la caverna de Platón, que intentaba separar la realidad de la apariencia, pero él tenía una ventaja que ellos no habían tenido. Podía pedir ayuda. Cogió el grueso listín de la NUMA que estaba junto al teléfono y marcó un número. Atendió un hombre.

—Hola, Alan. Soy Kurt Austin. Acabo de regresar de un viaje. Espero no haberte despertado.

—En absoluto, Kurt. Me alegra escucharte. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Puedes venir a una reunión mañana por la mañana en mi casa alrededor de las ocho? Es muy importante.

—Por supuesto. —Hubo una pausa—. ¿Sabes lo que hago?

Alan Hibbet era uno de las docenas de científicos de la NUMA que trabajaban anónimamente en la gran organización oceanográfica, que se dedicaban a investigaciones de vital importancia en los temas más exóticos sin la menor fanfarria. Unos pocos meses antes, Austin había escuchado a Hibbet hablar en un simposio de la NUMA sobre las comunicaciones en el mar y el control del medio ambiente. Se había notado muy impresionado por los conocimientos del científico.

—Sé muy bien lo que haces. Eres un especialista en las aplicaciones del electromagnetismo en las antenas. Tú eres el responsable del diseño de los ojos y oídos electrónicos que la NUMA utiliza para el sondeo de las profundidades y el mantenimiento de las comunicaciones entre sus operaciones de largo alcance. Leí tu trabajo sobre los patrones de radiación producidos por las antenas de superficie reducida.

—¿Lo leíste? Me siento halagado. No soy más que un científico. Siempre he tenido al Equipo de Misiones Especiales como los grandes aventureros. Austin y su equipo eran personajes de leyenda dentro de la NUMA, y Hibbet no salía de su asombro al escuchar que pedían su ayuda.

Austin se echó a reír. Todavía le dolían los músculos del rescate de Paul Trout, y estaba muy cansado.

—Creo que en estos momentos somos aventureros de despacho. Necesitamos de sus conocimientos.

—Puedes contar con toda mi ayuda —afirmó Hibbet.

Austin le explicó cómo llegar a su casa, y repitió su interés en verlo. Tomó unas cuantas notas en un bloc ahora que tenía los pensamientos frescos. Después se preparó una cafetera con café de Kenia, puso el selector en automático y subió la escalera para ir a su dormitorio en la torre. Se quitó la ropa, se metió entre las sábanas y se quedó profundamente dormido. Le pareció que solo habían pasado unos minutos cuando lo despertaron los rayos de sol que entraban por la ventana.

Se duchó, afeitó, y se vistió con una camiseta y un pantalón. En la cocina se preparó un revuelto de huevos y jamón de Virginia, y desayunó en la terraza. Acababa de recoger la j mesa cuando Zavala llamó a la puerta. Los Trout aparecieron unos pocos minutos después con el profesor Adler, en el mis momento en que llegaba Al Hibbet. El científico era un hombre alto y delgado, de cabellos blancos. Parecía muy tímido, y su tez era blanca como el mármol, ambas cosas con secuencia de pasar

la mayor parte de sus días en un laboratorio lejos del contacto humano y la luz del sol.

Austin repartió tazones de café y los llevó a sentarse a una mesa de teca redonda en la terraza. Podría haber convocado la reunión en su oficina en la torre de cristal verde en Arlington que era el cuartel general de la NUMA. Pero no estaba preparado para responder preguntas o compartir sus sentimientos con nadie fuera de su círculo íntimo hasta no disponer de más hechos. Acercó una silla y miró con añoranza el río adonde todas las mañanas salía a remar, y después miró a los reunidos y les agradeció su presencia. Se sentía como Van Helsing que dirigía una sesión de estrategia para luchar contra Drácula y tuvo que contenerse para no preguntar si alguien había traído los ajos. En cambio, fue directamente al grano.

—Algo muy extraño ha estado ocurriendo en el Atlántico y el Pacífico. Algo bate el mar como huevos en un bol. Estas perturbaciones han hundido un barco, y posiblemente dos, que sepamos, casi hundieron otro, y le han pegado un susto de muerte a algunas de las personas reunidas alrededor de esta mesa, incluido un servidor. —Se volvió hacia Adler—. Profesor, sería tan amable de describir el fenómeno que presenciamos, y explicarnos algunas de sus teorías.

—Será un placer. —Adler recapituló la desaparición del «insumergible» *Southern Belle* y el posterior éxito al encontrar el pecio.

Mencionó las imágenes de los satélites que confirmaban la existencia de las olas gigantes en las proximidades de la nave. Por último, y con un poco menos de entusiasmo, habló de su teoría de que las perturbaciones quizá no fuesen de origen natural. Mientras explicaba sus pensamientos, miraba uno a uno los rostros de los demás, como si buscara alguna sombra de duda. Para su tranquilidad, solo vio atención e interés.

—Normalmente, podríamos atribuir toda esta extraña actividad oceánica a algún pasatiempo del rey Neptuno, si no fuese por un par de cosas. Las imágenes del satélite sugieren que otras zonas de los océanos han mostrado perturbaciones similares, y que existe una simetría anormal en ellas. —Utilizó el ordenador de Austin para mostrarles las imágenes de las concentraciones de olas gigantes.

Austin le pidió a continuación a los Trout que describiesen sus experiencias en el remolino. Una vez más, reinó un profundo silencio mientras Paul y Gamay se turnaban en el relato de verse arrastrados al interior del vórtice y el rescate en el último segundo.

—¿Dices que había una gran actividad eléctrica cuando aparecieron las primeras señales del remolino? —preguntó Hibbet. Gamay y Paul asintieron, y el científico se limitó a añadir un lacónico—: Ah.

Zavala recogió el hilo de la historia, y habló de la visita al barco reflotado milagrosamente. Hibbet se mostró muy interesado en la descripción de los

generadores y las conexiones eléctricas en la cubierta.

—Me hubiese gustado estar allí para verlo —comentó.

—Puedo complacerlo en parte —dijo Zavala.

Tecléo en el ordenador, y casi en el acto apareció en pantalla la primera de las imágenes del barco misterioso que había tomado con su cámara digital.

—Es bastante obvio que se suministra una enorme potencia eléctrica en un punto focal. —Señaló el objeto con forma de cono—. Resulta difícil saber qué es este aparato en su estado actual.

—Joe lo describió como una bujía de encendido gigante —dijo Austin.

Hibbet se rascó la cabeza.

—No lo creo. Se parece más a una bobina enorme. Muchos de los circuitos que forman parte de esto no se ven. ¿Dónde está ahora el barco?

—De nuevo en el fondo del mar —respondió Zavala.

La reacción de Hibbet no fue la que Austin esperaba. Había excitación en sus ojos grises mientras se frotaba las manos.

Esto es mucho más divertido que pasarse todo el día entre antenas. —Repasó las imágenes en la pantalla, y miró a los demás—. ¿Hay alguno de vosotros que conozca los trabajos de Nicolás Tesla?

—Yo soy el único que lee habitualmente el Popular Science —dijo Zavala—. Tesla descubrió las corrientes de alta frecuencia y alta tensión.

—Era un ingeniero eléctrico serbio-norteamericano. Descubrió que se podía rotar un campo magnético si se colocaban dos bobinas en ángulo recto y se enviaba una corriente alterna desfasada.

—Me pregunto si lo podría traducir al inglés —dijo Adler cortésmente.

—Se lo explicaré en un contexto histórico —respondió Hibbet, que se rió del comentario—. Tesla vino a Estados Unidos y trabajó primero para Thomas Edison. Acabaron convertidos en rivales. Edison era partidario de la corriente continua, y la puja fue feroz. Tesla sacó ventaja cuando le encargaron el diseño de los generadores de corriente alterna en las cataratas del Niágara. Vendió las patentes de su motor de inducción a George Westinghouse, que sigue siendo la base de muchos de los aparatos que usamos en la actualidad. Edison se tuvo que conformar con la bombilla eléctrica y el fonógrafo.

—Si no recuerdo mal, Tesla presentó muchas patentes de invenciones a cuál más insólita —señaló Zavala.

—Efectivamente. Era un genio excéntrico. Presentó una patente para un aparato aéreo sin piloto y propulsado por energía eléctrica que podía volar a veintiocho mil kilómetros por hora y ser utilizado como un arma. Se inventó algo llamado «telefuerza», que era un rayo de la muerte que podía fundir los motores de los aviones a una distancia de cuatrocientos kilómetros. También realizó muchos estudios

sobre la transmisión de electricidad sin cables. Se sentía fascinado por la posibilidad de concentrar la fuerza eléctrica y amplificar sus efectos. Incluso llegó a afirmar que una vez había provocado un terremoto desde su laboratorio.

—Es probable que Tesla sencillamente se adelantase a su tiempo, al hablar de misiles balísticos y rayos láser —manifestó Austin.

—Los conceptos eran sólidos. Pero la ejecución nunca cumplió con las expectativas. En los últimos años se ha convertido en algo así como una figura de culto. Aquellos que viven imaginando conspiraciones sospechan que varios gobiernos, incluido el nuestro, han estado experimentando con los aspectos más destructivos del trabajo de Tesla.

—¿Cuál es tu opinión? —quiso saber Austin.

—Los partidarios de la conspiración van muy errados. Tesla atrajo mucha atención porque era una figura extravagante. Los trabajos de Lazlo Kovacs, a mi juicio, tienen mucho más potencial destructivo. Lo mismo que Kovacs, era un ingeniero eléctrico brillante. Era de Budapest, donde Tesla trabajó a finales del Siglo XIX, y continuó con sus trabajos en la década de los años treinta, sobre todo en la transmisión electromagnética de ultra baja frecuencia. Se interesó por la posibilidad de un uso bélico del electromagnetismo. Dijo que ciertas transmisiones se podían utilizar para perturbaciones atmosféricas, y provocar tormentas, y también terremotos. Llevó los trabajos de Tesla a otro nivel.

—¿De qué manera?

—Kovacs llegó a desarrollar una serie de frecuencias que permitían dirigir la resonancia electromagnética y amplificarla en la materia a su alrededor. Se los llamó los teoremas de Kovacs. Publicó el resultado de sus estudios en una revista científica, pero se negó a dar a conocer la serie completa que permitiría la construcción del artefacto que describía. Muchos científicos no se mostraron de acuerdo con sus hallazgos sin tener una demostración efectiva.

—Es una suerte que nadie le creyese —manifestó el profesor Adler—. El mundo ya tiene bastantes problemas para controlar los arsenales bélicos que ya tenemos.

—Algunos le creyeron. Los nazis estaban muy abiertos a las ideas místicas, el ocultismo y la seudociencia. Aquellas historias de los arqueólogos nazis que buscaban el Santo Grial son ciertas. Buscaron a Kovacs y lo secuestraron a él y su familia. Cuando acabó la guerra, se descubrió que lo habían puesto a trabajar en un laboratorio secreto en un proyecto para desarrollar una superarma que les permitiría obtener la victoria.

—Perdieron la guerra —dijo Austin—. Tesla no fue el único que tenía un problema de credibilidad. Aparentemente Kovacs también.

Hibbet sacudió la cabeza.

—Es mucho más complicado, Kurt. Los documentos encontrados después de la

contienda indican que estaba a punto de convertir la idea de la guerra electromagnética en una realidad. Afortunadamente, nunca ocurrió.

—¿Por qué no?

—Los rusos se apoderaron del laboratorio en Prusia oriental, donde se decía que había trabajado. Pero Kovacs ya había desaparecido. Después de la guerra, los soviéticos continuaron con las investigaciones basadas en los teoremas. Nuestro gobierno estaba al corriente, y le hubiese encantado hablar con Kovacs. La importancia de la radiación electromagnética no se les pasó por alto a nuestros militares. Años atrás se celebró una gran conferencia en el laboratorio de Los Álamos sobre la aplicación de sus trabajos al desarrollo de armas que utilizaran dicha tecnología.

—¿En el mismo lugar del Proyecto Manhattan? Tiene su lógica —comentó Austin.

—En más de un sentido. La manipulación de los rayos electromagnéticos podía ser más destructiva a su manera que un artefacto nuclear. Los militares se tomaron a Kovacs muy en serio. Se ensayaron armas de pulsación electromagnética en la primera guerra del Golfo. Algunas personas afirman que dichos experimentos y otros similares realizados por los rusos causaron terremotos, erupciones volcánicas y perturbaciones climáticas. Por eso me interesaban tanto los brillantes destellos de luz en el cielo.

—¿Qué tienen de importante los destellos? —preguntó Kurt.

—Muchos de los casos citados por los testigos de los experimentos soviéticos y norteamericanos dijeron que habían visto una aurora boreal, o grandes estallidos de luz causados por las transmisiones electromagnéticas.

—Díganos algo más de esos experimentos —le pidió Austin.

—Hay una gran controversia por un proyecto llamado HAARP, que corresponde a las siglas de High Frequency Active Aural Research Program, que se realiza en este país. La idea es disparar un rayo electromagnético a la ionosfera. Se lo presenta como un programa científico destinado a mejorar las comunicaciones en todo el mundo. Algunos creen que se trata de un proyecto sobre todo militar que abarcaría muchas metas; desde el sistema de defensa «Guerra de las Galaxias» al control mental. No sé qué creer, pero el proyecto tiene sus raíces en los teoremas de Kovacs.

—¿Mencionó algo llamado la bobina de Tesla? —preguntó Austin—. ¿A qué se refería?

—Era un sencillo modelo de transformador de resonancia hecho con dos bobinas. Los impulsos de energía son transferidos de una a otra para crear una descarga similar a un relámpago. Probablemente lo hayan visto en las películas, donde siempre aparecen como un elemento básico en el laboratorio del científico local.

Gamay había seguido la conversación con profundo interés.

—Hemos hablado de la transmisión de estas ondas en el suelo o en la atmósfera —dijo—. ¿Qué pasaría si las dirigiesen al fondo del mar?

Hibbet levantó la manos.

—No tengo idea. La geología oceánica no es mi campo.

—Pero es el mío —intervino Paul—. Le haré una pregunta, Al. ¿Las ondas electromagnéticas amplificadas podrían penetrar profundamente en la corteza terrestre?

—Sin ninguna duda.

—En ese caso, es posible que la transmisión pudiese causar algún tipo de anomalía en la corteza terrestre aproximadamente de la misma manera que el programa HAARP provocaría perturbaciones en la atmósfera.

—¿Qué clase de anomalías? —preguntó Adler.

—Olas gigantes y remolinos.

—¿Podrían causar perturbaciones en el mar? —quiso saber Austin.

Hibbet se pellizcó la barbilla mientras pensaba la respuesta.

—La capa de magma debajo de la corteza es la que crea el campo magnético que rodea la tierra. Cualquier alteración del campo tiene el potencial para crear toda clase de perturbaciones.

El profesor Adler golpeó la mesa con el puño.

—¡Sabía que estaba en lo cierto! Alguien ha estado trasteando con mi océano.

—Aquí hablábamos de vastas distancias y miles de kilómetros cuadrados de corteza terrestre —precisó Trout, que aplacó momentáneamente la exuberancia de Adler—. Me parece que esta discusión vuelve a la bujía de encendido gigante de Joe, o la bobina de Al. Incluso si el artefacto pudiese transmitir un poder enorme, sería ridículamente pequeño comparado con la masa terráquea.

Austin interrumpió el silencio que siguió a la valoración de Trout.

—¿Qué pasaría si hubiese más de un artefacto?

Empujó el ordenador hacia el centro de la mesa y lo giró lentamente para que todos pudiesen ver los ecos que rodeaban las áreas donde se producían perturbaciones. Trout captó el significado en el acto.

—Cuatro barcos, y cada uno concentrando el poder en una zona pequeña. Podría funcionar.

—Te mostraré otra cosa que es interesante. —Recuperó la imagen tomada poco después de haberse hundido el *Belle*.

—Yo diría que uno de estos barcos se convirtió en víctima de la perturbación marina que creó.

Se oyó un murmullo de asentimiento.

—Eso podría explicar el cómo —admitió Zavala—. Pero ¿entiendo el por qué?

—Antes de responder a la pregunta —dijo Austin—, quizá deberíamos

concentrarnos en quién. Este no es el caso de alguien que hace olas en la bañera. Personas absolutamente desconocidas se han ocupado de invertir tiempo y dinero para causar perturbaciones en el mar. Han matado a las tripulaciones de dos barcos, que nosotros sepamos, y han causado pérdidas por millones de dólares, en la búsqueda de una meta sin nombre. —Miró a los reunidos—. ¿Estamos todos preparados para ponernos a la tarea?

Hibbet comenzó a levantarse.

—Espero que te levantes para ir a buscar más café —comentó Austin, con una sonrisa.

El científico lo miró, avergonzado.

—No, la verdad es que me disponía a ir a mi laboratorio en la NUMA. Me pareció que ya teníais todo lo que necesitabais de mí.

—Joe, explícale a Al nuestra regla del *Hotel California*.

—Será un placer. Es como la vieja canción de los Eagles, Al. Una vez que has sido reclutado por el Equipo de Misiones Especial, puedes pedir licencias pero no te puedes marchar nunca más.

—Necesitamos de tus conocimientos de electromagnetismo —añadió Austin—. Sería de gran ayuda si tú ves desde el punto de vista técnico si hay alguna base real para estos artefactos. ¿Dónde podemos averiguar más de los teoremas de Kovacs?

—Mi mejor consejo es ir directamente a la fuente. Las investigaciones en este país se hicieron en Los Álamos. Allí hay incluso una Sociedad Kovacs que es depositaria de sus trabajos y documentos. Yo los llamo de cuando en cuando para alguna consulta.

Austin se volvió hacia Adler.

—¿Podría trabajar con Al y elaborar un documento? Joe, construir una flota de centrales generadoras de electricidad es un tarea de gran envergadura. Lo más probable es que los generadores los construyan empresas comerciales.

—Veré si puedo encontrar un punto de origen —respondió Zavala.

—Nosotros podríamos estar en Nuevo México esta tarde y regresar mañana —ofreció Gamay.

—Averigua hasta dónde llegaron con los experimentos y si todavía continúan. Buscaremos todo lo que se haya publicado alguna vez de Kovacs. Quizá encontremos una pepita que nos recompense por el esfuerzo.

Les agradeció a todos su presencia, y propuso que podrían reunirse al día siguiente a la misma hora. Zavala y él se encontrarían dentro de unas pocas horas en el cuartel general de la NUMA. Al entrar en la casa, pasó por delante de una de las estanterías y vio el libro de Platón.

Sombras y ecos. Ecos y sombras.

Se preguntó qué hubiese dicho Platón de ese nuevo enigma.

Capítulo 18

Karla, bien abrigada en su saco de dormir, escuchaba el aullido del viento que azotaba la caseta de los viejos tramperos. Pensaba en su reacción al ver la cría de mamut. Decir que se había quedado atónita hubiese sido quedarse muy corto. Había sentido como la descarga de un rayo. Se había forzado a respirar lenta y profundamente. Al cabo de unos minutos se había impuesto su preparación, y había comenzado a someter al espécimen en la mesa a un análisis científico.

Midió a ojo a la criatura, y calculó que tenía unos ciento doce centímetros de largo y noventa de alto. El peso rondaría los noventa kilos. El animal tenía todas las características que los artistas de la Edad de Piedra habían representado en sus pinturas rupestres, incluida la cabeza puntiaguda coronada con una mata de pelo y la gran joroba.

Los colmillos comenzaban a curvarse, una indicación de que era un macho. En un adulto podían llegar a tener unos cinco metros o más de largo. Las orejas eran pequeñas y la trompa corta en relación al cuerpo. Incluso en plena madurez, la trompa sería más corta que la de los elefantes. Todo el cuerpo aparecía cubierto con un manto color castaño. Por el tamaño, calculó que tendría entre siete y ocho meses de edad.

Karla pensó que ese podía ser el ejemplar de *Mammuthus primigenius* que se había descubierto hasta ahora. La mayoría de los mamuts encontrados no eran más que trozos de carne y hueso. Aquel era un animal completo, y en muchas mejores condiciones que *Effie*, la carcasa parcial encontrada en Fairbanks Creek, y los especímenes rusos, *Dima* y *Zharkov*, o, el más famoso de todos, el *Beresovska* que habían hallado congelado, y cuya carne todavía era comestible. El estómago del animal contenía los ranúnculos que había comido poco antes de morir. La muchacha se volvió hacia los demás científicos.

—Es maravilloso. ¿Dónde lo encontrasteis?

—*Babar* estaba en la orilla de un viejo cauce —respondió María.

—¿*Babar*?

—Teníamos que ponerle un nombre al pobre chiquitín —añadió María—. Una vez leí un libro de *Babar*, que era el rey de los elefantes.

—Creo que es un nombre muy bonito. Os felicito —manifestó Karla, con una sonrisa—. Este es sin duda el descubrimiento científico del siglo.

—Gracias —dijo María—. Desafortunadamente, este descubrimiento plantea un problema a la expedición.

—No lo entiendo.

—Es casi hora de cenar —intervino Arbatov—. Hablemos de esto mientras comemos.

Por la barriga que colgaba por encima del cinturón de Arbatov, era obvio que no se saltaba muchas cenas. Fueron a una de las tiendas grandes. En aquel agradable entorno resultaba difícil creer que se encontraban en una remota isla ártica. La mesa plegable tenía un mantel de plástico con un estampado de flores. El suave resplandor amarillo de las lámparas hacía que el ambiente resultara más acogedor. Las estufas a gas mantenían el interior a una temperatura de confort constante a pesar de que la tela se sacudía con las heladas ráfagas que llegaban del mar.

La cena comenzó con una sopa de remolacha y otras verduras, típica de Ucrania, seguida por un estofado de ternera, y galletas *ponchiki* de postre. Todo lo acompañaron con té y más tarde con vodka, para protegerse del frío del anochecer. Después de probar la cocina de María, Karla comprendió que Sergei no era el único responsable de la barriga. Se comió su última galleta.

—Me sorprende que se puedan preparar estos deliciosos platos en unas condiciones relativamente primitivas —comentó.

—No hay ninguna razón para pasar hambre, o comer congelados como hacen los norteamericanos —afirmó María—. Mientras disponga de un fuego, una cazuela y los ingredientes necesarios, puedo cocinar como cualquier gran cocinero de Moscú.

Karla levantó su copa de vodka.

—Quiero felicitaros de nuevo por vuestro hallazgo. Debéis de sentiros muy felices.

El fino oído del doctor Sato captó el oblicuo intento de Karla por introducir un tema espinoso en la conversación.

—Muchas gracias. Como dijimos antes, en parte es un problema. —Miró a Arbatov, y el ruso asintió.

—¿Sabes lo que pretendemos conseguir con esta expedición?

—Sí. Estáis buscando los restos de un mamut que sirva para la clonación.

—Correcto. Las semillas de este proyecto se plantaron en 1999, cuando una expedición multinacional desenterró unos restos muy prometedores en un trozo de barro helado.

—El mamut *Zharkov* —dijo Karla.

A los restos les habían dado el nombre de la familia siberiana propietaria de la tierra donde se habían desenterrado.

—Efectivamente. Hubo un gran interés por la bestia de parte de varios laboratorios de investigación genética de diferentes países del mundo. Dijeron que si se podía extraer el ADN de los tejidos blandos, se podían utilizar para clonar un mamut lanudo.

—Si no recuerdo mal, en el barro solo encontraron huesos, sin ningún rastro de tejidos blandos.

—Sin los tejidos blandos, no se pudo intentar el experimento de la clonación,

pero el interés se mantuvo vivo. Continuaron con los experimentos —explicó Arbatov—. Un grupo de investigadores japoneses y chinos clonaron dos vacas, a partir de células epiteliales de un embrión de vaca muerta que había mantenido congelado a la misma temperatura del «permafrost». Desde entonces, las expediciones han continuado la búsqueda de restos adecuados en Siberia. Mi esposa y yo trabajamos para un parque de vida salvaje siberiano que quiere impregnar a una hembra de elefante indio para que gesticule una cría que sea parte mamut, y después repetir el mismo proceso con la cría cuando sea adulta. Confían en que podrán tener una criatura que sea en un ochenta por ciento mamut lanudo en un plazo de cincuenta años.

—Esta es una expedición conjunta con los japoneses —dijo el doctor Sato, que cogió el hilo de la explicación—. Estudiantes de la Universidad Kinki y expertos veterinarios de Kagoshima, como el doctor Ito, han estado buscando muestras de ADN en Siberia desde 1997. Se calcula que hay unos diez millones de mamuts enterrados debajo del «permafrost», así que vinimos aquí con la ilusión de encontrar lo que necesitamos.

—¿Cómo se haría la clonación?

—Es extremadamente complicado. Cada paso tiene que ser perfecto —respondió Ito—. Extraeríamos una cadena de ADN completa del tejido blando, sacaríamos un huevo de una elefanta, que sería irradiado para destruir su ADN. Lo reemplazaríamos con el ADN de mamut y lo insertaríamos en la elefanta. La gestación normal de los elefantes es de veintidós meses, pero no tenemos idea de lo que puede ser para esta criatura. Tampoco sabemos cómo cuidar de la cría híbrida.

—Todos y cada uno de esos obstáculos parecen formidables —opinó Karla.

—Encontrar el tejido ha sido el obstáculo más difícil a superar —apuntó María.

—Hasta ahora —dijo Karla.

—Idealmente, nos hubiese gustado más encontrar a una hembra embarazada —confesó María—, pero este podría ser un buen sustituto.

—Hay algo que me intriga —señaló Karla—. A mí me parece que tenéis todo lo que necesitáis y más en la cría que está en la casa.

El intercambio de miradas entre los cuatro científicos fue casi cómico.

—Hay una disputa jurisdiccional —manifestó el doctor Sato—. Como dos padres que se disputan la custodia de un hijo.

—No es necesario tener todo el cuerpo. Basta con una muestra de ADN.

—Sí —admitió Sato—. Pero ya sabes lo competitivo que es el mundo científico. Quien se lleve el espécimen recibirá un empuje tremendo en su carrera y riqueza.

—¿Quién lo encontró?

Arbatov se encogió de hombros.

—Ito y Sato, pero nosotros lo reclamamos porque ayudamos a llevarlo a la casa y

porque es suelo ruso.

—¿No había un acuerdo para resolver este tipo de cosas?

—Sí, pero nadie pensó en que encontraríamos un espécimen perfecto —contestó María.

—Somos personas racionales —añadió Arbatov—. María tiene gran parte del mérito a la hora de calmar nuestros temperamentos masculinos. Hemos tenido fuertes discusiones, y hablamos en profundidad de si debíamos decírtelo. Decidimos que sería poco práctico ocultártelo, además de ser intelectualmente deshonesto. Así que continuamos sin saber qué hacer.

—Tienes razón. Tenéis un problema —afirmó la muchacha.

Las cuatro cabezas asintieron.

—Pero no es un problema insoluble —añadió, y las cuatro cabezas se detuvieron en mitad del gesto.

—Por favor, no nos digas que hagamos de Salomón y partamos a la cría por la mitad —dijo Arbatov.

—En absoluto. La respuesta parece bastante obvia. Hay que buscar otro espécimen. Puede haber más como este en la misma zona. Yo os ayudaré. He hecho unos extensos estudios topográficos de la isla desde el Pleistoceno, cuando las estepas estaban llenas con estas criaturas. Creo que os puedo indicar los lugares de mayor concentración y con las mejores condiciones medioambientales, para aumentar las probabilidades de éxito.

—En nuestro país, valoramos el consenso por encima de la confrontación —declaró el doctor Sato—. Propongo que busquemos un segundo espécimen. Si no lo hemos encontrado para cuando regrese el barco, informaremos a nuestros respectivos patrocinadores de la situación y dejaremos que ellos se encarguen de dirimir el tema en el juzgado.

María, diplomáticamente, se dirigió a su marido.

—¿Sergei? ¿Cuál es tu opinión como director del proyecto?

—Creo que Karla nos ha ofrecido una solución que es válida para todo.

—Tiene un coste —manifestó Karla—. Quizá me podríais ayudar con mi proyecto.

—Mis disculpas —dijo el doctor Sato—. Estamos tan metidos en nuestros temas que nos hemos comportado con muy poca cortesía. ¿Qué es exactamente lo que espera encontrar aquí?

—La solución al enigma de los mamuts.

—¿La extinción en el Pleistoceno? —preguntó María.

—Imaginaos esta isla hace veinte mil años —propuso Karla—. Toda esta tierra más allá de la tienda estaba cubierta de vegetación. El suelo se sacudía con el tronar de las inmensas manadas de mamuts. Estas criaturas llegaban a tener una altura de

casi cinco metros, que los convertía en los más grandes de todos los elefantes. Sus grandes manadas recorrían el mundo antiguo, hasta hace tres millones de años. Abundaban en América del Norte, desde Carolina del Norte hasta Alaska, en la mayor parte de Rusia y el resto de Europa, incluso en Gran Bretaña e Irlanda. Pero para el ocho mil antes de Cristo, prácticamente habían desaparecido, excepto por grupos aislados. Las manadas de mamuts se esfumaron, junto con centenares de otras especies, y dejaron sus huesos congelados para que los científicos como nosotros nos devanásemos los sesos.

—La extinción es uno de los grandes misterios del mundo —manifestó María—. Los mamuts, los mastodontes, los tigres con dientes de sable, todos desaparecieron de la faz de la tierra entre diez y doce mil años atrás, junto con otras casi doscientas especies de grandes mamíferos. Millones de animales murieron a escala global. ¿Qué esperas encontrar aquí?

—No estoy muy segura —respondió Karla—. Como sabéis, hay tres teorías que explican la extinción. La primera es que los «Clovis» los cazaron hasta extinguirlos.

—El problema principal con esa teoría es que no explica la extinción en el resto del mundo —señaló Arbatov.

—Tampoco hay ninguna prueba fósil que apoye esta idea, así que pasamos a la segunda teoría: que un virus asesino se propagó por las poblaciones de mamíferos del mundo entero.

—¿Entonces considera la teoría del virus como la más plausible? —quiso saber el doctor Sato.

—No del todo. Volveremos a considerarlo después de discutir la tercera teoría: un drástico cambio climático. Cerca del final del período, el clima cambió bruscamente. Pero la teoría tiene un gran fallo. Sobrevivieron las criaturas en un número de islas. Tendrían que haber muerto si la causa estaba relacionada con el clima.

—Si no fue la caza, el virus, o el cambio climático, ¿qué fue? —planteó Sergei.

—La discusión se ha reducido a dos escuelas de pensamiento. La catastrofista, que dice que un único hecho o una serie de hechos causaron la extinción, y la uniformista, que mantiene que la extinción se produjo durante un largo período, por diversas causas.

—¿Tú cuál defiendes: la catastrofista o la uniformista? —preguntó Arbatov.

—Ninguna. Estas teorías no explican todos los hechos. Creo que es todo el conjunto, con el inicio de la extinción provocado por un cataclismo o una serie de cataclismos. *Tsunamis*. Erupciones volcánicas que lanzaron a la atmósfera nubes tóxicas y gases, que alteraron la vegetación.

—También hay un agujero en esa teoría —señaló Arbatov—. Las pruebas sugieren que la extinción se produjo a lo largo de centenares o miles de años.

—Eso no sería un problema. Mi teoría tiene en cuenta el descubrimiento de

enormes cantidades de mamuts en fosas comunes, y explica por qué algunas de las criaturas sobrevivieron hasta mucho después. Las pruebas demuestran que muchos murieron a consecuencia de un violento fenómeno repentino. Pero también sabemos que quedaban algunas especies de mamuts cuando los egipcios construían las pirámides. El cataclismo diezmó las manadas de mamuts hasta un punto que las enfermedades y los cazadores acabaron por extinguirlas. La extinción de ciertas especies produjo un efecto dominó. Los depredadores que vivían de los mamuts y otras criaturas se quedaron sin su fuente de alimento.

—Creo que hay algo en tu teoría, pero dice que este cataclismo mundial ocurrió súbitamente. En un momento, los mamuts rumiaban pacíficamente, y al siguiente, estaban en vías de extinción. ¿No es un poco rebuscado?

—En absoluto. Pero sería la primera en admitir que la teoría de la inversión polar es polémica.

—¿Inversión polar?

—¿Inversión polar?

—Un realineamiento de los polos.

—Ninguno de nosotros es geólogo —dijo Arbatov—. Por favor, explícate.

—Será un placer. Hay dos tipos de inversiones polares. La «inversión polar magnética» significa una inversión de los polos magnéticos, lo que provocaría una serie de cosas desagradables pero nada que no pudiésemos sobrevivir. Una «inversión polar geológica» significa un movimiento de la corteza terrestre sobre el núcleo fundido. Algo así crearía un cataclismo como el que creo que acabó con los mamuts como especie.

El jefe del proyecto no pareció convencido.

—¿Basas tu teoría de la extinción en una hipotética inversión de los polos? Debes admitir que es poco probable que pudiese ocurrir.

—Al contrario. Ocurrió y podría ocurrir de nuevo.

Arbatov hizo como si quisiese quitarle la copa a Karla.

—Nuestra invitada ha bebido demasiado vodka.

—Con mucho gusto te dejaré leer el artículo donde desarrollo mi teoría, Sergei. Creo que la encontrarás esclarecedora. Sobre todo las ecuaciones que explican cómo una perturbación en el campo electromagnético de la tierra podría precipitar la inversión de los polos.

De inmediato se suscitó una discusión entre los partidarios y los detractores de su teoría. A pesar de la pátina civilizada, era evidente que quedaban restos de tensión entre el grupo. Karla no se sorprendió. Los científicos eran como todas las demás personas, excepto en que eran posiblemente más vanidosos y mezquinos. Fue María con su personalidad fuerte y amable quien acabó con el acalorado debate.

—Me disculpo por ser tan descorteses con nuestra invitada —dijo, con una

mirada asesina a su marido—. ¿Cuál es tu plan para mañana? —le preguntó a Karla.

Con Arbatov neutralizado, la discusión acabó en el acto.

—Quizá alguien quiera mostrarme dónde encontraron a *Babar*.

Le respondieron que eso no era un problema. Todos ayudaron a María a recoger y fregar los platos. Poco después, Karla estaba en su saco de dormir. La vieja caseta era acogedora y bien aislada, y, excepto por el ruido de algún pequeño roedor, se sentía muy cómoda. La excitación por la cría de mamut hacía que le costase conciliar el sueño.

Recordó una nana que su abuelo le cantaba cuando ella se fue a vivir con él después de la muerte de sus padres.

Apenas si había dicho la primera estrofa cuando se quedó profundamente dormida.

Capítulo 19

Los Trout llegaron a Albuquerque a última hora de la tarde y fueron a Santa Fe, donde pasaron la noche. Muy temprano, a la mañana siguiente, fueron en un coche de alquiler a Los Álamos, que se levanta en una ciudadela natural en lo alto de tres mesetas que se extienden en la altiplanicie de Panaretos.

Paul advirtió un cambio en su esposa durante los cuarenta kilómetros del viaje. No había dejado de comentar del paisaje y de buscar un momento para detenerse en un pueblo indio, cuando sin más se calló.

—Un penique por tus pensamientos —dijo—. Reajustado a la inflación, por supuesto.

—Miraba este tranquilo paisaje, y pensaba en los trabajos que se hicieron aquí con el Proyecto Manhattan y las terribles fuerzas que desató.

—Alguien tenía que hacerlo. Alégrate de que fuésemos los primeros.

—Lo sé, pero sin embargo me deprime pensar que aún no hemos aprendido a controlar al genio que dejamos escapar de la botella.

—Venga, ánimo. El poder nuclear puede acabar siendo una tontería comparado con los remolinos y las olas gigantes.

Gamay lo miró con una expresión agria.

—Gracias por recordarme la parte alegre.

Los Álamos había cambiado mucho desde el día en que Robert Oppenheimer y su equipo de genios encontraron la manera de encerrar el poder del átomo en un cilindro con aletas metálico. Era una bulliciosa ciudad del sudoeste con centros comerciales, escuelas, parques, una orquesta sinfónica y un teatro, pero nunca había podido —o querido— escapar de su oscuro pasado. Aunque Los Álamos National Laboratory se ocupa en la actualidad de muchos estudios científicos pacíficos, el fantasma del Proyecto Manhattan sigue allí.

Los edificios de los laboratorios donde se realizan investigaciones referentes al mantenimiento de las armas nucleares están vedados al público, una indicación de que la ciudad todavía está muy involucrada en el tema de la guerra nuclear. Los turistas que visitan el museo del laboratorio pueden tocar las réplicas de *Fat Man* y *Little Boy*, las primeras bombas atómicas, ver diversos tipos de cabezas nucleares y las estatuas de Robert Oppenheimer y el general Groves, las estrellas binarias de la ultrasecreta alianza científica y militar que crearon las bombas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki.

Los Trout fueron a la biblioteca del laboratorio y hablaron con una de las bibliotecarias que habían llamado previamente. Ella les había preparado una carpeta con información de Lazlo Kovacs, pero la mayoría era biográfica y no ofrecía nada más allá de lo que ya sabían. Como Tesla, que era más conocido, Kovacs se había

convertido en una figura de culto, les explicó la bibliotecaria, y sus teorías entraban más en el reino de la ficción científica que en la ciencia.

—Quizá podamos averiguar algo más en la Kovacs Society —dijo Gamay.

La bibliotecaria miró a la pareja con una expresión de desconcierto, y luego se echó a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Gamay.

—Lo siento —se disculpó la mujer, ruborizada—. Es que... bueno, ya lo verán.

Aún se reía cuando los acompañó hasta la salida.

El contacto en la Kovacs Society era un hombre llamado Ed Frobisher. Cuando lo llamaron por teléfono, les dijo que en aquel momento salía para hacer unos recados y les propuso que se reuniesen con él en una tienda de material sobrante llamada Black Hole.

La tienda estaba en los límites de la ciudad junto a un edificio con forma de A con un cartel que lo designaba como el OMEGA PEACE INSTITUTE, FIRST CHURCH OF HIGH TECHNOLOGY. La iglesia y el Black Hole eran propiedad de un hombre llamado Ed Grothus, que había comprado material sobrante de los laboratorios que se remontaban hasta los días del Proyecto Manhattan. Los llamaba «chatarra nuclear», y vendía sus productos a científicos locos, artistas y coleccionistas de antiguallas.

El patio alrededor de la tienda era como un escaparate de carcasas de bombas, torretas, muebles de oficina y equipos electrónicos. En el interior de la nave había hileras de estanterías, todas llenas con toda clase de instrumentos obsoletos como contadores Geiger, osciloscopios y tableros eléctricos. Los Trout le preguntaron al cajero si conocía a Frobisher. Los acompañó hasta uno de los pasillos donde un hombre hablaba consigo mismo mientras rebuscaba entre un montón de tableros de control.

—Miren todo esto —les dijo Frobisher después de las presentaciones—. Este tablero probablemente costó un mes de sueldo de un contribuyente en los años cincuenta. Ahora solo es chatarra, excepto para algunos chalados por la tecnología como es mi caso.

Frobisher era un gigantón, de más de un metro ochenta de estatura, con un pecho como un tonel y una gran barriga que caía por encima de la cintura de los pantalones. Vestía una camisa amarilla a cuadros que habría hecho daño a los ojos incluso si no se hubiese dado de bofetadas con los tirantes rojos que luchaban por aguantar el pantalón sometido al peso de la barriga. Las perneras estaban metidas en unas botas de pescador de caña alta, aunque estaban en pleno desierto. Los rizos de la abundante cabellera blanca le colgaban sobre la frente y casi tocaban las gafas rectangulares de montura de pasta.

El hombre pagó el tablero, y los tres salieron de la tienda para ir hasta el Chrysler destartado y sucio de Frobisher. Les dijo a los Trout que lo llamaran «Frosby» y les

propuso que lo siguiesen en su coche hasta su casa donde estaban las oficinas centrales de la Kovacs Society. Cuando los coches salieron de la ciudad, Gamay se volvió hacia Paul, que conducía.

—¿Nuestro nuevo amigo Frosby no te recuerda a alguien?

—Sí, a un gigante y bullanguero «Capitán Canguro».

—Kurt nos deberá una después de esto —afirmó Gamay y exhaló un suspiro—. No sé si no hubiese sido mejor acabar tragada por un remolino.

La carretera ascendía y serpenteaba entre las colinas que dominaban la ciudad. Se veían menos casas y más espaciadas. El Chrysler dejó la carretera y se metió por un camino lleno de baches que lo hicieron saltar como una pelota de goma y sometieron a un duro castigo a los ya vencidos amortiguadores, y se detuvo delante de una construcción de adobes que parecía una casa de muñecas. El patio lleno de chatarra electrónica parecía una versión a escala del Black Hole.

Mientras caminaban por el sendero entre las montañas de carcasas de cohetes oxidadas y toda clase de artefactos, Frosby les daba explicaciones con grandes aspavientos.

—Los laboratorios organizan una subasta todos los meses para liquidar el material dado de baja. No hace falta que les diga que no me pierdo ninguna.

—Salta a la vista —dijo Gamay, con una sonrisa indulgente.

Entraron en la casa, que estaba muy bien ordenada y sorprendía por el contraste con la chatarra amontonada en el exterior. Frobisher los hizo pasar a una sala con el mobiliario de cuero y cromo habitual en las oficinas. Una mesa de metal y dos archivadores estaban colocados junto a una de las paredes.

—Todo lo que hay en esta casa proviene del laboratorio nacional —se ufanó Frobisher. Vio que Paul miraba el cartel que decía radiactivo colgado en la pared y le dedicó una sonrisa caballuna—. No se preocupe. Solo sirve para tapar un agujero. Como presidente de la Lazlo Kovacs Society, les doy la bienvenida a su sede mundial. Conozcan a nuestro fundador. —Señaló una vieja fotografía colgada en la pared junto al cartel.

Mostraba a un hombre de facciones delicadas, de unos cuarenta años, cabellos oscuros y mirada alerta.

—¿Cuántos miembros tiene la sociedad? —preguntó Gamay.

—Uno. Lo tienen delante. Como ven, es una sociedad muy exclusiva.

—Ya me doy cuenta —asintió Gamay, con una dulce sonrisa.

Paul le dirigió a su esposa una mirada en la que le decía que echaría a correr hacia la puerta a la primera oportunidad. Ella, por su parte, observaba las estanterías llenas de libros que cubrían gran parte de las paredes. Su ojo femenino, siempre atento al detalle, había visto aquello que Paul no había tenido en cuenta: a juzgar por los títulos, los libros eran de temas de alta tecnología. Si Frosby era capaz de entender

aunque solo fuese una fracción de su material de lectura, entonces era un hombre de una inteligencia superior.

—Por favor, tomen asiento —los invitó Frobisher.

Él ocupó su silla y se volvió para mirar a los visitantes.

Trout se sentó junto a Gamay. Ya había decidido que la mejor manera de acabar con la conversación era comenzarla.

—Muchas gracias por recibirnos —dijo, como preludeo a la despedida.

—Es un placer. —El dueño de casa sonrió, feliz—. A fuer de ser sincero, en estos tiempos no hay mucho interés por la Kovacs Society. Esto es todo un honor. ¿De dónde son ustedes?

—De Washington —respondió Paul.

Los ojos azules del hombre se iluminaron como los de un niño al ver un juguete nuevo.

—¡Todavía más honor! Tendrán que firmar mi libro de visitas. A ver, ¿cómo es que se interesan por Lazlo Kovacs?

—Ambos somos científicos de la National Underwater and Marine Agency —dijo Gamay—. Uno de nuestros colegas de la NUMA nos habló de los trabajos de Kovacs, y mencionó que había una sociedad en Los Álamos que disponía de los archivos más completos sobre el tema. La biblioteca del laboratorio nacional tiene poco y nada de Kovacs.

—Esa pandilla creen que era un chalado —afirmó Frobisher, con un tono de enfado.

—Nos dio esa impresión —dijo Gamay.

—Les explicaré cómo surgió la sociedad. Yo era uno de los físicos que trabajaba en el laboratorio nacional. Jugaba a las cartas con un grupo de colegas, y siempre acabábamos hablando de los trabajos de Nicolás Tesla. Algunos de nosotros sosteníamos que Kovacs se había visto ensombrecido por el estilo más extravagante de Tesla, y que se merecía un reconocimiento mucho mayor por sus hallazgos del que había recibido. Bautizamos a nuestro grupo de póquer con el nombre de Kovacs Society.

Trout sonrió, pero gemía para sus adentros al pensar en el tiempo desperdiciado. Carraspeó.

—¿Su sociedad lleva el nombre de un grupo de póquer?

—Sí. Pensamos llamarlo Poker Fíats, pero algunos de los muchachos estaban casados y nos pareció que un grupo de discusión sería una buena tapadera.

—¿Así que nunca discutieron los teoremas de Kovacs? —preguntó Gamay.

—Por supuesto que lo hicimos. Éramos malos jugadores de póquer pero buenos científicos. —De una bandeja que había en la mesa cogió dos cuadernillos y se los dio a los Trout—. Hicimos estas copias del artículo donde Kovacs presentó sus

revolucionarias teorías. Tenemos un resumen de la conferencia sobre su trabajo celebrada aquí hace veinte años atrás. En su mayor parte se intentó desprestigiarlos. Se venden a cuatro dólares con noventa y cinco cada uno. También tenemos biografías que pueden comprar por un poco más, y que solo cubren los costes de impresión.

Paul y Gamay hojearon los cuadernillos. El texto estaba escrito en húngaro, y lleno de largas e incomprensibles ecuaciones. Trout le dedicó a su esposa una sonrisa de «Hasta aquí podíamos llegar» y se inclinó hacia delante, dispuesto a levantarse de un salto y correr hacia la puerta. Gamay vio su impaciencia, y le tocó el brazo.

—Los libros que veo en las estanterías son todos de temas muy técnicos, y dijo usted que trabajaba como físico en el laboratorio nacional, así que valoramos mucho su opinión —dijo Gamay—. Espero que no lo interprete mal, pero sin duda sabe que Kovacs y su teoría siempre fueron tema de una gran controversia. ¿Kovacs no era más que un chalado brillante, o había algo sólido en lo que proponía?

—Tenía algo muy sólido.

—Pero nunca lo demostró con un experimento, y se negó a publicar los resultados de sus hallazgos.

—Eso fue porque sabía que la información era demasiado peligrosa.

—Perdóneme, pero suena como una excusa para ocultar su fracaso —replicó Gamay, con una sonrisa.

—En absoluto. Fue por respeto a la humanidad.

Trout intuyó que Gamay tenía un plan, y le siguió el juego.

—Si le interesaba tanto la humanidad, ¿por qué trabajó para los nazis?

—Tuvo que trabajar para los nazis. Lo amenazaron con matar a su familia.

—Tengo entendido que fue eso exactamente lo que pasó —dijo Gamay—. Fue una pena, ¿no le parece? La esposa y el hijo del hombre murieron por esto. —Se golpeó la rodilla con la publicación—. Una descabellada teoría sobre unas letales ondas electromagnéticas de ultrabaja frecuencia.

Las pálidas mejillas de Frobisher tomaron un color cereza. Al cabo de un momento, la expresión ceñuda dio paso a una gran sonrisa.

—Bonita manera de hacerme morder el anzuelo. —Los miró alternativamente—. Ahora, por favor, díganme quiénes son de verdad.

Gamay miró a Paul, que asintió.

—Pertenece al Equipo de Misiones Especiales de la NUMA. ¿Quiere ver nuestras credenciales?

—Le creo. ¿Qué hacen dos personas de la organización de estudios oceánicos más grande del mundo en Los Álamos, un lugar muy alejado del Atlántico y el Pacífico?

—Creemos que la clave para desentrañar el misterio de algunas extrañas

perturbaciones oceánicas está aquí, en Nuevo México.

El hombretón frunció el entrecejo.

—¿Qué clase de perturbaciones?

—Remolinos y olas enormes, tanto como para hundir barcos.

—Perdóneme, pero sigo sin entender de qué me habla.

—Uno de los científicos de la NUMA con quien hablamos sugirió que las perturbaciones podrían haber sido causadas por alteraciones en el flujo electromagnético terrestre. Mencionó los teoremas de Kovacs.

—Continúe.

La pareja se turnó para hablarle de las perturbaciones oceánicas, y la idea de que podrían ser obra del hombre.

—Dios mío —exclamó Frobisher, con voz ronca—. Está ocurriendo.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Paul.

—NUMA o no, se han metido en algo que es mucho más importante que cualquier cosa que se puedan imaginar.

—Es algo que hacemos habitualmente —replicó Paul—. Es uno de los requisitos para trabajar en la NUMA.

Frobisher miró a la pareja. Sus expresiones serenas lo devolvieron a la realidad, y se controló. Fue a la cocina y volvió con tres botellas de cerveza que repartió.

—Le hemos dicho quiénes somos —dijo Gamay, con su sonrisa más seductora—. Ahora quizá quiera decirnos quién es usted.

—Me parece justo. —Frobisher se bebió de un trago la mitad de la cerveza—. Empezaré con un poco de historia. La mayoría sabe de la carta que Einstein le escribió al presidente Roosevelt.

—Einstein dijo que, tras una reacción en cadena controlada, era posible desarrollar una bomba atómica —señaló Paul—. Propuso que Estados Unidos construyese un arma así antes de que lo hiciesen los alemanes.

—Así es. El presidente nombró un comité para que analizase el tema, y el resultado fue el trabajo desarrollado aquí en Los Álamos. Pocos saben que antes de finalizar la guerra, Einstein escribió una segunda carta que nunca fue publicada. En ella advertía de los peligros de la guerra electromagnética, basada en los teoremas. Pero a diferencia de Kovacs, considerado por muchos como un chalado, la opinión de Einstein tenía mucho peso. Por aquel entonces, Truman era el presidente. Designó un comité para considerar la advertencia de Einstein, y de aquel comité salió la decisión de emprender una investigación de la misma envergadura que el Proyecto Manhattan.

—Nos ha comentado que los rusos también realizaban una investigación similar.

—Así es. Para mediados de los sesenta íbamos codo a codo con los rusos.

—¿Hasta dónde llegaron las investigaciones?

—Muy lejos. Ellos se concentraron en la tierra y nosotros en el cielo. Provocaron

algunos terremotos. Después del gran terremoto en Alaska, este país tomó represalias. Causamos unas cuantas inundaciones y sequías en Rusia. Nada del otro mundo.

—Las inundaciones y los terremotos tampoco son moco de pavo —protestó Gamay.

—Aquello no fue más que el precalentamiento. Los científicos de ambos países descubrieron casi al mismo tiempo que las fuerzas combinadas de sus experimentos podían causar grandes cambios en el campo electromagnético terrestre. Se celebró una reunión ultrasecreta entre los dos países en una remota isla en el mar de Bering, a la que asistieron científicos y funcionarios de los gobiernos. Se presentaron pruebas de las tremendas consecuencias que habría si se continuaba experimentando con los teoremas de Kovacs.

—¿Cómo es que sabe todo esto si era algo ultrasecreto? —preguntó Gamay.

—Muy sencillo. Fui uno de los participantes. Acordamos abandonar las investigaciones y ocuparnos de males menores, como la guerra nuclear.

—Resulta difícil creer que pueda haber algo peor que un holocausto nuclear —comentó Gamay, con una expresión de duda.

—Créalo. —Frobisher se inclinó hacia delante en la silla y bajó la voz por puro hábito, como si creyese que había micrófonos en la habitación—. Guardar el secreto fue considerado de tanta importancia que se montó un organismo de seguridad en los respectivos países. Cualquiera que demostrase un excesivo interés o un conocimiento extenso de los trabajos de Kovacs era desalentado o, si era necesario, eliminado.

—¿Entonces la Kovacs Society no se creó como una tapadera de las partidas de póquer? —preguntó Paul.

—Esa historia por lo general desilusiona a la mayoría de la gente —afirmó el científico, con una sonrisa—. No, la Kovacs Society se creó aquí como parte del montaje. Era el primer obstáculo para cualquiera interesado en su trabajo. Si hubiesen aparecido por aquí hace unos años y formulado preguntas que iban más allá de cierto límite, entonces yo tendría que haber hecho una llamada telefónica y ustedes hubiesen desaparecido. Tienen suerte de que la unidad fuese dispersada hace algún tiempo.

—¿Qué pasó? —quiso saber Trout.

—Los recortes presupuestarios —respondió Frobisher, con un tono despectivo—. Pérdida de la memoria institucional. Las pocas personas que sabían del acuerdo fallecieron y se llevaron el secreto a la tumba. No quedó nadie para defender los fondos, así que se eliminaron. Con el paso de los años, Kovacs y su trabajo se perdieron en el olvido. Como sucedió con Nicolás Tesla, Kovacs se ha convertido en una figura de culto para los que viven imaginando conspiraciones, solo que menos conocida. La mayoría de los tipos que aparecen por aquí son unos chalados, como uno que llevaba una araña tatuada en la calva. Los más serios se desilusionan en

cuanto hago el «numerito» de Friby.

—Lo hace muy bien.

—Gracias. Hasta yo había comenzado a creérmelo. He sido un cancerbero dedicado a espantar a todos los que demostraban una curiosidad excesiva.

—Mencionó las consecuencias mundiales de la manipulación electromagnética —dijo Paul.

—Lo que más nos asustó fue la posibilidad de que la manipulación electromagnética produjese un cambio en los polos terrestres.

—¿Eso es posible? —preguntó Gamay.

—Oh, sí. Se lo explicaré. El campo electromagnético terrestre se crea por el giro de la corteza alrededor de la parte sólida del núcleo. Los científicos de la Universidad de Leipzig desarrollaron un modelo que muestra a la tierra como una gigantesca dínamo. Los metales pesados y el magma líquido del electromagneto interior forman el embrague. Los metales livianos de la corteza constituyen el bobinado. Los polos del planeta están determinados por la carga electromagnética. Los polos magnéticos son el producto de los vórtices en las profundidades del núcleo fundido. Los polos magnéticos tienden a moverse. Es un fenómeno que los navegantes tienen en cuenta en todo momento. Si declina la fuerza de un polo, se puede producir una inversión de los polos magnéticos norte y sur.

—¿Cuál sería el efecto de un cambio de los polos magnéticos? —preguntó Gamay.

—Provocaría un sinnúmero de perturbaciones, pero no una catástrofe. Habría problemas en las redes de distribución eléctrica. Los satélites quedarían inutilizados. Las brújulas se volverían imprecisas. Se podrían producir agujeros en la capa de ozono, algo que ocasionaría problemas de salud a largo plazo. Veríamos las auroras boreales desplazadas hacia el sur. Las aves migratorias y los animales estarían desorientados.

—Tiene toda la razón al decir que una inversión polar causaría grandes perturbaciones —manifestó Gamay.

—Sí, pero eso no sería nada comparado con los efectos de un cambio polar geológico.

Como geólogo marino, Trout sabía muy bien de lo que hablaba Frobisher.

—Se refiere a un desplazamiento de la corteza sobre el núcleo interior más que a un cambio en el campo electromagnético terrestre. Precisamente. La parte sólida de la tierra se mueve sobre la parte líquida. Hay pruebas de que ocurrió antes, causado por un fenómeno natural como el paso de un cometa.

—Soy geólogo marino —dijo Paul—. Un cometa es una cosa. Me resulta difícil imaginar que una máquina hecha por el hombre pueda causar grandes cambios físicos.

—Por eso era tan importante el trabajo de Kovacs.

—¿De qué manera?

Frobisher se levantó y se paseó un par de veces por la habitación como si quisiese poner en orden sus pensamientos, luego se detuvo y comenzó a mover en círculo el dedo índice.

—Esto es diferente. El electromagnetismo rige todo el universo. La tierra está cargada como un gigantesco electroimán.

Los cambios en el campo pueden causar un cambio en la polaridad, como he dicho hace unos minutos. Pero hay otro efecto, que Kovacs estudió en sus investigaciones. La materia oscila entre la etapa de materia y energía.

Trout asintió.

—Lo que usted dice es que al cambiar el campo electromagnético del planeta es posible cambiar la ubicación de la materia en la superficie de la tierra.

—Eso podría explicar las perturbaciones oceánicas —añadió Gamay.

Frobisher chasqueó los dedos y sonrió, complacido.

—Que alguien les dé un puro a este hombre y a esta mujer.

—¿Qué pasaría si hay un desplazamiento de tierra?

La sonrisa de Frobisher desapareció en el acto.

—Las fuerzas de la inercia reaccionarían al cambio en la materia. Las aguas de los océanos y los lagos se moverían en diferente dirección, desbordarían las costas y provocarían tremendas inundaciones. Dejarían de funcionar todos los aparatos eléctricos. Tendríamos huracanes y tornados de una violencia sin precedentes. La corteza terrestre se rajaría, lo que daría lugar a enormes terremotos, erupciones volcánicas e inmensos flujos de lava. El cambio climático sería drástico y duradero. La radiación de los rayos solares penetraría el campo magnético de la tierra y mataría a millones de personas.

—Habla usted de una catástrofe de proporciones mayúsculas —opinó Gamay.

—No —dijo Frobisher, con una voz apenas audible—. Hablo ni más ni menos que del fin de todo ser viviente. El fin del mundo.

En el viaje de regreso a Albuquerque para tomar el vuelo de vuelta a casa, fue el turno de Paul de estar en silencio.

—Un penique por tus pensamientos —dijo Gamay—. Reajustado a la inflación, por supuesto.

Trout salió de su ensimismamiento.

—Solo pensaba en Roswell, Nuevo México, donde se supone que se estrelló un OVNI.

—Quizá podamos ir allí en algún otro momento. La cabeza todavía me da vuelta con todas esas historia de conspiraciones que nos contó nuestro amigo Frosby.

—¿Qué opinión te ha merecido?

—Si no es un excéntrico encantador, entonces es atterradoramente cuerdo.

—Coincidimos, y es por eso que pensaba en Roswell. Algunos de los partidarios de los OVNIS dicen que después del episodio, el presidente designó una junta de científicos y altos funcionarios del gobierno para analizar el tema y ocultarlo. El grupo se llamaba MJ12.

—Me suena. ¿Piensas que el paralelismo con lo que hemos escuchado puede estar muy cerca?

—Quizá, pero hay una manera de confirmar lo que dijo.

—¿Cuál es?

Había un cuadernillo en la consola entre los dos asientos delanteros. Frobisher se los había dado, junto con la explicación de que Kovacs había publicado un único artículo con los fundamentos matemáticos de sus controvertidos teoremas. Todas las páginas estaban cubiertas con ecuaciones. Paul recogió la publicación y la sostuvo en el aire.

—Lazlo Kovacs no pudo poner a prueba sus teoremas. Nosotros sí.

Capítulo 20

Austin salió a la terraza y contempló la resplandeciente cinta que fluía detrás de su casa. La bruma matinal ya se había despejado. El Potomac ofrecía la fragancia del fango calentado por el sol y las flores silvestres. Algunas veces se imaginaba que el río tenía su propia *Lorelei*, un versión sureña de ojos sensuales de la sirena germánica cuyo canto atraía a los navegantes del Rin hacia su muerte.

En respuesta a su irresistible llamada, sacó su bote de competición «Maas» de siete metros de eslora del cobertizo y lo deslizó por la rampa hasta la orilla. Se sentó en el bote, encajó los pies en los estribos, movió unas cuantas veces el asiento deslizante para calentar los músculos abdominales y ajustó los brazos de las chumaceras para el máximo rendimiento.

Luego entró en la corriente, hundió los remos «Concept 2» en el agua, se inclinó hacia delante y tiró hacia atrás con el peso del cuerpo. Los remos de tres metros de largo hicieron que la embarcación se moviese con la velocidad de una flecha por la superficie del río. Aumentó el ritmo hasta que en el dial de su «StrokeCoach» vio que había alcanzado su habitual nivel de veintiocho remadas por minuto.

Remar era una rutina y su ejercicio favorito. Recalcaba la técnica sobre la fuerza, y la fusión de mente y cuerpo necesaria para que la ligera embarcación se deslizase a máxima velocidad era una manera de aislar el ruido del mundo exterior y enfocar toda su concentración.

Mientras pasaba por delante de las antiguas y majestuosas mansiones, buscó encontrarles algún sentido a los acontecimientos que le daban vueltas en la cabeza como las corrientes del remolino que habían estado a punto de acabar con las vidas de los Trout. Había un hecho que parecía indiscutible. Alguien había encontrado la manera de causar perturbaciones en los océanos. Pero ¿para qué fin? ¿Qué ganancia había en provocar olas gigantes y enormes remolinos capaces de hundir a los barcos? ¿Quién había sido capaz de conseguir semejante poder?

Advirtió un movimiento con el rabillo del ojo, que interrumpió sus pensamientos. Otro bote se acercaba al suyo. Austin embarcó los remos y dejó que la embarcación se detuviese. El otro remero lo imitó. Se miraron el uno al otro. Su compañero no encajaba con el modelo de hombres atléticos con los que a menudo se cruzaba. Para empezar, unas largas trenzas de «rastafari» colgaban por debajo de la gorra de béisbol. Llevaba gafas de sol con los cristales azules.

—Buenos días —le saludó Austin.

El hombre se quitó la gorra con las trenzas y las gafas.

—¡Demonios, esta cosa te da un calor tremendo! —comentó y le sonrió a Austin—. ¿Has participado últimamente en alguna emocionante carrera de kayak?

El sol se reflejó en el estrafalario tatuaje que tenía en la calva sudorosa.

Austin se inclinó sobre los remos.

—Hola, *Spider*.

—¿Sabe quién soy?

—El disfraz de Bob Marley me engañó por un momento.

Barrett se encogió de hombros.

—Fue lo mejor que pude conseguir. Un tipo los vendía en la tienda de recuerdos junto al lugar donde alquilan los botes. Era esto o Elvis.

—Una buena elección. No me lo imagino cantando *Hound Dog* —respondió Austin—. ¿A qué viene la necesidad de ir de incógnito?

Barrett señaló el vendaje que llevaba en la cabeza.

—Alguien intenta matarme.

—¿Por qué?

—Es una historia muy larga, Kurt.

Austin decidió hacer un disparo en la oscuridad.

—¿Tiene algo que ver con las transmisiones de ondas electromagnéticas de ultrabaja frecuencia?

Fue obvio, por la expresión de asombro en el rostro de Barrett, que la pregunta había dado en la diana.

—¿Cómo es que sabe eso?

—Es todo lo que sé.

Barrett contempló el río.

—Bonito.

—Eso creo, pero usted no ha venido aquí por el paisaje.

—Tiene razón. He venido porque necesito un amigo.

Austin hizo un amplio gesto con el brazo.

—Aquí está en aguas amigas. De no haber sido por usted y su lancha, me hubiese convertido en un bocado para las orcas asesinas. Vamos a mi casa y hablaremos tranquilos.

—No es una buena idea —replicó Barrett con una mirada furtiva por encima del hombro. Metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó una caja negra del tamaño de un paquete de cigarrillos—. Esto nos dirá si hay algún tipo de vigilancia electrónica en la zona. Vale, ahora está limpia, pero prefiero no correr ningún riesgo. ¿Le importa si remamos? Me estaba divirtiendo.

—Hay un lugar cerca de aquí al que podemos ir —propuso Austin—. Sígame.

Remaron unos doscientos metros y embarrancaron los botes en la orilla. Un espíritu bondadoso había instalado un banco a la sombra de los árboles para beneficio de los remeros. Austin compartió su botella de agua con Barrett.

—Gracias —dijo *Spider*, después de beber un par de tragos—. Estoy en baja forma.

—No por lo que he visto. Yo iba a un ritmo muy rápido cuando me alcanzó.

—Pertenece al equipo de remo del MIT. Entrenábamos casi todos los días en el río Charles. De eso hace ya mucho tiempo. —Barrett sonrió al recordarlo.

—¿En qué se licenció en el MIT?

—En física cuántica, y cursé la especialidad de lógica informática.

—Nadie lo diría por la pinta de motero.

Barrett se echó a reír.

—Eso no es más que un disfraz. Siempre he sido un fanático de la informática. Me crié en California. Mis padres eran profesores universitarios. Estudié informática en Caltech, y luego fui al MIT para el doctorado. Allí fue donde conocí a Tris Margrave. Unimos esfuerzos y creamos el software Margrave. Ganamos millones. Nos iba muy bien y disfrutábamos hasta que Tris se lió con «Lucifer».

—¿«Lucifer»? ¿Cómo el diablo?

—«Lucifer» era un periódico anarquista que se publicaba en Kansas a finales del Siglo XIX. El mismo nombre que le daban a las cerillas en aquellos años. También es el nombre de un pequeño grupo de neoanarquistas con el que se ha involucrado Tris. Quieren acabar con los que llaman las «élites», las personas no elegidas que controlan la mayor parte de la riqueza y el poder en el mundo.

—¿Dónde encaja usted?

—Soy un miembro de «Lucifer». Mejor dicho, era.

Austin miró el tatuaje de Barrett.

—No me parece una persona convencional, *Spider*, pero ¿usted y su socio no tienen una parte muy considerable de la riqueza mundial?

Absolutamente. Por eso somos quienes tienen que llevar adelante la lucha. Tris dice que los hombres de dinero y educación, aquellos que más tienen que perder, iniciaron la revolución norteamericana. Hancock, Washington y Jefferson no eran precisamente unos pobretones.

—¿Cuál es el papel de Margrave en «Lucifer»?

—Tris se proclama como la fuerza impulsora de «Lucifer». A los anarquistas no les gusta seguir a un líder. Es un grupo más o menos disperso de un centenar de personas afiliadas con algunos de los grupos neoanarquistas más activos. Un par de docenas de los tipos más violentos se autodenominan la legión de «Lucifer». Yo estaba más metido en la parte técnica que política del proyecto.

—¿Qué motiva tanto a Margrave?

—Tris es brillante e implacable. Se siente culpable porque su familia hizo su fortuna con el tráfico de esclavos y el contrabando de licores. Me metió en el plan de «Lucifer».

—¿Qué es?

—Íbamos a causar disturbios en el imperio de las élites, para que se plegasen a

nuestros deseos y cedieran parte de su poder.

—No está nada mal.

—Dígamelo a mí. Les ofrecimos una muestra de lo que sucedería hace un par de semanas en Nueva York. Paralizamos la ciudad durante un par de horas cuando se celebraba la gran conferencia económica, con la idea de obligarlos a negociar, pero fue como si un mosquito hubiese picado a un elefante.

—Me enteré de lo del apagón. ¿Ustedes fueron los responsables?

—Fue solo un ejemplo —manifestó Barrett—, para demostrarles que podíamos crear un caos. Nuestro plan a largo plazo es causar una perturbación masiva en las comunicaciones y el comercio por todo el mundo.

—¿Cómo pretenden conseguir algo así?

—Con la aplicación de unos principios científicos que permitirían entorpecer temporalmente los sistemas de comunicación y transporte, y provocar un caos económico generalizado.

—Los teoremas de Kovacs.

Barrett miró a Austin como si a este le hubiese crecido una segunda cabeza.

—Veo que ha estado haciendo sus deberes. ¿Qué sabe de los teoremas?

—Poca cosa. Sé que Kovacs era un genio que dio con la manera de utilizar las transmisiones electromagnéticas de ultrabaja frecuencia para alterar el orden natural de las cosas. Le preocupaba que en malas manos, sus teoremas se pudiesen utilizar para alterar el clima, provocar terremotos y cosas por el estilo. Por lo que me ha dicho de sus compañeros de «Lucifer», sus miedos parecen haberse convertido en realidad.

Barrett torció el gesto ante la mención de «camaradas», pero asintió.

—Eso es más o menos correcto, pero se queda corto.

—¿Hasta dónde me he quedado corto?

—Intentábamos provocar una inversión polar.

—¿Cambiar los polos norte y sur?

—Los polos magnéticos. Queríamos inutilizar los satélites de comunicaciones. Interrumpir el comercio y darle un buen susto a las élites. Tampoco nada del otro mundo.

La expresión de Austin se volvió severa.

—¿Desde cuándo las olas gigantes, los remolinos que engullen barcos y las pérdidas de naves y vidas humanas no son nada del otro mundo?

Barrett pareció encerrarse en sí mismo. Austin creyó por un momento que su brusco comentario podría haber cerrado el diálogo. Pero entonces *Spider* asintió.

—Tiene razón, por supuesto. No pensamos en las consecuencias, solo en los medios.

—¿Cuáles eran los medios?

—Construimos una flota de cuatro barcos, cada uno equipado con un artefacto según los modelos propuestos por los teoremas de Kovacs. Concentramos los rayos en un ángulo oblicuo en un punto vulnerable del fondo marino. La potencia eléctrica de los generadores a bordo bastaban para iluminar una ciudad pequeña, pero no eran nada comparado con la gran masa de la tierra. Allí era donde entraban los teoremas. Kovacs dijo que a la frecuencia adecuada, las transmisiones serían amplificadas por la propia masa que intentaban penetrar, de la misma manera que una tuba amplifica el sonido del aire que se sopla en la boquilla.

—Vi el remolino gigante que creó. Aquello fue algo más que el aire soplado en una boquilla.

—¡Un remolino!

Austin le hizo un breve resumen del remolino y el desastre que había estado a punto de causar.

Barren soltó un silbido de asombro.

—Estaba enterado de las olas gigantes que creamos en uno de nuestros experimentos de campo. Hundió un barco mercante y a una de nuestras embarcaciones transmisoras.

—Algunas veces el mar devuelve lo que se lleva. El remolino reflató al barco transmisor. Conseguí subir a bordo antes de que volviera a hundirse.

Barrett se quedó atónito ante la revelación.

—¿Qué está pasando, *Spider*?

La pregunta sacó a Barrett de su pasmo.

—No consideramos las violentas perturbaciones oceánicas que serían provocadas por las anomalías en el campo electromagnético terrestre. Por lo que me dice, las perturbaciones continuaron incluso después de haber cesado las transmisiones y la marcha de los barcos. El magma debajo de la corteza terrestre debió de continuar moviéndose después del estímulo inicial. Es algo así como las ondulaciones secundarias que se producen en un lago cuando arrojas un piedra al agua. Esa es la parte peligrosa de los teoremas. Lo que preocupó a Kovacs. Lo imprevisible de todo el proceso.

—¿Qué estaba haciendo el día que lo vi en Puget Sound?

—Tras el hundimiento del *Southern Belle* volví a mi tablero de dibujo. Realizaba un ensayo, con una versión a escala del transmisor.

—¿Fue eso lo que volvió locas a las orcas?

Spider asintió.

—¿Cuál fue el problema?

—Las ondas se dispersaban por todas partes. Habíamos hecho un cálculo, pero incluso un fallo de un nanosegundo puede hacer que las transmisiones se descontrolen.

—¿Así que Kovacs estaba en un error?

Barrett abrió los brazos como si se rindiese.

—Publicó la teoría general como una advertencia al mundo, pero se calló la información que la haría funcionar. Mire, es como una bomba atómica. Puede encontrar los planos para fabricar una en Internet, e incluso puede comprar los materiales para fabricarla. Pero a menos que tenga un conocimiento específico de cómo funcionan las cosas, fracasará, y lo mejor que consigue es una bomba atómica sucia. Eso es lo que tenemos aquí; una fuerza electromagnética equivalente a un bomba sucia.

—La pérdida de su barco debió detener el proyecto.

—Solo lo demoró. Tenemos un barco en reserva. Ahora mismo navega para una prueba mucho mayor.

—¿Dónde será?

—Tris nunca me lo dijo. Hay varias posibles localizaciones. Él es quien hace la elección final.

—¿Cómo se metió en esta locura?

—De la forma más tonta. Yo fui quien le habló a Tris de los teoremas de Kovacs. Se me ocurrió que allí podría haber algo útil para nuestra compañía, pero él lo vio como una manera de impulsar la causa anarquista. Me pidió que desarrollase un sistema que pudiese provocar un cambio magnético temporal. Lo consideré como un desafío técnico. Tomé el trabajo de Kovacs como base, y fui rellenando los huecos.

—Hábleme del atentado contra su vida.

Barrett se tocó un lado de la cabeza con mucha suavidad.

—Fui a visitar a Tris en su isla en Maine. Mickey Doyle, que pilota el avión privado de Tris, intentó matarme. Simuló una avería en el motor y se posó en un lago. La bala me rozó la cabeza y perdí mucha sangre. Me rescataron una pareja de pescadores de Boston. Uno de ellos resultó ser médico. Les di un nombre falso, y me largué a la primera oportunidad. Por eso voy de «Rasta». No quiero que nadie se entere de que sigo vivo porque sí que me matarán.

—¿Doyle actuó por orden de Margrave?

—No creo que Tris esté detrás. Reconozco que está muy cabreado conmigo, y que se ha vuelto un megalómano. Ha contratado a su propio ejército, tipos que según él solo cumplen tareas de seguridad. Pero cuando le dije a Tris que abandonaba el proyecto después del hundimiento del *Southern Belle* y que las orcas se volviesen locas, me prometió que suspendería el proyecto hasta que yo pudiese estudiar unos nuevos documentos que había encontrado. Antes de dispararme, le pregunté a Mickey si era cosa de Tris. Me respondió que trabajaba para otro. No creo que me mintiera.

—Eso plantea una pregunta. ¿Quién querría que lo eliminasen?

—Mickey intentó advertirme de que no debía hacer público lo ocurrido. Cuando

me negué, me disparó. La persona para quien trabajaba no quiere ninguna demora en el proyecto.

—¿No se detendría de todas maneras si usted muere?

—Ya no —manifestó Barrett, con una sonrisa triste—. De la manera que monté las cosas, Tris puede dirigir los barcos y descargar su poder con un mínimo de personal y equipo.

—¿Quién más tiene interés en ver que el proyecto tenga éxito?

—Solo sé de otra persona que está metida en esto. Jordán Gant. Dirige Global Interest Network, la GIN. Es una fundación en Washington que aboga por muchas de las mismas causas que «Lucifer». El abuso del poder corporativo. Las políticas tarifarias que perjudican al medio ambiente. Ventas de armas a los países en vías de desarrollo. Tris dice que la fundación de Gant es como el Sinn Fein, el brazo político del partido irlandés republicano. Pueden mantener las manos más o menos limpias, mientras que el IRA es la organización secreta que emplea la fuerza.

—En ese caso, una amenaza al proyecto de Tris sería también una amenaza para las metas de Gant.

—Eso parece la conclusión lógica.

—¿Cuáles son los antecedentes de Gant?

—Es un apóstata del mundo empresarial. Trabajaba para algunos de los mismos grupos contra los que luchamos hasta que vio la luz. Es el típico hombre público. Sabe hablar. Tiene mucho encanto empalagoso. No me lo imagino detrás de complot de asesinato, pero nunca se sabe.

—Es una pista que vale la pena seguir. Dijo que Margrave le dio unos documentos que podrían hacerle cambiar de opinión.

—Afirmó que Kovacs había encontrado la manera de detener una inversión polar incluso después de haber comenzado. Yo le respondí que no abandonaría el proyecto si él disponía de un sistema de control.

—¿Por dónde comenzaría para encontrar algo así?

—Hay pruebas de que Kovacs sobrevivió a la guerra, y que se trasladó a Estados Unidos, donde volvió a casarse. Creo que su nieta sabe cuál es la manera de detener la inversión polar. Se llama Karla Janos.

—¿Gant lo sabe?

—Lo sabría si estamos en lo cierto en cuanto a Doyle.

Austin consideró las implicaciones de la respuesta.

—La señorita Janos podría llevar una diana pintada en la espalda. Tendría que saber que puede ser un objetivo. ¿Sabe dónde vive?

—En Alaska. Trabajaba para la Universidad de Alaska en Fairbanks. Pero Tris dijo que ahora formaba parte de una expedición en Siberia. Puede que pase frío, pero allí estará segura.

—Por lo que usted me dijo, Margrave y Gant tienen los brazos muy largos.

—Tiene razón. ¿Qué podemos hacer?

—Tenemos que avisarle. Lo más seguro para usted es que continúe «muerto». ¿Tiene algún lugar donde alojarse? ¿Algún lugar que Margrave o Gant no conozcan?

—Tengo mi saco de dormir en la Harley y todo el dinero que necesito, así que tengo que usar las tarjetas de crédito que se pueden rastrear. Las llamadas del móvil pasan primero por media docena de estaciones remotas, así que son prácticamente imposibles de localizar. —Sacó la pequeña caja negra del bolsillo—. La monté para divertirme. Puedo mandar llamadas telefónicas desde la luna si me da la gana.

—Le aconsejo que se mantenga en movimiento. Llámeme mañana a esta hora y para entonces ya tendremos preparado un plan.

Se dieron la mano y volvieron a los botes. Austin le dirigió un saludo de despedida, y emprendió el viaje de regreso a su casa. Barrett volvió a la tienda de alquiler de embarcaciones casi un kilómetro río arriba. Austin guardó el bote en el cobertizo. En los pocos segundos que tardó en subir las escaleras hasta la sala, ya tenía un plan.

Capítulo 21

Diez años después de que el último mamut lanudo hiciese sacudir la tierra debajo de sus patas, sus huesos y colmillos alimentan un floreciente comercio internacional. El centro de este comercio es la ciudad de Yakutsk en la Siberia oriental, a unas seis horas de vuelo desde Moscú.

Es un ciudad antigua, fundada en el Siglo XVI por una banda de cosacos, y durante mucho tiempo los exploradores la consideraron como el último lugar civilizado. Posteriormente ostentó una triste fama, como una de las islas de los «Gulags», donde los enemigos del estado soviético trabajaban como esclavos en la explotación de las minas de oro y diamantes. Desde el Siglo XIX, había sido la capital mundial del comercio del marfil de los mamuts lanudos.

La Ivory Cooperative es una de las principales distribuidoras de marfil. La cooperativa funciona en una oscura y polvorienta nave, rodeada de ruinosos edificios de apartamentos que se remontan a la época de Krushov. Detrás de las paredes de cemento y puerta de acero hay toneladas de marfil de mamut valoradas en millones de dólares, a la espera de ser enviadas a la China y Myanmar, donde serán convertidas en multitud de objetos que se venden en el cada vez mayor mercado turístico. El tesoro blanco se guarda en cajones colocados en las estanterías que van de un extremo al otro de la nave.

Había tres hombres en uno de los pasillos. Uno era Vladimir Bulgarin, el propietario del negocio, y dos ayudantes, que sostenían por los extremos un enorme colmillo de mamut.

—Este es hermoso —afirmó Bulgarin—. ¿Cuánto pesa?

—Cien kilos —contestó uno de los ayudantes—. Pesa mucho.

—Excelente —exclamó Bulgarin.

El marfil se cotizaba a cien dólares el kilo.

Un tercer ayudante apareció en el pasillo.

—Su socio está aquí —comunicó.

Bulgarin puso una cara como si hubiese mordido un limón. Ordenó a los ayudantes que guardaran el colmillo en un cajón con serrín y lo dejaran aparte. Podía mandar que tallasen la pieza en pequeñas réplicas de mamut o pendientes en lugar de enviarlo como marfil en bruto, y así aumentaría considerablemente su valor.

Mientras caminaba hacia su despacho, en su rostro carnoso había una expresión ceñuda. El supuesto socio no era más que un «recaudador», un matón de la mafia que venía una vez al mes desde Moscú para recoger un porcentaje de las ventas, acusar a Bulgarin de engañarlo, y amenazarlo con romperle las piernas si lo hacía.

Era inevitable que la mafia rusa metiese sus voraces dedos en el multimillonario negocio del marfil. El negocio iba viento en popa, gracias a la prohibición

internacional de vender marfil de las manadas de elefantes africanos que habían sido diezmadas por los cazadores. Los habitantes de Yakutsk llevaban siglos dedicados a aquel comercio, y, con unos diez millones de mamuts enterrados debajo del «permafrost» siberiano, tenía a mano toda la materia prima.

Los cambios políticos también habían ayudado al comercio del marfil. Moscú siempre había regulado el comercio en la ciudad, y aún controlaba el negocio del oro y los diamantes, pero los habitantes llevaban comerciando con los chinos desde hacía dos mil años, y sabían mejor que nadie cómo hacer dinero con los huesos de los gigantes extinguidos. El marfil había que trabajarlo primero para que, de acuerdo con la ley, se lo pudiese exportar legalmente, pero algunos distribuidores, como el propio Bulgarin, hacían caso omiso de la ley y vendían el marfil directamente a los compradores.

Cuando Moscú salió del negocio, entró la mafia. El año anterior, la cooperativa recibió la inesperada visita de un grupo de hombres con el aspecto más aterrador que se podía imaginar. Vestían polos negros de cuello cisne y chaquetas de cuero negro, y no alzaron la voz. Dijeron que querían ser socios de la empresa. Bulgarin era un ladrón de poca monta y se había codeado con algunos tipos bastante violentos del hampa rusa. Cuando los hombres comentaron que él y su familia necesitaban protección, comprendió muy bien a qué se referían. Aceptó el trato, y la gente de Moscú dejaron a dos guardias armados con ametralladoras para vigilar la inversión.

Bulgarin se sintió intrigado además de molesto por el momento de la visita. Puntual como un reloj, su socio se presentaba el cuarto jueves de cada mes. Hoy era el segundo miércoles. A pesar del enfado, cuando entró en su minúsculo y abarrotado despacho muy cerca de la entrada de la nave, mostraba su mejor sonrisa y esperaba ver a Karpov, que era el enviado habitual de Moscú. Pero el hombre vestido de traje negro y polo de cuello cisne del mismo color era más joven, y, a diferencia de Karpov, que robaba el dinero con la amabilidad de un navajero, su expresión era helada como una noche de invierno en Yakutsk. Miró furioso a Bulgarin.

—No me agrada que me hagan esperar.

—Lo siento mucho —replicó Bulgarin, sin perder la sonrisa—. Me encontraba en el otro extremo de la nave. ¿Karpov está enfermo?

—Karpov no es más que un recaudador. Este es un asunto importante. Quiero que se ponga en contacto con los hombres en Ivory Island.

—No será fácil.

—Hágalo.

Varios días antes, Moscú había llamado para decirle que reuniese a un equipo de sus más rudos cazadores de marfil y los enviase a la isla. Tenían que buscar a un grupo de científicos, y retener a una mujer llamada Karla Janos. Después la entregarían a un equipo que llegaría desde Alaska.

—Puedo intentarlo —dijo Bulgarin—. El tiempo...

—Quiero que le dé nuevas órdenes. Dígales que secuestren a la muchacha y la saquen de la isla.

—¿Qué pasa con los norteamericanos?

—Su gente no puede venir. Están dispuestos a pagar una fortuna por el trabajo, así que evidentemente ella tiene algún valor. Hablaremos con ella, escucharemos lo que tenga que decir, y pediremos un rescate.

Bulgarin se encogió de hombros. Era típico de la mafia rusa. La traición. Burda y directa.

—¿Qué hay de los otros científicos?

—Dígales a sus hombres que no queremos testigos.

Un estremecimiento corrió por la espalda de Bulgarin. No era ningún ángel, y había roto unas cuantas cabezas en sus años de joven contrabandista. El negocio del marfil era despiadado. Cuando la mafia se metió de por medio, habían reclutado a hombres a los que se podía llamar con mucha buena voluntad la «escoria de la tierra». Algunos de sus competidores habían desaparecido muy convenientemente.

Al mismo tiempo, era lo bastante listo como para saber que, como testigo, él también estaba en la lista de los que debían ser eliminados. Haría lo que había dicho el hombre, pero su mente ya pensaba en la manera de liquidar el negocio y abandonar Yakutsk. Asintió, con la boca seca, y abrió un armario donde tenía un ultramoderno transmisor de gran potencia.

En cuestión de minutos, se había comunicado con los cazadores de marfil. Con un código muy bien pensado por si acaso alguien escuchaba, llamó al jefe del equipo, un hombre llamado Grisha, que era un saja descendiente de los mongoles que llevaban siglos recogiendo marfil. Le transmitió las nuevas instrucciones. Grisha solo pidió que las repitiese para saber si las había entendido correctamente, pero no hizo ninguna pregunta.

—Ya está —dijo, y colgó el micro.

El hombre de la mafia asintió.

—Volveré mañana para asegurarme.

Bulgarin se enjugó el sudor de la frente cuando se quedó solo. No sabía qué era peor, si tratar con los asesinos de Moscú, o los asesinos que trabajaban para él. Sí sabía que sus días en Yakutsk estaban contados. Estaría a salvo hasta que encontrasen a alguien para reemplazarlo, pero, mientras tanto, pondría en marcha los planes hechos tiempo atrás. Tenía millones de dólares en los bancos suizos.

Ginebra no estaría mal, quizá Londres o París. El negocio de las gemas era muy rentable.

Cualquier cosa era preferible al invierno siberiano.

Sonrió. Al final resultaría que la mafia le había hecho un gran favor.

Capítulo 22

Petrov salía de su despacho en un feo edificio gubernamental en Moscú cuando su secretaria le dijo que tenía una llamada telefónica. Estaba de muy mal humor. No había podido escabullirse de una recepción diplomática en la embajada noruega. ¡Por amor de Dios, Noruega! Nada para comer excepto pescado ahumado. Pensaba ponerse como una cuba y dar un espectáculo. Quizá así no volverían a invitarlo.

—Tome el mensaje —ordenó. Cuando estaba a punto de cruzar la puerta, se volvió—. ¿Quién llama?

—Un norteamericano. Dice que se llama John Doe.

Petrov la miró, asombrado.

—¿Está segura?

Petrov apartó a la desconcertada secretaria, volvió a su despacho, cogió el teléfono y se lo llevó al oído.

—Aquí Petrov.

—Hola, Iván. Recuerdo cuando atendías el teléfono tú mismo —dijo su interlocutor.

—Pues yo recuerdo cuando todavía te llamabas Kurt Austin —replicó Petrov.

La agria réplica no se correspondía con el brillo de entusiasmo en sus ojos.

—*Touché*, viejo camarada. Sigues siendo el mismo viejo cascarrabias *apparatchik* de la KGB. ¿Cómo estás, Iván?

—Bien. ¿Cuánto tiempo hace del asunto Razov?

—Un par de años. Dijiste que te llamara si alguna vez necesitaba un favor.

Austin y Petrov había trabajado juntos para torpedear los planes de Mijaíl Razov, un demagogo ruso que estaba detrás de un complot para lanzar un *tsunami* contra la costa atlántica de Estados Unidos, con la explosión de los depósitos oceánicos de hidrato de metano.

—Tienes la suerte de encontrarme. Ya salía para una emocionante recepción en la embajada noruega. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Zavala y yo necesitamos llegar a las islas de Nueva Siberia cuanto antes.

—¡Siberia! —Petrov soltó la carcajada—. Stalin está muerto, Kurt. Ya no envían a la gente al «Gulag». —Miró en derredor—. Aquellos que ofenden a sus superiores les dan un ascenso, un título, un gran despacho decorado con un gusto abominable, para que se aburran hasta la muerte.

—Has vuelto a ser un chico malo, Iván.

—El término no tiene traducción al ruso. Basta decir que nunca es prudente ofender a tu superior.

—La próxima vez que hable con Putin le diré una palabrita en tu favor.

—Agradecería que no lo hicieras. El presidente Putin es el superior al que ofendí.

Denuncié a un gran amigo suyo por defraudar dinero de una compañía petrolera que el gobierno se había incautado después de detener a su dueño. Los habituales «trapicheos» del Kremlin. Me apartaron de mi cargo en inteligencia. Tengo demasiados amigos en las altas esferas, así que no me podían castigar abiertamente, por lo que decidieron meterme en esta jaula de oro. ¿Por qué Siberia, si puedo preguntar?

—Ahora no puedo entrar en detalles. Solo que se trata de un asunto de gran urgencia.

—¿Cuándo no es urgente para ti? —Petrov sonrió—. ¿Cuándo quieres ir?

Austin había llamado a Petrov después de haber intentado localizar a Karla Janos en la Universidad de Alaska. El director del departamento le dijo que Karla se encontraba en una exposición en las islas de Nueva Siberia. Comprendió que debía moverse de prisa cuando el director mencionó que aquella era la tercera vez en la misma semana que alguien se interesaba por la expedición a Ivory Island.

—Inmediatamente —respondió—. Antes, si puedes conseguirlo.

—Sí que tienes prisa. Llamaré a la embajada en Washington para que te manden a un mensajero con todo el papeleo. Pero mi ayuda tiene un precio. Tendrás que dejar que te invite a una copa, para que podamos hablar de los viejos tiempos.

—Te tomo la palabra.

—¿Necesitarás apoyo cuando llegues allí?

Austin se lo pensó. Por experiencia, sabía que la idea de apoyo de Petrov consistiría en un grupo de operaciones especiales armados hasta los dientes y dispuestos a liarse a tiros a la primera.

—Quizá más tarde. Esta situación tal vez necesite de un toque un poco más quirúrgico al principio.

—En ese caso, mandaré que mi equipo médico se prepare por si hay que operar. Quizá vaya con ellos.

—No bromeabas al decir que te aburrías.

—Esto está muy lejos de los tiempos pasados —afirmó Petrov, con un claro tono de nostalgia.

—Los recordaremos mientras tomamos unas cuantas copas. Lamento cortar, pero tengo que hacer otras llamadas. Me pondré en contacto contigo en cuanto tenga ultimados los detalles del viaje.

Petrov respondió que se hacía cargo, y le pidió que se mantuviese en contacto. Colgó, y le ordenó a su secretaria que le avisase al chófer que lo esperaba para llevarlo a la embajada noruega que se podía marchar. A continuación llamó a la embajada rusa en Washington. Allí nadie sabía de su exilio burocrático, y consiguió autorizar los documentos que permitirían a Austin y Zavala entrar en Rusia para una expedición científica de la NUMA. Después de asegurarse que se los entregarían en

una hora, se reclinó en la silla y encendió uno de los delgados cigarros habanos que eran sus preferidos, y recordó sus encuentros con el valiente y osado norteamericano de la NUMA.

Petrov tenía cuarenta y tantos años, la frente despejada y los pómulos altos. Podría haber sido apuesto, si no fuese por la enorme cicatriz que le desfiguraba la mejilla derecha. La cicatriz era un regalo de Austin, pero no le guardaba ningún rencor. El y Austin habían topado varias veces cuando trabajaban para las unidades especializadas de la inteligencia naval de sus respectivos países durante la Guerra Fría. Las cosas se habían puesto al rojo vivo cuando los soviéticos intentaron capturar un submarino espía norteamericano hundido y a su tripulación.

Austin había rescatado a los marineros, y le había advertido a Petrov que había colocado explosivos en el submarino. Furioso al verse derrotado, Petrov se había sumergido con un minisubmarino y lo había sorprendido la explosión. No había tomado el incidente ni la cicatriz como un motivo de venganza contra Austin, sino que lo había considerado como una lección para no dejar que el temperamento guiase sus acciones. Más tarde, cuando se encontraron trabajando juntos en el caso Razov, habían demostrado ser un equipo formidable. Si Austin creía que podía dejarlo fuera de la diversión en su propio terreno, estaba muy equivocado, se dijo Petrov. Cogió el teléfono para poner las cosas en marcha.

Austin hablaba por teléfono con Zavala.

—Me disponía a salir —le dijo Zavala—. Te veré en la NUMA.

—Hay un cambio de planes —le informó Austin—. Nos vamos a Siberia.

—¡Siberia! —exclamó Zavala, con una evidente falta de entusiasmo—. Soy un norteamericano de ascendencia mexicana. No servimos para el frío.

—No te olvides de llevar tus calzoncillos de piel y verás cómo no te pasará nada. Yo me llevo el trabuco —dijo. Era el apodo que Zavala le había puesto al revólver Bowen de Kurt—. Quizá quieras tú llevarte también alguna cosilla.

Quedaron en encontrarse en el aeropuerto, y luego fue a buscar las prendas adecuadas para las temperaturas árticas.

A miles de kilómetros de distancia, Schroeder se encontraba en el pequeño camarote, ocupado en estudiar el mapa topográfico antes de desembarcar en la isla.

Había aprendido hacía mucho tiempo la necesidad de conocer el teatro de operaciones donde tendría que moverse, ya fuesen un centenar de kilómetros cuadrados de campo o unas pocas manzanas de callejuelas en una ciudad.

Había estudiado el mapa varias veces y creía conocer Ivory Island tanto como si ya hubiese estado allí. La isla tenía unos dieciséis kilómetros de ancho y unos treinta y dos de largo. La acción del mar había erosionado el «permafrost», así que la costa era absolutamente irregular. En la costa sur, un trozo con forma de media luna, cerca de la desembocadura de un río, ofrecía un rada bien abrigada.

Los antiguos ríos, algunos convertidos ahora en cauces secos y otros todavía con agua, habían creado una conejera de sinuosos pasillos naturales a través de la tundra. Un volcán extinguido se alzaba en el «permafrost» como un enorme furúnculo negro.

Dejó el mapa a un lado y buscó la guía de viaje rusa que había comprado en una librería de viejo mientras se ocupaba de los preparativos para viajar a la isla. Le alegró comprobar que todavía se las apañaba bien con el ruso. La isla había sido descubierta a finales del Siglo XVII por los cazadores de pieles rusos. Habían encontrado enormes cantidades de huesos y colmillos de mamut, y ese había sido el origen del nombre de la isla. Los huesos aparecían amontonados por todas partes, a campo abierto y en montículos unidos por el hielo.

El comercio de pieles había acabado en una sangrienta orgía de asesinatos, y habían comenzado a llegar los cazadores de marfil. El marfil de primera calidad tenía un buen mercado en China y otras partes del mundo. Atento a la ebúrnea bonanza, el gobierno ruso había otorgado franquicias a los empresarios. Uno de ellos había contratado a un agente llamado Sannikoff, que había explorado todas las islas árticas.

Ivory Island era la que contaba con los yacimientos más grandes, pero dada su lejanía no había sido explotado con la misma intensidad que las fuentes más accesibles en el sur. Un puñado de intrépidos cazadores de marfil había establecido un campamento en la desembocadura del río, y lo habían llamado Ivorytown, señalaba la guía, pero la isla había sido relegada por lugares más hospitalarios.

Una llamada en la puerta del camarote interrumpió su tarea. Era el capitán, un hombre de rostro redondo que era mitad ruso y mitad esquimal.

—La chalupa lo espera para llevarlo a la costa —le informó el capitán.

Schroeder recogió el macuto, siguió al capitán hasta la banda de babor del pesquero y bajó por la escalerilla hasta la chalupa. Mientras el marinero se afanaba en los remos, Schroeder utilizó el bichero para apartar los trozos de hielo que flotaban en la superficie. Unos pocos minutos más tarde, la quilla de la embarcación llegaba a una playa de piedras. Schroeder arrojó el macuto a tierra, desembarcó, y luego empujó la chalupa para apartarla de la playa.

Observó a la embarcación mientras desaparecía en la bruma. El pescador solo estaba a un par de cientos de metros de la orilla, pero apenas si veía la silueta. El acuerdo era que el barco esperaría durante veinticuatro horas. Schroeder iría a la playa y haría una señal para que lo recogiesen. Esperaba dentro de ese plazo tener a Karla con él. No se le había ocurrido antes que quizá no se dejaría convencer por la amenaza y no quisiese abandonar la isla. Decidió preocuparse por el problema en su momento. La tarea inmediata era encontrarla. Confiaba en que no fuese demasiado tarde. Estaba en buena forma física para su edad, pero su cuerpo no podía negar que tuviera casi ocho décadas y que comenzara a tener achaques. Le dolían los músculos y las articulaciones, y cojeaba un poco.

Schroeder escuchó el ruido del motor del pesquero. El barco había levado el ancla. Sin duda el capitán había decidido largarse con la mitad del dinero y no esperar al regreso de Schroeder, como habían acordado, y recibir el resto de la paga. Se encogió de hombros. Desde el primer momento había tomado al capitán por un ladrón. Ahora ya no había vuelta atrás.

Observó lo que podía ver de la isla. La playa subía gradualmente hasta un montículo, que no sería difícil de escalar. Se echó el macuto al hombro, avanzó unos pasos y vio que había huellas de botas en el suelo. Ese debía de ser el camino principal a Ivorytown.

Caminó a lo largo del río durante unos diez minutos y se rió sonoramente en cuanto vio el pobre asentamiento de media docena de construcciones que habían bautizado como ciudad. Las grandes tiendas instaladas junto a las viejas estructuras le informaron que había dado con el campamento de la expedición.

Al acercarse, se sorprendió al ver que las edificaciones, que había creído que eran de piedra, estaban hechas con millares de huesos. Asomó la cabeza en un par de ocasiones y vio los sacos de dormir. La puerta de un tercer edificio estaba cerrada con llave sin ningún motivo aparente. Entró en las tiendas. Una de ellas servía de cocina y comedor. Schroeder dio una vuelta por el perímetro del campamento y llamó varias veces, sin obtener respuesta. Miró hacia el volcán extinguido y en derredor, pero no vio movimiento alguno. No le sorprendió; un ejército entero podía ocultarse en el laberinto de cañadas que entrecruzaba el terreno.

Reemprendió la marcha a lo largo del río y vio las huellas que conducían al interior. Su ojo experto distinguió cinco huellas diferentes, incluidas dos más pequeñas y menos profundas que parecían corresponder a mujeres. Se sintió menos fatigado ante la perspectiva de encontrarse con su ahijada, y aceleró el paso. La alegría de Schroeder no tardó mucho en ser reemplazada por la alarma.

Unas huellas de botas muy marcadas tapaban a las primeras. Alguien iba detrás de Karla y su grupo.

Capítulo 23

Desde lo alto de la colina, Karla veía que la isla no era el desierto ártico que había imaginado. No había árboles, pero la tundra aparecía cubierta de arbustos, maleza, musgos y juncias que formaban una alfombra de un verde mustio, salpicado con los vibrantes colores del diente de león, el chamico y el ranúnculo. El sol de la mañana arrancaba destellos en los distantes lagos y ríos. Las aves marinas llenaban el aire con sus gritos.

En su imaginación, veía el áspero paisaje como una tierra abundante en pastos, y las llanuras pobladas con grandes manadas de mamuts lanudos. También seguramente había bisontes, rinocerontes y megaterios, acosados por depredadores como los tigres dientes de sable. Casi podía olerlos y sentir cómo temblaba el suelo con el paso de miles de gigantescos animales.

De alguna manera, como si algún brujo malvado hubiese obrado un hechizo, se habían extinguido los mamuts y las demás criaturas. El tema de la extinción era algo que la había intrigado desde hacía muchos años. Como muchos niños, se había sentido fascinada por los dinosaurios y los grandes mamíferos que los habían sucedido como amos de la tierra.

Su abuelo era el único científico que conocía, así que por supuesto había acudido a él para preguntarle cuál había sido la causa de la muerte de aquellas magníficas criaturas. Había escuchado con asombro mientras él le explicaba cómo el mundo había pasado por una inversión polar, y le había preguntado si podía ocurrir de nuevo. El abuelo le había dicho que sí, y ella no había podido dormir. Al ver su miedo, él le había enseñado una nana que pondría al mundo de nuevo en la posición correcta. Intentaba recordarla cuando escuchó que alguien gritaba.

—¡Karla!

María Arbatov agitaba los brazos para llamar a Karla. La expedición se disponía a reanudar la marcha. Karla comenzó el descenso para unirse a los demás. Era hora de continuar con el trabajo. Sabía que no era fácil. El descubrimiento de la cría de mamut había sido un asombroso golpe de fortuna. Pero Ivory Island era un inmenso tesoro de restos remotos. Si no conseguía encontrar allí lo que buscaba, tendría que olvidarse para siempre de los trabajos de campo y dedicarse a catalogar los especímenes de algún museo.

Fortalecidos con un buen desayuno, habían emprendido la marcha a primera hora. Ito y Sato habían sido los primeros en estar preparados. Vestían con las mismas prendas árticas, desde las botas a las gorras. Sergei parecía estar de un humor de perros, y ni siquiera la encantadora sonrisa de María consiguió disipar su malhumor, así que dejó de hacerle caso.

Habían cargado con las mochilas y se habían dirigido al interior, con el río como

referencia. Avanzaron a buen ritmo por la tundra. A media mañana, cuando hicieron el primer alto, cerca de la colina a la que había subido Karla, habían caminado varios kilómetros.

Mientras se echaba la mochila a la espalda para continuar con la marcha, Karla comentó:

—Hay algo que me gustaría saber. ¿Cómo transportaron al espécimen hasta el campamento? Debe de pesar unos cien kilos como mínimo.

Ito sonrió al tiempo que señalaba las mochilas que cargaban Sato y él.

—Balsas neumáticas. Arrastramos al espécimen hasta el río y lo trajimos flotando hasta el campamento.

Ito sonrió y le dedicó una reverencia cuando Karla los felicitó por su ingenio.

Sergei se colocó en la cabeza, seguido por las dos mujeres y los japoneses en la retaguardia. Dejaron el río para ir tierra adentro. La topografía cambió y la tundra dio paso a suaves colinas y valles, y finalmente llegaron a las estribaciones del volcán. A medida que se acercaban, la negra montaña truncada que habían visto en la distancia comenzó a elevarse por encima de sus cabezas como un altar a Vulcano, el señor del mundo subterráneo.

Pasaron junto a las orillas de varios lagos pequeños y rodearon los montecillos de juncos que marcaban las marismas pobladas de aves migratorias. La temperatura era de un par de grados positivos, pero el viento que soplaba del océano la reducía a la mitad, y Karla agradeció la parka larga.

El viento dejó de ser un problema cuando bajaron a una cañada de unos diez metros de ancho y las paredes de unos seis metros de altura. Una angosta corriente de agua de poco más de medio metro de profundidad corría por el medio, pero dejaba un amplio espacio para caminar a su vera. Avanzaron por la serpenteante cañada durante dos horas, y el aspecto de las paredes comenzó a cambiar. Muy pronto resultó aparente que la garganta era un enorme osario. El río que había creado la cañada había ido cortando los estratos para dejar a la vista miles de huesos que sobresalían de la arena que pisaban.

Karla se agachó para recoger un fémur de bisonte que encajó perfectamente en la articulación de otro hueso que encontró un poco más allá. Los demás científicos no parecieron en absoluto impresionados. Apenas si dedicaron una mirada al hallazgo, así que ella dejó caer los huesos y corrió para alcanzarlos.

Se sintió molesta y frustrada por la indiferencia, pero la razón de su falta de interés muy pronto quedó a la vista. Tras pasar un recodo, vio que las paredes estaban casi enteramente compuestas de huesos de todo tipo y tamaño ligados por el «permafrost». No tardó en identificar fósiles de caballos enanos y renos, costillas y fémures, junto con huesos y colmillos de mamut. El osario se prolongaba casi otros ciento ochenta metros.

Sergei anunció con mucha fanfarria que habían llegado al punto de destino. Dejó caer la mochila en el suelo junto a los ennegrecidos restos de una hoguera.

—Este es nuestro campo base —dijo.

Los demás dejaron las mochilas, y continuaron avanzando solo con las cámaras y unas pocas herramientas. Mientras caminaban, Karla pensó de nuevo en la cría de mamut guardada en el campamento. Se moría por analizarlo. A través de los tejidos y los cartílagos podría averiguar con las pruebas de radiocarbono cuándo había vivido y muerto. Los colmillos les facilitarían los anillos de crecimiento, como ocurría con los árboles, y sabrían las diferencias estacionales, el prometido metabólico y los esquemas de migración. Las semillas y el polen contenidos en el estómago les informarían del mundo biológico que había existido miles de años atrás.

Después de recorrer la cañada durante otros diez minutos, llegaron a un lugar donde había una pequeña cueva en la pared.

—Aquí es donde encontramos a nuestro bebé —dijo Sergei.

El agujero tenía un par de metros de ancho y uno de profundidad.

—¿Cómo lo sacaron del «permafrost»? —preguntó Karla.

—Desafortunadamente, no teníamos una manguera de agua caliente para fundirlo —respondió María—. Tuvimos que hacerlo con martillo y formón.

—¿Entonces estaba expuesto parcialmente?

—Así es. Tuvimos que excavar alrededor de la carcasa antes de poder sacarlo. —Explicó que habían improvisado una rastra y la habían sujetado a los colmillos para llevar al espécimen hasta el río.

Una vez allí, lo colocaron sobre las balsas neumáticas y lo transportaron por el río hasta el campamento. Lo guardaron en la cabaña, donde la temperatura era inferior a cero grados incluso durante el día.

Karla observó la cueva con mucha atención.

—Aquí hay algo extraño —comentó.

Los demás científicos se acercaron.

—No veo nada —dijo Sergei.

—Mira. Hay otros huesos mucho más hundidos en el «permafrost». Es evidente que tienen una antigüedad de muchos miles de años. —Metió la mano en la cavidad, arrancó unos trozos de vegetación seca y se los mostró a sus colegas—. Estas hierbas no son muy viejas. Vuestro pequeño elefante acabó en este agujero en una época más reciente.

—Quizá sea culpa de mi pobre dominio del inglés, pero no estoy muy seguro de entender lo que dice —manifestó Sato cortésmente.

—Karla, ¿qué nos estás diciendo? —preguntó Sergei, que no se molestó en disimular su impaciencia—. ¿Qué el mamut no es parte del entorno?

—No sé lo que estoy diciendo. Solo que parece extraño que la carne no se

descompusiese.

Sergei se cruzó de brazos y miró a los demás con una sonrisa de triunfo.

—Yo sí que te entiendo —afirmó María—. Me sorprende que no nos hubiéramos dado cuenta. La cañada se inunda de cuando en cuando. Es posible que una riada arrastrase al espécimen de algún lugar más adelante y que la cría flotase hasta aquí, donde se quedó enganchada en el agujero y se congeló de nuevo.

Sergei se dio cuenta de que estaba perdiendo el control.

—No hemos venido aquí a mirar un agujero —dijo con un tono brusco. Los llevó hasta unos treinta metros del lugar del descubrimiento, donde la cañada se bifurcaba—. Tú ve con María por allí —le dijo a Karla, y le señaló el ramal izquierdo—. Nosotros exploraremos el otro.

—Ya lo hemos recorrido —protestó María.

—Pues lo recorréis de nuevo. Quizá encuentres otro de tus mamuts flotantes.

En los ojos de María brilló la furia. Sato se apresuró a evitar un estallido.

—Será mejor que comprobemos que nuestras radios están sintonizadas en el mismo canal.

Evitada la discusión, verificaron que las radios estuviesen sintonizadas correctamente y que tuviesen pilas nuevas. Luego se dividieron en dos grupos: los tres hombres irían por el ramal derecho y las mujeres por el izquierdo.

—¿Qué mosca le ha picado a Sergei? —preguntó Karla.

—Anoche tuvimos una discusión por tu teoría. Dijo que era absolutamente errónea. Le respondí que te negaba el mérito porque eras una mujer. Mi marido es un machista de cuidado.

—Quizá necesita algún tiempo para calmarse.

—El viejo chivo dormirá esta noche con un témpano. Quizá eso le baje los humos.

Se echaron a reír y las paredes de la cañada le devolvieron el eco de las risas. Después de caminar unos minutos, Karla comprendió por qué María se había enfadado tanto. En el ramal izquierdo había muy pocos huesos. María le confirmó que habían explorado en parte el otro ramal y que allí había muchos más huesos.

Mientras observaban las paredes, sonó una llamada en la radio de María. Era la voz de Ito.

—«María y Karla. Por favor, regresen inmediatamente al punto de encuentro».

Unos minutos más tarde, llegaron al comienzo de la bifurcación. Ito las esperaba. Dijo que tenía algo que mostrarles, y las precedió por el ramal donde los otros dos hombres aguardaban delante de un trozo de pared que parecía haber sido excavada con dinamita.

—Alguien ha estado cavando aquí —dijo Sergei, lo que era algo obvio.

—¿Quién pudo haber hecho algo así? —preguntó Sato.

—¿Hay alguien más en la isla? —quiso saber Karla.

—Creemos que no —respondió Ito—. Me pareció ver una luz varias noches atrás, pero no estoy seguro.

—Por lo que parece, no tienes ningún problema con tu vista —comentó Sato—. No estamos solos en la isla.

—Son cazadores de marfil —declaró Sergei. Recogió un trozo de hueso de los centenares de trozos dispersos por el suelo—. No tengo idea de cómo pudieron encontrar este lugar. Es un pecado. Aquí no hay ciencia. Es como si alguien hubiese empuñado un pico y arremetido sin más.

—Es realidad, usamos un martillo neumático portátil.

Las palabras las dijo un hombre fornido desde lo alto de la cañada. El rostro ancho, los ojos achinados y los pómulos altos indicaban su ascendencia mongola. Un fino bigote le caía a cada lado de la boca, que esbozaba una sonrisa. Karla había estudiado algo de ruso en Fairbanks y entendió en parte sus palabras. El fusil de asalto que sostenía contra el pecho evitaba la necesidad de más explicaciones.

Soltó un agudo silbido y un segundo más tarde aparecieron otros cuatro hombres, dos por cada lado, que llevaban armas similares. Mal encarados, barbudos, con ojos de mirada dura y expresiones burlonas.

Sergei podía ser vanidoso y desagradable, pero mostró un inesperado coraje nacido de su furia como científico. Señaló los huesos destrozados.

—¿Esto es obra suya?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Quién es usted? —insistió Sergei.

El mongol no le hizo caso y miró a las mujeres.

—Buscamos a una mujer llamada Karla Janos.

El hombre miraba a Karla, pero ella se había quedado atónita al escuchar su nombre en boca del desconocido. Sergei la miró involuntariamente, y se apresuró a corregir el error.

—Aquí no hay nadie que responda a ese nombre.

El mongol dio una orden, y el hombre más cercano a Karla la sujetó de un brazo con su mano roñosa y la apartó de los demás.

La muchacha se resistió. El bandido le apretó el brazo con tanta fuerza que sus dedos dejaron una marca en la carne. Sonrió al ver el gesto de dolor, y acercó su rostro al de ella. Karla casi vomitó de asco por el hedor de su cuerpo sucio y el apestoso aliento.

Miró por encima del hombro. Los asaltantes se llevaban a sus compañeros por el otro ramal. El hombre en lo alto de la pared había desaparecido. Mientras seguía caminando, escuchó un alarido de María, y luego los gritos de voces masculinas.

Sonaron disparos, y el eco de las detonaciones tardó en apagarse. Karla intentó

volver para ir con sus colegas, pero el hombre la cogió del pelo y la tiró hacia atrás. Primero sintió un tremendo dolor que dio paso a la furia. Se volvió e intentó clavarle las uñas en los ojos. El hombre echó la cabeza hacia atrás, y sus uñas rascaron inofensivamente la grasienta y enmarañada barba.

Le atizó un brutal revés que la dejó paralizada, y no ofreció la menor resistencia cuando él le hizo una zancadilla y la tumbó. El cráneo de Karla golpeó el suelo helado y vio las estrellas. Cuando se le aclaró la visión, vio que el hombre la miraba con una expresión risueña, y luego de lujuria, en sus ojos porcinos.

Había decidido divertirse un poco con su bella cautiva. Dejó el arma fuera del alcance de la muchacha y comenzó a desabrocharse la bragueta. Karla gateó para escapar. El bandido se rió de nuevo, y le apoyó la bota en la nuca. La muchacha intentó apartar el pie que le aplastaba el rostro contra el suelo y le impedía respirar.

El hombre tosió súbitamente, y se le borró la sonrisa cuando su rostro se convirtió en una máscara de asombro.

Un reguero de sangre apareció por la comisura de la boca. Se giró con un movimiento muy lento, la bota se apartó del cuello de Karla y entonces ella vio el mango de un cuchillo de caza que sobresalía entre los omóplatos. Luego cedieron las piernas del hombre y se desplomó.

Karla rodó sobre sí misma para no acabar aplastada. Su alegría duró muy poco. Otro hombre venía hacia ella.

Era alto y cojeaba al caminar. Tenía el sol de espalda y su rostro quedaba en sombra. Karla intentó levantarse, pero aún le duraba el mareo y la desorientación del golpe.

El hombre la llamó por su nombre de pila. Era una voz que no había escuchado en muchos años.

Entonces perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, el hombre se inclinaba sobre ella, le aguantaba la cabeza con una mano y con la otra vertía poco a poco agua de la cantimplora en los labios lastimados. Reconoció la barbilla y los ojos azul claro que la miraban con preocupación. Sonrió incluso a pesar del dolor en los labios.

—¿Tío Karl? —preguntó como si estuviese soñando.

Schroeder le colocó su sombrero de piel de zorro debajo de la cabeza a modo de almohada, y luego se ocupó de recuperar el cuchillo; limpió la hoja en la chaqueta del muerto. Recogió el fusil de asalto y se lo colgó al hombro. Después cogió el sombrero, pasó los brazos por debajo del cuerpo de Karla y la levantó como un bombero que carga a una víctima que ha inhalado humo.

Sonaron unas voces en la cañada.

El dolor le recorría la pierna desde el tobillo, pero Schroeder no hizo caso. A buen paso, se llevó a Karla en la dirección opuesta, y desapareció pasado un recodo unos

segundos antes de que el mongol y sus cómplices encontrasen a su compañero. Tardaron un instante en comprobar que estaba muerto. Agachados y con las armas preparadas, avanzaron muy cerca de la pared.

Schroeder echó a correr para salvar su vida y la de Karla.

Capítulo 24

Menos de diez horas después de salir de Washington, el avión color turquesa de la NUMA descendió del cielo en Alaska y aterrizó en el aeropuerto Nome. Austin y Zavala cambiaron el reactor por un aeroplano bimotor de Bering Air, y al cabo de una hora despegaron con rumbo a Providenya en el lado ruso del estrecho de Bering.

El vuelo a través del estrecho duró unas dos horas. El aeropuerto de Providenya se encontraba en una panorámica bahía rodeada de montañas de afiladas cumbres. La ciudad había sido durante la Segunda Guerra Mundial una escala de repostaje y descanso de las tripulaciones que llevaban los aviones cedidos de acuerdo con la ley de Préstamo y Arriendo desde Estados Unidos a Europa, pero aquellos días de gloria se perdían en el pasado. Ahora en el aeropuerto no había más que unos pocos aviones chárter y helicópteros militares cuando el aparato carreteó por la pista hasta lo que parecía ser un combinación de torre de control y terminal, una estructura de dos pisos de planchas de aluminio onduladas que tenía el aspecto de haber sido construida en la época de Pedro el Grande.

Por ser los únicos pasajeros, Austin y Zavala esperaban no verse demorados en los trámites de aduana e inmigración. Pero la hermosa agente de inmigración parecía estar dispuesta a leer hasta la última letra en el pasaporte de Austin. Después le pidió la documentación a Zavala. Colocó los pasaportes y los visados lado a lado en el mostrador.

—¿Juntos? —preguntó, y los miró alternativamente.

Austin asintió. La mujer frunció el entrecejo, y luego llamó con un gesto a un guardia armado que estaba en el vestíbulo.

—Síganme —ordenó con el tono de un sargento de instrucción.

Recogió los documentos, y abrió la marcha hacia una puerta al otro extremo del vestíbulo, con el soldado en la retaguardia.

—Creí que te quedaban amigos en las altas esferas —comentó Zavala.

—Probablemente solo quieran entregarnos las llaves de la ciudad —respondió Austin.

—Pues yo creo que tienen la intención de vacunarnos —dijo Zavala—. Lee el cartel encima de la puerta.

Austin miró el cartel blanco con letras rojas. En inglés y ruso estaba escrita la palabra cuarentena. Entraron en una pequeña habitación de paredes grises. No había más mobiliario que tres sillas y una mesa, todos de metal. El soldado entró con ellos y se apostó en la puerta.

La funcionaría de inmigración dejó los documentos encima de la mesa de un manotazo.

—Desnúdense —ordenó.

Austin había dormido unas horas en el avión, pero le pesaban los párpados y no estaba seguro de haberla escuchado correctamente. La mujer repitió la orden.

—Caray —exclamó Austin—. Apenas si nos conocemos.

—Había escuchado que los rusos eran amables, pero nunca me había imaginado que lo fuesen tanto —comentó Zavala.

—Desnúdense o les obligarán. —La funcionaría miró al centinela para recalcar sus palabras.

—Será un placer, pero en mi país las damas primero —dijo Austin.

Para su sorpresa, la mujer sonrió.

—Me advirtieron que era un caso difícil, señor Austin.

Austin comenzó a olerse una jugarreta. Ladeó la cabeza.

—¿Quién ha podido decirle algo así?

No había acabado de decirlo cuando se abrió la puerta. El guardia se apartó y Petrov entró en la habitación. La amplia sonrisa en su apuesto rostro se veía un tanto torcida por la cicatriz curva en la mejilla.

—Bienvenidos a Siberia. Me alegra ver que estáis disfrutando de nuestra hospitalidad.

—Iván —gimió Austin—. Tendría que haberlo adivinado.

Petrov traía una botella de vodka y tres vasitos, que dejó en la mesa. Se acercó a Austin para abrazarlo y después aplastó los huesos de Zavala con un abrazo de oso.

—Veo que habéis conocido a Verónica y Dimitri. Son dos de mis agentes de mayor confianza.

—Joe y yo nunca habríamos esperado una bienvenida tan cálida en un lugar helado como Siberia —comentó Austin.

Petrov les dio las gracias a sus agentes y los despidió. Acercó una silla y les dijo que se sentasen. Abrió la botella, llenó las copas y las repartió. Levantó la suya en un brindis.

—Por los viejos enemigos.

Chocaron las copas y se las bebieron de un trago. El vodka era como fuego líquido, pero despertaba más que la cafeína pura. Cuando Petrov fue a servir otra ronda, Austin tapó la copa con la mano.

—Tendrá que esperar. Tenemos que tratar unos asuntos muy graves.

—Me alegra escuchar el «tenemos». Me sentí excluido después de tu llamada. — Petrov se sirvió una copa—. Por favor, dime por qué has tenido que subirte a un avión y cruzar medio mundo para venir a este hermoso jardín helado.

—Es una larga historia —dijo Austin con un cansancio que no solo era producto de las muchas horas de avión—. Comienza y termina con un brillante científico húngaro llamado Kovacs.

Le relató la historia cronológicamente, desde la huida de Kovacs de Prusia hasta

el episodio de las olas gigantes, el remolino y la conversación con Barrett.

Petrov escuchó en silencio, y, cuando Austin acabó, apartó la copa de vodka sin probarla.

—Es una historia fantástica. ¿Crees de verdad que esas personas tienen la capacidad para crear una inversión polar?

—Sabes todo lo que sabemos nosotros. ¿Cuál es tu opinión?

Petrov se tomó su tiempo para contestar.

—¿Alguna vez has escuchado mencionar el proyecto ruso llamado «Pájaro carpintero»? Fue un intento de controlar el clima con fines militares a través de la radiación electromagnética. Tu país siguió la misma investigación con idénticos propósitos.

—¿Hasta dónde tuvieron éxito estos proyectos?

—A lo largo de unos años se produjeron una serie de fenómenos meteorológicos poco habituales en ambos países. Desde huracanes e inundaciones a terribles sequías. Incluso terremotos. Me dijeron que las investigaciones cesaron al acabar la Guerra Fría.

—Interesante. Eso encajaría con lo que sabemos.

En el rostro de Zavala apareció la sombra de una sonrisa.

—¿Estamos seguros de que acabó?

—¿A qué te refieres?

—¿Has mirado últimamente a través de la ventana?

Petrov buscó una ventana donde no las había antes de comprender que Zavala hablaba metafóricamente. Se echó a reír.

—Tengo la tendencia a tomar las frases literalmente. Es algo muy ruso. Soy muy consciente de que el mundo ha experimentado algunos cambios climáticos extremos.

—Joe tiene razón —afirmó Austin—. No tengo las estadísticas, pero las pruebas empíricas parecen muy concluyentes. *Tsunamis*. Inundaciones. Huracanes. Tornados. Terremotos. Todos parecen ir al alza. Quizá esto sea la resaca de los primeros experimentos.

—Por lo que has dicho, ahora parece que las pruebas electromagnéticas están produciendo perturbaciones en los océanos. ¿Qué ha cambiado?

—No creo que sea difícil de entender. Quienquiera que sea que está detrás ha visto una razón para centrarse en un fin específico con una meta específica en mente.

—¿Tú no sabes cuál es esa meta?

—Tú eres el antiguo tipo de la KGB. Yo soy un simple ingeniero naval.

Petrov se llevó la mano a la cicatriz.

—Dista mucho de ser un simple, amigo mío, pero tienes razón en lo que se refiere a mi mente aficionada a las conspiraciones. Mientras hablábamos recordé algo que dijo un funcionario del gobierno, Zbigniew Brzezinski, muchos años atrás. Predijo

que aparecería una élite, que utilizaría la tecnología moderna para influenciar la conducta del público y mantener a la sociedad sometida a una estricta vigilancia y control. Utilizarían las crisis sociales y los medios de comunicación para conseguir sus fines a través de las guerras secretas, incluidas las modificaciones climáticas. Estas personas que mencionaste, Margrave y Gant. ¿Crees que encajan en el perfil?

—No lo sé. No parece probable. Margrave es un neoanarquista millonario, y Gant preside una fundación que lucha contra las multinacionales.

—Quizá después de todo eres un simple ingeniero. Si fueses parte de una élite que ha concebido un plan contra el mundo, ¿lo irías anunciando por ahí?

—De acuerdo. No, procuraría que la gente creyese que me opongo a la élite.

Petrov le dedicó un aplauso.

—No sabes cuánto me alegra saber que el último complot contra el mundo lo están organizando unos norteamericanos y no un loco nacionalista ruso con pretensiones zaristas.

—Pues a mí me alegra saber que esto te divierte tanto, pero hay que ponerse manos a la obra.

—Estoy completamente a tu servicio. Es obvio que tienes un plan porque de lo contrario no estarías aquí.

—Dado que no sabemos quién, ni por qué, nos queda el qué. La inversión polar. Tenemos que detenerla.

—Estoy de acuerdo. Dime algo más de ese supuesto antídoto que mencionaste.

—Joe es el técnico del equipo. El te lo explicará mejor.

—Haré lo que pueda. Por lo que parece, la idea es causar una inversión polar utilizando las ondas electromagnéticas enfocadas en el manto terrestre, y crear unas vibraciones simpáticas en el núcleo. Las transmisiones serían comparables a las ondas de sonido. Si estás en un hotel y no quieres escuchar las voces en la habitación vecina puedes poner en marcha un ventilador y las vibraciones neutralizarán el ruido. Si quieres evitar un tono más agudo, como el de un secador de pelo, necesitarás otras frecuencias. Se llama ruido blanco, o sonido blanco. Puede que escuches un siseo o algo como el roce de las hojas secas. Este antídoto es comparable. Pero no funcionará a menos que tengas las frecuencias exactas.

—¿Cree que esa mujer, Karla Janos, conoce estas frecuencias?

—Quizá no las sepa, pero las pruebas parecen apuntar en ese sentido —intervino Austin—. Aparte de las implicaciones globales, aquí hay una joven que podría perder la vida.

La expresión sombría de Petrov se mantuvo, pero en sus ojos apareció la risa.

—Esa es una de las razones por las que me caes bien, Austin. Eres la encarnación de la galantería. Un caballero con su resplandeciente armadura.

—Gracias por el cumplido, pero no nos queda mucho tiempo, Iván.

—Estoy de acuerdo. ¿Alguna pregunta más?

—Sí —dijo Zavala—. ¿Tienes el número de teléfono de Verónica?

—Puedes pedírselo tú mismo.

Se bebió el chupito de vodka, tapó la botella y se la guardó. Luego los llevó a la salida. Les esperaba un coche con chófer.

—Tenemos un equipaje especial. —Austin le señaló dos maletas grandes—. Por favor, que las traten con cuidado.

—No te preocupes.

Subieron al coche, que los llevó al límite del aeropuerto que daba al mar y después por un muelle desvencijado. Había una embarcación de unos veinte metros de eslora amarrada al final del muelle. Varios hombres esperaban en la pasarela.

Austin se apeó del coche y preguntó qué significaban las letras cirílicas en el casco blanco.

—Artic Tours. Es una compañía de turismo real que lleva a los ricos norteamericanos a lugares perdidos por unas cantidades de dinero escandalosas. He alquilado la embarcación por unos días. Si alguien pregunta, estamos llevando de excursión a unos niños exploradores.

Al subir la pasarela, Austin se alegró al ver que su equipaje había aparecido mágicamente en la cubierta. Viajaban livianos, con un macuto cada uno, y las dos maletas que Austin había pedido que tratasen con cuidado.

Petrov los llevó a la cabina principal. Austin no tuvo más que echar una ojeada para saber que ésta no era una embarcación de turismo. Habían quitado la mayor parte del mobiliario, y solo quedaban una mesa atornillada en el centro y unos bancos acolchados en todo el contorno. Verónica estaba en uno de los bancos contra cuatro hombres vestidos con prendas de camuflaje. Estaban muy ocupados limpiando un impresionante muestrario de armas automáticas.

—Veo que tus niños exploradores se preparan para ganar sus medallas al mérito en tiro al blanco. ¿Tú qué dices, Joe?

—Me interesa la niña exploradora —respondió Zavala.

Los dejó para ir a conversar con la muchacha rusa.

Austin interrogó a Petrov con la mirada.

—Ya sé que querías una aproximación discreta —dijo Petrov—. Estoy de acuerdo. Estas personas solo están de reserva. Mira, solo son seis. No es un ejército.

—Disponen de más potencia de fuego que los dos bandos en la batalla de Gettysburg.

—Puede que la necesitemos —replicó Petrov—. Acompáñame a mi camarote y te pondré al día de la situación.

Fueron al camarote y Petrov recogió un sobre que estaba en la litera. Sacó unas cuantas fotos del interior y se las dio a Austin, que las sostuvo a la luz que entraba

por el ojo de buey. Las fotos mostraban varias vistas aéreas de una extensa isla alargada con una montaña con forma de rosquilla en el centro.

—¿Ivory Island?

—Las vistas las tomó un satélite en los últimos días. —Petrov sacó una lente de aumento del bolsillo. Señaló una muesca en el lado sur de la isla—. Aquí hay una rada natural de aguas profundas que es donde el rompehielos que transportó a la expedición amarra para reaprovisionarse. El barco dejó a Karla Janos hace dos días para unirse a la expedición.

—¿Cuál es el objetivo de la expedición?

—Algo de ciencia ficción. Unos rusos y japoneses locos esperan encontrar el ADN de un mamut lanudo para clonarlo en una criatura de ahora. Mira, aquí al otro lado de la isla, donde el «permafrost» aparece erosionado, hay varias caletas naturales.

Austin vio una forma alargada en una de las pequeñas calas.

—¿Una embarcación?

—Es evidente que el propietario no quería ser visto, porque si no hubiese fondeado en la rada grande. Creo que los asesinos han desembarcado.

—¿Cuánto tardaremos en llegar allí?

—Diez horas. Esta embarcación navega a cuarenta nudos, pero aquí las distancias son muy grandes, y quizá nos demore el hielo.

—No disponemos de tanto tiempo.

—Estoy de acuerdo. Por eso tengo un plan de contingencia. —Petrov consultó su reloj—. Dentro de cuarenta y cinco minutos llegará un hidroavión. En cuanto acabe de repostar, os llevará a ti y Zavala a una cita con el rompehielos *Kotelny*, que se encuentra entre la isla Wrangel y el hielo polar. Un viaje por aire de unas tres horas. El rompehielos os llevará a la isla.

—¿Qué pasa contigo y tus amigos?

—Saldremos al mismo tiempo que vosotros, y, con un poco de suerte, llegaremos en algún momento de mañana.

—No sé cómo agradecértelo, Iván —dijo Austin, y le estrechó la mano.

—Soy yo quien te da las gracias. Ayer me moría en mi despacho de Moscú. Hoy corro al rescate de una damisela en apuros.

—Quizá me cueste llevarme a Zavala.

Sus miedos resultaron infundados. Cuando entró en la cabina principal, Zavala hablaba de armas con uno de los hombres de Petrov. Verónica y Dimitri charlaban animadamente en un aparte.

—Lamento tener que interrumpir tu nuevo romance.

—No lo lamente —replicó Zavala—. Petrov se olvidó decir que Verónica y Dimitri están casados. El uno con el otro. ¿A dónde vamos?

Austin le explicó los planes de Petrov, y salieron a esperar en cubierta. El hidroavión llegó quince minutos antes. Se acercó a los surtidores al final del muelle. Austin supervisó el traslado de su equipaje mientras repostaban al avión, y luego él y Zavala subieron a bordo. En cuestión de minutos, el aparato se deslizó por la bahía, levantó el morro y subió en un ángulo agudo por encima de las grises montañas que rodeaban la bahía, para dirigirse al norte rumbo a lo desconocido.

Capítulo 25

Karla abrió los ojos. Solo vio oscuridad, pero sus sentidos se recuperaron de inmediato. Notaba el sabor metálico de la sangre en la boca. Le dolía la espalda como si estuviese acostada en una cama de clavos. Entonces escuchó un sonido reptante a su lado. Recordó al atacante de aliento fétido. Aún medio dormida, levantó los brazos y comenzó a agitarlos en la oscuridad, para defenderse del hombre invisible.

—¡No! —gritó con una voz donde se mezclaban el miedo y el desafío.

Sus brazos golpearon un cuerpo. Una mano con dedos de acero le tapó la boca. Se encendió una linterna. El rayo iluminó un rostro que parecía flotar en la oscuridad.

Dejó de luchar. El rostro había envejecido muchísimo desde la última vez que lo había visto. Se veía surcado de arrugas, la piel colgaba cuando antes había sido tensa como el parche de un tambor. Los ojos alertas aparecían enmarcados con patas de gallo, con unas bolsas violáceas y las cejas blancas, pero el azul de los iris no había perdido su mirada aguda. El hombre apartó la mano de su boca.

Karla sonrió.

—Tío Karl.

Las comisuras de los finos labios se curvaron ligeramente hacia arriba.

—Técnicamente, soy tu padrino. Pero sí, soy yo. Tu tío Karl. ¿Cómo te sientes?

—Me pondré bien. —La muchacha se obligó a sentarse, aunque el esfuerzo la mareó un poco. Al pasarse la lengua sobre los labios hinchados, recordó el episodio del ataque—. Había otros cuatro científicos. Se los llevaron, y después escuché disparos.

Una expresión de pesar apareció en los ojos azules.

—Mucho me temo que están muertos.

—¿Muertos? ¿Por qué?

—Los hombres que los mataron no querían testigos.

—¿Testigos de qué?

—De tu asesinato, o secuestro. No estoy seguro de cuál era su plan.

—Eso no tiene sentido. Solo hace dos días que estoy aquí. No conozco a nadie en este país. No soy más que otra científica dedicada a los huesos como los demás. ¿Qué motivos podría tener alguien para querer asesinarme?

Schroeder movió la cabeza ligeramente como si estuviese escuchando algo, y entonces apagó la linterna. Su voz suave sonó tranquila y segura en la oscuridad.

—Creen que tu abuelo guardaba un secreto muy importante. Están convencidos de que te lo transmitió a ti, y quieren asegurarse de que nadie más lo sepa.

—¡El abuelo! —Karla casi se echó a reír a pesar del dolor—. Eso es ridículo. No sé nada de ningún secreto.

—Lo que tú digas, pero sí lo creen, y eso es lo que importa.

—Entonces aquellos científicos murieron por mi culpa.

—En absoluto. Los responsables son los hombres que apretaron los gatillos.

Puso la linterna en la mano de la muchacha para que se sintiese más en control de la situación. Karla movió la linterna y el rayo alumbró la roca negra de las paredes y el techo.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En una cueva. Te traje hasta aquí. Fue por pura suerte que encontré un lugar por donde salir de la cañada y de inmediato me encontré con una pared de piedra. Estaba llena de oquedades, y pensé que podríamos ocultarnos en alguna grieta. Vi una abertura al final de una fisura. Corté unas cuantas ramas y las usé para disimular la entrada de la cueva.

Karla tanteó en la oscuridad y le sujetó una mano.

—Gracias, tío Karl. Eres mi ángel de la guarda.

—Le prometí a tu abuelo que cuidaría de ti.

Karla, sentada en la oscuridad, recordó cuándo había conocido a Schroeder por primera vez. Era una niña, que vivía en la casa de su abuelo después de la muerte de sus padres. Había aparecido un día, cargado con regalos. Le había parecido muy alto y fuerte, más como un árbol ambulante que como un hombre. A pesar de la fuerza que proyectaba, parecía casi tímido, y la mirada infantil había captado en él una bondad que la había hecho abrirse a él rápidamente.

La última vez que se habían encontrado había sido en el funeral de su abuelo. Karl nunca olvidaba su cumpleaños, y le había enviado una tarjeta de felicitación y dinero todos los años hasta que acabó los estudios. Ella desconocía los detalles del vínculo entre Schroeder y su familia, pero sí sabía por haber escuchado la historia muchas veces cómo su abuelo había convencido a sus padres para que le pusieran el nombre de su misterioso tío.

—No sé cómo has hecho para encontrarme en este lugar remoto.

—No fue difícil. En la universidad me dijeron dónde encontrarte. Llegar aquí fue lo más complicado. Alquilé un barco pesquero que me trajo hasta aquí. Cuando no encontré a nadie en el campamento base, seguí tus huellas. La próxima vez que se te ocurra ir en una expedición, busca algún lugar más cercano. Soy demasiado viejo para estas cosas. —Prestó atención—. Silencio.

Permanecieron sentados en la oscuridad, en silencio y el oído atento. Escucharon unas voces ahogadas, y el roce de las botas en las rocas y las piedras sueltas en la boca de la cueva. Entonces la oscuridad dio paso a la penumbra cuando al apartar las ramas de la entrada una luz amarillenta entró en la cueva.

—Eh, los de ahí dentro —gritó una voz en ruso.

Schroeder apretó la mano de Karla para que guardase silencio, un aviso del todo innecesario porque la muchacha había enmudecido de miedo.

—Sabemos que están dentro —añadió la voz—. Hemos visto las ramas cortadas. No es cortés no responder cuando te hablan.

Schroeder se arrastró un par de metros para colocarse en un lugar que le permitía ver la entrada.

—Tampoco es cortés matar a personas inocentes.

—Usted mató a uno de los míos. Mi amigo era inocente.

—Su amigo era un estúpido y se merecía morir —replicó Schroeder.

Una risa áspera saludó la respuesta.

—Eh, muchachote, me llamo Grisha. ¿Quién demonios eres tú?

—Soy tu peor pesadilla hecha realidad.

—Creo que eso lo dijo alguien en una película. Eres un viejo. ¿Para qué quieres a una muchachita? Te ofrezco un trato. Nos entregas a la chica y te dejaremos marchar.

—Eso también lo escuché en una película —dijo Schroeder—. ¿Me tomas por estúpido? Hablemos un poco más. Dime por qué quieres matar a la muchacha.

—No queremos matarla. Para nosotros representa un montón de dinero.

—¿Entonces no le haréis daño?

—No, no. Vale muchísimo más como rehén.

Schroeder hizo una pausa como se estuviese considerando de verdad la propuesta.

—Yo también tengo mucho dinero. Te lo puedo dar ahora mismo. Te evitarás la espera. ¿Qué te parecen un millón de dólares?

Se escucharon los susurros de una deliberación, y luego volvió a hablar el ruso.

—Mis hombres dicen que de acuerdo, pero primero quieren ver el dinero.

—Muy bien. Acércate a la entrada y te lo arrojare.

La conversación había sido en ruso y Karla solo había entendido una parte. Schroeder le susurró que entrase un poco más en la cueva y se tapase los oídos. Metió la mano en el macuto y sacó un objeto que parecía una pequeña pina metálica. Sabía que la oferta atraería a los atacantes como chacales, y, con un poco de suerte, podría matarlos a todos. Se levantó. El dolor en la pierna derecha fue como un hierro candente. La carrera y la subida con la muchacha auestas habían agravado la lesión en el tobillo.

Se acercó a la entrada. Vio las sombras que se movían. Bien. Había una ligera curva, y la entrada no era más que una estrecha grieta, así que el lanzamiento y el momento tendrían que ser muy precisos.

—Aquí tienes tu dinero —dijo, y quitó el pasador de la granada de mano.

Al dar un paso adelante para lanzarla fuera de la cueva, le falló la pierna herida y se cayó, con tal mala fortuna que se golpeó la cabeza contra el suelo. Casi perdió el conocimiento. Mientras se le cerraban los ojos, vio cómo la granada rebotaba en el suelo y rodaba poco más de un metro antes de detenerse. Recuperó los sentidos y se forzó a moverse. Se abalanzó sobre la granada, la sujetó bien fuerte, y la lanzó de

nuevo hacia la entrada.

Esta vez tuvo más puntería, pero la granada rebotó en la pared y fue a caer en el mismo centro de la entrada.

Schroeder retrocedió lo más rápido que pudo y pasó por el recodo para buscar el refugio de la pared. Se tapó los oídos una fracción de segundo antes de que estallase la granada. Un destello cegador de luz blanca iluminó la cueva y luego una lluvia de metralla roció todo el interior. Después se escuchó otro trueno cuando se desplomó la entrada de la cueva.

Una densa nube de polvo llenó el interior. Schroeder levantó la cabeza y se arrastró hacia donde sonaba una tos. Se encendió la linterna, pero el rayo se veía turbio en medio de la cortina de polvo gris que flotaba en el aire.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Karla, cuando se asentó el polvo.

Schroeder escupió el polvo que le llenaba la boca.

—Te dije que me estoy haciendo demasiado viejo para este tipo de cosas. Me disponía a lanzar la granada cuando resbalé y me di un golpe en la cabeza. Espera. —Cogió la linterna y volvió a la entrada. Regresó al cabo de un minuto—. Al menos hice un buen trabajo. No podemos salir, pero ellos no pueden entrar.

—No sé qué decirte —replicó Karla—. El cabecilla dijo que tenían un martillo neumático portátil.

Schroeder valoró la información.

—En ese caso tendremos que adentrarnos en la cueva.

—¡Este lugar puede tener kilómetros de largo! Acabaremos irremisiblemente perdidos.

—Sí, lo sé. Solo avanzaremos hasta un lugar donde podamos tenderles una emboscada. Intentaré no ser igual de torpe la próxima vez.

Karla se preguntó si hablaba con el mismo hombre que la había hecho saltar en sus rodillas tantos años atrás. Había matado tranquilamente al hombre que había intentado violarla, había negociado con los asesinos, y ahora, con la misma calma, hablaba de matarlos a todos.

—De acuerdo. Pero en cuanto al secreto que mencionaste, ¿qué sabes al respecto?

Karl sacó una vela de la mochila. Encendió la mecha, y dejó caer unas gotas de cera fundida en la piedra para sujetarla.

—Conocí a tu abuelo cuando se acababa la Segunda Guerra Mundial. Era un hombre brillante y con mucho coraje. Había descubierto un principio científico que, si se aplicaba erróneamente, podía causar un sinnúmero de muertes y destrucción. Publicó un artículo en una revista científica en el que avisaba de los riesgos, pero el resultado no fue el que había esperado. Lo capturaron los nazis, y lo obligaron a trabajar en el diseño de una superarma basada en sus teorías.

—Eso es increíble. Nunca dio a entender que fuese algo más que un inventor y

empresario.

—Es verdad. El caso es que lo ayudé a escapar del laboratorio. Se había negado a revelar sus secretos, y su silencio le costó la vida a su familia. Sí, así es. Estaba casado y tenía un hijo antes de ir a Estados Unidos cuando acabó la guerra. Se llevó el secreto a la tumba, pero estos hombres, o aquellos para los que trabajan, creen que te transmitió el secreto.

—¿Qué les hace creer que pueda saber algo?

—La historia se repite. Publicaste un artículo sobre la extinción de los mamuts lanudos.

—Es correcto. Dije que había sido por causa de un cambio climático originado por una inversión polar. Utilicé algunos de los trabajos y cálculos de mi abuelo para respaldar mi teoría. ¡Dios bendito! ¿Es eso lo que quieren?

—Eso y más. Harán lo que sea y matarán a cualquiera por conseguirlo.

—Pero si todo eso es de conocimiento público. ¡Yo no sé nada de ningún secreto!

—Lo mismo les dijo tu abuelo a los nazis. Ellos tampoco se lo creyeron.

—¿Qué puedo hacer?

—Por ahora, cuidarte. —Buscó de nuevo en la mochila y sacó un trozo de tasajo y agua—. No es precisamente un solomillo, pero tendrás que conformarte. Quizá podamos cazar unos cuantos murciélagos y preparar un succulento estofado.

—Ahora lo recuerdo —dijo Karla, con una gran sonrisa—. Siempre me hablabas de todas aquellas cosas a cuál más raras que ibas a guisar para mí. Caracoles, cachorros, coles de Bruselas. ¡*Puaj!*, repugnantes.

—No se me ocurría nada mejor. Sabía muy poco de cómo entretener a los niños.

Hablaron de los recuerdos compartidos mientras masticaban el tasajo. Bebían agua para pasar los bocados de carne cuando escucharon algo que parecía el picotear de un pájaro carpintero gigante en la entrada de la cueva.

—Han comenzado a picar —dijo Karla.

Schroeder recogió sus cosas.

—Es hora de ponernos en marcha.

Le dio a Karla una linterna y le advirtió que la usase con prudencia, aunque siempre llevaba pilas en abundancia. Luego se adentraron en la cueva.

Schroeder había esperado que la temperatura subiese a medida que bajaban y se alegró al comprobar que se mantenía constante, y que el aire era relativamente puro. Se lo comentó a Karla, y aventuró la posibilidad de que la cueva acabase por llevarlos al exterior. Comprendió que era una posibilidad remota, sobre todo cuando el suelo de la cueva comenzó a bajar; sin embargo, pareció animar a la muchacha.

El recorrido era sinuoso, pero siempre hacia abajo. En algunos tramos, el techo era lo bastante alto como para permitirles caminar erguidos, y otros no pasaban del metro veinte, y tenían que avanzar a gatas. Schroeder agradeció que, por el momento,

hubiese una única galería, sin ramales que los obligasen a tomar una decisión y aumentar el riesgo de acabar perdidos.

Al cabo de una hora de marcha, salieron a una caverna. No tenían idea de lo grande que podía ser hasta que comenzaron a explorarla.

A la luz de los rayos de linternas que se reflejaban en la pátina de humedad que cubría el techo y las paredes, vieron que la caverna tenía el tamaño del vestíbulo de un gran hotel. El suelo era prácticamente liso. En el extremo opuesto a la entrada había otra abertura, grande como la puerta de un garaje.

Recorrieron todo el perímetro mientras bebían sorbos de agua, y se maravillaron del tamaño y la forma del espacio. Schroeder no había dejado de buscar el mejor emplazamiento para una emboscada, y decidió que con todos los recovecos y grietas, aquel sería el sitio ideal. Karla, por su parte, se había acercado a la otra abertura, y después de alumbrar el interior, se aventuró a entrar.

—Tío Karl —llamó, y el eco de su voz se extendió por la caverna.

Él fue hasta donde la muchacha se había arrodillado en el suelo, y mantenía enfocada la luz de la linterna en algo que parecía un resto de vegetación color ocre.

—¿Qué es? —preguntó Schroeder.

Karla no respondió de inmediato. Pareció pensárselo dos veces, y luego acabó por decir:

—Parece una boñiga de elefante.

Schroeder no pudo contener la carcajada.

—¿Crees que el circo pasó por aquí?

La muchacha se levantó para después tocar la boñiga con la punta de la bota. Un olor a almizcle y hierbas se desprendió del montón.

—Creo que necesito sentarme —dijo.

Encontraron un afloramiento donde sentarse y bebieron agua. Karla le habló a su tío de la cría de mamut que habían encontrado no muy lejos de la entrada de la cueva.

—No podía entender cómo podía estar perfectamente conservado. Nadie había encontrado nunca un espécimen como ese. Parecía haber muerto solo unos días o semanas atrás.

—¿Me estás diciendo que hay mamuts lanudos vivos en estas cuevas?

—No, por supuesto que no. —Karla se rió—. Eso sería imposible. Quizá alguna vez lo hicieron, y la boñiga es muy vieja. Te contaré una historia. En 1918, un cazador ruso que viajaba a través de la taiga, el gran bosque siberiano, vio unas enormes huellas en la nieve. Durante días siguió a las criaturas que las habían hecho. También encontró montañas de excrementos y árboles con las ramas rotas. Declaró haber visto dos enormes elefantes cubiertos de lana marrón y unos colmillos enormes.

—¿Una historia inventada, sin la menor base real, que relató el cazador para impresionar?

—Posiblemente. Pero los esquimales y los indios norteamericanos narran leyendas de grandes criaturas lanudas. En 1933, encontraron esqueletos de mamuts enanos en la isla Wrangel, entre Siberia y Alaska, no muy lejos de aquí. Los huesos databan de entre siete mil y tres mil setecientos años atrás, y eso significa que los mamuts caminaban por la tierra hasta bien pasado el Paleolítico, cuando los hombres construían Stonehenge y las pirámides.

—Te gustaría seguir explorando, ¿no? —dijo Schroeder, con un tono risueño.

—No quisiera perder una oportunidad como esta, y quedarme aquí papando moscas. Quizá encontremos algún otro espécimen bien conservado.

—No creo que tender una emboscada a un grupo de asesinos desalmados sea precisamente papar moscas, pero no me sorprendería. Una vez, cuando eras una niña, te leí Alicia en el país de las Maravillas. Al cabo de un rato, te encontré en el jardín muy ocupada en intentar meter la cabeza por el agujero de una conejera. Dijiste que hubieses querido tener una pócima para encogerte, como Alicia.

—Tú fuiste el único responsable por leerme esas historias.

—Ahora parece que no nos quedan muchas alternativas —replicó Schroeder con un tono fatigado. Recogió la mochila y cojeó hacia la abertura—. Vamos allá. A por el agujero de la conejera.

Capítulo 26

El caballo alazán galopaba a través de la verde campiña de Virginia como si estuviese corriendo cabeza a cabeza contra un rival por la victoria en el Derby de Kentucky. Jordán Gant, agachado sobre la montura, fustigaba sin cesar los flancos del semental. El animal estaba siendo sometido a un esfuerzo brutal. Los ojos parecían estar a punto de salirse de las órbitas, tenía el manto bañado en sudor y le colgaba la lengua. Así y todo, Gant no demostraba la menor piedad. No era tanto una crueldad suya, lo que hubiese significado una muestra de emoción por su parte, sino el más absoluto desprecio por cualquier cosa que estuviese sometida a su control.

Cruzó prados y campos, y continuó cabalgando a lo largo de un camino bordeado de álamos hasta que llegó a una lujosa mansión. Se dirigió a los establos cerca de la casa, y puso al trote al agotado animal, después al paso hasta que finalmente lo detuvo. Se apeó ágilmente de la silla, cogió la toalla que le ofreció el mozo que lo esperaba, y le pasó las riendas. El semental cojeaba cuando el mozo se lo llevó.

Gant caminó por el sendero de lajas hacia la puerta principal. Vestía como un jugador de polo con una camisa de manga corta negra y pantalones de montar. Tenía un físico musculoso y atlético, y las prendas le habrían quedado bien incluso si no hubiesen estado hechas a medida. Se golpeaba las botas de tafilete con la fusta como si el brazo se moviese por voluntad propia. La pesada puerta de madera se abrió al acercarse Gant, y entró en el enorme vestíbulo con una fuente en el centro. Gant le dio los guantes y la toalla al cadavérico mayordomo que le abrió la puerta.

—Su huésped ha llegado, señor —le informó el mayordomo—. Lo espera en la biblioteca.

—Prepare un Martini de Bombay Sapphire, y lo de siempre para mí.

El mayordomo saludó y se marchó por un largo pasillo. Gant cruzó el vestíbulo y entró en una gran sala con estanterías hasta el techo llena con los valiosísimos libros que coleccionaba. Margrave se encontraba junto a las puertaventanas que daban a un césped immaculado que parecía el paño de una mesa de billar. Hojeaba un libro antiguo encuadernado en tafilete rojo.

—Es una edición de la Divina Comedia impresa en 1507 —dijo Gant—. Solo existen tres ejemplares y todos son míos.

—Tienes una extensa colección de obras de Dante.

—La verdad es que está considerada como la mejor del mundo —respondió Gant, sin la menor ostentación.

Margrave sonrió mientras devolvía el libro a su lugar.

—No hubiese esperado menos. ¿Qué tal la cabalgata?

Gant arrojó la fusta sobre una mesa.

—Bien, como siempre. El caballo hace todo el trabajo. El animal que monté hoy

lo compré hace poco. Es un semental que necesitaba aprender quién es el amo. Todos los caballos que compro los someto a prueba. Si sobreviven se los trata con generosidad. Los que no aprueban acaban en una fábrica de jabón.

—¿La supervivencia del más fuerte?

—Creo mucho en Darwin.

Entró el mayordomo con las bebidas. Gant le dio una copa a Margrave, y cogió la suya. Solo bebía whisky escocés de dieciséis años con hielo. Margrave bebió un sorbo de la suya.

—Excelente Martini. Sabes exactamente lo que bebo. Estoy impresionado.

—Olvidas que estoy en un negocio donde muchos de los tratos están lubricados con alcohol. No hay nada que cause una impresión más favorable que recordar el veneno favorito de cada uno. —Se sentó en un cómodo sillón, e invitó a Margrave a tomar asiento con un gesto—. ¿Cuáles son las últimas novedades de nuestro proyecto?

—Todo de acuerdo con el programa. Pero estoy preocupado por *Spider*. No he vuelto a saber nada desde que se marchó de la isla hace unos días.

—Barrett es mayorcito —dijo Gant—. Sabe cuidar de sí mismo.

—No me importa su salud; su boca es lo que me preocupa. Ha sufrido un agudo ataque de conciencia. No quiero verlo en 60 minutos hablando con Mike Wallace de nuestro proyecto.

—Dijiste que había aceptado continuar con el proyecto hasta que tú te pusieses en contacto con Karla Janos.

—Así es. Quería disponer de un sistema de seguridad que permitiese interrumpir el proyecto al primer aviso.

—Entonces no tienes motivo para preocuparte. Lo más probable es que Barrett se haya ido a alguna parte a esperar que se le pase el enojo. La pregunta principal es si el proyecto puede continuar sin él.

—Eso no es ningún problema. *Spider* ya había hecho todo el trabajo que lo hacía indispensable. Ya no lo necesitamos. Todo va de acuerdo al plan. He preparado una presentación para ti.

Margrave abrió un maletín y sacó un DVD portátil, que colocó sobre una mesa de caoba. Lo encendió y el perfil esquemático de un barco apareció en la pantalla.

—Este es uno de los barcos transmisores tal como se diseñó originalmente. Aquí están los generadores eléctricos conectados a la antena de baja frecuencia electromagnética, que se sumerge en el mar. —Pasó a la siguiente imagen—. Este el nuevo barco que hará el trabajo de los cuatro buques experimentales.

—Un transatlántico pequeño. Muy ingenioso. ¿Cuánto tardará en estar en posición?

—Los viejos barcos transmisores ya han salido del astillero en el Mississippi y

navegan con rumbo al punto de desembarco en Río. Aún puede servir como señuelo para el seguro. El transatlántico se llama *Polar Adventure*. También estará en Río, pero nadie sospechará que es el que utilizaremos.

—Entonces has escogido el objetivo final.

Margrave pulsó una tecla en el reproductor. Un mapa del hemisferio sur apareció en la pantalla. En el mapa había una mancha roja con la forma de una esfera aplastada que abarcaba una buena parte del océano entre la costa de Brasil y Sudáfrica.

—La anomalía del Atlántico Sur.

—Así es —asintió Margrave—. Como sabes, la anomalía es una región donde el campo electromagnético terrestre se mueve al revés. Algunos científicos lo describen como una «poza», o una depresión, en el campo. Hay secciones donde el campo está completamente invertido y debilitado. MAGSAT descubrió una región en el polo norte y un punto debajo de Sudáfrica donde el magnetismo es cada vez más débil. Aprovechar la debilidad en el campo magnético en el Atlántico Sur provocará una reacción similar en la región del polo norte.

Gant se echó a reír.

—Esto es lo bonito de todo el plan. No estamos precipitando el acontecimiento sino que solo aceleramos su llegada.

—Efectivamente. Los polos magnéticos norte y sur se han invertido en el pasado sin ayuda de nadie, y el campo electromagnético terrestre comenzó a colapsarse solo hace unos ciento cincuenta años. Algunos expertos dicen que el cambio va atrasado. El magnetismo terrestre ya está siendo afectado por los vórtices en el núcleo fundido debajo de la corteza. Si se provoca una turbulencia adicional, bastará un empujoncito para que se produzca la inversión. Como has dicho, solo estamos ayudando al proceso.

—Fascinante —opinó Gant—. Interpreto que no ha habido ningún cambio en nuestras expectativas originales sobre el impacto de este pequeño cambio.

—El modelo virtual sigue siendo válido. Los campos magnéticos principales se debilitarán hasta casi desaparecer. Durante unos tres días o poco más, virtualmente no habrá campos magnéticos. Luego reaparecerán con la polaridad invertida. Las brújulas que normalmente apuntan al norte señalarán al sur. El cambio electromagnético interrumpirá el funcionamiento de las redes eléctricas y los satélites, confundirá a los pájaros y los mamíferos, creará auroras boreales en el ecuador y ampliará los agujeros en la capa de ozono. Ese será el período de máximo peligro. El colapso del campo eliminará temporalmente las defensas de la tierra contra las tormentas solares. A largo plazo, habrá un aumento de las personas que sufran cáncer de piel.

—Un lamentable efecto colateral —dijo Gant sin la menor piedad—. Hay un gran refugio debajo de esta casa. Creo que tú también has tomado las mismas

precauciones.

—El barco está blindado contra la radiación para protegernos en el viaje de regreso. Tengo un muy cómodo refugio debajo del faro. Podría vivir allí con todo lujo durante un siglo, aunque el peligro disminuirá después de las primeras alteraciones.

—¿Algunos de los miembros de «Lucifer» te harán compañía en la isla?

—Solo unos pocos elegidos. Los anarquistas saben mucho de provocar el caos, pero no tienen ni la más mínima idea de lo que se debe hacer cuando han acabado de romper escaparates. Los demás ya habrán cumplido su propósito y tendrán que apañárselas como puedan.

—¿Dejarás a la legión «Lucifer» abandonada a lo que posiblemente será una muerte dolorosa? —preguntó Gant.

—Puedes invitarlos si quieres a tu refugio —respondió Margrave, con una sonrisa sardónica.

—Necesito espacio para mis caballos.

—Muy comprensible. ¿Cuáles son tus planes para el período posterior al cambio?

—La confusión será a escala masiva. La gente no podrá comunicarse ni navegar. Durante un tiempo no habrá energía eléctrica. Cuando se restablezcan las comunicaciones a un coste desorbitado, transmitiremos un mensaje a los líderes mundiales donde exigiremos que se convoque una conferencia internacional para desmantelar los mecanismos de la globalización. En primer lugar, reclamaremos acciones inmediatas para acabar con el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio.

—¿Qué pasará si no hacen lo que les pedimos?

—No creo que eso sea un problema —afirmó Gant—. Les haremos ver la fragilidad de la infraestructura global y les recordaremos que incluso si lo reconstruyen todo será muy sencillo destruirlo de nuevo. Podemos jugar a invertir los polos todo el tiempo que ellos quieran.

—¿Qué te parece ser uno de los dioses del Olimpo? —preguntó Margrave, con una sonrisa relamida.

Gant bebió un sorbo de su copa.

—Embriagador. Pero incluso los dioses tienen que ocuparse de los asuntos domésticos. Está pendiente el tema de aquella mujer, Karla Janos.

—La última noticia que tengo es que hay un equipo de camino a Siberia para ocuparse de ella.

Gant se levantó del sillón y se acercó a la puertaventana. Miró con expresión abstraída el bien cuidado césped, y luego se volvió hacia su visitante.

—Está pasando alguna cosa y no estoy seguro de lo que es. El equipo nunca fue más allá de Fairbanks. Los asesinaron a todos en sus habitaciones en el hotel.

Margrave dejó la copa.

—¿Asesinados?

—Así es. A todos les dispararon en la cabeza. Los asesinatos llevan la marca de un profesional. Eran los mejores hombres de nuestra compañía de seguridad. No se hizo ningún intento de ocultar los cadáveres. Las ejecuciones fueron atrevidas, incluso temerarias, lo que me lleva a pensar que el ejecutor tuvo que actuar deprisa.

—¿Quién estaba enterado del envío del equipo?

—Tú, yo, y la mafia rusa, por supuesto.

—¿Crees que los rusos puedan ser los responsables?

—Son capaces de todo, pero no encaja. Sabían que un equipo iba de camino, pero no tenían idea de quiénes eran ni dónde se alojaban. Se hacían pasar por un equipo de televisión y les faltaban un par de horas para partir rumbo a Siberia cuando los mataron.

—¿La policía tiene alguna pista? —preguntó Margrave.

—Una. El piloto del avión chárter contratado para llevar al equipo dijo que habló con alguien que podía ser el último en verlos. Fue el hombre que ocupó su lugar en el vuelo a Siberia. Un hombre mayor, de unos setenta y tantos años.

—¿Tu contacto original con Karla Janos, el que mató a los dos tipos de seguridad, no era también un viejo?

—Sí. Yo diría que es el mismo hombre.

—¿Quién es ese tipo? Salimos a buscar a Karla Janos y nos encontramos con un asesino que tendría que estar cobrando la pensión.

—Los hombres que entraron en su casa encontraron en el ordenador los textos de las cartas enviadas a Janos y las respuestas de la mujer. Él se menciona a sí mismo como «tío Karl».

Margrave frunció el entrecejo.

—En el informe que preparamos de la familia Kovacs no aparecía mención alguna a un tío.

—Yo no me preocuparía tanto por ese tipo. Cuando les comuniqué a los rusos que el equipo no aparecería, me preguntaron qué debían hacer con ella. Les respondí que la mataran, y también al viejo, si se cruzaban con él, cosa que esperó ocurrirá.

—Has estado muy atareado —comentó Margrave.

—No me gustan los cabos sueltos, como Kurt Austin, el hombre de la NUMA. Creo que deberíamos eliminarlo.

—Creía que íbamos a esperar a ver si Austin se convertía en una amenaza.

—Cuando Austin apareció metido en todo esto, busqué sus antecedentes. Es un ingeniero naval y experto en salvamento marítimo empleado en la NUMA que ha participado en algunas misiones de alto riesgo. Vio el aparato en la embarcación de Barrett. Podría causarnos muchos problemas.

—¿Me estás diciendo que Austin podría dar al traste con nuestro proyecto?

—No si está muerto. Como dijo Stalin: «No hay hombre, no hay problema». Doyle está preparando los planes para ocuparse de Austin. Desafortunadamente, el señor Austin abandonó su casa sin más con rumbo desconocido.

—Entonces, ¿qué haremos?

—Mantendremos vigilada la casa de Austin. Cuando regrese, resolveremos nuestro problema. Mientras tanto, te sugiero que hagas todo lo posible por acelerar la parte técnica del proyecto.

—En ese caso, será mejor que me ponga en marcha —dijo Margrave.

Gant lo acompañó hasta su coche. Se dieron la mano y quedaron de acuerdo en mantenerse en contacto. Volvía a la casa cuando se le acercó el mozo de cuadra.

—¿Cómo está el caballo? —preguntó Gant.

—Está cojo, señor.

—Mátelo —ordenó Gant, y entró en la casa.

Capítulo 27

Las habitaciones y los pasillos de la caverna parecían sacados de un sueño. Cortinas de minerales de suaves colores naranja y amarillo cubrían las paredes y las estalactitas que variaban desde el grosor de un lápiz a columnas gruesas como la cintura de un hombre.

La etérea belleza del entorno subterráneo pasaba desapercibida para Schroeder. El golpe en la cabeza le latía como un tambor, y caminar por el suelo desnivelado de la cueva aumentaba el dolor del tobillo hinchado. Se esforzaba por subir una escalera natural cuando la fatiga le provocó un mareo.

Se tambaleó y comenzó a ver doble. La pérdida de equilibrio hizo que le entrasen náuseas. Las gotas de sudor perlaron su frente a pesar del frío. Se detuvo y apoyó la cabeza en la pared. La piedra tuvo el mismo efecto calmante de una bolsa de hielo.

Karla lo seguía de cerca. Lo vio flaquear y acudió en su ayuda.

—¿Estás bien?

—Me golpeé la cabeza en la entrada. Probablemente tengo una leve conmoción. Al menos ha conseguido que me olvidase del dolor en el tobillo.

—Quizá deberíamos hacer una pausa para descansar.

Schroeder vio una saliente baja que podía servir de banco.

Se sentó con la espalda apoyada en la pared y cerró los ojos. Tenía la sensación de haber envejecido veinte años. La humedad le afectaba las articulaciones, y le costaba respirar. Tenía el tobillo hinchado hasta el punto que no veía el hueso.

Por primera vez en su vida, se sintió viejo. Demonios, era un viejo. Miró a Karla, sentada a su lado, y se sorprendió al ver cómo el bebé que había sostenido torpemente en sus brazos la primera vez que la vio se había convertido en una muy bella e inteligente mujer. Qué triste que nunca se hubiese permitido tener una familia. Se consoló a sí mismo al pensar que Karla era su familia. Incluso si no se lo hubiese prometido a su abuelo, habría hecho todo lo posible para protegerla de cualquier daño.

El descanso duró poco. Se escucharon unas voces ahogadas en el pasillo que acababan de recorrer. Schroeder se levantó en el acto. Le susurró a Karla que apagase la linterna. Permanecieron en la oscuridad con los oídos atentos. Distorsionados por los vericuetos de la caverna, los ecos sonaban como los murmullos de un «troll». A medida que las voces se acercaban, se hicieron más claras. Los hombres hablaban en ruso.

Schroeder había esperado no tener que adentrarse mucho. Le preocupaba encontrar el camino de regreso. Al parecer, había subestimado la voluntad de Grisha y su grupo de asesinos cazadores de marfil.

Se olvidó de los dolores y achaques, y encabezó la marcha. El pasillo continuó

bajando en una pendiente suave durante un centenar de metros antes de nivelarse. La marcha había sido un duro castigo para el tobillo de Karl y tuvo que apoyarse varias veces en la pared para no caerse. Corrían el peligro de perder la ventaja que les llevaban a los perseguidores.

Karla fue la primera en ver la grieta en la pared. Schroeder, obcecado en distanciarse el máximo posible, había pasado junto a la brecha que medía un poco más de treinta centímetros de ancho y tenía una altura de un metro cincuenta.

El primer instinto de Schroeder fue el de continuar. El agujero podía ser una trampa mortal. Asomó la cabeza y vio que el túnel se ensanchaba un par de metros más allá. Le dijo a Karla que esperase y caminó unos cincuenta pasos o poco más por la caverna principal. Dejó su linterna en el suelo como si se le hubiese caído en la fuga.

Las voces sonaron más fuertes. Regresó a donde lo esperaba Karla, deslizó su delgado cuerpo por la brecha y luego ayudó a pasar a la muchacha. Continuaron caminando hasta dar con un lugar donde el pasillo hacía una curva. Empuñó el fusil y se colocó con la espalda apoyada en la pared. El primero que asomase por el agujero sería hombre muerto.

Vieron el resplandor de las luces en el pasillo principal. La voz áspera de Grisha se reconocía con toda claridad cuando urgía a sus hombres con bromas y maldiciones. Los cazadores de marfil entraron en la caverna, y se escucharon gritos de triunfo. Habían visto la linterna. Las voces se acallaron.

La intención de Schroeder era volver al túnel principal y retroceder por donde habían venido, pero Grisha no era tonto. Seguramente había deducido que la ubicación de la linterna no podía ser un accidente. Él y sus hombres habían retrocedido para ponerse a cubierto.

Schroeder le susurró a Karla que se moviese. Mientras se alejaban lo más rápido posible por el sinuoso pasillo, Schroeder decidió que la única alternativa era mantenerse en movimiento. La luz de la linterna comenzaba a debilitarse, una indicación de que las pilas se agotaban.

Continuaron caminando durante otros diez minutos. El aire olía a moho pero era respirable, una indicación de que había una corriente que llegaba desde el exterior. El pasillo se angostó, y Schroeder vio delante una estrecha fisura. Pasó por la brecha y su pie se encontró con el vacío. Cayó sobre una pendiente y rodó varias veces sobre sí mismo hasta que se detuvo unos pocos metros más allá.

A gatas buscó la linterna y alumbró a Karla, que se había asomado por la grieta. La abertura estaba casi a dos metros por encima del suelo. La muchacha mostraba una expresión de asombro. Unos segundos antes, Schroeder había estado allí para guiarla, y luego había desaparecido sin más. La linterna había volado por los aires, y ella había escuchado un sonoro golpe.

—Estoy bien —le dijo Karl—. Ten cuidado, hay una caída.

La muchacha pasó por la brecha y bajó con cuidado por la pendiente. Schroeder intentó levantarse. La caída había agravado todavía más la herida del tobillo, y el dolor se le hacía insoportable cuando apoyaba el pie. Se apoyó en el hombro de Karla.

—¿Dónde estamos? —preguntó la joven.

Schroeder iluminó el entorno. El túnel tenía unos diez metros de ancho y diez de altura. El desplome de un trozo de pared había dejado la brecha a la vista. El techo era abovedado, y, a diferencia de la caverna que había atravesado, allí el suelo era liso como si lo hubiesen pulido.

—Esto no es una cueva —afirmó Schroeder—. Esto lo han construido. —Alumbró con la linterna la pared opuesta—. Vaya, me parece que tenemos compañía.

Figuras a tamaño real de hombres y mujeres adornaban las paredes. Aparecían de perfil, mientras marchaban en procesión, cargados con flores, cántaros y canastos llenos de comida, y arriaban ovejas, vacas y cabras con la ayuda de grandes perros que parecían lobos.

Las mujeres vestían largos y vaporosos vestidos blancos y sandalias. Los hombres faldellines y camisas de manga corta. Árboles frutales y de madera servían de telón de fondo al desfile.

Las personas eran constitución mediana, los pómulos altos y los cabellos negros azabache. Las mujeres lo llevaban recogido en un moño, y los hombres lo tenían corto. Las expresiones faciales no eran solemnes ni tampoco alegres, sino de reposo; era como si hubiesen salido a dar un paseo dominical. Los colores eran brillantes, hasta tal punto que parecían haber sido pintados el día anterior.

Los murales cubrían ambas paredes. No había ni una sola figura repetida. La mayoría eran jóvenes, adolescentes y veinteañeros, pero también había niños y ancianos, incluidos unos hombres de cabellos grises con tocados que bien podían ser sacerdotes.

—Parece ser una procesión religiosa —opinó Karla—. Llevan regalos a un dios o a un jefe.

Schroeder se apoyaba en el hombro de Karla mientras la seguía. Las figuras se prolongaban en todo el recorrido del túnel y comenzaban a ser centenares.

—En cualquier caso, es bueno tener compañía —comentó Karl—. Quizá nuestros nuevos amigos nos muestren la manera de salir.

—Está muy claro que van a alguna parte. ¡Mira!

Los murales habían cambiado. Había nuevos animales en las pinturas: grandes y pesadas criaturas que parecían elefantes excepto que tenían el cuerpo cubierto de un manto de pelo largo color marrón. El artista había pintado flores en sus pieles. Los animales tenían las cabezas puntiagudas y trompas muy cortas. Algunos tenían

colmillos, casi de la misma longitud de los cuerpos, que se curvaban como los tripulantes en un trineo antiguo. Los hombres cabalgaban los animales como los indios.

—Imposible —exclamó Schroeder.

Fascinada, Karla se adelantó para mirar las figuras de cerca. En la prisa, se olvidó de que su padrino la usaba de muleta. Schroeder cayó sobre una rodilla.

—Lo siento mucho —se disculpó, al ver lo sucedido. Lo ayudó a levantarse—. ¿Sabes qué significan estas figuras? Personas de una civilización muy avanzada vivieron en esta isla miles de años antes de que los egipcios construyesen las pirámides. Probablemente cuando la isla estaba unida a tierra firme. Eso ya es de por sí algo asombroso. Pero el hecho de que hubiesen domesticado a los mamuts también es espectacular. ¡Mi trabajo sobre la explotación de los mamuts por parte del hombre no es más que una sarta de tonterías! Pinté al hombre primitivo como un ser que dependía del mamut como fuente de alimento, y que empleaba los huesos y los colmillos para fabricar armas y herramientas. Por lo que se ve aquí, habían aprendido a utilizar a estas criaturas salvajes como animales de carga. Este es el descubrimiento científico del siglo. Habrá que reescribir todos los libros de texto.

—Comparto tu entusiasmo —declaró Schroeder—, pero creo que debemos mirar el lado práctico. Nadie se enterará nunca de este descubrimiento a menos que consigamos salir de este lugar.

—Lo siento, es solo que... —Apartó la mirada de los murales—. ¿Qué podemos hacer?

Schroeder pasó el rayo de luz a lo largo de la pared.

—Dejaremos que nuestros amigos nos lo digan. Aquellas bonitas muchachas llevan flores hacia la montaña. Propongo que veamos de dónde vienen y si este túnel lleva al exterior. Como puedes ver, no estoy como para correr en la maratón, y nuestra linterna comienza a apagarse.

Karla echó una última mirada a las figuras.

—Tienes razón. Vámonos antes de que cambie de idea.

Emprendieron el regreso. No habían avanzado más que unos pasos cuando escucharon las voces que hablaban en ruso. Grisha y sus matones habían encontrado la grieta en el túnel principal. La pareja no pudo hacer más que dar la vuelta y alejarse en el sentido opuesto.

Schroeder echó a correr. Fue un esfuerzo tremendo para el tobillo, pero apretó los dientes y siguió adelante. Apoyarse en Karla le ayudaba aunque al mismo tiempo lo demoraba. Propuso apagar la linterna. De todas maneras ya casi no iluminaba, pero sí servía como un punto de referencia para los perseguidores. Apoyó en la pared la mano libre para guiarse en la oscuridad. El túnel parecía no acabar nunca.

Al cabo de unos pocos minutos, las voces sonaron más fuertes. Grisha y su grupo

avanzaban muy rápido. Schroeder intentó alargar el paso pero le hacía perder el ritmo, así que desistió. Dentro de muy poco tendría que detenerse y decirle a Karla que siguiese sola. Pensaba en una respuesta adecuada para cuando ella se resistiese a dejarlo, cuando Karla dijo:

—Veo luz.

Schroeder parpadeó varias veces para quitarse el sudor de los ojos y forzó la mirada. Había una tenue claridad en el fondo. Se sintió desconcertado. Quizá se había equivocado en cuanto a la dirección y los murales los habían llevado fuera de la montaña.

Reanudaron la marcha, y el suelo comenzó a bajar en una larga rampa que los condujo a una inmensa caverna. El espacio estaba ocupado hasta donde alcanzaba la vista con edificios de dos plantas y tejados planos. Las construcciones estaban hechas con un material que alumbraba todo el paisaje con luminosidad verde plateada.

Las voces ásperas que sonaron atrás los arrancaron del arrobamiento. Con una mezcla de asombro y aprensión comenzaron a descender para entrar en la ciudad de cristal.

Capítulo 28

En el piso diez del cuartel general de la NUMA se encuentra el equivalente moderno de la famosa biblioteca de Alejandría. El centro informático que ocupa toda la planta contiene una vasta biblioteca digitalizada que incluye todos los libros y artículos, todos los hechos y registros científicos de los océanos, todos conectados a una red informática con la capacidad de transferir enormes cantidades de información en fracciones de segundo.

El centro es obra del genio informático de la NUMA, Hiram Yeager, que bautizó a la máquina de inteligencia artificial con el nombre de «Max». Fue idea de Yeager darle a Max un rostro de mujer representado por una imagen holográfica tridimensional con cabellos castaño rojizos, ojos color topacio y una seductora voz femenina.

Paul Trout había decidido pasar de la coqueta imagen holográfica. En lugar de valerse del panel de control central de Max, donde Yeager se comunicaba verbalmente con la computadora, Trout se había instalado en un cubículo en un rincón de la sala, y se comunicaba con la computadora con un simple teclado. En una de las paredes había un pantalla panorámica. Sentados a la mesa de caoba se encontraban, además de Trout, su esposa, Gamay; el profesor Adler; y Al Hibbet, el científico de la NUMA especializado en electromagnetismo.

Paul les agradeció a todos su presencia y excusó la ausencia de Austin y Zavala. Después escribió una orden. La imagen de un hombre de rostro delgado con el cabello oscuro y unos expresivos ojos grises apareció en la pantalla.

—Quiero presentarles al caballero cuyo genio nos ha reunido hoy aquí. Es Lazlo Kovacs, un brillante ingeniero eléctrico húngaro. Esta foto fue tomada a finales de los años treinta, cuando trabajaba en sus revolucionarias teorías electromagnéticas. Esto que verán ahora es lo que ocurre cuando se pervierte el genio científico.

Trout cambió la imagen por otra doble donde se mostraban dos fotos tomadas de los satélites. En el lado izquierdo aparecía la imagen de las enormes olas que habían hundido el *Southern Belle*. En el derecho se veía el remolino gigante desde el espacio.

Dejó que el significado de las imágenes calaran en la mente de todos.

—Todos los que estamos aquí hemos llegado a la conclusión de que alguien ha podido utilizar las transmisiones electromagnéticas basadas en los teoremas de Kovacs para causar estas perturbaciones. Como ya saben, Gamay y yo fuimos a Los Álamos para entrevistarnos con una autoridad en los trabajos de Kovacs. Confirmó nuestras sospechas de una interferencia humana, y sugirió que el tipo de manipulación electromagnética que hemos visto podría provocar una inversión de los polos.

—Asumo que hablamos de la inversión de los polos magnéticos —dijo Adler.

—Ese sería mi deseo —señaló Gamay—. Sin embargo, quizá nos veamos enfrentados a una inversión polar geológica donde la corteza terrestre se mueve sobre el núcleo.

—No soy geólogo —manifestó Adler—, pero eso suena a receta para una catástrofe.

—La verdad —dijo Gamay, con una sonrisa triste y encantadora—, puede que estemos hablando del día del Juicio Final.

El silencio siguió a esta declaración. Adler carraspeó.

—Ha dicho «puede». Eso indica que se está dando un cierto margen.

—Me sentiría muy feliz si tuviese un margen que me permitiese escapar de esta situación —admitió Gamay—. Pero tiene razón al decir que nos damos un cierto margen para la duda. No sabemos hasta qué punto es fiable nuestra fuente en Los Álamos, así que Paul ha buscado la manera de hacer un ensayo de los teoremas de Kovacs.

—¿Cómo puede hacerlo? —preguntó Adler.

—Por medio de una simulación —respondió Paul—, de la misma manera que usted recrea las condiciones marítimas en su laboratorio con una máquina generadora de olas o un modelo informático.

—Kovacs solo presentó sus teorías de una manera general —señaló Hibbet—. No mencionó para nada toda una serie de detalles concretos.

—Es verdad —dijo Gamay—. Pero Kovacs publicó por su cuenta un resumen más detallado de sus teoremas. Lo empleó como base de sus trabajos publicados. Solo existe una copia.

—Si solo pudiésemos tenerla —manifestó Adler.

Gamay le pasó el cuadernillo sin hacer ningún comentario.

Adler lo cogió con mucho cuidado y se fijó en el nombre impreso en la portada: Lazlo Kovacs. Hojeó las páginas amarillentas.

—Está escrito en húngaro.

—Uno de los traductores de la NUMA se encargó de hacer una versión en inglés —dijo Trout—. Dado que las matemáticas son un lenguaje universal, no le planteé ningún problema. Hacer un ensayo era otra cuestión. Entonces recordé los trabajos que se realizan en el National Laboratory en Los Álamos donde los científicos han encontrado la manera de ensayar las bombas nucleares de nuestro arsenal sin violar el tratado internacional. Prueban los componentes de la bomba, incluyen factores como la degradación de los materiales, e introducen todos los datos en una computadora para que realice la simulación. Propongo hacer lo mismo.

—Desde luego vale la pena intentarlo —afirmó Hibbet.

Trout escribió en el teclado y una imagen del planeta apareció en la pantalla. El

globo terráqueo estaba seccionado para mostrar las capas del núcleo interior: una corteza exterior de hierro fundido, la funda y la corteza.

—Quizá quiera explicarnos el diagrama, Al.

—Será un placer. La tierra es como una enorme barra imantada. El núcleo interior de hierro sólido rota a una velocidad diferente al núcleo exterior de hierro fundido. Este movimiento crea un efecto dínamo que genera un campo magnético llamado geodínamo.

La imagen cambió para mostrar el globo intacto. Unas líneas se elevaban hacia el espacio desde uno de los polos y luego se curvaban hacia el polo opuesto.

—Estas son las líneas de fuerza magnética —explicó Hibbet—. Crean un campo magnético que rodea la tierra, y nos permiten utilizar las brújulas. Incluso más importante es que la magnetosfera se extiende hasta una altura de casi sesenta kilómetros. Esto crea una barrera que nos protege de los efectos nocivos de la radiación del viento solar y de un número infinito de partículas nocivas que bombardean la tierra desde el espacio.

Trout pasó a una tercera imagen. Ahora miraban un planisferio. La superficie oceánica aparecía salpicada de manchas azules y oro.

—En la década de los noventa, los científicos reunieron todos los datos conocidos del núcleo fundido y los introdujeron en una supercomputadora —dijo—. Añadieron de todo en la mezcla. Temperatura. Dimensiones. Viscosidad. Encontraron que los polos se invertían a sí mismos aproximadamente cada cien mil años, por lo general cuando uno de ellos comienza a debilitarse. Al parecer, nos acercamos a otro de estos ciclos.

—¿La tierra está sufriendo una inversión polar natural? —preguntó Adler.

—Eso parece. El campo magnético terrestre comenzó a deteriorarse notablemente alrededor de ciento cincuenta años atrás. Su fuerza ha disminuido entre un diez y quince por ciento desde entonces, y el deterioro se ha acelerado. Si continúa esta tendencia, el campo principal se debilitará hasta el punto de casi desaparecer, y luego reaparecerá con la polaridad opuesta.

—Las agujas magnéticas que apuntan al norte apuntarán al sur —añadió Hibbet.

—Efectivamente —asintió Paul—. Una inversión de los polos magnéticos provocaría un sinfín de trastornos, pero el impacto sería mínimo. La mayoría de nosotros podríamos adaptarnos y sobrevivir. Los estudios demuestran que los polos magnéticos se han invertido muchas veces.

—Heródoto escribió que el sol salía por donde normalmente se ocultaba —señaló Gamay—. Los indios «Hopi» mencionaban el caos que se había producido cuando los gemelos que sostenían la tierra en su lugar abandonaron su posición. Estas podrían ser interpretaciones de los cambios polares en la antigüedad.

—Si bien las leyendas son fascinantes, y a menudo contienen una pizca de

verdad, todos los que estamos aquí nos inclinamos absolutamente en favor del método científico —replicó Adler.

—Por eso no he mencionado a los clarividentes y seudocientíficos que hablan del fin del mundo —dijo Gamay—. Todo el concepto del cambio polar se mezcla con las teorías de la Atlántida y los astronautas en la antigüedad.

—Como experto en olas, trato con las grandes fuerzas oceánicas —declaró Adler—, pero un cambio en la superficie de todo un mundo me parece completamente imposible.

—Normalmente, estaría de acuerdo —admitió Gamay—. Pero los paleomagnetistas que han estudiado los flujos de lava descubrieron que la tierra se ha movido en relación al norte magnético terrestre. América del Norte estuvo una vez en el hemisferio sur, donde se montaba en el ecuador. Einstein planteó la teoría de que si se acumulaba hielo suficiente en los casquetes polares, podría ocurrir una inversión. Los científicos han encontrado pruebas de que hubo una reorganización de las placas tectónicas hace unos quinientos millones de años. Los anteriores polos norte y sur se reposicionaron respecto al ecuador, y puntos del ecuador se convirtieron en los polos que tenemos ahora.

—Habla de un proceso que tardó millones, miles de millones de años —dijo Adler.

Trout volvió a plantear la simulación por ordenador.

—Por eso mismo debemos mirar con más atención el presente. La imagen en la pantalla muestra los campos magnéticos terrestres. Las manchas azules corresponden a los campos dirigidos hacia adentro. Las doradas se dirigen hacia afuera. La marina británica lleva registros del polo norte magnético y el verdadero desde hace trescientos años, y eso significaba que disponemos de una muy buena información. Lo que vemos aquí es un incremento en el número de manchas azules.

—Eso indica las anomalías magnéticas donde el campo fluye en el sentido equivocado —dijo Hibbet.

—Aquella mancha azul más grande es la anomalía del Atlántico Sur donde el campo ya fluye en el sentido erróneo —explicó Trout—. El crecimiento de la anomalía se aceleró para el cambio de siglo. Esto coincide con las lecturas del MAGSAT que muestran zonas débiles en la región polar ártica y más abajo de Sudáfrica. Las observaciones se corresponden con las simulaciones virtuales que muestran un posible comienzo del cambio.

—Ha hecho una exposición muy convincente de las inversiones polares magnéticas y geológicas —reconoció Adler.

Pero aquí hablamos de la posibilidad de que el hombre precipite tal acontecimiento. Eso es mucha arrogancia por nuestra parte. El hombre es capaz de muchas cosas, pero nuestros ínfimos esfuerzos no son capaces de mover toda la

superficie del planeta.

—Parece una locura, ¿verdad? —Trout sonrió. Se dirigió a Hibbet—. Usted es nuestro experto en electromagnetismo. ¿Qué opina?

—No tenía idea que las anomalías en el Atlántico Sur hubiesen crecido con tanta rapidez —contestó Hibbet, con la mirada puesta en la pantalla. Hizo una pausa, pensó en la respuesta y después añadió con voz pausada como si quisiese estar bien seguro de cada una de sus palabras—: Lazlo Kovacs se centró en la naturaleza de la materia y la energía. Descubrió que la materia oscila entre las etapas de materia y energía. La energía no está sometida a las reglas del tiempo y el espacio, así que el paso de una fase a otra es instantáneo. La materia sigue la pauta que le marca la energía. Al ocuparnos de este tema, tenemos que fijarnos en la estructura electromagnética de la tierra. Si la energía electromagnética cambia de una determinada manera, la materia, en este caso la corteza terrestre, también cambiará.

—Está diciendo que un cambio polar geológico es posible —señaló Gamay.

—Digo que una inversión de los polos magnéticos provocada por el hombre, que es de una naturaleza intensa y a corto plazo, podría precipitar unos irreversibles movimientos geológicos, especialmente ahora que se está preparando una inversión natural. Todo lo que necesita es un empujoncito. Una adición o descarga de la energía electromagnética que alimenta el campo podría provocar cambios en la materia. Perturbaciones ciclónicas del núcleo o del campo magnético pueden haber sido las responsables de las olas gigantes y el remolino. No es posible que haya sido el lento movimiento de las placas tectónicas. La estructura de todo el planeta podría cambiar en un instante.

—¿Cuáles serían los resultados? —preguntó Gamay.

—Absolutamente catastróficos. Si la corteza se mueve sobre el núcleo fundido, entrarían en juego las fuerzas inerciales. El cambio provocaría *tsunamis* que podrían arrasarse continentes enteros, y soplarían vientos muchísimo más poderosos que cualquier huracán. Habría terremotos y tremendas erupciones volcánicas con descomunales corrientes de lava. Se producirían drásticos cambios climáticos y tormentas de radiación. —Hizo una pausa—. La extinción de las especies sería una clara posibilidad.

—Se ha producido un incremento en el número de violentos fenómenos naturales en las últimas décadas —comentó Gamay—. Me pregunto si se lo podría considerar como una señal de aviso.

—Quizá —dijo Hibbet.

—Antes de que sigamos metiéndonos el miedo en el cuerpo, volvamos a los hechos —propuso Trout—. He tomado como base las simulaciones de inversión polar hechas por Caltech y Los Álamos. Incorporé el informe de las perturbaciones oceánicas del doctor Adler y todo lo que Al me suministró referente a la

transmisiones electromagnéticas de ultrabaja frecuencia. También hemos simulado las condiciones de las corrientes de los materiales fundidos en el núcleo de la tierra donde se forman los campos magnéticos. Los teoremas de Kovacs son la parte final de la ecuación. Si estamos todos preparados...

—Escribió en el teclado.

Desapareció la imagen del globo terráqueo y apareció un mensaje:

«HOLA, PAUL. ¿CÓMO ESTÁ EL HOMBRE MEJOR VESTIDO DEL EQUIPO DE MISIONES ESPECIALES?»

Max había identificado su contraseña. Trout se movió en la silla y añoró el tiempo en que las computadoras no eran más que máquinas tontas.

«HOLA, MAX. ESTAMOS PREPARADOS PARA LA SIMULACIÓN».

«¿ES ESTE UN EJERCICIO ACADÉMICO, PAUL?»

«NO».

Max hizo una pausa de varios segundos. Era algo del todo anormal en la supercomputadora.

«NO SE PUEDE DEJAR QUE OCURRA ESTE ACONTECIMIENTO».

Trout releyó las palabras. ¿Era su imaginación, o Max parecía alarmada? Escribió una pregunta.

«¿POR QUÉ NO?»

«RESULTARÁ LA COMPLETA DESTRUCCIÓN DE LA TIERRA».

La nuez de Adán de Trout se movió. Escribió una sola palabra:

«¿CÓMO?»

«MIRA».

El globo reapareció en la pantalla, y las manchas doradas en los océanos comenzaron a moverse. La mancha roja en el Atlántico Sur se unió con las otras del mismo color hasta que toda la zona oceánica debajo de Sudamérica y Sudáfrica resplandeció con un rojo brillante. Luego los continentes comenzaron a cambiar de posición. Todo el continente americano hizo un giro de ciento ochenta grados y quedó de lado. Los puntos que una vez había señalado el ecuador se convirtieron en los polos norte y sur. Fenómenos de una gran violencia se extendieron por todo el globo como un virus.

Trout escribió otra pregunta, y contuvo el aliento.

«¿HAY ALGUNA MANERA DE NEUTRALIZARLO?»

«SI. NO PERMITIR QUE COMIENZE. NO SE PUEDE DETENER».

«¿HAY ALGUNA MANERA DE DETENER LA INVERSIÓN?»

«CAREZCO DE LA INFORMACIÓN NECESARIA PARA RESPONDER A LA PREGUNTA».

Trout comprendió que había llegado todo lo lejos que podía. Miró a los demás. Adler y Hibbet tenían el aspecto de hombres a los que les han dado pasajes para un

viaje en la barca de Carón.

Gamay también parecía atónita, pero mantenía una expresión de calma y la decisión brillaba en sus ojos.

—Aquí hay algo que no tiene sentido. ¿Por qué alguien haría una cosa que significaría el fin del mundo y de él mismo?

Trout se rascó la cabeza.

—Quizá se trate de aquello de jugar con fuego. Podría ser que no supiesen el peligro de lo que hacen.

Gamay sacudió la cabeza.

—La capacidad de nuestra especie para cometer acciones estúpidas nunca deja de asombrarme.

—Alégrate y perdona el humor negro —replicó su marido—, pero si esto sigue adelante no quedará ninguna especie.

Capítulo 29

La mayoría de los norteamericanos que había conocido el capitán Ivanov eran turistas dispuestos a disfrutar de los remotos paisajes que les ofrecían las islas de Nueva Siberia. Tendían a ser ricos, de mediana edad, provistos con cámaras, fumadoras y prismáticos, y muy intrépidos en la búsqueda de aves curiosas. Pero los dos hombres que habían descendido del cielo y subido a bordo de su barco como si fuese suyo estaban cortados con otro patrón.

El hidroavión que transportaba a Austin y Zavala había alcanzado al rompehielos ruso *Kotelny* al noroeste de la isla Wrangel y amerizado a un par de centenares de metros del barco. El capitán Ivanov había enviado a una chalupa para recoger a los pasajeros del avión. Los esperó en cubierta, intrigado por aquellos norteamericanos que tenían el poder de disponer de su barco como si fuese su embarcación particular.

El primero en subir la pasarela fue un hombre de hombros muy anchos, el pelo casi blanco, los ojos azul claro, y el rostro curtido por los elementos. Lo siguió en cubierta un hombre más delgado y moreno que se movía con la agilidad innata del boxeador que había sido en la universidad. Saludaron al piloto del hidroavión cuando inició la carrera de despegue.

El capitán se adelantó para presentarse. A pesar de su irritación, cumplía a rajatabla las costumbres del mar. Sus apretones de mano fueron firmes, y detrás de las amistosas sonrisas el capitán advirtió una tranquila confianza que le informó que no eran precisamente observadores de pájaros.

—Gracias por recibirnos a bordo, capitán Ivanov —dijo el hombre de ojos azules—. Me llamo Kurt Austin, y este es mi amigo y compañero, Joe Zavala. Pertenecemos a la NUMA.

Las facciones del capitán se relajaron. Había conocido a unos cuantos científicos de la NUMA en sus muchos años en el mar y siempre le había impresionado el profesionalismo de los miembros de la agencia.

—Es un placer tenerlos como mis invitados —contestó.

El capitán ordenó al primer oficial que reanudaran la navegación. Invitó a los dos hombres a su camarote y sacó una botella de vodka del armario.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a tierra? —preguntó Austin.

—Estaremos frente a la costa de Ivory Island en unas dos horas.

—Entonces prescindiremos del vodka por ahora. ¿No podemos llegar antes?

El capitán entrecerró los ojos. NUMA o no, seguía enfadado por la orden de cambiar de rumbo y regresar a la isla. La orden del Comando Naval había sido atender cualquier petición de los visitantes, pero eso no significaba que lo hiciese con agrado.

—Sí, por supuesto, si aumentamos la velocidad —respondió—. Pero no estoy

habitado que unos extraños me digan a qué velocidad debe navegar mi barco.

Austin no pudo pasar por alto el tono agrio en la voz del capitán.

—Quizá nos tomaremos una copita de vodka después de todo. ¿Tú qué dices, Joe?

—Estoy seguro de que en alguna parte es hora de tomarse un copa.

El capitán llenó tres copitas hasta el borde y las repartió. Chocaron las copas, y los hombres de la NUMA se las bebieron de un trago, cosa que impresionó al capitán, que había esperado —incluso deseado— ver cómo los invitados se ahogaban con la fuerte bebida.

Austin comentó la calidad del vodka, y luego añadió:

—Le pedimos disculpas por haberlo apartado de su rumbo, capitán, pero es importante que lleguemos a la isla lo más rápido que humanamente sea posible.

—Si tanta prisa tienen, ¿por qué no volaron hasta allí en el hidroavión?

—Preferimos llegar sin avisar de nuestra presencia —respondió Kurt.

Ivanov soltó la carcajada.

—El *Kotelny* no es precisamente invisible.

—Tiene toda la razón. Es importante que el barco se mantenga fuera del alcance visual de la isla. Recorreremos el resto del camino por nuestros propios medios.

—Como quiera. La isla es un lugar remoto. Las únicas personas que hay allí son unos científicos que participan en una expedición con el objetivo de encontrar restos de mamuts lanudos para intentar clonarlos.

—Estamos al corriente de la expedición —manifestó Austin—. Es el motivo de nuestra presencia aquí. Uno de los científicos es una joven llamada Karla Janos. Creemos que puede estar en peligro.

—La señorita Janos fue pasajera a bordo del *Kotelny*. ¿Cuál es el peligro que la amenaza?

—Creemos que en la isla puede haber unas personas dispuestas a matarla.

—No lo entiendo.

—No tenemos más detalles. Solo sabemos que es urgente llegar a la isla cuanto antes.

El capitán Ivanov cogió el teléfono y transmitió la orden de avance a toda máquina. Austin enarcó una ceja. Karla Janos debía de ser una joven notable. Era obvio que se había ganado el afecto del veterano lobo de mar.

—Otra petición, si no le importa —dijo Austin—. Me pregunto si hay algún lugar despejado en cubierta donde Joe y yo podamos trabajar sin molestar a la tripulación.

—Sí, por supuesto. Tiene todo el lugar que quiera en la cubierta de popa.

—Trajimos dos maletas grandes a bordo. ¿Podría mandar que nos las llevaran a popa?

—Daré la orden ahora mismo.

—Una cosa más —dijo Kurt mientras se levantaban.

Los norteamericanos parecían tener una lista inacabable de peticiones, pensó el capitán.

—Usted dirá —replicó Ivanov.

—No guarde la botella —le pidió Austin, con una gran sonrisa—. La necesitaremos para celebrar el regreso de la señorita Janos a bordo sana y salva.

La expresión ceñuda del capitán dio paso a una sonrisa. Descargó una cuantas palmadas en las espaldas de Austin y Zavala, y los llevó a cubierta. Llamó a un par de marineros, que se encargaron de llevar las maletas a la cubierta de popa.

El capitán se marchó para ocuparse de sus obligaciones, y los dos tripulantes observaron fascinados mientras Austin y Zavala sacaban una estructura metálica circular de una de las maletas.

La estructura de tubos de aluminio sujetaba un pequeño motor de dos tiempos, un tanque de combustible de doce litros y una hélice de cuatro palas. Engancharon un asiento a la estructura. A continuación sujetaron las cuerdas de un parapente que desplegaron en la cubierta a los amarres de la estructura. En cuestión de minutos, acabaron de montar el Adventure Xpresso, un parapente con motor de fabricación francesa.

Zavala, que había pilotado todo tipo de naves aéreas, observó el aparato con una expresión escéptica.

—Esa cosa parece un cruce entre un ventilador eléctrico y un sillón de barbero.

—Lo siento —respondió Austin—. Me fue imposible plegar un helicóptero Apache para meterlo en la maleta.

Zavala sacudió la cabeza.

—Es inútil lamentarse. Lo mejor será que vayamos a buscar el resto del equipo.

Sus otras maletas las habían dejado en un camarote. Austin sacó del macuto la funda con su revólver Bowen, comprobó que estuviese cargado, y llenó una riñonera con municiones. Para aquella misión, Zavala había escogido una Heckler & Koch calibre 45, un modelo desarrollado por las fuerzas especiales del ejército. Luego cargaron con el GPS, la brújula, las radios, un botiquín de primeros auxilios y otros artículos. Se vistieron con prendas impermeables sobre las ropas de abrigo y se ciñeron los cinturones de flotación hinchables que eran más cómodos que los abultados chalecos salvavidas.

Un tripulante llamó a la puerta del camarote y les transmitió la invitación del capitán para que subiesen al puente. Cuando entraron en la timonera, Ivanov los invitó a acercarse a la pantalla de radar y les señaló una imagen alargada que aparecía en el monitor.

—Esa es Ivory Island. Estamos a unas seis millas de la costa. ¿A qué distancia quieren acercarse?

Había una leve bruma que se levantaba del agua salpicada con trozos de hielo. El cielo estaba encapotado. La visibilidad era menos de una milla.

—Ordene al vigía que avise en cuanto vea la isla con los prismáticos —contestó Austin—, y mande parar máquinas.

El capitán desplegó una carta náutica.

—La rada principal está en el lado sur de la isla. Hay otras muchas calas y fondeaderos más pequeños en todo el contorno.

Después de hablarlo con Zavala, Austin decidió ir primero al campamento base de la expedición, y luego seguir el río para dirigirse al interior.

—Tenemos combustible para unas dos horas de vuelo, así que no podremos desviarnos mucho del itinerario —manifestó Austin.

Repasaron de nuevo todo el plan y dieron por concluidos los preparativos en cuanto el vigía avisó que veía la isla.

—Joe y yo le agradecemos la ayuda —le dijo Kurt al capitán.

—No se merecen. La señorita Janos me recuerda mucho a mi propia hija. Por favor, hagan todo lo posible por rescatarla.

Austin pidió que el rompehielos se pusiese de popa al viento y que despejasen la cubierta para el despegue. Se alegró al ver que el viento no soplaba a más de diez nudos por hora. Un viento más fuerte los hubiese echado hacia atrás. También sabía que la velocidad del viento en el aire sería mayor que a nivel del mar.

Primero ensayaron el despegue sin el parapente. El truco para despegar en pareja consistía en sincronizar los movimientos de las piernas y saltar suavemente.

—No estuvo mal —comentó Austin, después de un muy torpe primer intento.

Zavala miró a los tripulantes, que presenciaban los ensayos con unas expresiones que iban desde el espanto a la risa.

—Estoy seguro de que nuestros amigos rusos nunca habían visto antes a un pato de cuatro patas.

—Lo haremos mejor la próxima vez.

Austin se equivocó. Fracasaron lamentablemente en el siguiente intento, pero los siguientes dos ensayos fueron casi perfectos. Se pusieron las gafas, engancharon de nuevo las cuerdas del parapente a la estructura, y Austin apretó el botón de arranque del motor que se puso en marcha en el acto. El chorro de aire de la hélice hinchó el parapente, que se elevó de la cubierta. Austin aceleró el motor, y comenzaron la carrera hacia la popa y contra el viento. El parapente cogió el viento como una cometa y los levantó en el aire.

Austin aceleró un poco más y ganaron altura. El Adventure tenía una velocidad de ascensión de cien metros por segundo, pero tardaban más al ser dos los tripulantes. Cuando alcanzaron una altura próxima a los doscientos metros, Austin tiró de la cuerda izquierda para bajar el extremo del parapente, y el aparato viró a la izquierda.

Volaron hacia la isla a una velocidad de cuarenta kilómetros por hora.

En cuanto se acercaron a la costa, Austin tiró simultáneamente de las cuerdas para bajar los extremos del parapente, y el aparato comenzó a descender gradualmente. Pasaron por encima del brazo derecho de la bahía y efectuaron una suave virada que los llevó a la playa desierta y el río que habían visto en la carta. Austin vio un objeto cerca del río, pero la bruma le impidió ver los detalles.

—¡Allá abajo hay un cuerpo! —gritó Zavala.

Austin bajó más. El cuerpo se encontraba tendido en una pequeña balsa neumática que había sido arrastrada a la orilla a poco más de un metro de la corriente. Vio la larga cabellera gris de la figura. Paró el motor y tiró de las asas de los frenos.

El parapente debía hacer las funciones de paracaídas y permitir que aterrizasen de pie. Pero entraron demasiado rápido y demasiado alto. Se les doblaron las rodillas con el impacto, y cayeron de bruces en la arena, pero al menos estaban en tierra.

Plegaron el ala, desengancharon la mochila y se acercaron al cuerpo de una mujer, que estaba acurrucada en la balsa en posición fetal. Austin se arrodilló a su lado y le buscó el pulso. Era muy débil, pero estaba viva. El y Zavala la pusieron boca arriba. Había una gran mancha de sangre en la parka cerca del hombro derecho. Austin buscó el botiquín de primeros auxilios, y Zavala abrió la cremallera de la parka para observar la herida. La mujer abrió los ojos y soltó un gemido. En su rostro apareció una expresión de espanto al ver a los dos desconocidos.

—Calma, no pasa nada —la tranquilizó Zavala, con voz suave—. Estamos aquí para ayudarla.

Austin acercó la cantimplora a la boca de la mujer para que bebiese un sorbo.

—Me llamo Kurt y este es mi amigo Joe —dijo cuando el color volvió al rostro de la herida—. ¿Puede decirnos su nombre?

—María Arbatov —contestó ella, con voz débil—. Mi marido...

—¿Está usted con la expedición, María?

—Sí.

—¿Dónde están los demás?

—Muertos. Todos muertos.

Austin sintió un dolor en la boca del estómago como si alguien le hubiese propinado un puntapié.

—¿Qué le pasó a la muchacha? ¿Karla Janos?

—No lo sé. Se la llevaron.

—¿Las mismas personas que les dispararon?

—Sí. Cazadores de marfil. Mataron a mi marido, Sergei, y a los dos japoneses.

—¿Dónde ocurrió?

—El cauce seco. Me arrastré hasta el campamento y vine hasta aquí en la balsa.

—Cerró los ojos y perdió el conocimiento.

Examinaron la herida más a fondo. No era mortal, pero María había perdido mucha sangre. Zavala se encargó de limpiar y vendar la herida. Austin llamó por radio al *Kotelny*.

—Encontramos a una mujer herida en la playa —le comunicó al capitán.

—¿La señorita Janos?

—No. María Arbatov, uno de los miembros de la expedición. Necesita atención médica.

—Enviaré una lancha inmediatamente con el oficial médico.

Austin y Zavala pusieron a María en la posición más cómoda posible. Llegó la lancha con el oficial médico y dos marineros. Cargaron a la mujer con mucho cuidado en la embarcación y emprendieron el viaje de regreso al rompehielos.

Los hombres de la NUMA engancharon el parapente. El despegue fue mucho más suave que el anterior desde la cubierta del barco. En cuanto ganaron altitud, Austin guió el aparato a lo largo del curso del río. Alertados por María, mantenían un ojo atento a la presencia de los cazadores de marfil. Minutos más tarde, aterrizaron sin problemas cerca del campamento base. Desenfundaron las armas y avanzaron cautelosamente.

Joe se encargó de cubrirlo mientras Austin miraba en la tienda grande. Había cascarras de huevo en el cubo de la basura, una prueba de que habían desayunado no hacía mucho. Echaron una rápida ojeada a la tienda pequeña, y luego fueron a las casas. Todas estaban abiertas menos una. Golpearon el candado con una piedra. El candado resistió los golpes, pero los clavos que sujetaban el pasador se desprendieron de la madera carcomida. Abrieron la puerta y entraron. El olor típico de un animal impregnaba el aire. La luz que entraba por la puerta abierta alumbró a una criatura peluda colocada sobre una mesa.

—Esto es algo que difícilmente puedes ver en el zoo de Washington —comentó Zavala.

Austin se inclinó sobre el animal congelado y observó la trompa corta y los colmillos poco desarrollados.

—No a menos que hayan abierto un recinto de animales prehistóricos. Este parece ser una cría de mamut.

—El estado de preservación es increíble —señaló Zavala—. Es como si lo hubiesen congelado instantáneamente.

Después de observar al animal durante un par de minutos, salieron al exterior. Austin vio las huellas en el «permafrost» que iban hacia un sendero a lo largo del río. Llevaron al aparato hasta lo alto de un pequeño montículo y desde allí despegaron para seguir el curso del río, tras deducir que María Arbatov no podría haber estado muy lejos de la corriente cuando la habían disparado. Austin vio tres cuerpos tumbados cerca de la bifurcación de una cañada. Dio una vuelta pero no vio señal

alguna de los cazadores de marfil, y aterrizó cerca del borde de la cañada.

Bajaron por la pendiente y se acercaron al lugar donde se encontraban los tres hombres. Los habían matado a tiros. Austin apretó las mandíbulas, y en sus ojos apareció una mirada implacable. Pensó en la terrible huida de María Arbatov río abajo y juró que los autores de aquellos asesinatos lo pagarían.

Zavala observaba con atención las huellas en la arena.

—Estos tipos no se han preocupado en ocultar su rastro. Será fácil seguirles la pista —comentó.

—Vayamos a presentarles nuestros saludos —dijo Austin.

Avanzaron sigilosamente, con las armas preparadas, guiados por las huellas en el suelo de la cañada. Al pasar un recodo, encontraron un cuarto cadáver. Zavala se arrodilló junto al muerto.

—Una herida de cuchillo entre los omóplatos. Curioso. A este caballero no lo mataron de un disparo como a los demás. Me pregunto quién será.

Austin hizo girar el cuerpo y miró el rostro barbudo.

—No es una de esas caras que ves en las reuniones de las cámaras de comercio.

El suelo alrededor del muerto mostraba las huellas de una pelea, y unas pisadas se alejaban del cadáver. Austin creyó ver las marcas más pequeñas de una mujer junto con las otras. Avanzaron de nuevo, aún más precavidos, recorrieron un buen tramo de la cañada hasta llegar a un lugar donde se acababan las huellas y se había derrumbado parte de una de las paredes.

Salieron de la cañada, y no tardaron en dar con las huellas en el «permafrost». El terreno era llano y la visibilidad casi perfecta, pero no vieron ninguna señal de vida excepto por unas pocas aves marinas que volaban muy alto. El rastro los llevó hasta un valle poco profundo donde vieron la entrada a una cueva.

—A alguien le dio por hacer de minero —señaló Zavala.

—Brillante, Sherlock. —Austin recogió un martillo neumático conectado por una manguera a un compresor portátil, que estaba en el suelo cerca de la entrada.

La mirada alerta de Zavala observó los escombros junto al agujero.

—Vale, Watson. Aquí está la prueba de que lo utilizó.

—Llevamos aquí menos de una hora y cada vez me gusta menos esta isla. —Se arrastró al interior del agujero y salió al cabo de un minuto. Sacudió la cabeza—. Sería un suicidio meterse allí adentro. No sabemos hasta dónde llega. Tampoco disponemos de linternas.

Volvieron al lugar donde había dejado el parapente, llamaron al rompehielos y le pidieron a Ivanov que enviase a un grupo a recoger a los muertos y trajesen linternas. También le sugirió que viniesen armados. Consciente del interés del capitán, añadió que esperaba encontrar a Karla con vida. El capitán le informó que María Arbatov había recibido tratamiento médico y que descansaba fuera de peligro. Se desearon

mutuamente buena suerte y cortaron la transmisión.

Unos pocos minutos después, despegaron desde lo alto de una colina con mucha inseguridad. Ganaron altitud y comenzaron explorar el terreno. Austin había estudiado a fondo los mapas, pero aun así le sorprendía el tamaño de la isla. Había demasiado terreno para recorrer con un artefacto aéreo que disponía de una velocidad de crucero de cuarenta kilómetros por hora.

Austin tomó el lugar de despegue como punto de referencia, y luego voló en una espiral que le permitía ir ampliando la zona de búsqueda con cada pasada. No vieron nada más que la llanura de «permafrost». Ya se disponía a emprender el vuelo de regreso a la playa para encontrarse con el grupo de desembarco cuando Zavala le gritó al oído.

Austin miró hacia donde le apuntaba el dedo de Joe y vio una senda bien marcada que conducía a la ladera del volcán. Puso rumbo hacia allí y muy pronto advirtieron que el sendero no era natural sino un camino cortado en zigzag en la pendiente. Austin sospechó que allí había intervenido la mano del hombre.

—Parece una carretera —dijo.

—Es lo que pensé. ¿Quieres que echemos un vistazo?

La pregunta era innecesaria. Austin ya había virado, y se dirigían directamente al borde la caldera.

Capítulo 30

La ciudad subterránea se extendía como una cuadrícula bajo el techo abovedado de una enorme caverna. La vieja urbe estaba absolutamente aislada del sol y tendría que haber estado a oscuras, pero resplandecía con una luz verde plata que emanaba de todos los edificios y calles.

—¿Por qué todo brilla con tanta fuerza? —preguntó Schroeder mientras caminaba con una pronunciada cojera y Karla a su lado.

—Estudié los minerales emisores de luz como parte de un curso de geología —respondió la muchacha—. Algunos minerales brillan al recibir los rayos ultravioleta. Otros emiten luz por la radiación o por un proceso de cambio químico. Pero si estamos en lo cierto, y este es un viejo volcán, quizá se trata de un efecto de termoluminiscencia causado por el calor.

—¿Podría ser esta una vieja cámara de magma? —quiso saber Schroeder.

—Es posible. No lo sé. Pero sí hay una cosa que sé a ciencia cierta.

—¿Cuál es, querida?

Karla miró los resplandecientes edificios que se extendían hasta donde alcanzaba la vista con respeto y admiración.

—Somos extraños en una tierra extraña.

Después de salir del túnel de los murales, habían pasado por debajo de una gran arcada en voladizo y luego habían bajado por una ancha rampa hasta una plaza abierta con una pirámide escalonada en el centro. El tema de la procesión, incluidos los mamuts lanudos domesticados, se continuaba en los niveles exteriores de la pirámide, aunque aquí los colores eran menos vivos que en el túnel de acceso. Karla llegó a la conclusión de que la pirámide hacía las funciones de templo o plataforma para que los sacerdotes y los oradores se dirigiesen al público reunido en la plaza.

Una avenida pavimentada de unos quince metros de ancho llevaba hasta el centro de la ciudad. Habían caminado por la avenida como un par de turistas deslumbrados por las rutilantes luces de Broadway. Los edificios eran considerablemente más pequeños que los rascacielos de Manhattan —no pasaban de los tres pisos—, pero eran unas maravillas arquitectónicas si se consideraba su antigüedad.

La calle aparecía flanqueada por peanas. Las estatuas que una vez las habían ocupado yacían ahora convertidas en irreconocibles montañas de escombros, como si hubiesen sido derribadas por los vándalos.

Schroeder hizo una pausa para descansar el tobillo, y luego la pareja entró en un par de casas, donde no había absolutamente nada, como si las hubiesen barrido con una escoba gigante.

—¿Qué antigüedad le calculas? —preguntó Schroeder mientras reemprendían la marcha hacia el centro.

—Cada vez que intento calcular una fecha aproximada, me lío con las contradicciones. El que en los murales aparezcan seres humanos y los mamuts coexistiendo los sitúa en el período Pleistoceno. Es un período que abarca desde un millón ochocientos mil a diez mil años atrás. Incluso si aceptamos la fecha más reciente de diez mil años, el alto nivel de civilización que vemos aquí es asombroso. Siempre hemos creído que la humanidad no evolucionó de su estado primitivo hasta mucho más tarde. La civilización egipcia solo tiene unos cinco mil años.

—¿Quién crees que construyó esta maravillosa ciudad?

—Los antiguos siberianos. Esta isla se conectaba con la plataforma continental ártica que se extendía desde tierra firme. No vi ningún dibujo de embarcaciones, y eso indica que era una sociedad ceñida a la tierra. Por lo que se ve, era una ciudad muy rica.

—Dado que era una sociedad floreciente, ¿por qué desapareció?

—Quizá no desapareció. Tal vez se trasladó a algún lugar y fue la base de otra sociedad. Hay pruebas de que los europeos y los asiáticos poblaron Estados Unidos.

Mientras Schroeder pensaba en las implicaciones del análisis de Karla, se escucharon unas voces excitadas cerca de la entrada. Miró a lo largo de la avenida. Vio unos puntos de luz que se movían por la zona de la plaza. Los cazadores de marfil habían llegado a la ciudad.

—A campo abierto somos un blanco perfecto —dijo—. Podemos perderlos fácilmente si nos vamos de esta preciosa avenida.

Entró en un callejón que daba a una callejuela lateral. Allí los edificios eran más pequeños que aquellos en la avenida, todos eran de una sola planta. Al parecer eran viviendas, mientras que los otros bien hubiesen podido ser los edificios destinados a funciones públicas o religiosas.

Como antiguo soldado, Schroeder había valorado correctamente la situación defensiva. La ciudad era un laberinto de centenares de calles. Incluso con el omnipresente resplandor que envolvía a toda la urbe, siempre que se mantuviesen alertas y en movimiento, los perseguidores nunca los atraparían. Al mismo tiempo, era consciente de que en algún momento no podrían continuar con la huida. Acabarían por quedarse sin agua ni comida, o se les acabaría la suerte.

Su meta era llegar al otro lado de la ciudad. Tenía la esperanza, confirmada por la buena calidad del aire, de encontrar una manera de salir a la superficie. Quienes habían construido aquella ciudad subterránea parecían haberlo hecho con mucho sentido común. Por lo tanto, era lógico y razonable suponer que debía de haber más de una entrada y salida. Ya habían cruzado más de la mitad cuando Karla soltó un grito.

Clavó los dedos en el brazo de Schroeder. El empuñó el fusil de asalto.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Miró a las silenciosas fachadas como si esperase ver las muecas burlonas de los cazadores de marfil en las ventanas.

—Algo pasó a la carrera por aquel callejón.

Schroeder siguió con la mirada la dirección que le señalaba el dedo de la muchacha. Los edificios producían su propia luz, pero estaban contruidos muy juntos, y el reducido espacio entre ellos estaba en sombras.

—¿Algo o alguien?

—No lo sé. —Karl se rió—. Quizá es que llevamos demasiado tiempo aquí abajo.

Schroeder siempre había confiado más en sus sentidos que en su capacidad analítica.

—Espera aquí —dijo. Se acercó al callejón con el dedo en el gatillo. Llegó a la esquina, asomó la cabeza y encendió la linterna. Después de unos segundos, regresó—. No hay nada.

—Lo siento. Ha tenido que ser mi imaginación.

—Vamos —le ordenó Schroeder, y para sorpresa de Karla, se dirigió de nuevo hacia el callejón.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—Si allí hay algo, es mejor que lo sorprendamos nosotros y no que ocurra al revés.

Karla vaciló. Su primer impulso había sido correr en la dirección opuesta. Pero su padrino parecía saber lo que hacía. Se apresuró a seguirlo.

El callejón los condujo a otra calle idéntica a la anterior. La calle estaba desierta. No había nada más que las casas de una planta con las ventanas como ojos ciegos en la extraña media luz. Schroeder, guiado por su brújula interna, caminó de nuevo en la dirección que, esperaba, los llevaría al extremo opuesto de la ciudad.

Habían recorrido ya varias manzanas cuando Schroeder se detuvo bruscamente y levantó el fusil. Bajó el arma al cabo de unos segundos y se frotó los ojos.

—Esta extraña luz me tiene loco. Ahora es mi turno de ver cosas. Acabo de observar algo que cruzaba la calle.

—No te engañas. Yo también lo vi —lo tranquilizó Karla—. Era grande, y no me pareció que fuese humano.

—Eso está muy bien. —Schroeder reanudó la marcha—. Últimamente no hemos tenido mucha fortuna con los humanos.

El olfato de Karla captó un olor a almizcle que le resultó conocido. La cabaña donde tenían guardada a la cría de mamut tenía el mismo olor. También Schroeder lo notó.

—Huele como un establo —comentó.

El olor a fango, estiércol y animales fue en aumento a medida que recorrían otro callejón para llegar a otra calle. Esta acababa en una plaza muy parecida a la primera

que habían encontrado en la entrada de la ciudad. Era cuadrada, de poco más de sesenta metros de lado, y como la anterior, en el centro se levantaba una pirámide de unos quince metros de altura. Pero lo que más llamó la atención de la muchacha fue el terreno alrededor de la pirámide.

A diferencia de la primera, cuyo pavimento era de la misma piedra resplandeciente que el material de las casas, aquel espacio parecía estar cubierto de una espesa vegetación de color oscuro. La primera impresión de Karla fue la de que estaba mirando un jardín abandonado como los que se podían ver en los parques públicos. Era algo que evidentemente no tenía mucho sentido dado que se encontraban en un lugar donde no entraba el sol. Llevada por su curiosidad natural, avanzó hacia la pirámide.

La vegetación comenzó a moverse.

La vista cansada de Schroeder le impedía ver los detalles en la media luz, pero sí captó el movimiento. El entrenamiento de años entró en funcionamiento. Le habían enseñado que la mejor garantía de salir con bien cuando se enfrentaba a una posible amenaza era una cortina de plomo. Se colocó delante de Karla y levantó el fusil. Su dedo se cerró sobre el gatillo, decidido a rociar la plaza con un ráfaga mortal.

—No —gritó Karla, y le puso una mano en el pecho.

La plaza onduló, y de la masa en movimiento llegaron los sonidos de resoplidos, bufidos, y de pesados cuerpos que comenzaban a moverse. Desapareció la imagen de la vegetación, para ser reemplazada por algo que parecían ser grandes cerdos peludos.

Schroeder miró con expresión incrédula a aquellas extrañas criaturas que se movían por la plaza. Tenían una trompa corta, largos colmillos que se curvaban hacia arriba, y el cuerpo cubierto con largos vellones. Finalmente comprendió qué era aquello que veía.

—¡Crías de elefantes! —exclamó.

—No —replicó Karla, con una calma asombrosa a pesar de la gran excitación que la dominaba—. Son mamuts enanos.

—No puede ser. Los mamuts están extinguidos.

—Lo sé, pero míralos bien. —Dirigió el rayo de la linterna a los animales. Unos pocos miraron en dirección a la luz; tenían los ojos redondos y brillantes de un tono ámbar—. Los elefantes no tienen un manto lanudo.

—Esto es imposible —insistió Schroeder, como si le costase dar crédito a lo que veía.

—No creas. Encontraron rastros de los mamuts enanos en la isla Wrangel que no iban más allá de dos mil años antes de Cristo. Eso no alcanza a un pestañeo en el tiempo. Pero tienes razón en cuanto a que esto es increíble. Lo más cerca que he llegado a estar de estas criaturas han sido los fósiles de sus antepasados.

—¿Por qué no escapan? —preguntó Schroeder.

Los mamuts aparentemente habían estado durmiendo cuando fueron molestados por la aparición de los humanos, pero no parecían asustados. Se movían por la plaza solos, en parejas o en pequeños grupos, y demostraban poca o ninguna curiosidad por los intrusos.

—No creen que vayamos a hacerles daño —contestó Karla—. Probablemente nunca han visto antes a un ser humano. Creo que han evolucionado de los animales que vimos en los murales. Se han adaptado a la falta de luz solar y comida a lo largo de las generaciones.

Schroeder observó la manada de mamuts pigmeos.

—Karla, ¿cómo viven?

—Tienen aire. Quizá entra por el techo, o través de grietas que desconocemos. Tal vez hayan aprendido a hibernar para reducir al mínimo el consumo de alimentos.

—Sí, sí, pero ¿qué comen?

—Tiene que haber una fuente en alguna parte. —Karla miró en derredor—. Quizá salgan al exterior. ¡Espera! Puede que eso sea lo que ocurrió con la supuesta cría que encontró la expedición. Buscaba comida.

—Pues tenemos que descubrir por dónde salen —dijo Schroeder.

Se acercó a la pirámide con Karla pegada a sus talones. Los mamuts se apartaron para dejarles paso. Algunos tardaron en moverse y se rozaron contra los humanos, quienes tuvieron que mirar con atención dónde pisaban para evitar las montañas de excrementos. Llegaron a los escalones de la pirámide y comenzaron a subir. El esfuerzo fue demasiado para el tobillo de Schroeder, y se vio obligado a subir a gatas, pero finalmente llegó a la cima.

Desde aquella altura tenía una visión completa de la plaza. Los animales continuaban moviéndose sin orden ni concierto.

Karla contaba los animales y calculó que habría unos doscientos. Schroeder, por su parte, observaba a la dispersa manada con otros propósitos, y, al cabo de unos pocos minutos, dio con lo que buscaba.

—Mira. Los mamuts están formando una cola en aquel extremo de la plaza.

La muchacha miró en la dirección señalada. Un primer grupo se apretujaba en una calle como si se hubiese sentido de pronto dominado por un propósito común. Otros animales comenzaban a seguirlos, y muy pronto toda la manada se movía hacia aquel sector de la plaza. Schroeder, con la ayuda de Karla, bajó de la pirámide y juntos siguieron a las bestias.

Para cuando llegaron a la esquina, toda la manada había abandonado la plaza y avanzaba lentamente por una angosta vía que la llevaba de regreso a la avenida principal. Procuraron no espantar a los animales, aunque no parecían representar una amenaza. Al parecer, los mamuts habían aceptado a los humanos como parte del grupo.

Después de unos diez minutos, comenzaron a notar un cambio en el entorno. Algunas de las casas a ambos lados se veían dañadas. Las paredes se habían derrumbado como si hubiesen sido embestidas por una excavadora, y llegaron a una zona con todo el aspecto de haber sufrido los efectos de un bombardeo. No quedaba ni una sola casa en pie; solo montañas de escombros luminosos mezclados con unas enormes piedras de un material oscuro.

La visión revivió unos muy tristes recuerdos en la mente de Schroeder. Se detuvo para darle un descanso al tobillo, y contempló las ruinas.

—Esto me recuerda a Berlín cuando acabó la guerra —comentó—. Vamos. Tendremos que darnos prisa si no queremos perderlos.

Karla evitó una pila de excrementos.

—No creo que debamos preocuparnos a la vista del rastro que dejan.

La risa profunda de Schroeder resonó entre las montañas de escombros. Karla se sumó a ella a pesar del cansancio y el miedo. Apuraron el paso llevados más por la ansiedad de encontrar una salida que la de perder a la manada.

Poco a poco eran más las rocas negras y llegaron a un punto donde se acabaron los restos luminosos y el camino quedó envuelto en la oscuridad. Karla encendió la linterna, y el débil rayo alumbró las colas de los animales, que no parecían tener dificultades para moverse en la oscuridad. Karla llegó a la conclusión de que sus ojos se debían de acomodar a la falta de luz de la misma manera que sus cuerpos se habían hecho más pequeñas para acomodarse a la escasez de alimentos.

Entonces se agotaron las pilas de la linterna. Siguieron a la manada guiados por el ruido de las pisadas y el coro de resoplos. Poco a poco fue aclarando la oscuridad, primero a un muy tenue resplandor azul y luego a un gris oscuro. Vieron las grupas de los animales a unos quince metros por delante de ellos. La manada parecía haber acelerado el paso. El gris se tornó blanco. El camino giró primero a la derecha, después a la izquierda, y súbitamente se encontraron al aire libre, deslumbrados por la luz del sol.

Los mamuts continuaron la marcha, pero ellos se detuvieron y se protegieron los ojos con las manos. En cuanto su visión se acomodó al cambio de luz, miraron en derredor. Habían salido por una grieta en un farallón y se encontraban en el borde de una hoya de centenas de metros de diámetro. Los mamuts mordisqueaban hambrientos la vegetación que cubría el suelo de la hoya.

—Esto es asombroso —afirmó Karla—. Las criaturas se han habituado a vivir en dos mundos: uno en las tinieblas, y el otro a plena luz del día. Son un milagro de adaptación además de un anacronismo.

—Sí, es muy interesante —replicó Schroeder, sin ningún entusiasmo.

No era su intención mostrarse descortés, solo práctico. Se daba perfecta cuenta que estaban muy lejos de encontrarse fuera de peligro. Los perseguidores podrían

estar pisándoles los talones. Observó el muro de enormes peñascos negros que rodeaban la hoya, y propuso recorrer el perímetro para encontrar una salida.

Karla no quería abandonar a la manada, pero acompañó a Schroeder por la subida que llevaba hasta el borde de los peñascos. Los había que tenían el tamaño de un coche y otros eran grandes como una casa. Había lugares donde formaban montículos que llegaban a los treinta metros de altura, y en otros encajaban los unos contra los otros de tal manera que hubiese sido imposible meter la hoja de un cuchillo.

Había algunas grietas en la muralla, pero solo tenían una profundidad de pocos metros. Mientras continuaban caminando a lo largo de la impenetrable pared, Karla comenzó a descorazonarse. Había escapado del fuego solo para acabar en una enorme sartén. Schroeder, en cambio, parecía haber revivido al encontrarse al aire libre. No hacía el menor caso del dolor en el tobillo, y su mirada recorría atentamente la pared. Se metió por una abertura, y un par de minutos más tarde se escuchó su grito de triunfo.

Salió de la abertura y anunció que había encontrado un paso a través de la barrera. Cogió la mano de Karla como si guiase a una niña, y cruzaron la abertura. No habían dado más que unos pocos pasos cuando un hombre apareció repentinamente de detrás de uno de los peñascos. Era Grisha, el jefe de los asesinos cazadores de marfil.

Capítulo 31

Austin miró la enorme caldera mientras el aparato pasaba como un cóndor por una brecha en el borde. El camino que habían seguido por la ladera del volcán cruzaba la brecha y descendía por una suave pendiente hasta más o menos la mitad de la caldera, donde acababa en un farallón. En el lado opuesto del cráter, el borde formaba una pared casi vertical con un campo de peñascos en la base. Una zona verde casi circular aparecía encajada entre el final de la pendiente y el campo de peñascos negros.

Comenzó a trazar una lenta espiral por el interior en busca de un sitio adecuado para aterrizar.

—¿Qué es aquello de allá abajo? —Zavala le señaló la base de la pendiente donde acababa el camino—. Parece un rebaño de vacas.

Austin forzó la mirada a través del cristal de las gafas de piloto.

—Demasiado peludos para ser vacas. Quizá sean yaks.

—No me vendrían mal un par de filetes de yak para ir haciendo boca.

Antes de que Austin pudiese responder, Zavala le llamó la atención a otra parte de la zona verde.

—¡Qué me aspen! —exclamó Kurt—. ¡Gente!

El grupo se encontraba cerca del borde del campo de peñascos. A medida que bajaban, Austin vio que alguien golpeaba a una de las personas, que cayó al suelo. Una tercera figura corrió en ayuda de la persona caída pero la apartaron. Ya habían bajado tanto que Austin vio el resplandor de unos cabellos rubios.

—Creo que acabamos de encontrar a Karla Janos —manifestó.

En el rostro de Grisha había una amplia sonrisa que dejaba a la vista sus dientes podridos. Dio una orden en ruso, y sus siniestros secuaces aparecieron de detrás de las rocas donde había estado ocultos.

Schroeder evaluó la situación en un santiamén. Mientras él y Karla habían hecho un recorrido en zigzag a través de la ciudad, Grisha y los suyos seguramente habían seguido directamente por la avenida central y habían dado con la salida.

El jefe de los asesinos les indicó a sus prisioneros que volvieran por donde ellos habían venido. Al salir a campo abierto, los rusos vieron a los mamuts lanudos.

—¿Qué son? —preguntó Grisha—. ¿Ovejas?

—No —respondió Schroeder—. Son mariposas.

La furia de la respuesta de Grisha lo pilló por sorpresa. Al ruso no le gustaba que lo humillasen delante de sus hombres. Soltó un rugido, levantó el fusil como si fuese un garrote y golpeó el rostro de Schroeder con el cañón. Lo último que escuchó Schroeder mientras se desplomaba fue el grito de Karla.

Zavala no se había perdido ni un detalle de la terrible escena.

—Parece que la señorita Janos está en mala compañía. ¿Cómo quieres que lo

hagamos? ¿El halcón que atrapa a una rata o al estilo OK Corral?

Zavala le preguntaba a Austin si debían acercarse silenciosamente o a tiro limpio.

—¿Qué te parece a lo Butch Cassidy y Sundance Kid?

—Esa es nueva, pero ya me vale.

—Dame tu arma y hazte cargo de los controles. Entraremos por detrás, así tendrán el sol de cara.

—Wyatt Earp podría haber utilizado uno de estos trastos contra los hermanos Clanton.

—Que yo recuerde, lo hizo muy bien sin tenerlo.

Zavala sacó su Heckler & Koch de la funda. Con mucho cuidado se la pasó a Austin y cogió los controles. Descendían muy rápido.

Austin se colocó como un pistolero, con un arma en cada mano.

Grisha tenía un brazo alrededor del cuello de Karla, y los dedos enganchados en su cabellera. Con la palma de la otra mano le presionaba el rostro de forma tal que ella apenas si conseguía respirar. Hubiese bastado un poco más de presión para partirla el cuello. Estaba lo bastante furioso como para matarla, pero la codicia era más fuerte que sus tendencias asesinas. La muchacha valía mucho más viva que muerta.

Eso no significaba que él y sus hombres no pudiesen divertirse un rato con la hermosa mujer. Apartó la mano del rostro y le bajó la cremallera de la parka. Frustrado por las capas de prendas de abrigo que encontró debajo, soltó una maldición y la tumbó al suelo. Uno de sus hombres gritó.

Grisha vio una sombra que se movía por el suelo y miró hacia lo alto.

Abrió la boca, estupefacto.

Un hombre con dos cabezas se lanzaba sobre él desde el cielo.

Se encontraban a unos cincuenta metros cuando Austin comenzó a disparar con ambas manos. Apuntó a un lado para no tener a Karla en la línea de fuego. Sus captores emprendieron la fuga.

Sin tener ya que preocuparse por la muchacha, Austin se encontró libre para disparar contra los blancos móviles, pero era difícil hacer puntería cuando él mismo estaba en movimiento. Zavala le gritó que se preparase para tomar tierra. Guardó una de las armas en la funda, y la otra la sujetó en el cinturón.

Intentaron aterrizar de pie, pero habían entrado a más velocidad. Tocaron tierra y cayeron sobre las manos y las rodillas. Afortunadamente, la vegetación amortiguó el impacto. Se apresuraron a desenganchar la unidad propulsora. Mientras Zavala plegaba el parapente, Austin se acercó a la muchacha, que estaba arrodillada junto a un hombre mayor.

—¿Señorita Janos?

Karla miró a Austin con sus hermosos ojos grises.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Kurt Austin. Mi amigo y yo la hemos estado buscando. ¿Se encuentra bien?

—Sí, estoy bien. Mi tío necesita ayuda.

Austin sacó el botiquín de primeros auxilios de la mochila. El hombre estaba consciente. Yacía boca arriba con los ojos abiertos. Podía tener entre sesenta y cinco y setenta y cinco años, aunque resultaba difícil saberlo porque tenía el rostro bañado con la sangre que manaba de los profundos cortes en la ceja y la mejilla.

Se arrodilló a su lado, le limpió las heridas y las untó con un antiséptico. La cura debió de ser muy dolorosa, pero el hombre ni parpadeó. Sus ojos azules seguían cada uno de los movimientos de su improvisado enfermero.

Antes de que Austin pudiese seguir adelante con la cura, el hombre le dijo:

—Ya no hace falta nada más. Ayúdeme a levantarme.

Con la ayuda de Austin, Schroeder se levantó. Era un hombre muy alto; superaba en más de diez centímetros a Austin, que medía un metro ochenta y dos.

Karla rodeó la cintura de su tío con un brazo.

—¿Estás bien?

—Soy un lagarto duro de pelar. Eres tú la que me preocupa.

—Estoy bien gracias a estos dos hombres.

Austin tomó nota del profundo vínculo entre el viejo y la muchacha. Se presentó a sí mismo y Zavala.

—Me llamo Schroeder —dijo el hombre—. Gracias por ayudarnos. ¿Cómo nos encontraron?

—Hablamos con una mujer llamada María Arbatov.

—María. ¿Cómo está? —preguntó Karla.

—Se pondrá bien, pero a su marido y otros dos hombres los asesinaron. Supongo que eran sus colegas científicos. Había un cuarto hombre que no pudimos identificar.

Karla miró a Schroeder para que respondiese.

—Atacó a Karla. Tuve que detenerlo. —Miró hacia los peñascos—. Este es un lugar peligroso. Volverán. Disponen de armas automáticas, y nosotros nos encontramos totalmente expuestos.

—Este es su barrio —replicó Austin—. ¿Dónde podemos ponernos a cubierto?

Schroeder señaló la base de la pendiente que bajaba desde el borde de la caldera.

—Allá abajo en la ciudad.

Austin se preguntó si el hombre no estaría delirando como consecuencia de las heridas.

—¿Ha dicho «ciudad»? —El no veía más que los bajos farallones al final de la pendiente.

—Así es —confirmó Karla—. ¡Oh, no, los enanos se han marchado! Seguramente

los disparos han tenido que espantarlos.

Esta vez le tocó a Zavala preguntarse si escuchaba cosas.

—¿Enanos?

—Sí. Los mamuts lanudos enanos.

Austin y Zavala intercambiaron una mirada.

—Basta de charla. Tenemos que movernos —dijo Schroeder.

Se sujetó del brazo de Karla para caminar dificultosamente hacia los farallones. Austin y Zavala ocuparon la retaguardia. La insistencia de Schroeder de que debían marcharse resultó ser un excelente consejo. El grupo casi había llegado al borde de la zona verde cuando Grisha y sus hombres salieron de detrás de las rocas y comenzaron a dispararles.

Trozos de hierba volaron por los aires cuando los proyectiles impactaron a una docena de pasos por detrás del grupo que huía.

Los cazadores de marfil solo tardarían unos segundos en ajustar la distancia de tiro. Austin les gritó a los demás que continuasen avanzando. Luego se echó cuerpo a tierra y apuntó cuidadosamente con el Bowen al ruso más cercano.

Efectuó un par de disparos que se quedaron cortos. Grisha y sus hombres no estaban dispuestos a correr riesgos. En cuanto Austin abrió fuego, ellos también se echaron cuerpo a tierra.

Austin miró por encima del hombro y vio que sus compañeros ya se encontraban muy cerca del farallón. Se levantó de un salto y echó a correr en zigzag. Los asesinos dispararon de nuevo. Los surtidores de tierra se alzaron muy cerca de sus pies, pero llegó a la grieta donde estaban los demás sano y salvo.

Karla sacudió la linterna, y en las baterías aparentemente quedaba algo de energía porque la bombilla se encendió. Caminaron por el sinuoso camino. Cuando la linterna se apagó definitivamente, habían llegado a la zona donde aún había algunas casas intactas entre los escombros y ya se veía el resplandor de la ciudad subterránea. Fueron hacia allí como las polillas atraídas por una llama y muy pronto entraron en la ciudad.

Austin contempló las casas y las calles iluminadas.

—¿Qué es este lugar, el «País de Oz»? —preguntó.

Karla se echó a reír.

—Es una ciudad subterránea construida con un mineral que emite luz. No sabemos quiénes la construyeron. Esto que ven solo son los suburbios. Es muy extensa.

Schroeder le dijo a Karla que dejase la conversación para más tarde, y encabezó la marcha por el laberinto de calles hasta que se encontraron de nuevo en la plaza donde habían visto por primera vez a los animales.

Los mamuts enanos también habían vuelto a la plaza y se amontonaban alrededor

de la pirámide. Parecían inquietos y resoplaban con frecuencia mientras se movían por el lugar.

Karla vio que Austin echaba mano al revólver. Apoyó una mano en su brazo para detenerlo.

—No pasa nada. No le harán ningún daño. Están nerviosos por el ruido.

Austin había visto muchas cosas extrañas en las misiones que lo habían llevado a los lugares más remotos del planeta y a las profundidades de los océanos. Pero nada comparable a las criaturas que se movían por la plaza. Tenía delante una versión a escala, desde el rabo a los colmillos, de los antiguos gigantes que había visto ilustrados en los libros de texto.

Zavala tampoco salía de su asombro.

—Creía que estas cosas se habían extinguido.

—Se extinguieron los primeros. Estos animales son los descendientes de los grandes mamuts que una vez poblaron esta isla.

—Karla —intervino Schroeder—. Tendríamos que hablar de cómo escapar de aquellos asesinos.

—Tiene razón —asintió Austin—. ¿Hay alguna otra manera de salir de aquí?

—Sí, pero es muy larga y traicionera —contestó la muchacha.

—Yo no podré hacerlo, pero esa no es razón para que ustedes no lo intenten —dijo Schroeder—. Si me prestan un arma, los detendré aquí mientras tú y tus nuevos amigos escapáis a través de la cueva.

—Bonito intento, tío Karl —opinó Austin, con una sonrisa—. El martirio pasó de moda en la Edad Media. Permaneceremos juntos.

—Comienza a gustarme este lugar —añadió Zavala—. Acogedor. Una luz romántica. Una fragancia exclusiva en el aire.

Schroeder sonrió. No sabía quiénes eran aquellos hombres, pero se alegró por el bien de Karla de tenerlos a su lado.

—Si están dispuestos a comportarse como unos tontos, vale más que nos preparemos.

A sugerencia de Austin, Zavala fue a montar guardia donde la calle entraba en la plaza.

—¿Alguna idea? —le preguntó Austin a Schroeder.

—Es inútil correr. Podemos tomar posiciones en la plaza e intentar pillarlos con el fuego cruzado.

A Kurt le agradó que Schroeder quisiese pasar a la ofensiva. La ciudad ofrecía una infinidad de lugares donde ocultarse, pero, como Schroeder, sabía que mantenerse en constante movimiento acabaría por hacerles sentir las consecuencias.

—No sé cuántos disparos podré hacer —dijo Austin—. Hemos traído municiones, pero no esperábamos un «Little Bighorn».

—Solo tendrán que esperar a que se nos acaben las municiones y entonces podrán abatirnos uno a uno. Es una pena haber malgastado mi granada de mano.

Austin miró a Schroeder sin disimular la extrañeza. El viejo no parecía de los que van por ahí con una granada de mano en el bolsillo. Se recordó a sí mismo que las apariencias engañan. Schroeder era lo bastante mayor como para estar jubilado, pero hablaba como si fuese miembro de un equipo SWAT.

Zavala volvió a la carrera desde su puesto de vigilancia.

—Comienza la función. Nuestros amigos vienen por la calle.

Austin echó un rápido vistazo a la plaza.

—Se me acaba de ocurrir una locura —dijo, y les explicó rápidamente su plan.

—Podría funcionar —afirmó Schroeder, con un claro tono de entusiasmo en la voz—. Sí que podría funcionar.

—Será mejor que funcione —declaró Austin.

—¿No hay otra manera? —preguntó Karla—. Son unas criaturas muy hermosas.

—Me temo que no. Si lo hacemos bien, no resultarán heridos.

Karla exhaló un suspiro, consciente de que no les quedaban muchas más alternativas. En respuesta a la orden de Kurt, Karla y los demás se distribuyeron rápidamente por el perímetro de la plaza, y dejaron desprotegido el lado más próximo a la entrada de la calle. Luego, esperaron.

Los mamuts habían levantado las cabezas cuando vieron que los humanos se movían, y se pusieron más nerviosos con las ásperas voces de los hombres de Grisha. Los cazadores de marfil no se preocupaban de que los escuchasen. Quizá lo hacían con toda intención para asustar a sus presas, o porque sencillamente eran estúpidos. Pero fuera cual fuese la razón, su llegada estaba consiguiendo que los mamuts se inquietasen cada vez más.

La manada se apartó de la pirámide y se detuvo al ver a los humanos que se encontraban alrededor de la plaza. Los que se encontraban en las primeras filas se volvieron y chocaron con los demás. Los resoplidos sonaron más fuertes.

Hubo un movimiento en la entrada de la calle. Grisha asomó la cabeza. La visión y el olor de otra desagradable criatura de dos patas asustaron a los animales más cercanos. En su prisa por escapar, embistieron a los que tenían detrás.

Envalentonado por la falta de un desafío, Grisha entró en la plaza, seguido por los demás matones. Se detuvieron, asombrados por la visión de los animales que solo habían visto de lejos.

La manada había alcanzado la masa crítica. Austin puso en marcha la reacción en cadena. Disparó al aire. Zavala lo imitó. Schroeder y Karla comenzaron a vociferar a voz en grito y a dar palmadas. La manada pasó en un instante de ser unos animales inquietos a una estampida en toda regla. Con sonoros bramidos de terror, la masa de cuerpos y afilados colmillos se movió hacia la única vía de escape, la angosta calle

que los llevaría a la seguridad fuera de la caverna.

Desafortunadamente para Grisha y sus hombres, ellos se encontraban entre el enloquecido rebaño y su meta.

Los rusos levantaron las armas para disparar contra los enloquecidos animales, pero ya tenían a la manada casi encima. Giraron sobre los talones y echaron a correr. Solo pudieron dar unos pocos pasos antes de verse derribados y pisoteados por toneladas de carne de mamut. Grisha había sido el primero en emprender la huida, y su mirada buscaba frenéticamente a un lado y a otro una ruta de escape, pero resbaló y también acabó aplastado.

Austin y los demás no quisieron correr el riesgo de que la manada diese la vuelta, y continuaron haciendo todo el ruido posible.

Todo acabó en cuestión de segundos.

La plaza quedó desierta. El tronar de la manada en fuga les llegó desde muy lejos. Austin y Zavala avanzaron cautelosamente por la calle. Zavala echó una ojeada a los montones de prendas ensangrentadas que una vez habían sido hombres. Encontraron una linterna que se había salvado. Austin le gritó a Schroeder y Karla que ya podían acercarse.

—No parecen humanos —comentó la muchacha mientras pasaban junto a los cuerpos pisoteados.

Austin recordó a los científicos asesinados en la cañada.

—Quién dice que alguna vez lo fuesen.

Schroeder soltó una estrepitosa carcajada.

—Aprendí hace mucho tiempo que en las manos correctas cualquier cosa se puede utilizar como arma —dijo—. Pero en el libro de texto no aparecía nada sobre los pequeños elefantes peludos.

Austin se preguntó a qué libro se refería el viejo y a qué escuela habría ido. Dejó las preguntas para una mejor oportunidad. Aún no se habían acabado los problemas. Una vez más, recorrieron el camino entre las ruinas. La luz del sol que entraba por la grieta les dio nuevas energías. Fueron a buscar el parapente a motor, y descubrieron que Grisha y sus hombres habían destrozado la unidad propulsora y cortado a tiras el parapente.

Con los tubos de aluminio y trozos de tela improvisaron un entablillado para Schroeder. Subieron por el farallón y siguieron por el sendero hasta el borde de la caldera. Las vueltas y revueltas evitaban lo pronunciado de la pendiente pero alargaban el recorrido. Se detuvieron con frecuencia para permitir que Schroeder descansase, pero él solo se tomaba un par de minutos antes de insistir en que continuasen.

Horas más tarde, llegaron al borde y miraron la ladera exterior. La bruma oscurecía la mayor parte de la isla. Después de una última mirada al interior de la

caldera, iniciaron el descenso, que no era más fácil que la subida. El supuesto camino no era más que un sendero de superficie irregular y sembrado de piedras de todos los tamaños que hubiesen dificultado la marcha incluso en condiciones ideales.

Habían bajado poco más de la mitad de la ladera cuando descubrieron que no estaban solos. Unas figuras como hormigas subían por el sendero. El grupo de Austin continuó la marcha. Habían sido vistos, así que no tenía sentido ocultarse, pero mantuvieron las armas a punto. Austin contó seis personas. A medida que los desconocidos se acercaban, el hombre que iba en cabeza agitó un brazo para saludarlos. Un par de minutos después, Austin distinguió el rostro sonriente de Petrov.

El ruso iba acompañado por los miembros de su equipo de operaciones especiales, incluidos Verónica y su marido. Petrov recorrió a la carrera los últimos metros.

—Buenas tardes, Austin —saludó, entre jadeos—. Veo que tú y Zavala habéis agregado el alpinismo a vuestros muchos logros. Nunca dejáis de asombrarme. —Se volvió hacia Karla—. Esta debe de ser *madeimoselle* Janos. Encantado de conocerla. Al caballero no lo conozco —le dijo a Schroeder.

—Solo soy un viejo que debería estar en su casa descansando en su mecedora —respondió Schroeder con una sonrisa fatigada.

—¿Cómo has dado con nosotros? —preguntó Austin.

—Hablamos con el capitán del rompehielos. Nos informó de que habíais ido a explorar el volcán con algo que parecía un aparato aéreo.

—Era un parapente con motor.

—Ahora lo recuerdo. Aquellas dos maletas grandes.

—Sí —asintió Austin—. Por cierto, te has perdido toda la diversión.

—Todo lo contrario —replicó Petrov alegremente—. Nos hemos divertido y mucho. Encontramos a un grupo de hombres armados que venían hacia aquí en una embarcación. Nos ofrecieron un cálido recibimiento, pero nuestras gracias fueron todavía más efusivas. El superviviente nos informó que los habían enviado a ayudar a unos hombres que ya estaban aquí. —Miró por encima del hombro de Austin como si esperase ver a alguien más.

—Esos hombres ya no están con nosotros —dijo Schroeder.

—Así es —confirmó Austin—. Fueron aplastados por una manada de mamuts lanudos.

—Mamuts enanos —le corrigió Zavala.

Petrov sacudió la cabeza.

—Llevo años estudiando la cultura norteamericana, pero nunca entenderé vuestro extraño sentido del humor.

—No te preocupes —lo consoló Austin—, ni siquiera nosotros lo entendemos.

¿Crees que podrías echarnos una mano para bajar lo que queda?

—Por supuesto —manifestó Petrov. Con una gran sonrisa, metió la mano en la mochila y sacó una botella de vodka—. Pero primero nos tomaremos un par de copas.

Capítulo 32

Austin soñaba con un desfile de mamuts pigmeos por las calles de una ciudad de cristal al son de *St. Louis Blues*. Abrió los ojos. Los mamuts y la ciudad se esfumaron, pero el blues continuaba sonando. Era la música del teléfono móvil.

Mientras juraba que se mantendría lo más lejos posible de los locos rusos que bebían vodka como si fuese agua, sacó el móvil de la mochila, y consiguió decir con voz resacosa:

—Austin.

—Llevamos días intentando dar contigo y Joe. ¿Estabais metidos en una mina?

—Di mejor una caverna. Encontramos a Karla Janos, y nos encontramos a bordo de un rompehielos que se dirige a la tierra firme siberiana.

—Me alegra saber que ella está bien. Puede que sea nuestra última esperanza.

Austin se sorprendió ante la gravedad de la voz de Trout. Se sentó en el borde de la litera.

—¿Nuestra última esperanza para qué, Paul?

—Gamay y yo encontramos una copia de los teoremas de Kovacs en Los Álamos. Realicé una simulación basada en los trabajos de Kovacs y del material existente sobre la inversión polar. La situación no pinta bien.

—Soy todo oídos. —Austin estaba ahora bien despierto.

—La simulación mostró que la inversión de los polos magnéticos no es algo elástico como creen algunas personas. Una sacudida lo bastante fuerte como para provocar la inversión de los polos magnéticos provocaría un desplazamiento geológico de la corteza terrestre.

—¿Me estás diciendo que una inversión polar, una vez comenzada, es irreversible?

—Eso es lo que parece.

—¿Cuál era el margen de error en la simulación?

—Ínfimo hasta el punto de ser despreciable.

Austin tuvo la sensación de que se le había caído encima una pared.

—Hablamos de una catástrofe.

—Peor —replicó Trout—. Este es el escenario del día del Juicio Final. La destrucción a nivel mundial si esta cosa comienza está más allá de cualquier cosa imaginable o que se haya vivido antes.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—La reacción sería inmediata. Todo depende del momento en que las personas responsables de los remolinos y las olas gigantes decidan apretar el botón.

—Quizá pueda ofrecerte un rayo de esperanza. —Austin le relató a Trout su encuentro con Barrett, y la posibilidad de que existiese un antídoto para el cambio

polar.

—Es alentador. ¿Cuándo llegarás a Washington?

—Llegaremos a puerto mañana. Nos estará esperando un avión. Te llamaré en cuanto despeguemos para comunicarte la hora estimada de llegada.

—Estaré a la espera.

Austin apagó el móvil, y se quedó sentado en la litera del camarote con el oído atento al retumbar de los motores y maldiciendo la lentitud de los viajes marítimos. No había sido consciente de la urgencia de la situación cuando el capitán Ivanov le invitó a regresar en el rompehielos. Podría haber vuelto con Petrov, pero había rechazado cortésmente la oferta y le había dicho que era importante que hablase con Karla Janos. Petrov lo había mirado con una expresión divertida, y le respondió que podía llamarlo en cualquier momento.

Desde que había subido a bordo, Austin apenas si había estado con Karla. Después del reencuentro de la muchacha con María, y que atendieran las lesiones del tío Karl, todos se retiraron a sus camarotes para recuperar las muchas horas de sueño perdidas.

Austin se vistió y salió a cubierta, que estaba iluminada con la suave luz ártica. El *Kotelny* surcaba las olas a una velocidad constante. El aire frío le llenó los pulmones como si hubiese abierto un congelador. Se dirigió al comedor y se sirvió una taza de café. En la sala no había más que un par de marineros que se disponían a iniciar su turno de guardia. Buscó una mesa en un rincón, sacó el móvil del bolsillo y marcó el número que le había dado Barrett. Casi de inmediato, una voz de mujer atendió la llamada.

—Desearía hablar con Barrett —dijo Austin.

—Soy Barrett. Programé una voz de mujer para que responda.

—¿No está abusando un poco de estos juegos electrónicos?

—Diablos, Kurt, no es usted a quien le han disparado —replicó Barrett—. No sabe cómo es la gente a la que se enfrenta.

—Por eso llamo. ¿Cree que Gant y Margrave están abiertos al diálogo?

—Gant es una serpiente de cascabel. A Tris quizá se le podría hacer entrar en razón, pero está absolutamente convencido de las bondades de su causa, que no le importan los perjuicios que pueda causar. ¿Por qué lo pregunta?

Austin le hizo un resumen de su conversación con Trout.

Cuando la voz de Barrett se escuchó de nuevo, fue la de un hombre.

—Me temía que acabaría ocurriendo algo así. Oh, Dios mío. Soy el responsable del fin del mundo. Tendré que suicidarme.

—Si el mundo se acaba no será necesario —opinó Austin.

Barrett se calmó.

—Es la lógica más retorcida que he escuchado en toda mi vida.

—Gracias. Volvamos a la primera pregunta. ¿Cree que Gant y Margrave reaccionarían con la misma alarma si les explico los hechos?

—La diferencia es que yo le creo. Ellos pensarán que intenta estropear sus planes.

—Quizá valga la pena intentarlo. ¿Cómo doy con ellos?

—La fundación de Gant tiene un despacho en Washington.

—Pensaba en algo más informal.

—Espere un momento. Vi algo en el periódico. Si no recuerdo mal, Gant organiza alguna cosa con caballos en su finca con fines benéficos. Quizá podría ir usted allí. Yo podría ayudarlo.

—Es un comienzo. ¿Qué me dice de Margrave?

—Casi nunca sale de su isla en Maine. Vive aislado, y tiene un batallón de guardias que vigilan el lugar. Pero tengo algunas ideas de cómo llegar hasta él.

—Inténtelo. Haré todo lo que pueda para detener esto antes de que se ponga en marcha. ¿Todavía sigue en movimiento?

—Continúo viviendo en mi saco de dormir. Llámeme cuando llegue a casa.

Austin cortó la comunicación, se acabó el café y se disponía a volver a su camarote cuando Karla entró en el comedor. Ambos se llevaron una sorpresa al verse. Austin la invitó a su mesa. La muchacha se sentó.

—No podía dormir —comentó.

—Lo comprendo. Ha pasado por una experiencia muy dura en estos últimos días.

—Tío Karl dijo que los hombres que asesinaron a los miembros de la expedición me buscaban. Mencionó algo referente a un secreto que supuestamente sé. No tengo idea de lo que pasa, pero me siento responsable de la mayor parte de lo sucedido.

—No es culpa suya. Creen que su abuelo le confió un secreto, un ingeniero eléctrico llamado Lazlo Kovacs.

—Se equivoca. Mi abuelo se llamaba Janos, como yo.

Austin sacudió la cabeza.

—Ese es el nombre que asumió Kovacs cuando escapó de Alemania al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

—No lo entiendo.

—Su abuelo fue forzado por los nazis para trabajar en la creación de armas electromagnéticas. Consiguió escapar de un laboratorio secreto poco antes de que los rusos ocupasen Prusia oriental. Al parecer lo ayudó un joven miembro de la resistencia alemana. El alemán se llamaba Karl.

—¡Tío Karl! Siempre quise saber cuál era su relación con mi abuelo. Parecían personas muy diferentes y sin embargo absolutamente unidos.

—Ahora ya lo sabe.

—¡Esto es una locura! Mi abuelo nunca me habló de una fórmula secreta para un rayo de la muerte o lo que sea que busquen.

—Quizá sepa más de lo que cree. Su artículo sobre la extinción de los mamuts lanudos insinuaba un profundo conocimiento de su trabajo.

—Después de descubrir a esas criaturas en la isla, mi artículo es una tontería. No veo la hora de regresar allí para hacer unas investigaciones en serio.

—Petrov ha jurado trabajar a través de los canales académicos y no los gubernamentales para proteger a sus peludos amigos. Ha tenido algunos problemas políticos, y cree que esto ayudará a su causa.

—Me alegra saberlo. Pero a lo que hablábamos de mi abuelo. Fui a verle cuando estudiaba con mi teoría de la extinción cataclísmica porque era el único científico que conocía. Había un cierto escepticismo respecto a que fuese posible una inversión polar. El me dijo que podía suceder, y que había sucedido. Añadió que podía ser provocado por un fenómeno natural, o hecho por el hombre, en el futuro, cuando se tuviese la tecnología adecuada. Me mostró algunas ecuaciones relacionadas con el electromagnetismo que dijo confirmaban su opinión. Eso fue todo. Más tarde, cuando él ya había fallecido y yo trabajaba en mi tesis, incorporé su trabajo al mío.

—¿Eso fue todo lo que dijo del tema?

—Sí. Nunca hablábamos mucho de cuestiones científicas. Cuando mis padres fallecieron, él hizo de padre y madre para mí. Recuerdo que componía poemas que me recitaba para que me durmiese. —Bebió un sorbo de café—. ¿Cómo es que usted y Joe acudieron a rescatarnos?

—Me enteré por una fuente fiable que su vida podía estar en peligro debido a la relación familiar.

—¿Ustedes vinieron desde el otro lado del mundo solo por eso?

—De haber sabido que el tío Karl tenía la situación por la mano, no me hubiese preocupado tanto.

—El tío Karl me salvó la vida, pero me temo que estábamos casi en las últimas cuando usted y Joe aparecieron caídos del cielo. Estoy intrigada. Creía que la NUMA solo estudiaba los océanos.

—Por eso mismo estoy aquí. Se han producido algunas extrañas perturbaciones en el mar que podrían tener relación con algo publicado por su abuelo. Una serie de ecuaciones llamadas los teoremas de Kovacs.

—No lo entiendo.

—Usted dijo que Lazlo Kovacs sostenía que las transmisiones electromagnéticas se podían utilizar para poner en marcha un cambio polar. En el futuro.

—Sí, es correcto.

—Pues el futuro ya está aquí.

—¿Quién querría hacer algo así? ¿Por qué?

Austin levantó las manos.

—No estoy seguro. Cuando regresemos a Washington, tengo a alguien que querrá

hablar con usted. Quizá podamos aclarar algunas cosas.

—Quería pasar primero por Fairbanks.

—Mucho me temo que no tendremos tiempo. Hay mucho en juego.

—Me hago cargo. Incluso si no soy la responsable de lo que pasa, mi familia ha tenido algo que ver por lo que me ha contado. Haré todo lo posible para enmendar las cosas.

—Estaba seguro que lo diría. Mañana llegaremos a puerto. Un avión de la NUMA nos llevará a Washington. Mis colegas Gamay y Paul Trout tienen una casa en Georgetown, y estoy seguro de que les encantará alojarla. La NUMA pagará las facturas de todo lo que necesite comprar.

Karla hizo algo inesperado. Se inclinó sobre la mesa y besó suavemente a Austin en los labios.

—Gracias por todo lo que ha hecho por mí y tío Karl. No sé cómo pagárselo.

Austin le hubiese respondido normalmente a una mujer hermosa e inteligente como Karla con una invitación a cenar. Pero le había sorprendido tanto el beso que solo consiguió decir un cortés «de nada», y la sugerencia de irse a dormir.

Karla le dijo que se quedaría en el comedor un poco más y que ya se verían por la mañana. Se dieron la mano y se desearon buenas noches. En el momento de salir del comedor, Austin miró atrás. Karla se sostenía la barbilla con las manos, y parecía absorta en sus pensamientos. Pese a todas sus lecturas filosóficas, Austin no entendía nada de cómo funcionaba el destino. Los dioses se estarían despanzurrando de risa con su última broma pesada. Habían encerrado el secreto que podía salvar el mundo en la hermosa cabeza de una joven adorable.

Capítulo 33

Gant consideraba los momentos finales de la cacería del zorro como los más sublimes. Las chillonas casacas rojas, las llamadas de los cornetines, los estruendosos gritos, los ladridos de la jauría y el retumbar de los cascos eran un mero prelude del momento de la verdad cuando los sabuesos atrapaban al aterrorizado animal y lo destrozaban a dentelladas.

La presa había demostrado tener muchos recursos. El astuto animal había cruzado un arroyo, para luego saltar un tronco caído y volver sobre sus pasos en un intento por despistar a los perseguidores. Pero, al final, la jauría había arrinconado al zorro contra un espeso seto de ligustro que Gant había mandado plantar para meter a los zorros en un callejón sin salida que acababa en un muro de piedra. Incluso entonces, el animal se había defendido todo lo posible antes de acabar hecho pedazos.

Había enviado a los otros cazadores a su casa para celebrar la satisfactoria conclusión. Desmontó cerca del seto, y revivió los últimos momentos del zorro. La cacería era una práctica salvaje, pero él la consideraba como una metáfora de lo que era la vida. La lucha a muerte entre los fuertes y los débiles.

Escuchó el relincho de un caballo. Miró hacia la loma donde había sonado el relincho y frunció el entrecejo. La silueta de un jinete aparecía recortada contra el cielo azul. No podía haber nadie más cabalgando por sus campos y prados excepto los cazadores. Montó y le clavó las espuelas al caballo para ir a todo galope al encuentro del desconocido.

El hombre observó el avance de Gant desde la montura de un pura sangre alazán. A diferencia de las chaquetas rojas de los cazadores de zorro, vestía unos tejanos desteñidos y un polo turquesa. Una gorra de béisbol negra con el logo de Harley-Davidson cubría los cabellos color platino.

Gant detuvo a su montura con un violento tirón de las riendas.

—Es usted un intruso —dijo vivamente—. Esta es una propiedad privada.

El hombre no se inmutó, y sus ojos azul claro lo miraron fríamente.

—No me diga.

—Puedo hacer que lo arresten por violar la ley —lo amenazó Gant.

En el rostro del desconocido apareció una sonrisa desabrida.

—Pues yo podría hacer que lo arresten por la cacería del zorro. Incluso los ingleses la han prohibido.

Gant no estaba habituado a que lo desafiase. Se levantó en los estribos.

—Soy el propietario de más de ochenta hectáreas y todo lo que vive en ellas. Haré lo que me dé la gana dentro de mi propiedad. —Buscó la radio que llevaba enganchada en la casaca—. ¿Se marchará por las buenas o tendré que llamar a mis guardias?

—No es necesario que llame a la caballería. Conozco el camino de salida. Los defensores de los derechos de los animales no se pondrán muy contentos cuando se enteren de que sus chuchos se comen la vida salvaje local.

—No son chuchos. Son sabuesos de pura raza. Pagué una fortuna para que los trajeran de Inglaterra.

El desconocido asintió, y empuñó las riendas.

—Espere —dijo Gant—. ¿Quién es usted?

—Kurt Austin. Pertenezco a la National Underwater and Marine Agency.

Gant casi se cayó del caballo con la sorpresa. Se rehízo rápidamente, y fingió una sonrisa.

—Siempre he pensado en la NUMA en términos de caballitos de mar, no en yeguas árabes, señor Austin.

—Hay muchas cosas que no sabe de nosotros, señor Gant.

Gant permitió que por un instante la irritación asomase a su rostro.

—Sabe mi nombre.

—Por supuesto. Estoy aquí para hablar con usted.

Gant se echó a reír.

—No era necesario invadir mi propiedad para eso. Solo tiene que llamar a mi despacho y concertar una cita.

—Gracias. Lo haré. Cuando su secretaria me pregunte cuál es el motivo le responderé que quiero hablar con usted sobre sus planes de poner en marcha un cambio polar.

Austin no pudo menos que reconocer la sangre fría de Gant. Tenía un control increíble. Una leve tensión en los labios fue la única reacción al bombazo de Austin.

—Tendrá que disculparme pero no sé de qué habla.

—Quizá el *Southern Belle* le refresque la memoria.

Gant sacudió la cabeza.

—¿Un barco del Mississippi?

—El *Belle* era un portacontenedores de última generación. Fue hundido por un par de olas gigantes cuando navegaba rumbo a Europa.

—Soy el director de una fundación dedicada a luchar contra la influencia de las corporaciones multinacionales. Eso es lo más cerca que estoy del comercio transoceánico.

—Siento mucho haberle hecho perder el tiempo —manifestó Austin—. Quizá lo mejor será que hable con Tris Margrave de todo esto.

Se alejó al trote.

—Espere. —Gant hizo que su caballo avanzase a trote ligero y lo alcanzó—. ¿A dónde va?

Austin sofrenó a su yegua, y se volvió en la montura.

—Me dijo que quería verme fuera de su propiedad.

—Lamento haber sido descortés. Me gustaría invitarle a la casa para que tome una copa.

Austin consideró la invitación.

—Es un poco temprano para beber, pero me conformaré con un vaso de agua.

—Espléndido —exclamó Gant—. Sígame.

Guió a Austin a través de los prados donde los caballos estaban sueltos y llegaron al camino bordeado de árboles que llevaba a la casa de Gant. Austin había esperado ver una mansión, pero se encontró con una monstruosidad de estilo Tudor que denigraba el soberbio paisaje de Virginia.

—Menuda choza —comentó—. La fundación debe de pagarle muy bien, señor Gant.

—Fui un empresario internacional de mucho éxito antes de que comprendiera el error que había cometido y organizara la Global Interest Network.

—Es bonito tener un pasatiempo.

—No es un pasatiempo, señor Austin —replicó Gant con una sonrisa deslumbrante—. Soy una persona muy dedicada a su trabajo.

Desmontaron y les dieron las riendas a los mozos, que se llevaron a los caballos a un patio donde había varios transportes para equinos.

Gant advirtió que Austin vigilaba al mozo que se llevaba a la yegua.

—Cuidarán bien de su montura. Por cierto, un soberbio animal.

—Gracias. Lo pedí prestado por unas horas para venir aquí.

—Eso era precisamente lo que me preguntaba. ¿Cómo pasó mi reja de seguridad? Hay cámaras y alarmas instaladas por todas partes.

—Quizá es que soy un hombre afortunado —manifestó Austin, sin inmutarse.

Gant sospechó que Austin era de los hombres que se hacían su propia fortuna, pero no insistió. Ya lo hablaría con Doyle. Su jefe de seguridad venía precisamente ahora hacia ellos. Doyle miró a Austin, que era el único que no iba vestido para la cacería.

—¿Algún problema, señor Gant?

—Ninguno. Este es Kurt Austin. Es mi invitado. Recuerda su rostro, así lo reconocerás la próxima vez que lo veas.

Gant condujo a Austin a un gran patio donde se había congregado una multitud de personas vestidas con casacas rojas. Los intrépidos cazadores bebían champán y se reían mientras comentaban alborozados las incidencias de la cacería. El grupo era exclusivamente masculino y de muy alto nivel. Austin no pasaba mucho tiempo en Washington, pero reconoció los rostros de varios políticos, funcionarios del gobierno, y miembros de varios grupos de presión.

Gant lo llevó por un sendero de grava hasta una gran mesa de mármol que había

en un rincón de un jardín inglés. Le ordenó a un camarero que trajese una jarra de agua fría, e invitó a Austin a sentarse.

Austin se sentó, dejó la gorra sobre la mesa y miró en derredor.

—No sabía que aún quedase en Virginia algún club dedicado a la caza del zorro.

—No los hay, al menos oficialmente. Nosotros no somos más que un grupo de viejos amigos que intenta mantener con vida una muy antigua tradición inglesa que agoniza.

—Algo muy loable. Siempre me ha apenado que también se perdiese la costumbre inglesa del descuartizamiento público.

Gant recibió el comentario con una carcajada.

—Ambos somos hombres muy ocupados, así que no perdamos el tiempo con la historia antigua. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Cancele sus planes para provocar una inversión polar.

—Le seguiré la corriente y haré ver que sé de lo que me habla, señor Austin. ¿Por qué querría yo cancelar eso que llama inversión polar?

—Porque si no lo hace podría poner a todo el mundo en peligro.

—¿Cómo es eso?

—No sé por qué le interesa provocar la inversión de los polos magnéticos. Quizá sea porque se ha aburrido de matar animales inocentes. Pero lo que no sabe es que el cambio de los polos magnéticos pondrá en marcha un deslizamiento de la corteza terrestre. El resultado sería catastrófico.

Gant miró a Austin durante unos segundos. Luego comenzó a reírse con tantas ganas que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Es una gran idea para un cuento de ciencia ficción, señor Austin. ¿El fin del mundo?

—Si no el fin, algo muy cercano —manifestó Austin con una voz que no dejaba ninguna duda de su sinceridad—. Las perturbaciones oceánicas que hundieron al *Southern Belle* y a uno de sus propios barcos transmisores no son más que pobres ejemplos del daño que podría provocarse. Esperaba que usted entrase en razón y que interrumpiese sus planes.

La expresión jovial de Gant desapareció como por ensalmo, y fue reemplazada por una sonrisa sardónica. Miró a Austin con una mirada que parecía querer fulminarlo.

—Le diré lo que veo, señor Austin. Veo a alguien que se ha inventado una historia inverosímil por razones que se me escapan.

—Entonces mis advertencias han caído en saco roto, y está dispuesto a seguir con sus planes.

Apareció el camarero con la jarra de agua y dos vasos.

—Tengo una curiosidad, señor Austin. ¿Qué lo ha llevado a pensar que puedo

estar involucrado en un ridículo plan?

—Me lo dijo el propio *Spider*.

—¿Perdón?

—*Spider* Barrett, el hombre que desarrolló el mecanismo de la inversión polar.

—El tal Barrett le ha contado una historia tan extraña como su nombre.

—No lo creo. El y su socio, Margrave, son unos genios que tienen el dinero y el talento para probarlo. Lo que no estoy seguro es dónde encaja usted en todo esto.

—Puede estar seguro de una cosa, Austin. Cometió un error al venir aquí.

—Yo creo exactamente lo mismo. —Austin recogió la gorra y la colocó sobre los muslos—. Es obvio que no le interesa nada de lo que le pueda decir. Me marchó. Gracias por el agua.

Se levantó y se encasquetó la gorra. Gant también abandonó su silla.

—Mandaré que le traigan su caballo.

Bien regada con alcohol, la conversación en el patio resultaba ensordecedora. Gant llamó a un mozo de cuadra y le ordenó que trajese la yegua de Austin. En cuanto el mozo regresó con el animal, Austin montó de un salto. Doyle vio que se marchaba y se acercó. Sujetó las riendas como si quisiese ayudar.

—Sé cómo encontrar la salida, señor Gant. Gracias por su hospitalidad.

—Tendrá que venir otra vez cuando disponga de más tiempo.

—Lo haré.

Tocó la yegua con las rodillas, y el animal empujó al jefe de seguridad. Doyle era un chico de ciudad, y los únicos caballos que había visto de cerca antes de ir a trabajar para Gant eran los de la policía montada de Boston. Soltó las riendas y se apartó al creer que acabaría arrollado. Austin vio el miedo en el rostro de Doyle y sonrió. Se alejó de la casa al galope.

Doyle siguió la marcha de Austin con la mirada. Sus facciones eran duras como el granito.

—¿Quiere que me encargue de ese tipo?

—Aquí no, y menos ahora. Manda que alguien lo siga. Me gustaría averiguar cómo entró en la propiedad.

—De acuerdo.

—Cuando acabes tengo otro trabajo para ti. Reúnete conmigo en el jardín dentro de quince minutos.

Mientras Gant alternaba con sus invitados, Doyle sacó una radio del bolsillo y les transmitió una orden a los dos guardias sentados en un jeep a la vera del camino principal de acceso a la casa. El conductor no había acabado de responder afirmativamente cuando una yegua de pura sangre pasó a galope tendido con el jinete agachado en la montura. El guardia arrancó el motor, puso primera, y pisó el acelerador.

El vehículo iba a casi noventa kilómetros por hora cuando pasó por delante del bosquecillo de álamos donde se había ocultado Austin. Lo miró alejarse, consultó el GPS y cruzó los campos y los prados hasta llegar al bosque que bordeaba la propiedad. Un jinete salió de entre los árboles y fue al encuentro de Austin.

—Bonito día para una cabalgada por el campo, amigo —lo saludó Zavala con un lamentable intento de imitar el acento de la aristocracia británica.

—¡Al galope! ¡A por él y todos los demás! —contestó Austin.

Con la mayor tranquilidad, pusieron los caballos al trote y cruzaron el bosque hasta llegar al linde marcado por una carretera de servicio. No había ninguna valla, solo los carteles de prohibida la entrada, cada uno equipado con una cámara de seguridad.

Zavala sacó una pequeña caja negra del bolsillo y pulsó un botón. Cuando se encendió una luz verde, cabalgaron entre dos de los carteles para salir de la propiedad y llegar a una carretera pública. Había un todoterreno con un remolque para equinos aparcado en el arcén.

Spider Barrett se bajó de la cabina cuando aparecieron Austin y Zavala. Se hizo cargo de los caballos y los hizo subir al remolque. Zavala le devolvió la caja negra.

—Funcionó de maravilla —dijo.

—Es un concepto muy sencillo —manifestó Barrett—. Este artilugio no interrumpe la transmisión, algo que advertirían rápidamente. Solo la demora durante un par de horas. Acabarán por ver una imagen acelerada de ustedes dos, pero para entonces será demasiado tarde, y no le encontrarán ningún sentido. Les mostraré algo todavía más interesante.

Abrió la puerta de la cabina y sacó un pequeño televisor conectado en el mechero. Lo encendió y la imagen de Gant apareció en la pantalla, en el momento que decía: «Esta es una propiedad privada», seguido por el lacónico: «No me diga», de Austin.

—¿Alguna vez alguien le dijo que es un listillo? —preguntó Zavala.

—Constantemente.

Barrett avanzó el vídeo hasta que apareció Doyle.

—Este es el hijo puta que intentó matarme.

Austin se quitó la gorra y miró la diminuta lente de la cámara disimulada en el logo de Harley-Davidson.

—El señor Doyle se hubiese llevado un susto de muerte de haber sabido que sus ojos le observaban desde la tumba.

Barrett se echó a reír.

—¿Qué impresión le ha dado Gant?

—Inteligente. Altivo. Un psicópata de cuidado. Lo estuve observando cuando acabó la cacería. Miraba el escenario de la muerte como si fuese un santuario.

—Gant siempre me ha provocado escalofríos. Nunca he conseguido entender qué

le vio Tris.

—La maldad hace extraños compañeros de cama. No creo que haga caso de mi llamamiento a la razón, pero me dio la oportunidad de evaluarlo, y de colocar un micro debajo de la mesa antes de marcharme.

—Funciona bien, pero hasta ahora no ha captado nada.

—¿Cree que los Trout tendrán mejor suerte con Margrave? —preguntó Austin.

—Eso deseo, pero no soy muy optimista.

Austin recordó su encuentro con Gant.

—Yo tampoco.

—Brindo por Arthur C. Clarke —dijo Gant, y alzó la copa.

Se encontraba en su estudio con otros tres participantes de la cacería, todos con las casacas rojas de rigor. Uno de ellos, un hombre corpulento con cara de toro, preguntó:

—¿Quién es Clarke?

La sonrisa untuosa de Gant disimuló su desprecio.

—Es un escritor de ciencia ficción inglés que propuso en 1945 colocar en órbita tres satélites estacionarios sobre las principales masas terrestres para transmitir las señales de televisión. Su idea es lo que nos ha traído hoy aquí.

—Brindo por eso —manifestó el hombre con un fuerte acento inglés.

Levantó su copa y Gant y los otros dos hombres brindaron. Uno de ellos de una delgadez extrema. El cuarto rondaba los ochenta años. Había intentado detener el implacable avance del envejecimiento y su decadente estilo de vida con cirugía plástica, productos químicos y trasplantes. El efecto era el de una cara que se parecía mucho al cadáver de un joven.

Incluso Gant hubiese tenido que admitir que ninguno de sus socios era capaz de ganar un concurso de moral, pero eran tan increíblemente astutos y despiadados que disponían de unas riquezas fabulosas conseguidas con sus empresas multinacionales. Además todos satisfacían sus necesidades. Por ahora.

—El motivo por el que estamos aquí reunidos es mi deseo de ponerles al día sobre nuestro proyecto. Todo va sobre ruedas.

—¡Bien! ¡Bien! —corearon los otros tres.

—Como saben, el negocio de los satélites ha crecido en proporción geométrica en los últimos treinta años. Hay docenas de satélites que pertenecen a diversas compañías, y que se utilizan para la televisión, las comunicaciones civiles y militares, información meteorológica y teléfonos, y hay nuevos servicios en perspectiva. Estos satélites generan ganancias de miles de millones de dólares. —Hizo una pausa—. Muy pronto, todo será nuestro.

—¿Está seguro de que no habrá ningún tropiezo? —preguntó el viejo.

—Ninguno en absoluto. La inversión polar solo será una perturbación temporal,

pero las redes de satélites quedarán expuestas a un ataque electrónico letal.

—Excepto los nuestros —señaló el hombre esquelético.

—Así es —asintió Gant—. Nuestros satélites con escudos de plomo serán los únicos que continuarán en servicio. Nuestro consorcio estará en condiciones de dominar las comunicaciones mundiales, una posición que consolidaremos cuando compremos las demás redes existentes y pongamos en órbita más de los nuestros.

—Con lo cual ingresaremos todavía más miles de millones —manifestó el viejo.

—La fina ironía de todo esto es que nos valdremos de las fuerzas anarquistas para conseguir nuestra meta. Son los únicos dispuestos a atribuirse la ejecución del cambio. Cuando la ira del mundo caiga sobre ellos, Margrave y su gente acabarán destruidos.

—Todo eso me parece perfecto —dijo el viejo—. Pero no olvide que nuestro objetivo principal es el dinero.

—Habrá más dinero del que se pueda imaginar, y para todos —respondió Gant, aunque el dinero era para él lo menos importante.

Solo ansiaba el poder político que le brindaría tener el control absoluto de las comunicaciones mundiales. Nadie podría hacer nada sin que él lo supiese. Vigilarían millones de conversaciones. Podría acceder a cualquier archivo que le facilitaría las herramientas necesarias para la extorsión política. Ningún ejército se movería fuera de su conocimiento. Sus estaciones de televisión canalizarían la opinión pública. Tendría el poder para crear disturbios y aplastarlos.

—Brindo de nuevo por el inglés —propuso el hombre con cara de toro—. ¿Cómo dijo que se llamaba?

Gant se lo recordó. Luego levantó la copa para unirse al brindis.

Capítulo 34

Trout recogió el sedal y miró el anzuelo vacío.

—Hoy los peces no pican —comentó, enfadado.

Gamay bajó los prismáticos que había empleado para observar la isla de Margrave.

—Alguien que se ha criado en una familia de pescadores debería saber que los anzuelos funcionan mucho mejor si se les pone una lombriz.

—Pescar un pez echaría por tierra el propósito de esta producción teatral marítima, que es sencillamente de parecer que pescamos.

Gamay consultó su reloj y después miró la torre del faro pintada en bandas espirales de verde, rojo y blanco en lo alto del acantilado.

—Llevamos aquí dos horas —comentó—. Las personas que nos han estado vigilando desde la isla ya se habrán convencido de que somos inofensivos. El espectáculo de *bow babe* que les ofrecí antes dejó muy claro que solo somos pescadores.

—Yo creía que los había engañado con mi vestimenta de pescador.

Gamay miró la lata de cerveza Budweiser en miniatura en el ala del viejo sombrero de Paul y luego la bailarina impresa en la vulgar camiseta hawaiana que colgaba sobre el pantalón corto rojo.

—¿Cómo podría alguien no dejarse embaucar por un disfraz de primera?

—Percibo un muy desagradable tono de sarcasmo en tu voz que prefiero obviar dado que soy un caballero —afirmó Paul—. La verdadera prueba está a punto de comenzar.

Colocó la caña de pescar en el agujero de un estante donde había unas cuantas más y comenzó a fingir con grandes aspavientos que intentaba poner en marcha el motor fueraborda. El que hubiese quitado el cable de la bujía quizá tenía algo que ver con que el motor no arrancase. Acto 1. Luego Gamay y él se pusieron de pie y comenzaron a gesticular con mucho brío como si estuviesen sosteniendo una acalorada discusión. Acto 2. Finalmente, cogieron los remos, los colocaron en los toletes, y comenzaron a remar hacia la isla. Acto 3.

La embarcación no estaba hecha para ser impulsada a remos, y avanzaron lentamente hasta que consiguieron llegar a unos treinta metros de un largo muelle donde estaban amarradas una goleta y una motora. A todo lo largo del muelle había carteles de prohibido amarrar. Para reforzar la advertencia había un guardia de seguridad vestido con un uniforme de camuflaje, que caminó sin prisas hacia el borde del muelle.

Arrojó la colilla del cigarrillo al agua y les hizo señas para que se alejasen. Al ver que la embarcación continuaba acercándose, se llevó las manos a la boca para hacer

una bocina y gritó:

—Propiedad privada. No pueden amarrar aquí.

Trout se levantó en la popa y le respondió a voz en cuello:

—Nos quedamos sin gasolina.

—No le podemos ayudar. Esta es una propiedad privada. —El guardia le señaló uno de los carteles.

—Por favor, déjame que lo intente, señor Budweiser —dijo Gamay.

—Probablemente es de los que beben Miller —replicó Trout. Se apartó para dejarle lugar a Gamay—. Por favor, no le cuentes la historia del marido inútil. Acabaré por tener un complejo de inferioridad.

—Vale, usaré el cuento de la esposa desvalida. —Gamay levantó los brazos como si le suplicase al guardia—. No sabemos qué hacer. Nuestra radio no funciona. —Señaló el surtidor de gasolina en el muelle—. Le pagaremos el combustible.

El guardia se regodeó con la visión del magnífico cuerpo de Gamay y, sin poner más pega, le sonrió a la muchacha al tiempo que les indicaba que podían acercarse al surtidor.

Empuñaron de nuevo los remos y se acercaron en zigzag al muelle hasta estar lo bastante cerca como para ver que el guardia iba armado y tenía una radio. Trout le entregó un bidón vacío y el guardia fue hasta el surtidor y lo llenó mientras la pareja permanecía en la embarcación. Cuando lo trajo, Gamay le dio las gracias y le preguntó cuánto le debía. El guardia le dedicó una sonrisa de conquistador y respondió:

—Invita la casa.

—Entonces, por favor, entréguele esto al señor Margrave en agradecimiento por la gasolina —dijo Gamay, y le entregó un grueso sobre.

El guardia miró el sobre.

—Esperen aquí. —Se apartó para que no lo escuchasen y se comunicó por radio. Luego se acercó—. Vengan conmigo.

Los llevó más allá de unas empinadas escaleras de madera hasta el pie del acantilado. Sacó un pequeño aparato de control remoto, apretó el botón y se abrió un trozo de la pared para dejar a la vista un ascensor. Con la mano sobre la pistolera, no dejó de mirarlos mientras subían. La puerta del ascensor se abrió a una habitación circular. Una mirada les bastó a los Trout para saber que se encontraban en el faro.

El guardia abrió una puerta y salieron al exterior. Estaban en lo alto del acantilado. La visión panorámica de las resplandecientes aguas de Penobscot Bay era extraordinaria. Había tres sillas en la terraza. Un hombre ocupaba una, de espaldas a los visitantes, y miraba a través de un antejo. Se volvió hacia los Trout con una gran sonrisa.

Tenía el rostro delgado y unos ojos verdes un tanto achinados que miraban a la

pareja con una expresión risueña. Les señaló las sillas vacías.

—Hola, Gamay. Hola, Paul. Les esperaba. —Se rió al ver sus expresiones.

—No creo que nos hubiesen presentado antes —contestó Paul mientras se sentaba en una de las sillas y Gamay en la otra.

—Así es. Les llevamos escuchando y vigilando toda la mañana. Nuestros oídos electrónicos son mucho más sensibles que los aparatos de escucha que se pueden comprar en las tiendas, pero el principio es el mismo. Hemos escuchado todas y cada una de sus palabras. Creo que me traen ustedes un regalo.

El guardia le entregó el sobre. Margrave despegó la solapa y sacó un CD. La sonrisa se esfumó cuando leyó la etiqueta: «Los peligros de la inversión polar».

—¿De qué va esto? —preguntó.

Su tono había perdido la falsa cordialidad.

—El disco le dirá todo lo que quiere saber, y algunas cosas que no sabe —respondió Paul.

Margrave despidió al guardia.

—Tendría que ver el contenido —manifestó Gamay—. Le explicará toda la situación.

—¿Por qué podría estar interesado en una inversión polar? —replicó.

—Muy sencillo —contestó Gamay con una encantadora sonrisa—. Usted pretende invertir los polos magnéticos de la tierra por medio de las transmisiones de onda electromagnéticas de ultrabaja frecuencia, un proceso basado en el trabajo de Lazlo Kovacs.

Margrave apoyó la aguda barbilla en la palma de la mano y pensó en las palabras de Gamay.

—Incluso si tuviese el poder de cambiar los polos, que yo sepa no hay ninguna ley que lo prohíba.

—En cambio hay muchas leyes en contra de ser un agente de destrucción masiva —afirmó Paul—, aunque no tendrá que preocuparse de que vayan a acusarlo porque estará muerto como todos los demás.

—Dejé de jugar a las adivinanzas cuando era un niño. ¿De qué habla?

—Me refiero a que una inversión de los polos magnéticos provocará un irreversible movimiento de la corteza terrestre con resultados catastróficos.

—Si es así, ¿qué ganaría yo o cualquiera de poner en marcha ese proceso?

—Es posible que no esté usted en su sano juicio. Yo diría que probablemente es tonto.

La furia enrojeció las pálidas mejillas de Margrave.

—Me han llamado muchas cosas, pero nunca tonto.

—Sabemos por qué lo hace. Intenta detener la globalización, pero ha escogido una manera muy peligrosa para hacerlo, y sería muy sensato de su parte abandonar el

proyecto.

Margrave se levantó bruscamente de su silla. Levantó un brazo, lo llevó hacia atrás y luego lo movió con todas sus fuerzas hacia delante. El CD salió despedido de su mano en una trayectoria curva que acabó en el agua al pie del acantilado. Llamó al guardia y se volvió hacia los Trout.

—Los escoltarán hasta su embarcación. Váyanse de la isla o les hundiré la lancha y tendrán que regresar a nado a tierra firme. —Sonrió—. No les cobraré la gasolina.

Unos momentos más tarde, los Trout bajaban en el ascensor. El guardia los acompañó hasta que embarcaron, empujó la embarcación, y después se quedó en el muelle con la mano apoyada en el arma.

Desde lo alto del acantilado, Margrave vigiló a los Trout, que se alejaban, y después cogió el móvil que llevaba enganchado al cinturón y activó la llamada con una sola palabra: «Gant».

Jordán Gant atendió de inmediato.

—Acabo de recibir la visita de unas personas de la NUMA —le comunicó Margrave—. Saben muchas cosas del proyecto.

—Qué coincidencia. Yo también recibí la visita de Kurt Austin, otro miembro de la NUMA. Parecía conocer muy bien nuestros planes.

—Las personas que vinieron aquí mencionaron que nuestras acciones podrían provocar una destrucción a nivel mundial.

Gant se echó a reír.

—Llevas demasiado tiempo en la isla. Cuando llevas algún tiempo en un nido de víboras como es Washington, aprendes que la verdad es exactamente lo que quieras que sea. Es un farol.

—¿Qué debemos hacer?

—Adelantar la fecha. Al mismo tiempo, los entretendremos con una maniobra de distracción. Eliminar a Kurt Austin detendrá a la NUMA, y nos dará el tiempo que necesitamos para asegurar la finalización del proyecto.

—¿Alguien tiene alguna noticia de Karla Janos? No me hace ninguna gracia que pueda aparecer repentinamente de la nada.

—Ese es un tema resuelto. Mis amigos de Moscú me han asegurado que si les envío más dinero, Janos no saldrá con vida de aquella isla en Siberia.

—¿Confías en los rusos?

—No confío en nadie. Los rusos cobrarán cuando me traigan pruebas de su muerte. Mientras tanto, se encuentra a miles de kilómetros de aquí, y no puede interferir en nada de lo que hagamos.

—¿Cómo piensas ocuparte de Austin?

—Esperaba que me facilitases a la legión «Lucifer» para el trabajo.

—¿«Lucifer»? Ya sabes lo indisciplinados que son.

—Pensaba en el desmentido. Si algo sale mal, siempre podremos decir que son un grupo de locos asesinos que actúan por su cuenta.

—Necesitarán que alguien los supervise.

—A mí ya me está bien.

—Iré en mi lancha a Portland y de allí en helicóptero a Boston para el viaje a Río.

—Bien. Me reuniré contigo en cuanto acabe de solucionar unos temas menores.

Después de ocuparse de los detalles de último momento, Margrave colgó y le dio una orden al guardia. Entró en el faro y efectuó una llamada telefónica. Luego metió lo imprescindible en una maleta junto con el ordenador portátil. Minutos más tarde, caminaba por el muelle para ir a su lancha. El motor ya estaba en marcha. Subió a bordo con dos guardias. Soltaron amarras y Margrave aceleró a fondo. El potente motor hizo que la embarcación planease por la superficie de la bahía.

La embarcación pasó por un islote cubierto de sauces. Paul y Gamay estaban sentados en una roca a la sombra de los árboles y contemplaron el paso de la lancha que levantaba una estela de agua como la cola de un gallo.

—Por lo que parece, el señor Margrave es un hombre con mucha prisa —comentó Gamay.

—Espero que sea por alguna de las cosas que le dijimos —dijo Paul con una sonrisa.

Cruzaron el islote para ir hasta el lugar donde habían amarrado su barca y pusieron en marcha el motor. Rodearon el islote, aceleraron y siguieron la estela de Margrave.

Capítulo 35

El edificio de treinta pisos que alberga a la National Underwater and Marine Agency se encuentra en una colina de East Washington que mira al río Potomac. En la estructura de acero y cristal verde reflectante trabajan miles de oceanógrafos, ingenieros navales y científicos especializados en todo lo referente al mar que disponen de los más modernos laboratorios y ordenadores.

El despacho de Austin era una habitación espartana en el cuarto piso. Contenía los elementos habituales, entre ellos una mesa, un ordenador y un archivador. Las paredes estaban decoradas con fotos de los barcos de exploración científica de la NUMA, cartas marinas y un tablero de corcho donde colgaban artículos científicos y boletines de noticias. En la mesa se encontraba el retrato preferido de Austin: sus padres en su velero en Puget Sound. Había sido tomada en los felices días antes de que su madre falleciese de un cáncer.

La sencillez del despacho era en parte intencional. Debido a que el trabajo del Equipo de Misiones Especiales era en su mayor parte clandestino, Austin quería fundirse en el escenario de la NUMA. La otra razón para el estilo absolutamente funcional era que a menudo se encontraba en alguna misión que lo había llevado al otro lado del mundo. Su lugar de trabajo eran los océanos.

En el mismo piso se hallaba la sala de juntas de la NUMA, una imponente sala con una mesa de tres metros de largo hecha con un trozo de casco de un antiguo velero. Austin había escogido una habitación más pequeña y menos regia que la sala de juntas para planear la estrategia. La habitación con las paredes cubiertas por estanterías llenas de libros que trataban temas del mar era un lugar tranquilo utilizado a menudo por aquellos que esperaban para hacer sus presentaciones.

En el momento de sentarse a la mesa, pensó en la sala de guerra de Churchill, y en el Despacho Oval, donde se tomaban decisiones que afectarían el futuro del mundo. Claro que no disponía de divisiones de infantería o poderosas flotas. Tenía a Joe Zavala, que hubiese preferido estar al volante de su Corvette descapotable con una hermosa mujer a su lado; a Barrett, un genio de la informática con una araña tatuada en la calva; y a la hermosa e inteligente Karla Janos, con la cual Austin hubiese preferido estar ahora mismo tomando una copa.

—Paul y Gamay están de camino de Maine —anunció—. No han tenido éxito en su intento de persuadir a Margrave para que desistiese de sus planes.

—Eso significa que solo nos queda una opción —dijo Karla—. Tendremos que ser nosotros quienes pongamos fin a esta locura.

Austin miró a Karla, observó su tez cremosa sin mácula, los labios sensuales, y pensó en la injusticia de que una simple amenaza al mundo se interpusiese en el camino de un posible romance. Karla advirtió la mirada soñadora en los ojos azul

coral de Austin y enarcó una ceja:

—¿Sí, Kurt?

Pillado en el acto, Austin se apresuró a buscar una excusa.

—Me preguntaba qué tal está tu tío.

—Técnicamente, es mi padrino, pero se recupera muy bien. Estaba agotado. Los médicos quieren que se quede unos días más en el hospital, más que nada por la lesión en el tobillo. Creo que en cuanto considere que ya está en condiciones se largará.

—Me alegra saberlo. Si quieres te puedo dejar en el hospital cuando acabemos con esta reunión. Me queda de paso porque tengo que ir a un acto cerca del Manassas National Battlefield para informar de la situación a Dirk Pitt, el director de la NUMA.

—¿Pitt está librando de nuevo la guerra civil? —preguntó Zavala.

—Hasta donde sé, está satisfecho con el resultado, pero lo han pescado para no sé qué función de beneficencia cerca de Bull Run. Quiere que lo ponga al corriente de todo esto antes de ir a la sesión en la Casa Blanca. ¿Tú qué has averiguado, Joe?

—Tengo buenas noticias. Le pedí a Yeager que buscara en los archivos de los astilleros. Pensé que si podíamos averiguar dónde habían construido los barcos transmisores podríamos rastrear a los propietarios. Pero ni siquiera Max pudo encontrar una pista. Luego fui a por las dínamos, porque había la posibilidad de que las hubiese hecho para la venta al público.

—Los generadores que vimos son los que se encuentran habitualmente en las tiendas de artículos eléctricos.

—Solo hay un puñado de compañías que fabrican equipos de esas dimensiones —dijo Zavala—. Busqué en los registros de pedidos de todas ellas correspondientes a los últimos tres años. Todos fueron enviados a compañías eléctricas locales, excepto uno que supuestamente se envió a una empresa en Sudamérica, que es propiedad de la fundación de Gant. La misma compañía multinacional tiene un astillero en Mississippi. No parece algo que encaje mucho con un grupo no lucrativo.

—¿Estás seguro de que pertenecen a la fundación?

—Absolutamente. Lo comprobé en los archivos de la fundación como una entidad no lucrativa. Son los propietarios del astillero a través de una compañía fantasma en Delaware. Le pedí a alguien de la NUMA que hiciese un seguimiento con la excusa de remodelar uno de nuestros barcos de exploración científica. La compañía en sí es aparentemente legal. La gerencia dijo que acababan de hacer un trabajo de remodelación muy importante, no quisieron entrar en detalles, y que estaban interesados en hacer una oferta.

—¿Entonces los barcos todavía están allí?

—Dejaron el astillero hace unos días. Busqué en nuestros archivos la información de los satélites. Cuatro barcos zarparon la semana pasada.

—¿Cuatro?

—Tres barcos transmisores y uno que parece ser un buque de pasajeros. Todos pusieron rumbo a Sudamérica.

Barrett no había dicho palabra desde que vio la simulación virtual.

—Gracias por tu excelente trabajo, Joe. Me siento terriblemente culpable por todo esto. No puedo dejar de pensar que esta tragedia es por mi culpa.

—En absoluto —declaró Karla—. No podía saber que su trabajo sería empleado de una manera destructiva. Su caso es muy parecido a lo que pasó con mi abuelo. A él solo le interesaba la ciencia. —La muchacha sacudió la cabeza y una gran sonrisa apareció en su rostro—. *Topsy-turvy* —exclamó.

Se echó a reír al ver las expresiones de asombro alrededor de la mesa.

—Es el título de una nana que mi abuelo solía cantarme. La letra no era gran cosa, pero él siempre me decía que era algo para recordar por si algún día lo necesitaba. —Frunció el entrecejo mientras intentaba recordar el texto.

Topsy-turvy,

Turvy-topsy.

The world stands on its head

The sky's onfire,

The earth 's afraid,

The ocean leaves its bed.

El mundo se pone de cabeza.

El cielo se incendia.

La tierra tiene miedo.

El océano deja su cama.

Un profundo silencio siguió a su recital, y la propia Karla fue quien lo rompió.

—Dios mío, acabo de describir auroras boreales, terremotos y *tsunamis*.

—En otras palabras, una inversión polar —manifestó Austin—. Dinos algo más.

—Lo intentaré. Ha pasado mucho tiempo. —Karla contempló el techo de la sala—. Cada nueva estrofa comienza con *Topsy-turvy*. La siguiente dice:

The key is in the door

we'll turn the knob and hitch the latch

to still de ocean's roar.

La llave está en la puerta

haremos girar la palanca y enganharemos el pestillo

para calmar el rugir del océano.

Continúa de esta manera durante unas cuantas estrofas más, y luego acaba con mi favorita:

*Say good-bye to night.
All's well once more,
As Karla dreams
for all the world is right*

*Di adiós a la noche.
Todo vuelve a estar bien,
mientras Karla sueña
el mundo vuelve a estar bien.*

Barrett sacó un bolígrafo y una libreta del bolsillo y se los pasó a Karla.

—¿Podría escribir los versos?

—Sí, pero... —Karla pareció agitada—. ¿Cree que toda esta jerigonza puede significar alguna cosa?

—Solo es curiosidad —respondió *Spider*.

—Debemos seguir cualquier pista, por muy tonta que parezca —señaló Austin. Consultó la hora en el reloj de pared—. Tengo que irme. Nos volveremos a encontrar aquí dentro de un par de horas. —Le pidió a Zavala que llamase a los Trout para encargarles el seguimiento de los barcos transmisores, y luego le dijo a Karla—: Si quieres te dejaré en el hospital.

—Prefiero ver a tío Karl más tarde. Si voy ahora, me obligara a que lo ayude a escapar del hospital. Prefiero ir contigo para ver al señor Pitt.

—No sé qué decirte. Quizá lo más prudente sería que no te dejases ver.

—Puede, pero no me gusta la idea de estar encerrada en una casa. Lo más probable es que quien ordenó mi asesinato no sepa que estoy viva.

—Prefiero que sigas así.

—El trabajo de mi abuelo inició esta locura. Me corresponde hacer lo posible para evitar que sus investigaciones sean pervertidas.

Al ver la expresión de la joven, Austin comprendió que sería inútil agregar nada más.

Quince minutos más tarde, Austin y Karla salieron del garaje del edificio en uno de los coches de la NUMA. Austin se sumó al tráfico, sin saber que lo vigilaban desde una furgoneta provista con los equipos electrónicos de escucha y observación más modernos. El rótulo en la puerta del vehículo lo identificaba como perteneciente

a la flota de la Metropolitan Transit Authority.

Doyle se encontraba en el interior de la furgoneta, y fumaba un cigarrillo mientras él y su ayudante observaban las diversas pantallas donde aparecían las imágenes de las calles alrededor del edificio. Había cámaras ocultas en la furgoneta y en otra similar aparcada delante de la entrada de peatones que filmaban los rostros de todos los que entraban y salían del rascacielos y luego los comparaban con los registrados en la base de datos. El sistema de reconocimiento facial podía comprobar más de mil rostros por segundo.

Sonó la alarma de uno de los monitores. La señal de un reconocimiento. Una imagen de Austin al volante de un Jeep Cherokee turquesa que acababa de salir del garaje apareció en una de las pantallas. Debajo del rostro de Austin había un resumen de sus datos personales. En los ojos de Doyle brilló la excitación. ¡Bingo! Acababa de decirle a su ayudante que se pusiese al volante para seguir al jeep cuando sonó un segundo monitor. La imagen de una hermosa muchacha que ocupaba el asiento del acompañante del jeep llenó la pantalla. La base de datos la identificó como Karla Janos.

¡Un doble acierto!

Una sonrisa apareció en el rostro de Doyle. No veía la hora de contemplar la expresión de Gant cuando le dijese que Karla Janos estaba sana y salva y se había compinchado con el enemigo. Mientras la furgoneta se apartaba del bordillo y seguía al jeep, Doyle llamó a un motel en Alexandria donde estaban aparcadas seis motos Harley-Davidson. Unos pocos minutos más tarde, seis hombres salieron del motel, montaron en las motos y se pusieron en marcha para ir a reunirse con Doyle.

Capítulo 36

Karla miró a los hombres vestidos con los uniformes grises de la Confederación y los azules de la Unión que ocupaban las carreteras suburbanas con sus camionetas y cuatro por cuatro.

—Por lo visto estaba en un error —comentó—. Creía que la guerra civil se había acabado.

—Has vivido aislada del mundo —replicó Austin—. La guerra de la agresión norteña está muy viva. Grita por la ventanilla el nombre de Robert E. Lee y reclutarás a todos los voluntarios rebeldes que necesites para librar de nuevo la batalla de Gettysburg.

Austin siguió a los coches hasta un aparcamiento provisional que ocupaba dos o tres hectáreas. Después de aparcar el coche de la NUMA, se unieron a la muchedumbre de espectadores y a los que participarían en la reconstrucción de la batalla. Los carteles a lo largo del camino anunciaban que la exhibición militar y el desfile de coches a vapor era a beneficio de la asociación Friends of the Manassas National Battlefield.

Austin detuvo a un hombre con una barba bien recortada que llevaba el uniforme de un oficial confederado del ejército de Lee para pedirle unas indicaciones.

—Stonewall Jackson a su servicio —dijo el hombre con una cortés inclinación.

—Es un placer conocerlo, general. Tiene usted un aspecto magnífico. Me pregunto si sabría usted cómo se llega al lugar donde están los coches a vapor.

Jackson miró a lo lejos, y se tiró de la barba con expresión pensativa.

—Verá, en 1861 aún no se habían inventado los coches, así que no sé de qué me habla, señor. Pero si lo supiese, le sugeriría que quizá podría encontrar lo que busca cerca de Porta Pottis, que tampoco existía en mis tiempos.

—Gracias, general Jackson. Espero que disfrute de la batalla.

—Ha sido un placer —manifestó el hombre, y se llevó una mano al ala del sombrero para despedirse de Karla.

La muchacha observó a Jackson mientras se alejaba.

—Se toma el papel muy en serio, ¿no?

Austin sonrió.

—Manassas fue la primera gran batalla de la guerra civil. Los federales creyeron que aplastarían a los rebeldes. La gente vino incluso desde Washington dispuestos a pasar un día de campo, lo mismo que hoy. Los confederados se hicieron con la victoria, aunque los federales acabaron por ganar la guerra.

—¿Por qué no estamos en el verdadero campo de batalla?

—Hicieron la reconstrucción allí hace algunos años, pero las cosas se desmadraron, así que ahora la hacen en una propiedad privada.

Karla miró en derredor.

—Ahora entiendo qué has querido decir con desmadrarse.

—Como podría decir el viejo Stonewall —replicó Austin, con otra gran sonrisa—. «Ahorra tu sangre. El Sur volverá a renacer».

Los seis hombres que detuvieron sus motos junto a la furgoneta aparcada parecían haber sido clonados en un laboratorio. Todos llevaban perillas, y los tupés peinados para formar una punta de flecha.

La legión «Lucifer» era un grupo neoanarquista radical que consideraba el uso de la violencia para el desarrollo de su causa no solo justificado sino necesario. Como sus antecesores con la mirada de locos que se dedicaban a tirar bombas, estos se encontraban en los límites de la mayoría de los movimientos anarquistas que eran no violentos y que no querían tener ningún trato con ellos. Viajaban de ciudad en ciudad en sus motos, y allí adonde iban dejaban un rastro de destrucción.

Cuando Margrave se convirtió en parte del movimiento neoanarquista, buscó la ayuda de la legión. Razonó que si las élites tenían a la policía, autorizada para ejercer la violencia física, y, en algunas situaciones, matar, él y sus partidarios debían tener la misma opción. Financió a la legión, y la utilizó como su guardia pretoriana particular. Al principio le pareció divertido que se dejasen crecer la barba y se cortasen el pelo para adoptar el aspecto satánico de su jefe. Después de que se hubiesen comportado de una manera especialmente sanguinaria en varias protestas anarquistas, comprendió que se habían escapado a su control.

Los mantuvo en nómina pero recurrió a ellos cada vez menos. Había aceptado sin discutir la recomendación de Gant de contratar a una compañía para atender todo lo referente a su seguridad. Margrave se sorprendió en un primer momento cuando Gant le propuso que utilizase a la legión para asesinar a Austin y Karla, pero acabó por aceptar el argumento de que si algo salía mal las autoridades creerían que se trataba de la acción de un grupo que actuaba por libre.

Margrave sabía que los miembros de la legión eran unos psicópatas, y por eso le había insistido a Gant que Doyle no les perdiese de vista. Doyle había quitado las pegatinas de la Metropolitan Transit Authority de las puertas de la furgoneta. Cuando los motociclistas aparcaron junto al vehículo, Doyle se apeó para recibirles con una amable sonrisa que enmascaraba su desdén.

Doyle era un asesino despiadado, pero las miradas vidriosas, las sonrisas heladas y las voces apagadas de los moteros le producían escalofríos. Rogaba para que Gant no se hubiese equivocado. Había tenido que trabajar con ellos, muy a su pesar, en diversas ocasiones. Las acciones violentas de Doyle siempre eran controladas y por una necesidad concreta. Mataba por razones de trabajo: para eliminar a un competidor; para silenciar a un delator. El comportamiento indisciplinado de la legión «Lucifer» ofendía su sentido del orden.

Les señaló un jeep turquesa aparcado en la fila vecina.

—Austin y la mujer se dirigen al campo de batalla. Tendremos que encontrarlos.

Los miembros de la legión parecían ser capaces de comunicarse entre ellos sin palabras, y se movían al unísono como una bandada de pájaros o un cardumen. Se desplegaron por el aparcamiento.

Vieron un camión de la compañía Gone With the Wind Costumes. Un empleado descargaba percheros con uniformes para los participantes que no disponían de uno propio. De pronto se vio rodeado por cinco clones sonrientes. Uno lo dejó inconsciente con un golpe de porra mientras los otros cinco utilizaban sus cuerpos para formar una pantalla.

Dejaron al empleado en el fondo del camión y se ocuparon de buscar lo que necesitaban. Se llevaron el botín a la furgoneta de Doyle y se cambiaron. En unos pocos minutos, habían desaparecido los moteros vestidos con tejanos y camisetas. En su lugar había tres soldados sudistas y tres de la Unión. Se metieron las escopetas de cañón recortado en la cintura de los pantalones, y luego montaron de nuevo en las motos para lanzarse como lobos hambrientos en busca de la presa.

Doyle salió de la furgoneta y se unió a los transeúntes. Mientras caminaba entre el público y los participantes en el espectáculo, observaba a la multitud como un radar. Tenía una visión casi perfecta, que era algo precioso para un cazador, y su atenta mirada no tardó en ver los cabellos blancos de Austin. Un segundo más tarde, vio a la bella rubia que lo acompañaba. Su rostro era el mismo que había aparecido en la pantalla y que la base de datos había identificado como el de Karla Janos.

Cogió la radio y envió un breve mensaje a la legión «Lucifer».

Austin había encontrado los coches a vapor. Había unos veinte Stanley alineados en el borde del campo.

Un hombre de mediana edad con una planilla en la mano recorría la hilera.

—Busco a alguien con un poco de autoridad —dijo Austin.

—Tengo tan poca autoridad como cualquiera —replicó el hombre con una sonrisa y le tendió la mano—. Doug Reilly. Soy el presidente del Virginia Stanley Steamer Club. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Busco al propietario de uno de los coches. Se llama Dirk Pitt.

—Ah, sí. La réplica del Vanderbilt Cup Racer de 1906 que está allí es el de Pitt. —Reilly le señaló un coche descapotable rojo que tenía un largo capó redondeado que parecía un féretro—. Solo que quedaban dos originales y hasta donde sabemos, ya no existen. Sin embargo, los motores sí que son los Stanley originales. Grandes trepadores de montañas.

—¿Cuál es el suyo?

Reilly los llevó hasta un resplandeciente sedán negro del año 1906, y les señaló las exclusivas características del coche como un padre orgulloso.

—¿Saben algo de estos viejos cacharros?

—En una ocasión conduje uno en un rally. Pasé más tiempo mirando los controles que la carretera.

—Una descripción exacta —afirmó Reilly, con una risita—. El Stanley Steamer fue el vehículo más rápido y potente de su época. Un Stanley con la carrocería «canao» batió la marca mundial de velocidad en 1906; alcanzó los doscientos tres kilómetros por hora. Daban el máximo de potencia en cuanto pisabas el acelerador. Eran capaces de ir de cero a noventa y seis kilómetros en el tiempo que la mayoría de los conductores de los coches de gasolina aún estaban renegando con las marchas.

—Es sorprendente que en la actualidad no estemos todos conduciendo coches de vapor —comentó Austin.

—Los hermanos Stanley no quisieron fabricar sus coches en serie. Henry Ford hacía tantos en un día como ellos en un año. El Cadillac de 1912 introdujo el arranque eléctrico. Todos estos coches ya tienen las calderas en marcha para ahorrar tiempo. Si los hermanos Stanley hubiesen descubierto la manera de hacer arrancar sus coches más rápido, y mejorado la producción y la comercialización, hoy ninguno de nosotros utilizaríamos coche con motores que los Stanley llamaban «motores de explosión interna». Perdonen por alejarme del tema.

—No lo sienta —dijo Karla—. Es fascinante.

Reilly se ruborizó.

—Todos los demás propietarios han ido a ver la reconstrucción. Yo me he quedado para vigilar. Cuando acabe la representación, encabezaremos un desfile por el campo.

Austin le dio las gracias a Reilly, y después él y Karla fueron hacia el campo. El estruendo de la artillería y los mosquetes les avisó que el espectáculo había comenzado. Mientras caminaban por el campo, vieron a la multitud que no se perdía detalles del avance de las tropas. Los disparos de los mosquetes sonaban como el descorche de las botellas de champán, y el viento les traía el olor de la pólvora.

Una veintena de retrasados iban hacia el campo. Austin le estaba ofreciendo a Karla una lección de historia sobre las batallas de Bull Run cuando, con el rabillo del ojo, vio a alguien que se movía lateralmente en lugar de seguir el flujo de peatones. El hombre cruzó entre ellos, se detuvo a unos quince metros y se volvió para mirarlos. Era Doyle, el sicario de Gant.

Doyle se encontraba lo bastante cerca como para que fuese clara la expresión dura en su rostro. Los miró por un momento, luego metió la mano debajo de la chaqueta. Austin vio el reflejo del sol en algo metálico en su mano. Sujetó a Karla firmemente por el brazo, y la llevó de vuelta por donde había venido.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha.

La respuesta de Austin quedó ahogada por un rugido gutural. Seis Harley-

Davidson cruzaban el campo a toda velocidad. Tres de los motociclistas que vestían uniformes del ejército confederado se acercaban por la izquierda, y los tres con el uniforme azul de la Unión por la derecha.

Austin le gritó a Karla que corriera. Echaron a correr con todas sus fuerzas mientras los moteros se acercaban en una clásica maniobra de tenazas pero se detuvieron antes de acercarse más a la presa. Un coche de la policía con todas las luces de emergencia en marcha apareció en la escena. El vehículo pasó junto a Karla y Austin y se detuvo. El agente se bajó del coche y agitó los brazos en alto.

Se disponía a sacar el talonario de multas cuando uno de los moteros vestidos de azul sacó una escopeta de debajo de la chaqueta y apuntó. La detonación se mezcló con el sonido de las descargas en el campo de batalla. El agente se desplomó con una tremenda herida en una pierna. Sin mirar atrás, los moteros formaron una columna y reanudaron la persecución.

Reilly estaba muy entretenido en sacarle brillo a su coche cuando escuchó el tronar de las motos. Levantó la cabeza y vio a Austin y Karla que corrían hacia él. Su sonrisa se convirtió en una expresión de horror al ver que los motociclistas los perseguían.

Austin se acercó a los coches y le dijo a Karla que subiese al Stanley rojo. Él se sentó al volante. Reilly corrió hacia ellos.

—¿Qué hace? —preguntó.

—¡Llame a la policía! —replicó Austin.

—¿Para qué? —quiso saber Reilly.

—Para informar del robo de un coche.

Austin escuchó el ruido de las motos. Ya las tenían casi encima. Soltó el freno de mano y desatornilló la mariposa del acelerador en la columna del volante. Luego movió la palanca del acelerador hacia delante. El vapor llenó los cilindros.

Los moteros se encontraban a unos pocos metros cuando el coche aceleró suavemente casi sin ningún ruido. Austin giró el volante y evitó por los pelos no chocar con el siguiente vehículo de la hilera.

Un segundo más tarde pisó el freno a fondo y giró todo el volante para no atropellar a una pareja con dos hijos pequeños que cruzaban el camino. Austin se dirigió hacia el campo donde se desarrollaba el simulacro de la batalla. Doyle intentó cerrarles el paso. Estaba directamente delante de ellos y les apuntaba con una pistola que sujetaba con las dos manos.

Austin le gritó a Karla que se agachase. Con la cabeza protegida detrás del volante, guió el coche hacia Doyle, que tuvo que apartarse de un salto para no acabar arrollado. Intentó disparar. El guardabarros le rozó la cadera, y el disparo se perdió en el aire.

El Stanley continuó su carrera. Austin recordó que en los coches a vapor era

necesario acelerar lentamente para conseguir el rendimiento máximo. Tenía que utilizar toda su concentración para atender a los instrumentos correspondientes a media docena de funciones.

Miró por el espejo retrovisor. Tenía las motos a unos treinta metros y acortaban distancia. Se habían desplegado para iniciar una maniobra por los flancos que encerraría al coche entre dos grupos. El Stanley y las motos se acercaban a la multitud que presenciaba la demostración militar.

Austin hizo sonar la bocina. Unas cuantas personas miraron en su dirección, pero los bocinazos no podían competir con la artillería y los mosquetes. Frenó y tocó de nuevo la bocina. Alguien finalmente advirtió su presencia. Los espectadores comenzaron a apartarse. Para entonces, los legionarios de «Lucifer» se acercaban por ambos lados.

El coche a vapor y las motos continuaron su carrera a través del campo cubierto de humo entre las tropas de la Unión y las confederadas, que avanzaban en largas hileras de tres en fondo. Cesaron los disparos de los cañones y los mosquetes. Austin escuchó algo que no se esperaba. Aplausos.

—¿Por qué aplauden esos idiotas? —preguntó Karla.

—Deben de creer que forma parte del espectáculo.

Austin se irguió en el coche y soltó un alarido escalofriante mientras pasaban entre los ejércitos enfrentados.

—¿Estás bien? —preguntó Karla, alarmada.

Austin le dedicó una sonrisa.

—Demonios, sí. Siempre he querido soltar el grito rebelde. Sujétate.

Habían acabado de atravesar el campo y se acercaban a una hilera de cañones llevados para la ocasión. Austin frenó para poder virar bruscamente sin tumbar. Los moteros mantuvieron la velocidad, y vieron la oportunidad de acercarse. Los líderes se encontraban a unos metros del guardabarros derecho e izquierdo.

Karla miró al motero a su derecha y gritó:

—¡Tiene un arma!

El hombre sujetaba el manillar con una mano, y con la otra apoyó la escopeta en el brazo con los cañones apuntados a la cabeza de Karla. Austin no pensó; sencillamente reacción. Dio un volantazo a la derecha y después enderezó.

El sólido guardabarros aplastó la pierna derecha del hombre. La moto se tambaleó por un instante y luego dio un par de vueltas de campana mientras el conductor volaba por los aires. Austin intentó hacer lo mismo con el otro, pero el motero, al ver la suerte corrida por su compañero, evitó la embestida con una rápida maniobra.

El coche subió la colina sin aminorar la velocidad, y comenzó el descenso. Austin vio los coches que circulaban por la autovía que bordeaba el perímetro del campo. Tuvo que esquivar un murete de piedra y una valla protectora, pero, un momento más

tarde, el Stanley saltó por encima del arcén y aterrizó sobre dos carriles de la carretera.

Enderezó el volante y movió el acelerador. En el pavimento, el coche se convirtió en un pura sangre que quería correr. Las ruedas macizas se agarraban al pavimento. Adelantó a un par de coches con los moteros a la zaga, y en cuanto se encontró con el camino despejado, dejó que la velocidad subiese a los ciento treinta kilómetros por hora. Vio el cartel indicador de una entrada a la autopista y pisó un poco el freno. Los perseguidores también redujeron al sospechar una trampa.

Austin se metió en la rampa y Stanley entró en la autopista. Maniobró entre los coches más lentos, pero no consiguió desprenderse de los moteros. Lo probó aumentando la velocidad a ciento cincuenta y después a ciento sesenta. Apenas si conseguía ver con el viento de cara.

—¿Dónde están los policías de tráfico cuando los necesitas? —gritó.

Karla estaba acurrucada en el asiento para protegerse del viento.

—¿Qué?

—¿Tienes un móvil?

—¿Quieres hacer una llamada? —preguntó la muchacha, incrédula.

—No, quiero que tú la hagas. Llama a la policía del estado y diles que en la autopista hay un loco con un viejo coche rojo perseguido por un grupo de moteros vestidos con uniformes de la guerra civil. Eso tendría que llamarles la atención.

Karla sacó el móvil del bolsillo. Marcó el número de emergencias. Cuando la pusieron con la policía, les comunicó el mensaje de Austin.

—Dicen que enviarán a alguien a comprobarlo. No estoy muy segura de que me creyesen.

Las motos volvían a acercarse. Austin era consciente de que estaba exigiendo al Stanley al máximo y que debía mirar los indicadores para evitar una avería, pero tenía demasiado trabajo en mantenerse en el carril.

Una sombra en movimiento apareció de pronto en el pavimento. Miró hacia arriba y a un costado. Un helicóptero lo seguía a la par.

—¡Sí que son rápidos!

—No es la policía —dijo Karla—. Es el helicóptero de una emisora de televisión que informa del tráfico.

El aparato los adelantó un poco para transmitir la persecución. Austin se estrujó el cerebro para elaborar un plan, pero se le habían agotado las ideas. Pasaron por una rampa de salida. Miró por el espejo retrovisor. Los moteros habían reducido la velocidad para después tomar la salida.

—Nuestros amigos nos han abandonado —comentó.

Karla se volvió a tiempo para ver cómo el último soldado rebelde se marchaba.

—¿Por qué? —preguntó.

—Les dan vergüenza las cámaras. No quieren aparecer en las noticias de las seis.

Aminoró la velocidad a noventa. La pareja saludó a los tripulantes del helicóptero.

Continuaban saludando cuando tres coches de la policía estatal de Virginia con las sirenas y las luces de emergencia encendidas los alcanzaron. Austin se detuvo en el arcén y de inmediato el Stanley se vio rodeado de agentes armados. Austin le recomendó a Karla que mantuviese las manos donde los policías pudiesen verlas. En cuanto los agentes comprobaron que no eran peligrosos y tras verificar la licencia de conducir y la identificación de la NUMA parecieron más interesados en el coche que en sus ocupantes.

Austin les habló de los seis moteros que habían intentado sacarlos de la carretera, y a sugerencia suya, hablaron con alguien de la NUMA, que avaló a Kurt. En la emisora de televisión confirmaron la historia de la persecución. Pasada una hora, le devolvieron la licencia a Austin y les dijeron que podían marcharse.

Pasaron por un lavadero de coches para limpiar la hierba y el fango de la carrocería. Austin se sorprendió al ver que el Stanley no había sufrido ningún daño. Algunos de los espectadores que se marchaban les sonrieron cuando los vieron llegar. Un hombre alto de pelo oscuro y ojos opalinos los esperaba pacientemente.

Austin frenó el coche y sonrió.

—Hola, Dirk. Gracias por dejarme el coche.

—Te vi pasar como una exhalación entre las filas combatientes perseguido por los Ángeles del Infierno. ¿Qué ha pasado?

—Ella es Karla Janos. Karla, Dirk Pitt.

El director de la NUMA le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Ardía en deseos de conocerla, señorita Janos.

—Gracias.

—¿A qué velocidad lo has puesto? —le preguntó Pitt a Austin.

—Durante un rato a ciento sesenta.

—Impresionante. Yo solo me atreví hasta los ciento cincuenta.

—Lamento haberme llevado tu coche sin avisarte. Necesitábamos un transporte urgente. Alguien intentó matarnos.

—No es más que una réplica. No te preocupes. —Pitt caminó alrededor del coche para ver si mostraba algún daño, y, al comprobar que no lo había, añadió—: No todo el mundo tiene un coche que estuvo en la tercera batalla de Bull Run.

Sonó el móvil de Austin. Atendió la llamada. Era Barrett, y parecía excitado. Se escuchaba un ruido de motor en el fondo.

—Apenas si le escucho —dijo Austin—. ¿Qué es ese ruido?

—Siempre pienso mejor cuando voy en moto. Creo que lo tengo.

—¿Tener qué?

—La nana. Era un código. Tengo la fórmula del antídoto.

Austin no se lo podía creer.

—Repítalo.

—El antídoto —gritó Barrett, convencido de que Austin sencillamente no le escuchaba por el ruido de la motocicleta—. Tengo el antídoto de Lazlo Kovacs para el cambio polar.

Capítulo 37

Poco después de la puesta del ardiente sol brasileño detrás de las montañas, el estilizado buque *Polar Adventure*, de ciento quince metros de eslora, zarpó del puerto de Río de Janeiro y puso rumbo al sur hacia las aguas abiertas del Atlántico a una velocidad de quince nudos.

El *Polar Adventure* había sido construido en un astillero danés a finales de la década de los noventa, y había servido como barco de crucero para llevar a los turistas por el Mediterráneo, luego a Groenlandia y posteriormente a la Antártida. La compañía que lo explotaba lo había vendido recientemente a una empresa fantasma montada con ese fin por la fundación de Gant.

La adquisición había sido un mero truco contable. En los libros, los millones de dólares gastados en la compra y reforma del barco aparecían como dedicados a la construcción de una fábrica en Santiago de Chile. El *Adventure* había sido diseñado originalmente como una versión pequeña de los grandes buques de crucero. Las cubiertas y los camarotes habían sido lujosamente decorados con madera y latón. Los pasajeros podían disfrutar del viaje desde la comodidad de los camarotes en cubierta, el comedor y el bar con grandes ventanas panorámicas, en las cubiertas techadas, o desde la plataforma de observación debajo del puente.

Mientras la nave surcaba las aguas del Atlántico Sur, Gant y Margrave se encontraban en una plataforma en las profundidades del barco, que daba a un gran espacio abierto. Una enorme estructura metálica con forma de cono sujeta con andamios se elevaba en el centro. Unos cables muy gruesos conectaban el cono con cuatro inmensas dínamos, dos a cada lado de la estructura. Una piscina debajo del cono permitía bajarlo al mar.

—Hemos quitado todo lo superfluo debajo de la cubierta principal para hacer espacio para este montaje —dijo Margrave, que acompañó sus palabras con un amplio gesto—. Después de los primeros ensayos, decidimos que no necesitábamos cuatro barcos. Uno solo, bien equipado, podía proveer la energía suficiente para hacer el trabajo. Hemos concentrado las transmisiones de baja frecuencia a un punto central desde los cuatro barcos.

—Si no lo he entendido mal —manifestó Gant—, aquello producía una dispersión de las vibraciones electromagnéticas a lo largo de la periferia del punto escogido, con la consecuencia de provocar la aparición de olas gigantes y remolinos como los que hundieron al *Southern Belle* y a nuestro barco transmisor.

—Así es. Solucionamos el problema al utilizar un único transmisor que es este que ves, con un aumento en el nivel de potencia. Eso también hizo que no fuese necesario construir otro barco para reemplazar al hundido en los primeros experimentos. No tuvimos más que trasladar las dínamos de los otros tres barcos y

añadir una.

—¿Estás satisfecho con la tripulación que enrolé?

—Tienen pinta de ser unos asesinos, pero saben moverse a bordo.

—Son asesinos y conocen el mar. Utilicé a mis viejos contactos para reclutarlos. Todos son antiguos piratas que ahora realizan los trabajos de vigilancia marítima para nuestra compañía de seguridad.

Los dos hombres salieron de la bodega y fueron por la cubierta de paseo hasta la plataforma de observación debajo del puente. Las grandes ventanas de la plataforma equipada a todo lujo permitían ver la afilada proa que hendía las aguas.

—Este era el lugar desde donde los pasajeros observaban la fauna salvaje —comentó Margrave—. Nosotros veremos desde aquí cómo ocurre la inversión.

Pulsó un interruptor y una pantalla bajó del techo. En la imagen se veía un diagrama de los hemisferios.

—Siempre me han gustado las películas caseras —dijo Gant.

—Pues esta te encantará —afirmó Margrave, con una risita—. Tendremos toda la zona de impacto vigilada desde nuestros satélites con blindaje de plomo. Veremos cómo se producen las olas gigantes y los remolinos en la periferia. Será espectacular.

—Espero que no demasiado espectacular.

—No me digas que te has creído todas aquellas pamplinas alarmistas de Austin y sus amigos.

—Soy un político, no un científico. Pero sé que Austin pretendía torpedear nuestro proyecto con la amenaza de una supuesta catástrofe. —Gant sonrió—. Quizá yo hubiese hecho lo mismo de haber estado en su lugar, sin poder hacer más que observar impotente aquello que no puedes evitar.

—No nos tomamos los teoremas de Kovacs en sentido literal. Hemos hecho docenas de simulaciones. Las olas y los remolinos en todo el perímetro de la zona se extenderán hacia afuera. No creemos que haya muchos barcos en el área, pero los daños colaterales son a veces inevitables en cualquier gran empresa.

—¿Las brújulas cambiarán en el acto?

—Esa es nuestra estimación. Recalibraremos los sistemas de navegación momentos antes de iniciar el cambio y trabajaremos desde los satélites blindados. —Margrave mostró su sonrisa más satánica—. Este será el único barco en el mundo en condiciones de navegar.

—Explícame algo más de la zona de impacto —pidió Gant.

—La tienes en pantalla. Nuestra amiga, la anomalía del Atlántico Sur. Como te dije antes, en esencia es un «hueco» en la magnetosfera donde el escudo natural se reduce. —Señaló un punto donde se cruzaban las coordenadas—. A unas trescientas millas de la costa de Brasil tenemos el área con la polaridad más débil, donde se produciría la inversión polar natural.

—El nuevo polo norte —dijo Gant.

Margrave se echó a reír.

—Espero con ansia ver las expresiones de las élites cuando descubran que las advertencias de «Lucifer» no son solo palabrería.

Gant le dedicó su más cálida sonrisa. El esperaba con ansia ver la expresión de Margrave cuando descubriese que todo el trabajo y el dinero que había invertido en el proyecto del cambio polar solo beneficiarían a las élites que tanto despreciaba.

Capítulo 38

Barrett ocupaba una mesa en un tranquilo rincón de la Leesburg Country Tavern. Escribía furiosamente en una servilleta, la cabeza inclinada sobre su trabajo. La mesa estaba cubierta con docenas de servilletas hechas una bola. No había probado ni un sorbo de la jarra de cerveza que había pedido. Trabajaba sin darse cuenta de las miradas que los demás parroquianos dirigían al tatuaje en la calva.

Austin y Karla se sentaron a la mesa. Barrett intuyó que tenía compañía y levantó la cabeza para mirarlos con una expresión ausente. Luego sonrió al ver quiénes eran.

—No os imagináis lo mucho que me alegra veros. Estoy a punto de estallar.

—Por favor, no lo hagas precisamente ahora —dijo Austin.

Le preguntó a Karla qué quería beber, y pidió dos claras.

Recorrer el campo de Virginia en un descapotable les había dado mucha sed. En cuanto les sirvieron las cervezas, Austin se bebió la mitad de un trago, y Karla hundió la nariz en la blanca espuma.

Antes de ir a reunirse con Barrett, Austin había informado a Pitt de las últimas novedades. Pitt le había dicho que llamaría a Sandecker, que regresaba al día siguiente de una gira diplomática, para concertar una cita con el presidente que en aquellos momentos, realizaba una visita a una región del Medio Oeste afectada por una serie de tornados. Mientras tanto, quería que Austin asistiese a una reunión en el Pentágono. Como si fuese poco, le dio a Austin carta blanca para utilizar los inmensos recursos de la NUMA.

—Lamento haber tardado tanto —dijo Austin, que disfrutó con el sabor de la cerveza helada—. Vinimos lo más rápido posible. Había un ruido de fondo cuando llamaste, y no estaba muy seguro de haber entendido correctamente. Algo referente a la nana, pero no capté el resto.

—Después de que os fuerais a Manassas, comencé a darle vueltas a la nana de Karla. El título, *Topsy-Turvy*, y algunas de las frases encajaban con lo que sabemos de la inversión polar. Algo que no podía ser una simple coincidencia.

—Sé por propia experiencia que pocas cosas lo son —señaló Austin—. Sin embargo, sí es una coincidencia que todavía tenga sed y haya una jarra de cerveza sin tocar en la mesa.

—Estoy demasiado nervioso como para beber. —Barrett le acercó la jarra, y Austin la compartió con Karla.

—Hablábamos de las coincidencias —le recordó Austin.

—Efectivamente. Kovacs es un criptógrafo aficionado. Comencé con la premisa de que la rima debía contener algún código. Me dije que los pareados con *Topsy-Turvy* no podían ser más que valores nulos, o sea letras o palabras intercaladas en el cifrado para despistar, así que los eliminé para concentrarme en el texto principal. El

cifrado es diferente a un código, que normalmente requiere de un libro de código para hacer la traducción. Para desentrañar un cifrado, necesitas tener una clave o llave, que está incluida en el propio mensaje. Una frase resultó aparente en el acto.

—*The key is in the door* —dijo Karla, sin pensarlo.

—¡Esa es! Parecía obvia, demasiado obvia —manifestó Barrett—, pero Kovacs era un científico sin duda obsesionado con la precisión. Para él lo más exacto hubiese sido decir la llave está en la cerradura.

—Por lo tanto, la clave es la palabra *door* —señaló Austin.

—Eso mismo creí yo. *Door* se convirtió en mi palabra clave. Tienes que considerar el descifrado de dos maneras. En un nivel trabajas con la mecánica, como es la transposición y sustitución de palabras o letras. En otro, lo que buscas es el significado de las cosas. —Al ver que la explicación caía en saco roto, preguntó—: ¿Qué hace una puerta?

—Eso es fácil —respondió Karla—. Separa una habitación de otra. Tienes que abrirla para pasar.

—Correcto. La primera letra de la palabra es la D.

Cogió una servilleta limpia y escribió:

DEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZ ABC

—Esto fija el orden de las letras del alfabeto. Tomé la última letra de *door* y empleé la misma configuración para el alfabeto cifrado.

—Déjame que lo pruebe —pidió Karla.

Cogió el bolígrafo y escribió:

RSTUVWXYZABCDEFGHIJKLMN OPQ

—Te compraré un billete para Bletchey Park —dijo Barrett. Bletchey Park había sido el cuartel general de los descifradores de códigos británicos durante la Segunda Guerra Mundial.

—Si utilizas los alfabetos para escribir la palabra *message*, no consigues más que un galimatías —afirmó Karla, que miró la palabra con una expresión de desconsuelo.

—Tu abuelo no quería poner las cosas fáciles. Yo también me encontré con el mismo resultado. Entonces volví a la palabra clave. D y R están separadas cuatro espacios en *door*. Escribí cada cuarta palabra en el verso principal, pero el instinto me dijo que era demasiado. Así que probé con cada cuarta letra. Seguí sin encontrar nada donde hincar el diente. Luego pensé que D y R están separadas por quince letras en el alfabeto. Apliqué la fórmula al poema y anoté cada decimoquinta palabra. A continuación empleé el alfabeto normal y el cifrado para el criptoanálisis. ¿Está claro?

—No —contestó Austin.

—Yo tampoco lo vi claro —admitió Barrett, con una sonrisa—. Así que hice trampa. Lo introduje todo en el ordenador. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una

hoja impresa—. Esto es lo que conseguí.

—Una mezcolanza de vocales y consonantes, pero ni una sola palabra —dijo Karla.

—Lo probé de cien maneras. Llamé a un profesor del MIT que habla húngaro y lo apliqué. Nada que hacer. Entonces recordé que Kovacs hablaba rumano, así que llamé a un tipo que tiene un restaurante rumano en Seattle. No le encontró ningún sentido. Me hubiese arrancado los cabellos, de haber tenido. Volví a las palabras descartadas, en particular a *Turvy-Topsy*. Se me ocurrió que podría aplicarlas.

—¿Cómo pudiste invertir el mensaje? —preguntó Karla, con un tono escéptico.

—No pude. Pero podía interpretar las palabras sueltas e invertirlas, como en la segunda línea del poema. Eso hice. Seguía sin tener sentido. Entonces tuve una epifanía. Mientras iba en la moto, comprendí que no se trataba de palabras. Era exactamente lo que parecía: una serie de letras. Saltado ese obstáculo, deduje que en el mensaje había números. De nuevo al ordenador. Algunas letras eran indicadores, o sea que la letra siguiente era un número. La A precedida por otra letra equivale a 1, B equivale a 2, y así sucesivamente.

—Me he vuelto a perder —reconoció Austin.

Por la expresión en el rostro de Karla, la muchacha también se había perdido en el reino de «Criptolandia».

Barrett dejó la hoja impresa y recogió la servilleta con las dos manos.

—Esto es una ecuación.

—¿Una ecuación para qué? —preguntó Austin.

—En sí mismo, el mensaje no tiene sentido, pero debemos mirarlo en el contexto. Kovacs quería que solo lo viera una persona: Karla. Le dijo que siempre tendría el poema si lo necesitaba.

—¿Está diciendo lo que creo que dice? —dijo Austin.

—Acabo de descubrirlo hace solo unos minutos, y, por lo tanto, no puedo estar seguro hasta ponerlo a prueba. Pero es posible que Kovacs nos haya dado una serie de frecuencias electromagnéticas.

—El antídoto —susurró Karla.

Austin recogió la servilleta con un cuidado infinito.

—¿Esta es la frecuencia que puede neutralizar la inversión de los polos?

La nuez de Adán de Barrett se movió un par de veces.

—Demonios, eso espero.

Karla se inclinó sobre la mesa y estampó un beso en la calva de *Spider*.

—Lo has conseguido.

Barrett no parecía muy contento para ser un hombre que acababa de salvar al mundo.

—Quizá. Me temo que no dispongamos de mucho tiempo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Austin.

—Después de nuestra reunión, escuché las conversaciones telefónicas captadas por el micro que colocaste en la casa de Gant. Había una de él y Margrave. Se han marchado del país.

—Maldita sea. ¿Adónde han ido?

—No lo sé. Margrave nunca llegó a explicarme los planes de la fase final. Pero no es el dónde lo que me preocupa, sino el qué. Creo que se disponen a llevar a la práctica el plan del cambio polar.

—¿Alguna estimación del tiempo de que disponemos?

—Es difícil saberlo —respondió Barrett—. La zona se encuentra en el Atlántico Sur. No estuve presente en las reuniones finales, así que no sé nada del punto exacto. En cuanto estén allí, solo será cuestión de horas antes de que pulsen el interruptor.

Austin le devolvió la servilleta.

—¿Esta ecuación se puede convertir en algo que sirva para neutralizar la inversión?

—Por supuesto. De la misma manera que $E=mc^2$ se transformó en la bomba y la energía nuclear. Solo necesitas los recursos y el tiempo.

—Tendrás todos los recursos que necesites. ¿Cuánto tiempo te llevará construir algo que haga el trabajo?

—Necesitaré ayuda. Yo haré los cálculos y el modelo a escala, pero otros tendrán que encargarse de fabricar el modelo real.

—Tendrás la ayuda. ¿Cuánto tiempo?

Barrett esbozó una sonrisa triste.

—Setenta y dos horas. Quizá.

—Treinta y seis horas ya me valen —replicó Kurt—. ¿Cómo será el tamaño del aparato?

—Muy grande. Tú viste el montaje en el barco transmisor.

—Caray —exclamó Austin. Su enorme confianza flaqueó por una fracción de segundo, pero su mente ya funcionaba a tope—. ¿Qué harás con esta cosa en cuanto la hayas acabado?

—Transmitir unas ondas electromagnéticas que cubrirán aproximadamente la misma área que el cambio polar. —Sacudió la cabeza—. Tendremos que averiguar cómo se puede trasladar el neutralizador a la zona. Maldita sea. No tengo consuelo. No creí que acabaría siendo el responsable de todo esto.

A pesar de su aspecto agresivo, Barrett tenía una psique frágil. Austin comprendió que la culpa estaba destrozando al genio informático, y eso era algo que no podían permitirse.

—Entonces no se me ocurre nadie más indicado para ponerle remedio —afirmó—. Deja que yo me encargue del transporte. Tengo una idea que podría funcionar.

Se levantó de la silla y dejó unos billetes en la mesa para pagar las cervezas. Al salir de la taberna, Austin vio que *Spider* iba hacia su moto.

—¿Adónde vas?

—Voy en mi moto.

—Mandaré a alguien para que la recoja —dijo Austin. Lo cogió del brazo—. Es demasiado peligroso.

Karla sujetó el otro brazo de Barrett, y lo llevaron hacia el jeep. En el viaje de regreso a Washington, Austin llamó por teléfono a Zavala y le dijo que tenía un trabajo importante para él.

—Ahora mismo me pongo —respondió Zavala después de escuchar los detalles—. Hablé con los Trout. Buenas noticias. Han rastreado el barco transmisor a través de los satélites. Navega rumbo a Río. Ya han salido para allí.

Menos de una hora más tarde, Austin entró en el garaje de la NUMA, y en compañía de Barrett y Karla subió en el ascensor al tercer piso. Los pasillos estaban silenciosos y oscuros excepto por el rayo de luz que salía del despacho vecino a la sala de conferencias. Zavala había traído a Hibbet tal como le había encargado Kurt.

—Gracias por venir, Alan —dijo Austin—. Lamento haberte hecho venir de nuevo, pero necesitamos tu ayuda.

—Iba en serio cuando dije que me llamasen a cualquier hora del día o la noche si me necesitabas. ¿Ha ocurrido algo nuevo desde la última vez que hablamos?

—Hemos confirmado que el remolino y las olas gigantes fueron los efectos secundarios de un experimento para causar la inversión polar. También que la inversión magnética podría poner en marcha un cataclismo geológico capaz de acabar con la vida en el planeta.

El rostro de Hibbet adquirió un color ceniciento.

—¿Hay alguna manera de evitar que esto ocurra?

Los labios de Austin esbozaron una sonrisa.

—Confío en que tú nos lo puedas decir.

—¿Yo? No te entiendo.

—Este es *Spider* Barrett. Él diseñó el mecanismo capaz de producir la inversión magnética.

Hibbet miró el rostro acongojado de Barrett y el tatuaje en la cabeza. Siempre había tenido claro que las ciencias atraían a personas muy extrañas. Le tendió la mano.

—Un trabajo brillante.

Barrett se alegró inmediatamente ante el reconocimiento profesional.

—Gracias.

Austin intuyó en el acto la sinergia entre los dos hombres.

—Queremos que trabajes con *Spider*, Joe y Karla para construir una antena capaz

de neutralizar las ondas electromagnéticas de bajo nivel que se emplean para inducir el cambio polar.

—Construir la antena no será un problema. No es nada más que varillas de hierro y alambre. Pero solo te servirá para colgar la colada si no dispones de las frecuencias correctas para neutralizar aquellas que provocan el cambio.

Karla sonrió mientras sacaba un trozo de papel plegado del bolsillo de su blusa. Lo desplegó con mucho cuidado y lo deslizó por la superficie de la mesa hacia el científico. Hibbet recogió la servilleta y leyó la ecuación. Frunció el entrecejo y al cabo de un par de segundos se le despejó el rostro.

—¿Dónde consiguió esto? —susurró.

—Me lo dio mi abuelo —respondió la muchacha.

—El abuelo de Karla era Lazlo Kovacs —agregó Austin—. Escondió la ecuación en una nana que le enseñó a Karla. Gracias a *Spider*, desciframos la clave. Ahora que ya hemos hecho todo el trabajo duro, ¿podrías construirnos la antena?

—Sí. Al menos eso creo —contestó Hibbet.

—Para nosotros ya está bien. Dinos qué necesitas. Cuentas con todos los recursos del gobierno norteamericano.

Hibbet soltó una sonora carcajada al tiempo que sacudía la cabeza.

—Eso es mucho mejor que tratar con los avaros de la NUMA. No sabes la lucha que he tenido para que autoricen la compra de equipos nuevos. —Hizo una pausa—. Incluso si consigo montar algo, aún necesitaremos una plataforma al lugar donde rinda el máximo efecto.

—¿Qué tamaño podría tener? —preguntó Austin.

—Grande. Después tienes que contar los generadores para alimentar la antena, y la manera de transportar algo que pesa toneladas.

—Esa es la mala noticia —afirmó Austin.

—¿Cuál es la buena? —quiso saber Hibbet.

Austin sonrió.

—La necesidad es la madre de las invenciones.

En aquel momento sonó el teléfono y Austin lo atendió. Pitt seguramente había tirado de algunos hilos muy importantes. El Pentágono enviaba un coche a recogerlo.

El mundo parecía estar ardiendo en cien lugares diferentes. Los volcanes entraban en erupción como una plaga, y escupían enormes torrentes de lava y densas columnas de humo que envolvían a todo el planeta. Vientos de una violencia desconocida convertían la densa nube en tornados que recorrían los continentes. Los *tsunamis* se abatían contra las costas Este y Oeste de América del Norte y creaban un angosto continente aprisionado entre dos océanos furiosos.

Luego desapareció la imagen del planeta asolado. La gran pantalla en la sala del Pentágono se quedó en blanco. Las luces que habían sido atenuadas para la

presentación recuperaron la potencia normal, e iluminaron a Austin y los rostros asombrados de una docena de jefes militares y políticos sentados alrededor de la mesa.

—La simulación virtual que acababan de ver fue preparada por el doctor Paul Trout, experto en gráficos de la NUMA —dijo Austin—. Presenta una imagen razonablemente acertada de las consecuencias de una inversión polar geológica.

Un general de cuatro estrellas sentado en el lado opuesto a Austin fue el primero en hablar.

—Debo admitir que fue algo escalofriante, pero no es real. No es más que una simulación, como usted mismo dijo, y bien podría estar más basada en la imaginación que en los hechos.

—Nadie más que yo desearía que fuese un producto de la imaginación, general. No hemos tenido tiempo para redactar un informe, así que les ruego paciencia mientras les explico los puntos principales de aquello a lo que nos enfrentamos. El primer eslabón de la cadena de acontecimientos que ha acabado por reunimos aquí fue forjado hace más de sesenta años atrás con el trabajo de un brillante ingeniero eléctrico llamado Lazlo Kovacs.

Durante más de una hora, Austin fue relatando los hechos. Mencionó a Tesla, la fuga de Kovacs de Prusia oriental, y los experimentos de la guerra electromagnética realizados por Estados Unidos y la Unión Soviética. Describió su encuentro con Barrett, el hombre que había llevado a la práctica los teoremas de Kovacs, las perturbaciones en el mar y los planes para provocar una inversión polar. Era consciente del carácter fantástico de su historia, así que omitió unos cuantos detalles. De no haberlo visto con sus propios ojos nunca hubiese creído en la existencia de los mamuts enanos en una ciudad de cristal encerrada en un volcán extinguido.

Incluso sin los detalles más increíbles, se enfrentaba a un muro de escepticismo. Austin planteó su caso con la habilidad del mejor abogado, pero sabía que lo acribillarían a preguntas. El secretario delegado del departamento de Defensa interrumpió a Austin cuando hablaba de la vinculación de Jordán Gant con Mar grave.

—Tendrá que perdonarme si me cuesta creer que el presidente de una organización no lucrativa y el multimillonario dueño de una respetable compañía de software estén compinchados en este supuesto cambio polar para imponer las demandas de una vaga causa neoanarquista.

—Puede no estar de acuerdo —replicó Austin—, pero esto dista mucho de ser una causa vaga. «Lucifer» utilizó las rutilantes luces de Broadway para enviar su mensaje al mundo y paralizó Nueva York como una advertencia. Creo que el 11-S demostró que ustedes hicieron caso omiso de las advertencias aparentemente descabelladas con las consecuencias que todos conocemos.

—¿Dónde se encuentran los presuntos barcos transmisores? —preguntó un oficial naval.

—En Río de Janeiro —respondió Austin.

—¿Usted dijo antes que había cuatro barcos y que uno se hundió?

—Así es. Supusimos que construirían un barco para reemplazarlo, pero no encontramos ningún rastro, y por lo tanto hemos de creer que seguirán adelante con los tres.

—Pues esto parece tener fácil solución —comentó el secretario—. Propongo que enviemos al submarino más cercano que siga a estos barcos, y que si ven cualquier actividad sospechosa los hundan.

—¿Qué pasa con todas las consideraciones diplomáticas? —preguntó el general—. ¿Disparamos primero y dejamos las preguntas para más tarde?

—No sería muy diferente de abatir a un avión civil que se acerca a la Casa Blanca o al Congreso —afirmó el secretario. Se volvió hacia el oficial de marina—. ¿Podemos hacerlo?

—A la armada le gustan los desafíos.

—Entonces ya tenemos un plan. Informaré al secretario de Defensa y pondremos las cosas en marcha. Él hablará con el presidente cuando regrese mañana. —Miró a Austin—. Gracias por traer el caso a nuestra atención.

—Aún no he terminado —dijo Austin—. Tenemos razones para creer que tenemos algo que podría neutralizar la inversión de los polos. Es posible que hayamos encontrado el antídoto.

Todas las miradas se centraron en el hombre de la NUMA.

—¿Qué clase de antídoto? —preguntó el general, más por cortesía que por interés.

—Una serie de frecuencias electromagnéticas que anularían la inversión polar.

—¿Cómo piensa administrar este «antídoto»? —quiso saber el secretario—. ¿Con un cucharón?

—Tengo algunas ideas.

—El único antídoto que me gustaría utilizar sería meterles un torpedo en el trasero —señaló el oficial de marina.

Todos los presentes a excepción de Austin soltaron la carcajada.

—No es nuestra intención ser descorteses —manifestó el secretario delegado—. ¿Por qué no redacta un informe con sus ideas y me lo hace llegar al despacho?

Concluyó la reunión. Mientras lo guiaban por el laberinto de pasillos, Austin recordó su encuentro con Gant, y su impresión de que era alguien cuya duplicidad no podía ser subestimada.

Fácil solución, y un cuerno, pensó.

Capítulo 39

Los Trout habían alquilado una habitación en un hotel de playa con una terraza que daba a la bahía y les permitía ver los muelles. Desde que habían llegado a Río, se turnaban en la terraza para vigilar los barcos transmisores.

Paul le sirvió a Gamay un vaso de zumo de naranja y acercó una silla para sentarse a su lado.

—¿Alguna novedad?

Gamay levantó los prismáticos y miró hacia los muelles al otro lado de la bahía.

—Los barcos transmisores no se han movido desde que llegamos.

Paul le pidió los prismáticos y observó los tres barcos amarrados en fila.

—El buque de pasajeros no está —dijo.

—Estaba aquí ayer. Tiene que haber zarpado a primera hora de la mañana, antes de que nos levantásemos.

Gamay se había preguntado por qué un buque de pasajeros había amarrado en la zona de carga. Habían leído el nombre pintado en la popa: *Polar Adventure*. Pero ninguno de los dos se había preocupado mucho por la nave. Les habían interesado mucho más los tres barcos mercantes, que llevaban los nombres de *Polaris I, II y III*, como una mención a la estrella polar.

—Creo que deberíamos ir para inspeccionarlos desde más cerca —propuso Paul.

—Eso es precisamente lo que pensaba. Cuando tú digas.

Al cabo de unos minutos, circulaban por la avenida que bordeaba la bahía. Dejaron atrás el sector de los hoteles, y pasaron por una zona comercial. Finalmente, llegaron al sector de los almacenes, compañías navieras y edificios de la administración portuaria. Pasaron junto a varios buques porta-contenedores y el espacio vacío donde había estado el barco de pasajeros. Había una garita cerca de los tres barcos que habían vigilado desde el hotel.

Junto a la garita se encontraba un guardia corpulento armado con una pistola y un fusil. Fumaba un cigarrillo y conversaba con un estibador. Paul mantuvo el coche a la misma velocidad para no llamar la atención, pero sí lo bastante lento como para que Gamay pudiese inspeccionarlos a fondo.

—¿Hay más guardias? —le preguntó.

—Solo el de la garita. Puede ser que haya más a bordo.

—Quizá no. Más guardias podrían llamar la atención. Creo que esta es una ocasión de oro para colarnos.

—Sí, pero el tipo tiene un arma muy grande. ¿Cómo piensas evitarlo?

Trout dedicó a su esposa una sonrisa ladina.

—Pensaba en que una mujer hermosa podría distraerlo.

—Ya estamos otra vez con lo mismo. *Cherchez la femme*. El truco más viejo del

mundo. ¿Crees que caerá en algo tan obvio?

—Por supuesto. —Paul soltó una carcajada—. Hablamos de un ardiente macho latino.

—Desafortunadamente —dijo Gamay, y exhaló un suspiro—, creo que tienes razón. De acuerdo, haré mi «numerito» de Mata Hari en apuros, pero después me invitas a cenar.

Media hora más tarde, se encontraban de nuevo en la habitación. Paul preparó un par de cubatas, y se sentaron a beberlos en la terraza. Se turnaron en la vigilancia hasta que se puso el sol.

Pidieron que les subiesen la cena, y cuando acabaron, Gamay se duchó, se roció toda ella con perfume, y se puso un vestido rojo muy escotado. Las mujeres hermosas abundan en Río, pero todas las miradas masculinas la siguieron cuando cruzaron el vestíbulo del hotel.

El muelle de carga había cambiado totalmente de aspecto. Habían desaparecido los camiones, el personal portuario y los estibadores, y el lugar resultaba un tanto siniestro. Las luces de las pocas farolas a lo largo del muelle se veían amortiguadas por la bruma que entraba desde la bahía. Una sirena de niebla sonó a lo lejos.

Gamay pasó con el coche más allá del lugar donde había estado el *Polar Adventure* y se detuvo junto a la farola cercana a la garita. Salió del coche, se acercó a la farola y bebió un sorbo de una botella de ron. A continuación, con muchos aspavientos, levantó el capó y comenzó a mirar el motor. Luego, maldijo sonoramente en portugués, descargó un puntapié contra el guardabarros, miró en derredor y saludó al guardia. Con paso inseguro, se acercó a la garita.

El guardia era un hombre moreno y musculoso con una expresión de aburrimiento en su rostro anodino. Gamay hablaba un portugués perfecto, pero farfulló las palabras para fingir que estaba bebida. Le dijo que el coche se había averiado, y le preguntó si podía ayudarla. El guardia miró el coche y titubeó.

—No me dirá que me tiene miedo con esa arma tan grande que lleva.

Se tambaleó y pareció que iba a caerse antes de sujetarse del hombro del guardia; le soltó el aliento que hedía alcohol a la cara. El atractivo de una hermosa mujer borracha y el velado insulto a su hombría le hicieron morder el anzuelo. Soltó una risa lujuriosa y apoyó un brazo en los hombros de la mujer. Gamay también se rió, y juntos caminaron hacia el coche.

—Creo que me han engañado y no tiene motor —dijo, con los brazos en jarras.

Estaba segura de que llevado por el instinto masculino metería la cabeza debajo del capó. Cuando lo hizo, Trout apareció por el otro lado del coche, tocó el hombro del guardia, y cuando se giró, lo tumbó con un tremendo gancho de derecha. Con la ayuda de Gamay, maniató y amordazó al guardia con las toallas que habían traído del hotel, le quitaron las armas, y después lo tumbaron en el asiento trasero del coche.

Trout se puso la gorra del guardia, guardó una linterna en el bolsillo de la cazadora y se metió la pistola en la cintura de los pantalones.

—Llama a la caballería sí no estoy de vuelta en veinte minutos.

Gamay levantó el fusil.

—Ten cuidado —dijo, y le dio un beso en la mejilla—. Yo soy la caballería.

Trout prefería tener a Gamay de respaldo más que a un centenar de John Wayne. Era una experta tiradora, y cualquiera que se pusiese en su mira viviría muy poco. Subió rápidamente por la pasarela y en cuanto pisó la cubierta miró en derredor. La niebla que envolvía al barco y difuminaba las luces lo hacía menos visible, pero también ocultaban a cualquier guardia que vigilase la cubierta.

Había visto las fotos que Austin y Zavala habían hecho del barco reflotado por el remolino y tenía una idea general de la distribución. Caminó a ciegas y encontró la superestructura sin darse de morros contra ella. Fue tanteando el metal hasta dar con una puerta. Entró en un espacio oscuro y encendió la linterna que le había quitado al guardia. Una escalerilla conducía bajo cubierta.

Con la pistola preparada, bajó la escalerilla y avanzó por los pasillos. Al final de uno había una puerta. Apoyó la oreja en el metal y luego movió la manija. La puerta no estaba cerrada con llave. La abrió.

Sus pasos resonaron mientras avanzaba lentamente por una plataforma que se abría a un espacio inmenso que debía de ser la sala de generadores que le habían mencionado sus compañeros. Se asomó a la balaustrada y movió la linterna de un lado a otro. Entonces comprendió por qué había un único guardia. No había nada que vigilar. El recinto estaba vacío.

Volvió a la cubierta principal. Austin había hablado de un pozo que iba desde la cubierta hasta el agua. Finalmente lo encontró, junto con la torre de soporte alrededor de la boca rectangular. Pero no había ni rastro del aparato con forma de cono. Se lo habían llevado todo. Consideró si valdría la pena ir a la sala de control, pero decidió que no tenía tiempo. Gamay asaltaría el barco si no aparecía en el plazo acordado. Fue hacia la pasarela.

El guardia había recuperado el conocimiento, y Gamay había tenido que encañonarlo para que se quedase quieto, pero aparte de eso no se había producido ninguna novedad.

—¿Qué has encontrado?

—Nada, y eso es lo más interesante. Creo que también ha limpiado los otros barcos.

Sacaron al guardia del coche y lo dejaron en el suelo fuera del círculo de luz de la farola. De inmediato comenzó a forcejear. Sería cuestión de minutos que se soltase de las ligaduras. Cuando estaban a unos cincuenta metros de la garita, arrojaron las armas al agua. No creían que fuese a dar la voz de alarma cuando se soltase. Sus

empleadores no se mostrarían nada contentos al saber que se había dejado embaucar. Ya bastante trabajo tendría para explicar qué había pasado con las armas.

En el trayecto de regreso al hotel, Trout describió la búsqueda y su sorprendente resultado.

—¿Por qué? —preguntó Gamay—. ¿Qué habrá hecho con todo aquello?

Paul sacudió la cabeza, cogió el móvil, y marcó un número.

—Dejaremos que Kurt lo averigüe.

Capítulo 40

Austin metió la mano en el cajón de la mesa, sacó un dardo y ya tenía el brazo levantado dispuesto a lanzarlo contra la carta del océano Atlántico cuando sonó el teléfono. Atendió la llamada. Era Paul Trout desde Río de Janeiro.

—Espero no interrumpir nada importante —dijo Paul.

—En absoluto. Solo me entretenía en aplicar mis conocimientos científicos en la solución de un problema un tanto complicado. ¿Cómo está la chica de Ipanema?

—Gamay está bien. Pero pasa algo extraño con los barcos transmisores. Acabo de estar en uno de ellos hace unos minutos. Le han quitado los generadores y la antena electromagnética. Sospecho que han hecho la misma limpieza en los demás barcos.

—¿Vacío? —Austin buscó una explicación—. Han tenido que hacer la limpieza cuando los barcos se encontraban en el astillero del Mississippi.

—Tendríamos que haber sospechado que pasaba algo extraño. Los barcos estaban amarrados en el muelle sin que viéramos ninguna actividad a bordo. Nada que fuese una indicación de que pensaban zarpar en algún momento. El único barco que ha salido del puerto desde que estamos aquí fue una nave de pasajeros.

Austin solo escuchó a medias las palabras de Paul, concentrado como estaba en el misterio.

—¿Qué has dicho del barco de pasajeros?

—El *Polar Adventure*. Estaba amarrado junto a los barcos transmisores. Zarpó esta mañana a primera hora. ¿Crees que puede ser importante?

—Quizá. Joe mencionó que un buque de pasajeros salió del astillero del Mississippi más o menos al mismo tiempo que los otros.

—¡Caray! ¿Crees que puede ser el mismo barco que vimos?

—Es posible —admitió Austin—. Han trasladado los transmisores al buque. Luego, mientras nosotros vigilábamos a los señuelos, el buque se marchó con toda la carga a plena luz del día.

—Adiós a los planes de la marina de seguir a los barcos con un submarino.

—Una operación clásica de despiste. Muy astutos.

—¿Cuánto hace que zarpó el buque?

—Ya no estaba esta mañana.

Austin hizo un rápido cálculo mental.

—A estas horas estará a unas cien millas mar adentro. Es mucha ventaja.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Quedaos allí, y no perdáis de vista a los barcos por si acaso los dueños tienen otro as guardado en la manga.

Austin colgó. Estaba furioso consigo mismo por no haber tenido en cuenta que cualquiera lo bastante capaz como para hacer un cambio polar haría todo lo posible

por despistar a sus perseguidores. Volvió su atención a la carta náutica. Era un océano muy grande. Con cada minuto transcurrido, el buque estaba más cerca de perderse en centenares de millas cuadradas de mar abierto. Pensó en llamar al Pentágono para comunicarles las noticias de Trout, pero no estaba de humor para desperdiciar el aliento en una discusión con el secretario delegado de Defensa.

Quizá Sandecker podía tener mejor suerte, pero incluso él tendría que lidiar con la burocracia del Pentágono, y sencillamente se acababa el tiempo. Al demonio con ellos, pensó. Si el mundo iba a acabarse, prefería asumir toda la responsabilidad y no depender de un anónimo y presuntuoso funcionario del gobierno. Esa sería una misión de la NUMA de cabo a rabo.

Diez minutos más tarde, conducía un coche de la NUMA por las calles casi desiertas de Washington. Tomó la autopista para ir al aeropuerto, donde el guardia en la entrada de una zona restringida comprobó su identificación y le indicó cómo llegar a un hangar en el extremo más apartado del campo. Vio el resplandor de los focos, y se dirigió rápidamente al lugar donde había un Boeing 747 Jumbo Jet aparcado en la pista.

Las baterías de focos instaladas alrededor del enorme avión convertían la noche en día. Por todas partes había grandes tambores de cables y pilas de tubos de aluminio y acero. Los trabajadores entraban y salían del aparato como hormigas en un caramelo.

Zavala estaba sentado a una mesa improvisada con un par de caballetes y una plancha de contrachapado debajo de la cola del avión. Consultaba unos planos con un hombre vestido con un mono. Se disculpó al ver a Austin y fue a saludarlo.

—No es tan malo como parece —dijo.

Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del ruido.

Austin miró en derredor y se alegró al ver que había un orden en lo que a primera vista parecía un absoluto caos.

—¿Cuánto falta para que el pájaro esté preparado para volar? —preguntó.

—Hemos tenido algunos retrasos en las entregas, pero ya tenemos todo el material. Ahora es más que nada montarlo todo y conectarlo. En setenta y dos horas habremos acabado.

—¿Qué tal mañana por la mañana?

—Tendrías que pedir que te dejasen actuar en el Club de la Comedia —replicó Zavala, con una sonrisa.

—Desafortunadamente, no hay nada cómico en las noticias que acabo de recibir de Paul. —Le habló del buque que había zarpado de Río de Janeiro—. ¿Podrías montar el resto mientras volamos?

Zavala torció el gesto.

—Es posible, pero poco recomendable. Sería como rellenar una salchicha

mientras corres.

—¿Qué pasa si no tienes más alternativa que intentarlo?

Zavala echó un vistazo a los que se afanaban en su trabajo, y se rascó la cabeza.

—Nunca me he podido resistir a una salchicha bien jugosa. Acompáñame a darle la mala noticia a mi mano derecha.

El hombre que había estado revisando los planos con Zavala era Drew Wheeler, un amable virginiano cuarentón que era el jefe de logística de la NUMA. Austin había trabajado con Drew en unos cuantos proyectos en los que se habían necesitado equipos pesados a toda prisa. La tendencia de Wheeler a pensar las cosas a fondo, como si en su mente estuviese mascando tabaco, podía sacar de las casillas a las personas que trabajaban con él. Pero muy pronto aprendían que tenía el don de trazar los planes más complejos para que funcionasen a la perfección.

Austin le preguntó cómo iban las cosas y recibió la típica respuesta de Wheeler. Se encorvó un poco y miró a lo largo del avión como un campesino que piensa en cómo retirar un tocón del campo.

—Bueno —dijo—. Van.

—¿Van lo bastante como para que el avión despegue mañana por la mañana?

Wheeler se tomó su tiempo para considerar la pregunta.

—¿A qué hora de mañana?

—Tan pronto como se pueda.

—Veré lo que puedo hacer.

Caminó hacia el avión con la pachorra de alguien que sale a dar un paseo. Austin no se dejó engañar.

—Te apuesto una botella de tequila Pancho Villa a que Drew ya sabe cómo hacerlo.

—Lo conozco lo bastante bien como para saber que pretendes estafarme —dijo Zavala.

—Un hombre prudente. ¿Dónde conseguiste el avión?

—Te sorprenderías de las cosas que puedes alquilar en estos días si tienes los bolsillos bien llenos. Es un carguero 200F, una versión modificada del 747 de pasajeros. Tiene una capacidad de casi ciento treinta toneladas. El problema principal fue meter todo lo que ves por aquí en el avión sin tener que abrirlo como una lata de sardinas. Le estuvimos dando unas cuantas vueltas con Hibbet y Barrett. Yo era de la idea de cargar con los generadores gigantes como aquellos que vimos en el barco transmisor. Pero Barrett dijo que no era necesario. Se podían reemplazar con un mayor número de generadores pequeños.

—¿Qué hay de la bobina?

—Ese fue otro dolor de cabeza. Te mostraré lo que hicimos.

Zavala lo llevó hacia la proa del gigantesco avión. Había dos personas vestidas

con monos inclinadas sobre algo que parecía una bandeja colocada en una plataforma. Al Hibbet sonrió al ver que se acercaban Austin y Zavala.

—Hola, Al —saludó Austin—. ¿Divirtiéndote?

—Nunca me había divertido tanto desde que me regalaron un motor eléctrico para mi juego Tinkertoy. Karla ha sido una gran ayuda.

El otro trabajador levantó la cabeza y apareció el rostro sonriente de Karla debajo de la gorra de béisbol.

—El profesor ha querido decir que soy única sosteniéndole el destornillador.

—En absoluto —negó Hibbet—. Puede que Karla no tenga una formación técnica, pero tiene un don para solucionar los problemas. Es obvio que ha heredado los genes de su abuelo.

—Me alegra ver que trabajáis bien juntos. Joe dijo que tuviste un problema con la bobina.

—Así es. En los barcos transmisores cuelgan la antena por debajo de la quilla. Nosotros la sujetaremos debajo del fuselaje.

—¿Eso no será un problema durante el despegue?

—Has dado en el clavo. Esta es la cubierta de la antena rediseñada. Se me ocurrió la idea al recordar las fotos de los aviones AWAC. Karla fue quien propuso rediseñar el cono para que encajase en la cubierta.

—Tenía olominas en mi acuario —explicó Karla—. La bolsa que tienen debajo de la boca me dio la idea.

Hibbet quitó la tapa de plástico del objeto hecho con tubos y alambres, que medía unos seis metros de diámetro. El armazón circular colocado en un soporte de madera tenía la forma de un sombrero chino invertido. Era chato por arriba y por abajo terminaba en punta.

—Ingenioso —opinó Austin—. Es como una versión aplastada de la antena cónica. ¿Funcionará igual que la otra?

—Espero que mucho mejor —manifestó Hibbet.

—Eso está muy bien, porque hemos variado el programa. Necesitamos tenerlo todo preparado para despegar mañana por la mañana. ¿Podrás montar las etapas finales mientras volamos?

Hibbet se pellizcó la barbilla.

—Sí —contestó al cabo de un momento—. No es la manera ideal de hacer algo de tanta complejidad. Ni siquiera hemos tenido ocasión de verificar el funcionamiento de los generadores. Pero podremos comenzar con la lista de verificaciones en cuanto montemos la antena y la cúpula. Lo mejor será preguntárselo a Barrett.

Subieron por la escalerilla al interior de la inmensa bodega del 747. Una hilera de dieciséis cilindros de acero, distribuidos a distancias iguales, ocupaba casi los setenta

y seis metros de longitud de la bodega. Una red de cables conectaba los cilindros y serpenteaban en todas las direcciones. Barrett manipulaba un cable entre dos de los cilindros.

Vio a Austin y a los demás y se levantó para saludarlos.

Austin observó el complejo arreglo que ocupaba buena parte del enorme espacio interior.

—Por lo que se ve, aquí tienes energía suficiente como para iluminar todo Nueva York.

—Casi —dijo Barrett—. Tuvimos algunos problemas para enganchar la fuente de poder, pero finalmente montamos un sistema que debería funcionar como es debido.

—¿Cómo habéis conseguido tantas dínamos en tan poco tiempo?

—Un pedido especial de la NUMA —contestó Zavala—. Los iban a instalar en unos cuantos barcos nuevos antes de que los pidiese en préstamo.

—Nueva fuente de poder. Antena nueva. ¿Crees que funcionará?

—Eso creo —afirmó Barrett—. Mejor dicho, estoy seguro en un noventa y nueve por ciento, de acuerdo con los modelos virtuales que realicé.

Austin sacudió la cabeza.

—Es ese uno por ciento el que me preocupa. ¿Podremos tenerlo todo listo para mañana por la mañana?

Barrett se echó a reír al creer que Austin le gastaba una broma. Entonces advirtió la gravedad en la mirada de Kurt.

—¿Ha pasado algo que yo no sepa?

Austin le habló de la información transmitida por Trout del misterioso buque de pasajeros.

Barrett dio una palmada contra una de las dínamos.

—Hace unos meses le expliqué a Tris la idea de utilizar un único barco para concentrar la transmisión. Incluso le di los planos para realizar el cambio. Dijo que llevaría demasiado tiempo. Creo que no debería sorprenderme que me engañase de nuevo.

—¿Qué me dices de mañana?

La furia brilló en los ojos de *Spider*.

—Estaremos listos.

Austin y los demás dejaron a Barrett con su trabajo y bajaron del avión. Austin preguntó en qué podía ayudar. Zavala le entregó una corta lista de suministros de última hora. Austin buscó un lugar más tranquilo para efectuar las llamadas. Sus interlocutores le prometieron que los materiales los recibirían en cuestión de horas. Caminaba hacia el avión cuando vio que Karla lo había seguido.

—Tengo que pedirte un favor —dijo la muchacha—. Quiero ir en el avión.

—Esta es la parte donde el héroe dice: «Podría ser peligroso».

—Lo sé. Pero también fue peligroso en Ivory Island.

Austin titubeó.

—Además —añadió Karla—, ¿qué puede ser más peligroso que viajar contigo en un Stanley Steamer?

Austin tendría que maniatar a Karla si quería impedir que subiese al avión. Sonrió.

—Ninguno de los dos iremos a ninguna parte si no volvemos al trabajo.

Karla le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios. Austin se prometió dedicar más tiempo al placer en cuanto acabase aquella misión.

Mientras caminaban hacia el avión, llegó un coche. Una figura alta salió del vehículo y se acercó a ellos con una clara cojera. Era Schroeder.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Karla.

—¿Cómo ha hecho para cruzar la verja? —preguntó Austin.

—La fórmula habitual. Una identificación falsa y cara dura.

—Se supone que deberías estar descansando en el hospital —le reprochó Karla.

—El hospital no es una cárcel —replicó Schroeder—. Te dejan salir si firmas un papel. ¿Crees que podía quedarme en la cama sabiendo que estás metida en eso? —Miró con asombro el avión y la actividad a su alrededor—. Ingenioso. ¿De verdad cree que podrá neutralizar la inversión desde el aire?

—Vamos a intentarlo —contestó Karla.

—¿Vamos? ¿Tienes la intención de subirme al avión? Podría ser peligroso.

—Hablas como Kurt. Te diré lo mismo que le dije a él. Mi familia es responsable de todo este enredo. Es mi responsabilidad ayudar a poner las cosas en orden.

Schroeder se echó a reír.

—No hay duda de que eres la nieta de Lazlo. Testaruda como él. —Se volvió hacia Austin—. Cuídela bien.

—Se lo prometo.

Schroeder miró de nuevo la febril actividad dentro y alrededor del avión.

—¿A qué hora espera despegar?

—Mañana por la mañana.

—Este es un viejo dinosaurio que sabe cuándo está extinto —comentó Schroeder—. Estaré en el hospital esperando tu llamada. Buena suerte. —Abrazó a Karla, estrechó la mano de Austin, y volvió al coche.

La pareja observó su marcha hasta que las luces traseras se perdieron de vista.

—Tenemos mucho que hacer —dijo Austin.

Karla asintió. Empezaron el camino de regreso al avión, tomados del brazo.

Mientras Austin y el equipo de la NUMA se esforzaban para conseguir lo imposible, Tris Margrave no tenía ninguna duda del inminente éxito de su proyecto. La duda era algo desconocido para él, y por lo tanto no entraba en su mente.

Sentado en su cómodo sillón ergonómico detrás del panel de control instalado en la plataforma de observación a proa del *Polar Adventure*, que surcaba el Atlántico Sur a toda máquina, sus largos dedos se movían sobre los controles como el eximio organista de una catedral. Había puesto en marcha las dínamos en cuanto el barco salió del puerto. Cada generador aparecía representado en la gran pantalla del ordenador con un símbolo rojo y un número; indicaba que estaba activo y a bajo nivel.

Unas líneas rojas iban desde las dínamos a la imagen de un cono de color verde. Solo la punta era roja para señalar que una cantidad de energía mínima entraba en la enorme bobina instalada en la bodega. Margrave lo comparó con calentar el motor de un coche.

En otra pantalla aparecía una sección transversal de la tierra con las capas. Unos sensores especiales instalados en el casco medirían la penetración electromagnética y el alcance del movimiento ondulatorio.

Por su parte, Gant había hecho un recorrido por el barco para hablar con sus guardias de seguridad. El eterno perfeccionista quería asegurarse de que cuando Margrave ya no le fuese útil, lo eliminarían sin demora. Entró en la plataforma de observación.

—¿Falta mucho?

—Estaremos en el objetivo por la mañana —respondió Margrave después de consultar el GPS—. Tardaremos una hora en colocar al barco en posición y bajar la bobina. El mar está en calma, así que no habrá demoras.

Gant se acercó al bar y sirvió dos copas de champán. Le dio una a Margrave.

—Se impone un brindis.

—Por la derrota de las élites —dijo Margrave—. Por un nuevo mundo.

Gant levantó su copa.

—Por un nuevo orden mundial.

Capítulo 41

Zavala salió de la cabina del 747 y fue hacia la sección de los pasajeros donde Austin tecleaba en un ordenador portátil. Sonreía como si le hubiesen contado un chiste muy divertido.

—Los pilotos son unos tipos curiosos —comentó Zavala. Sacudió la cabeza—. La tripulación te agradecería que les dijese adonde tienen que volar.

—No tardaré en tener el destino definitivo —respondió Austin—. Por ahora, puedes decirles que pongan rumbo al Atlántico Sur.

—Eso delimita el campo —dijo Zavala.

—Esta es la zona adonde tenemos que ir. —Austin señaló la pantalla—. Es un diagrama de la NASA con la información recogida por la nave espacial ROSAT. La mancha que se extiende desde Brasil a Sudáfrica es nuestro territorio de caza, la anomalía del Atlántico Sur. —Escribió una orden y aumentó la imagen de un grupo de rectángulos—. Aquí está la disminución más acentuada en la magnetosfera.

—Entonces ese sería el punto lógico para iniciar un cambio polar.

—Puede que sí. Yo creo que deberíamos ir aquí. —Tocó la pantalla para indicar otra ubicación—. Aquí es donde la corteza terrestre es más delgada, cosa que permitiría la penetración máxima de las ondas de Kovacs.

Zavala hinchó los carrillos.

—Así y todo es mucho océano a recorrer. Por lo menos unos doscientos cincuenta kilómetros cuadrados.

—Es un comienzo —dijo Austin.

Prestó atención al escuchar un fuerte zumbido que llegaba desde la sección de carga. Al cabo de un momento, Karla y Barrett aparecieron en la puerta. *Spider* tenía el rostro y las manos cubiertas de grasa, mientras que Karla mostraba unas grandes ojeras debido al cansancio y tenía los cabellos desordenados.

Austin se dijo que a pesar de su aspecto desaliñado, Karla avergonzaría a la más elegante de las modelos con su extraordinaria belleza. La muchacha levantó el destornillador como si fuese la antorcha de la estatua de la Libertad.

—¡*Tachín!* —exclamó Karla—. Es hora de que suenen las trompetas y redoblen los tambores. Lo hemos conseguido.

—Todas las dínamos están conectadas y en funcionamiento —confirmó Barrett.

Spider había instalado el último cable hacía menos de una hora, y el avión despegó unos minutos después de cerrar la escotilla. Al Hibbet había mirado con una expresión triste el despegue. Había querido participar, pero Austin le había dicho que necesitaban dejar atrás a alguien con un profundo conocimiento de la misión. Solo por si algo salía mal.

El zumbido sonó más fuerte. Karla agradeció las felicitaciones, luego se acomodó

en uno de los asientos vacíos y se quedó dormida. Austin le quitó el destornillador de la mano y lo dejó en el asiento vecino.

—Gracias —dijo Barrett—. Ahora si me perdonáis.

Siguió el ejemplo de Karla. Se estiró en la siguiente fila de asientos, bostezó, y al instante siguiente ya dormía.

Austin tomó nota de la longitud y la latitud de la posición que aparecía en la pantalla, y fue a la cabina para darle las coordenadas al navegante. Preguntó cuánto tardarían en llegar y la respuesta fue que aproximadamente unas dos horas. Austin miró a través de las ventanillas de la cabina la densa capa de nubes que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

La tripulación estaba formada por voluntarios que sabían muy bien los peligros que entrañaba la misión. Mientras el navegador calculaba el plan de vuelo, Austin y Zavala volvieron a la cabina de los pasajeros.

—Por lo que has dicho en la cabina, nos encontraremos sobre el objetivo casi a la misma hora que el barco —señaló Zavala.

—Estaremos en la misma zona, pero tendremos que iniciar un patrón de búsqueda. No sé cuánto tardaremos en encontrar al barco transmisor. Vamos con el tiempo muy justo.

—Cualquier demora podría ser fatal. Para colmo, la capa de nubes no nos facilitará las cosas.

—No te creas. Los Trout dijeron que habían visto una gran actividad eléctrica en el cielo minutos antes de que apareciese el remolino.

—Efectivamente. También Al comentó el espectáculo pirotécnico celestial cuando los norteamericanos y los soviéticos estuvieron tonteando con la guerra electromagnética basada en los teoremas de Kovacs.

—Por consiguiente, tenemos todos los motivos para creer que veremos el mismo fenómeno cuando Margrave y Gant pongan en marcha el aparato. Creo que deberíamos fijarnos más en el cielo que en el mar. Puede que las nubes nos ayuden a encontrar el barco.

—¡Brillante! Le diré a la tripulación que estén alertas a los fuegos de artificio.

Austin, muy a su pesar, despertó a Karla y Barrett. Les dio unos minutos para que se despertasen del todo. Mientras el avión volaba a toda velocidad hacia la anomalía del Atlántico Sur, los puso al corriente de la situación. Aceptaron dividirse cuando llegase el momento, con Karla a un lado del avión y Barrett en el otro. Austin se alternaría y serviría de enlace con Zavala, que estaría en la cabina con los pilotos.

La voz de Zavala sonó en los altavoces. Anunció que el avión entraría en la zona de búsqueda dentro de quince minutos. La tensión fue en aumento cuando Zavala comunicó que ya estaba en la zona caliente. Ocuparon sus posiciones junto a las ventanillas. Pasaron diez minutos, veinte. Austin iba de un lado al otro del avión para

animarlos. Resultaba difícil de creer que debajo de la capa de nubes se encontraba el océano.

Austin había propuesto que el avión volase en una serie de pasadas paralelas a través de la zona de búsqueda. Era el mismo patrón que Austin hubiese seguido para encontrar a un barco y permitía cubrir una gran cantidad de kilómetros cuadrados en un tiempo relativamente corto. Realizaron una pasada, otra, y cuando estaban en la tercera Austin comenzó a preguntarse si no había cometido un error. Consultaba su reloj cada pocos segundos.

El avión comenzaba a virar para la cuarta pasada cuando Karla dijo:

—Veo algo. A las tres.

Austin y Barrett corrieron al otro lado de la cabina y miraron a través de las ventanillas. El sol ya estaba bajo y los rayos oblicuos creaban una sombra azul en la capa de nubes. Pero a la derecha el cielo brillaba con una radiación blanca dorada muy parecida al resplandor que produce una tormenta eléctrica en el seno de las nubes. Austin cogió el micrófono que comunicaba con la cabina de mando. Zavala respondió por los altavoces que ya había visto el fulgor en el cielo.

El avión acabó el viraje y, como una polilla atraída por la llama, inició el descenso hacia la luz que brillaba a lo lejos como el enorme caldero de una bruja.

Capítulo 42

Ante la falta de tiempo, había sido necesario optar por la simplicidad en el montaje del panel de control en la gran bodega. La consola era un tablero apoyado en dos soportes. La disposición era muy sencilla, y consistía en un interruptor principal que controlaba el flujo de energía de todos los generadores. Un puñado de instrumentos indicaba el funcionamiento de las diferentes partes del sistema.

—Vamos a entrar en las nubes —anunció Zavala por los altavoces.

Austin sintió cómo se le erizaban los cabellos, no por el miedo, sino por la súbita carga de electricidad estática en el aire. Los largos mechones rubios de Karla estaban levantados como el pelo de la novia de Frankenstein. La muchacha intentó aplastarlos pero solo lo consiguió en parte. Con la cabeza rapada, Barrett no tuvo ese problema, pero la calva se le puso de carne de gallina.

El espectáculo eléctrico solo comenzaba. Todas las superficies de la sección de carga comenzaron a brillar con una luz azul como si fuesen los fuegos fatuos que los marineros ven en los aparejos de los barcos. Las lámparas se encendían y apagaban como si un niño estuviese jugando con el interruptor. Después se apagaron del todo.

Los destellos estroboscopios en el exterior atravesaban los cristales de las ventanillas e iluminaban los rostros de los ocupantes como los de los bailarines en una discoteca. El avión parecía estar en medio de una tormenta eléctrica. Pero no se escuchaban truenos, solo el rugido amortiguado de los reactores. El silencio relativo hacía que la escena pareciese más siniestra.

El sistema de comunicación interior debía de funcionar por un circuito independiente, porque la voz de Zavala sonó en los altavoces.

—Nos hemos quedado sin los instrumentos de vuelo.

Al cabo de un segundo, transmitió un mensaje mucho más terrible.

—Diablos, tampoco funcionan los controles.

Austin sabía que un avión del tamaño de un 747 no entraría inmediatamente en un picado, pero no lo había diseñado para aprovechar las corrientes ascendentes como un planeador. Una vez que el aparato descubriese que estaba librado a sus medios, sí que se desplomaría con tal violencia que perdería las alas. En un movimiento instintivo, rodeó los hombros de Karla con el brazo para protegerla.

Algo ocurría en la bodega. La exhibición eléctrica parecía menos brillante. El fuego helado en las paredes y el techo parecía apagarse. Unas manchas oscuras aparecieron en el resplandor y se amortiguaron las fantasmales luces azules. Hubo un último destello. Las luces interiores se encendieron de nuevo.

Casi en el acto, se escuchó la voz de Zavala con un anuncio tranquilizador:

—Los instrumentos y los controles funcionan con normalidad.

Austin apartó el brazo de los hombros de Karla y se acercó al panel de control. Le

preocupaba que la descarga de electricidad estática responsable del impresionante despliegue hubiese fundido los interruptores. Se tranquilizó al ver que todo estaba en orden.

Karla había notado un cambio en la luz procedente del exterior y se acercó a una de las ventanillas para ver a qué se debía. Apoyó la nariz en el cristal y llamó a los demás. Austin miró por una de las ventanillas y vio que habían salido del manto de nubes. El mar azul se veía con toda claridad entre muy delgadas nubes bajas. Un brillante parpadeo por encima del 747 le llamó la atención. En lugar de la parte inferior de las nubes, vio una aurora de blancos, azules y rojos que formaban una refulgente marquesina. Todo el cielo parecía arder; era como si un centenar de tormentas eléctricas estuviesen descargando rayos a la vez.

El avión había atravesado enteramente la barrera eléctrica, pero aún no estaban fuera de peligro. Aunque disminuía el ataque eléctrico, cuanto más descendían por debajo de las nubes, más fuertes eran las turbulencias que lo sacudían. Las fuertes rachas de viento castigaban al 747 desde todas las direcciones. A pesar de su enorme tamaño, el avión se movía como una cometa descontrolada.

Las rachas no eran más que un calentamiento. De pronto el avión se vio atacado por una serie de rachas frontales como un boxeador contra las cuerdas. Los ruidos en la bodega cuando el viento golpeaba contra el fuselaje era como si el avión hubiese aterrizado en una pista llena de baches. En el momento en que parecía que comenzarían a saltar los remaches, los golpes disminuyeron en intensidad y fueron menos frecuentes. Luego cesaron del todo.

—¿Estáis bien allí atrás? —preguntó Zavala.

—Sanos y enteros, pero tendrás que comprar amortiguadores nuevos.

—Lo que necesito es una dentadura nueva —replicó Zavala.

—Dile al piloto que no lo ha hecho mal. ¿Todavía están las alas?

—Dice que gracias, y quién necesita alas.

—Eso me tranquiliza. ¿Has visto el barco?

—Todavía no. Aún quedan algunas nubes. —Hubo una pausa, y cuando se escuchó de nuevo la voz de Zavala, su tono era de una gran excitación—. Mira por la banda de babor, Kurt. A las nueve.

Austin miró a través de la ventanilla y vio la nave; parecía un barco de juguete en el océano. No dejaba ninguna estela; una confirmación de lo que él ya sabía por las turbulencias y las luces que había atravesado el avión. El barco se mantenía estacionario, y el asalto electromagnético estaba en marcha.

La nave aparecía rodeada de un anillo de olas que se alejaban en círculos cada vez más grandes. Aunque resultaba difícil calcular su tamaño, el hecho de que se viesen las crestas con tanta claridad desde la altura a que volaba el avión significaba que eran monstruosas.

Austin se comunicó con el piloto y le pidió que bajase a una altitud de tres mil metros para volar en círculos alrededor de la nave y que descendiese trescientos metros en cada vuelta. Se volvió hacia Barrett, y le dijo que se preparase. *Spider* asintió y de inmediato aumentó la potencia de las dínamos. Un zumbido como el de mil abejas sonó en la bodega.

Algo se quemaba. Austin vio una nube de humo rojo y chispas que salían de una de las dínamos. Le gritó a Barrett que cortase la corriente, y, con Karla pegada a los talones, corrió hacia la bodega.

Barrett ya había visto en uno de los instrumentos el aviso de un problema y se había apresurado a cerrar el sistema. Austin encontró que el origen de las chispas era un cable. La conexión se había soltado con los bandazos ocasionados por las violentas turbulencias.

Revisó la conexión para ver si había algún daño, pero no lo había, así que se apresuró a conectar el cable. Le gritó a Barrett que pusiese el sistema en marcha. El zumbido de las abejas comenzó de nuevo, y alcanzó un volumen que ahogó el ruido de los motores. Karla fue a ayudar a *Spider* en el panel de control. Austin se quedó junto al interfono para mantenerse en comunicación con la cabina de mando.

—¿Qué tal lo ves? —preguntó Austin.

Barrett hizo una rápida lectura de los instrumentos y sonrió.

—Todo en orden.

Austin levantó el pulgar y llamó a Zavala.

—¿Cuál es la altitud?

—Dos mil seiscientos metros.

—Bien. Que bajen a mil trescientos, y que luego efectúen una pasada directamente por encima del barco. Avísame cuando comencemos la aproximación al objetivo.

—A la orden.

Cuando iniciaron el descenso, el piloto tuvo que lidiar con una inesperada turbulencia. Con gran pericia niveló el aparato. Zavala informó que se acercaban al barco.

Austin le dijo a Barrett que diera toda la potencia. *Spider* vaciló con la mano puesta en el interruptor, y por un instante, Austin creyó que no le había escuchado. Entonces Barrett se hizo a un lado y puso la mano de Karla en el interruptor.

—Esto es en honor a tu abuelo.

Karla replicó con una gran sonrisa y apretó el interruptor. La energía fluyó por la antena, donde se convirtió en impulsos de energía electromagnética. Austin nunca había hecho nada parecido, así que optó por realizar una serie de descargas de la misma manera que un cazasubmarinos satura la zona con cargas de profundidad.

Pasaron por la vertical del barco al cabo de unos segundos. Austin le dijo al piloto

que repitiese la pasada desde otro ángulo. El 747 no estaba preparado para efectuar virajes cerrados, y el gigante aéreo pareció tardar una eternidad en dar la vuelta y ponerse en posición para una nueva serie de descargas.

Zavala gritó que estaban en la marca de los quinientos metros. De nuevo Karla, apretó el interruptor.

Otra pasada, otra descarga de flujos electromagnéticos sobre el mar y la nave.

—¿Durante cuánto tiempo más debemos hacer esto? —preguntó Zavala.

—Hasta que se acabe el combustible y luego un rato más —respondió Austin, con un tono implacable.

En la plataforma de observación del *Polar Adventure* se vivían momentos de euforia.

Margrave y Gant miraban a través del techo de cristal, con los rostros iluminados con las luces multicolores de la aurora boreal. El extraño rostro de Margrave nunca había parecido más satánico.

—¡Espectacular! —gritó Gant, en una poco habitual muestra de emoción.

Margrave se ocupaba de la consola de control. Había acelerado gradualmente las dínamos hasta la potencia máxima, y la consola brillaba como una máquina «tragaperras» cuando da el premio mayor.

—La aurora indica que hemos alcanzado la masa crítica —explicó—. Las ondas electromagnéticas han penetrado el fondo oceánico. Cambiarán el flujo electromagnético y se invertirán los polos. Vigila la brújula para ver el gran cambio.

Gant miró la brújula, y después miró a través de una de las ventanas.

—Algo pasa en el mar —avisó.

El agua en torno a la nave que hasta unos segundos atrás estaba revuelta se veía ahora como si hubiese descendido una calma chicha.

—Estamos en el epicentro del cambio polar —dijo Margrave—. Un anillo de olas gigantes arrancará del borde del círculo en expansión. Habrá algunos remolinos en el perímetro.

—Me alegro de no estar en su camino —afirmó Gant.

—Sería una desgracia si lo estuviésemos. La distribución de las perturbaciones es aleatoria. Eso fue lo que hundió el barco transmisor. Es como la calma en el ojo del huracán. No notaremos nada excepto una leve elevación del agua.

Gant contempló el movimiento del mar. Nunca había sentido tanto poder en toda su vida.

La actitud de Austin era exactamente la opuesta a la de Gant. Era como un médico que intenta devolver a la vida a un paciente con el encefalograma plano, solo que en ese caso eran las vidas de miles de millones de personas las que estaban en juego. Miró a través de la ventanilla cuando el avión viró para una nueva pasada, sin poder adivinar si el antídoto funcionaba o no.

Entonces advirtió una zona circular inmediatamente alrededor del barco donde el agua se veía inmóvil, como si la aplastase la corriente de aire descendente de los rotores de un helicóptero. Vio las estrías en la superficie como los surcos producidos para una corriente muy fuerte. Al cabo de unos momentos, el agua se movía en un inconfundible giro con la nave en el centro. En cuestión de segundos, el sector en movimiento tenía como mínimo una milla de diámetro, con un reborde de espuma en todo el perímetro. A medida que la corriente ganaba velocidad, el agua dentro del círculo comenzó a descender.

Austin estaba presenciando el nacimiento de un remolino gigante.

El *Polar Adventure* solo se levantó un par de metros por encima del nivel del mar antes de asentarse de nuevo.

Gant vio que parecía comenzar a formarse una depresión en el mar en torno al barco.

—¿Esto es otro efecto secundario? —preguntó.

—No. —La expresión de intriga en el rostro de Margrave se convirtió en otra de alarma cuando la superficie comenzó a tener una forma de cuenco. Las espumosas crestas indicaban el choque de unas corrientes muy poderosas. Cogió el micrófono y llamó al puente—: Avante a toda máquina —ordenó—. Nos estamos hundiendo en un remolino.

Margrave desconectó las dínamos.

—¿Qué haces? —preguntó Gant.

—Algo no va bien. No tendría por qué producirse esta reacción.

La depresión continuaba en aumento y las corrientes incrementaban la velocidad, pero el barco navegaba ya a toda máquina y se movía hacia el borde del remolino. Tenía la proa un tanto levantada, y tenía que luchar contra las corrientes que lo arrastraban de lado, pero seguía avanzando.

Sin embargo, también el remolino crecía. Margrave gritó al puente que forzaran los motores al máximo, pero ahora el barco parecía destinado a perder la carrera y ya no se movía del centro del vórtice.

Entonces hubo otro cambio en el agua. Las corrientes se debilitaron, y el agua subió al nivel normal. Luego comenzó a ascender.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Gant.

—Una pequeña diversión —respondió Margrave.

Se enjugó el sudor de la frente, y sonrió mientras daba potencia a las dínamos.

A medida que se elevaba el barco, el agua pareció hervir. La nave llegó a los seis metros de altura, luego a los diez.

—Acaba con esto —dijo Gant.

Margrave apagó de nuevo las dínamos pero el barco continuó subiendo.

Quince metros.

—¡Idiota! ¿Qué has hecho?

—Los modelos de ordenador...

—¡Malditos sean tus modelos de ordenador!

Margrave se apartó del panel de control y corrió a una de las ventanas de la plataforma. Miró el mar con una expresión de horror.

El barco estaba en lo alto de una enorme columna de agua que ascendía rápidamente.

Austin había visto crecer el remolino hasta que alcanzó un diámetro de diez millas. Ahora observó fascinado cómo el vórtice se nivelaba para transformarse en un burbujeante caldero de espuma blanca, y luego se alzaba como un tornado líquido.

La masa de agua brotaba del centro del remolino y crecía en altura y amplitud mientras giraba como un derviche.

El avión se disponía a efectuar otra pasada. Austin corrió a la cabina de mando.

—Suba lo más rápido que pueda. Aléjese de la zona —le dijo al piloto.

El comandante hizo una brusca subida.

La columna de agua le recordó a Austin las fotos que había visto de las explosiones nucleares en el Pacífico.

Una voz aterrorizada sonó en la radio.

—¡*Mayday!* ¡*Mayday!* ¡Respondan! ¡*Mayday!*

Austin cogió el micrófono.

—*Mayday* recibido.

—Aquí Gant desde el *Polar Adventure*. —Gritaba para hacerse escuchar por encima del tremendo estrépito de fondo.

—Por lo que parece, va a disfrutar de un viaje en la montaña rusa.

—¿Quién habla? ¿Dónde está usted?

—Soy Kurt Austin. Estamos a unos mil metros por encima de su cabeza. Apresúrese a mirar porque no nos quedaremos mucho más tiempo. Por cierto, saludos del doctor Kovacs.

—¿Qué demonios está pasando, Austin?

—Les hemos dado una dosis del antídoto para la inversión polar. Yo diría que usted y su socio están con el agua al cuello.

La furiosa respuesta de Gant resultó ininteligible, perdida en el brutal estrépito.

Austin miró a través de la ventanilla de la cabina. El barco se encontraba en lo alto de la columna y giraba como una peonza. Solo podía imaginarse las escenas de pánico a bordo. Pero no sentía la más mínima compasión por Margrave y Gant, que habían sembrado las semillas de su propia destrucción.

Mientras el avión cambiaba de rumbo y se alejaba del objetivo como una ballena perezosa, se encontró con las turbulencias generadas por las tremendas fuerzas desencadenadas por las ondas electromagnéticas, pero no se podían comparar con los

vientos huracanados de antes. El 747 continuó subiendo hasta los nueve mil metros, donde se niveló.

Karla continuaba con la nariz pegada a la ventanilla aunque ya no se veía nada más que la densa capa de nubes. Se volvió hacia Austin, con una expresión intrigada.

—¿Qué ha pasado allá abajo? —preguntó.

—Tu abuelo no pudo ser más exacto en sus cálculos.

—Pero ¿qué era aquella cosa, la increíble columna de agua?

Austin no tenía muy claro lo que había sucedido. Aun así, sospechaba que las fuerzas opuestas de los pulsos electromagnéticos del barco y el avión habían puesto en marcha un proceso de una violencia extraordinaria.

—A la naturaleza no le gusta que jueguen con ella. El antídoto y las transmisiones iniciales crearon una fuerte reacción. —Sonrió—. Es como cuando tomas algo para la pesadez de estómago. Siempre hay una o dos erupciones finales antes de que las cosas se calmen.

—¿Entonces se ha acabado?

—Eso espero. —Austin llamó a la cabina de mando—. ¿Cómo se comporta la brújula?

—Normal —respondió Zavala—. Continúa apuntando más o menos al polo norte.

Barrett no se había apartado del panel de control. Cuando escuchó la respuesta de Zavala, dio una palmada. Se acercó para abrazar a Karla y Austin.

—Lo conseguimos. Dios bendito, lo conseguimos.

—Así es. Lo conseguimos —afirmó Austin con una sonrisa.

Capítulo 43

Doyle se alegraba de que aquel fuese su último viaje a la isla del faro. Nunca le había gustado el lugar. Se había criado en la ciudad, y no apreciaba en absoluto la belleza del entorno. Se alegraría todavía más cuando acabase con la legión «Lucifer» y abandonase la isla de una vez para siempre.

Amerizó cerca de la costa, amarró el hidroavión en la boya, y remó hasta el muelle donde lo esperaba uno de aquellos payasos para saludarlo. Nunca recordaba los nombres y los distinguía por el color de los cabellos. Ese era el pelirrojo quien, por ser el más parecido a Margrave, disfrutaba de una posición preponderante en el grupo, aunque no se le podía tener por un líder, algo considerado como un anatema por los verdaderos anarquistas.

—No te hemos visto desde la persecución del coche en las afueras de Washington —comentó el pelirrojo con una voz suave que era como el rumor de una serpiente entre las hojas secas—. Fue una pena que tus amigos consiguiesen escapar.

—Ya tendremos otra ocasión —afirmó Doyle—. Iremos a por Austin y sus amigos en cuanto acabemos con las élites.

—No veo la hora de que así sea. Tendrías que habernos avisado de la visita.

Doyle levantó la pesada maleta de lona que llevaba.

—Tris quería que fuese una sorpresa.

La respuesta pareció satisfacer al legionario. Asintió, y sin más demoras llevó a Doyle hasta el ascensor que los subió a lo alto del acantilado.

Los demás miembros de «Lucifer» los esperaban al pie del faro, y cuando Doyle repitió las razones para la visita a la isla, le dedicaron unas sonrisas inquietantes. Entraron en la casa del torrero. Doyle fue directamente a la cocina. Sacó seis copas de un armario y una cerveza de la nevera, y las dejó en la mesa. Luego abrió la maleta y sacó una botella de champán. La descorchó, llenó las copas, abrió la lata de cerveza y la sostuvo en alto.

—Brindo por la inminente destrucción de las élites.

El pelirrojo soltó una carcajada.

—Llevas demasiado tiempo con los anarquistas, Doyle. Ya comienzas a hablar como cualquiera de nosotros.

Doyle le guiñó un ojo.

—Se me debe de estar pegando. Salud.

Se bebió la mitad de la lata. Se limpió los labios con el dorso de la mano, y miró con placer cómo los legionarios se bebían el champán como si fuese agua.

—Por cierto, Margrave quería que os diese esto.

El paquete había llegado el día antes. Iba acompañado con una nota firmada por Gant.

La nota decía: «Los planes para la inversión polar han sido postergados hasta la semana que viene. Por favor, dale este regalo a nuestros amigos de Maine después de compartir con ellos la botella de champán. Diles que es un regalo de Margrave. Es muy importante que esperes a que se hayan bebido el champán».

El pelirrojo de «Lucifer» abrió el paquete. Era un DVD. Se encogió de hombros y lo metió en el reproductor de DVD. Al cabo de unos segundos, apareció la imagen del rostro de Gant en la pantalla.

—Quiero que elimines a la legión «Lucifer» —dijo la voz de Gant.

—¿Cómo quieres que lo hagamos?

Imposible. Era la conversación que él y Gant habían mantenido al finalizar la caza del zorro.

—Ve a la isla de Margrave en Maine, diles que tienes un regalo para ellos. Que se los envíe Margrave. Mándalos al infierno, que es donde deben estar, con una copa de champán.

Todas las miradas estaban fijas en Doyle.

—No es lo que creéis —afirmó Doyle, con su mejor sonrisa irlandesa.

Nunca tuvo ni la más mínima oportunidad. Estaba perdido desde el momento en que había entregado el disco. Nunca descubriría que el DVD lo había enviado Barrett, y que el micro que Austin había colocado debajo de la mesa del jardín había hecho su trabajo a la perfección, al captar las instrucciones de Gant para asesinar a los anarquistas.

Se levantó de un salto e intentó llegar a la puerta, pero uno de los de «Lucifer» le enganchó una pierna con el pie y lo hizo caer. Se levantó de nuevo al tiempo que intentaba desfundar el arma que llevaba oculta, pero lo tumbaron y le quitaron el arma. Miró a los seis rostros satánicos que lo rodeaban.

No podía entenderlo. Los legionarios sabían que los había envenenado, y sin embargo todos sonreían. Doyle era incapaz de comprender que el placer de matar sobrepasaba a todas las demás emociones, incluso el miedo a una muerte inminente.

Escuchó cómo abrían el cajón de los cuchillos, y luego los vio ir a por él.

Epílogo

A doscientas millas al este de Norfolk, Virginia, el barco de exploración científica de la NUMA *Peter Throckmorton* y el buque de la NOAA *Benjamín Franklin* navegaban silenciosamente por el mar en calma como una pareja de corsarios modernos.

Mientras las proas cortaban el agua y las cubiertas se cubrían con la espuma, en la sala de control de los sensores remotos del *Throckmorton* reinaba un silencio expectante. *Spider* Barrett observaba atentamente la proyección Mercator que aparecía en la pantalla. A pesar de la refrigeración en la sala, el sudor perlaba la calva de Barrett.

Joe Zavala, Al Hibbet y Jerry Adler, el experto en olas que Joe y Austin habían conocido a bordo del *Throckmorton*, miraban cómo los dedos de *Spider* volaban sobre el teclado. También había varios de los técnicos del barco.

Barrett dejó de teclear y se frotó los ojos como si estuviese a punto de admitir la derrota. Luego sus manos teclearon de nuevo como un concertista de piano. Unos puntos rojos que parpadeaban comenzaron a aparecer en la imagen de los océanos. *Spider* se echó hacia atrás en la silla con una gran sonrisa.

—Caballeros —anunció con un tono grandilocuente—, hemos despegado.

Los aplausos resonaron en la sala.

—¡Notable! —exclamó el doctor Adler—. Me cuesta creer que existan tantos lugares que den origen a las olas gigantes.

Barrett «clicó» el cursor en uno de los puntos. Se abrió una ventana con la información correspondiente a las condiciones del mar y el tiempo en aquel lugar. La información más valiosa era la valoración del potencial y probable tamaño de la ola gigante.

La demostración produjo otra salva de aplausos.

Zavala sacó el móvil del bolsillo y llamó al *Benjamín Franklin*. Gamay, en compañía de Paul, esperaba la llamada en el centro de control del barco de la NOAA.

—Dile a Paul que el águila se ha posado. Ya te pasaré los detalles.

Apagó el teléfono y fue al rincón donde había dejado su mochila. Sacó dos botellas de tequila y vasos de plástico. Sirvió una ronda, y levantó el vaso.

—Por Lazlo Kovacs.

—Y por *Spider* Barrett —añadió Hibbet—. Ha convertido una fuerza destructiva en algo beneficioso. Su trabajo salvará las vidas de centenares y posiblemente millares de marineros.

Barrett se había puesto a trabajar en el vuelo de regreso desde la anomalía del Atlántico Sur después de ser testigo del incontrolable poder que había sido desencadenado. Intentaba dar con la manera de utilizar los teoremas de Kovacs en algo útil. En cuanto llegaron a Washington, desapareció durante varios días para

luego presentarse repentinamente en el cuartel general de la NUMA para explicarle su idea a Hibbet.

La propuesta que le hizo a Hibbet era fantástica en su imaginación y alcance, y, al mismo tiempo, notablemente simple. Su idea era emplear las ondas electromagnéticas de Kovacs con una potencia mucho más reducida para detectar las anomalías debajo de los fondos marinos donde se sospechaba que podían ser las causantes de las perturbaciones en la superficie. Todos los barcos transoceánicos llevarían un sensor Kovacs montado en la proa. Los sensores transmitirían una información constante, que se uniría a las observaciones de los satélites y las lecturas del campo electromagnético terrestre.

Toda esa masa de datos sería procesada informáticamente y retransmitida como advertencia de las zonas con riesgo de olas gigantes. De esta manera, los barcos podrían seguir unas rutas que los mantuviesen apartados de dichas áreas. Habían decidido hacer una serie de pruebas en el lugar donde las olas gigantes habían hundido al *Southern Belle*. Debido a su interés en los remolinos oceánicos, habían invitado a la NOAA a participar en el experimento, y así fue como se habían visto involucrados los Trout.

Los dos barcos se habían encontrado en el lugar del naufragio, y habían arrojado una corona al agua en memoria de la tripulación. Luego iniciaron las pruebas que se prolongaron durante varios días. Los ensayos descubrieron varios fallos que afortunadamente se solucionaron sin problemas. Ahora, tras el éxito del sistema, los ánimos en la sala eran eufóricos, máxime después de haber sido rociados con generosas raciones de tequila.

En un momento de la fiesta, un entusiasta y un tanto bebido Al Hibbet se volvió hacia Zavala y le comentó:

—Es una verdadera pena que Kurt no esté aquí. Se está perdiendo toda la diversión.

Zavala sonrió con socarronería.

—Estoy seguro de que no lo está pasando nada mal.

Karla Janos salió del túnel y parpadeó como un topo. Tenía el rostro sucio, y el mono cubierto de polvo. Sacudió la cabeza, todavía asombrada por la escena que acababa de ver. Un campamento en toda regla había crecido en el fondo de la caldera. Al menos había dos docenas de grandes tiendas dormitorio, además de otras cuantas para albergar los laboratorios, el comedor, la cocina y los servicios sanitarios. Había varios helicópteros aparcados.

La actividad era incesante. Habían mejorado el acceso a la ciudad de cristal con la construcción de un nuevo túnel y retirado los escombros. Los cables que había transportaban la electricidad producida por los generadores a gas. Los grupos de científicos y trabajadores iban y venían de la ciudad.

Karla se sentía entusiasta y cansada al mismo tiempo. Los equipos científicos trabajaban las veinticuatro horas en tres turnos. Algunos, como Karla, se habían involucrado tanto que habían trabajado más de un turno. Echó la cabeza hacia atrás y respiró profundamente varias veces. De pronto, en la luz azul gris, vio aparecer un punto por encima del borde que bajaba hacia el valle.

A medida que se acercaba, vio que era un parapente multicolor. No podía ser. Se alejó de las tiendas para ir a un claro y comenzó agitar la gorra. El parapente bajaba en espiral, pero el paracaidista cambió de rumbo al ver sus señales, descendió rápidamente y se posó a unos pocos pasos de Karla. Kurt Austin se desabrochó el arnés y plegó el parapente. Se acercó a la muchacha con una gran sonrisa.

—Buenos días.

Karla había pensado mucho en Kurt durante las últimas semanas. Su encuentro había sido breve y dulce. Luego se había marchado a Siberia. Pero en numerosas ocasiones había lamentado no haber tenido más tiempo para conocer mejor al apuesto hombre de la NUMA.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Karla con un tono donde se mezclaban la alegría y el asombro.

—He venido para invitarte a comer.

Karla consultó su reloj.

—Son las tres de la mañana.

—En alguna parte es hora de comer. No he venido hasta aquí para que rechaces mi invitación.

La muchacha sacudió la cabeza, sin salir del asombro.

—Estás loco.

En los ojos azules de Austin brilló una sonrisa.

—La locura forma parte del perfil de los aspirantes a trabajar en la NUMA. —Le cogió la mano—. Como decía una vieja canción de Sinatra, «Vuela conmigo».

Karla se apartó de los ojos un mechón rubio.

—Llevo trabajando toda la noche. Estoy hecha un desastre.

—No exigen mucho en cuestión de atuendos en el restaurante adonde iremos.

Le pidió que lo ayudase con el nuevo parapente a motor. Lo llevaron a una zona despejada donde le dio una rápida clase de vuelo. Extendieron el parapente, se acomodaron en el asiento doble, hincharon el parapente con el aire de la hélice y remontaron vuelo. Karla era una aviadora natural, y el despegue fue mucho más suave que aquel primero que había hecho con Zavala. Austin voló en círculo alrededor del campamento y luego comenzó a ascender.

—Menudo cambio en el paisaje en solo unas semanas —comentó Austin.

—Sí. Cuesta creer que los principales paleontólogos, arqueólogos y biólogos del mundo estén trabajando allí abajo en el descubrimiento científico del siglo.

—Un descubrimiento que puedes reclamar como propio.

—Hubo otros conmigo, pero gracias de todas maneras. Gracias también por el viaje. Esto es maravilloso.

—Sí, lo es —replicó Austin por unas razones muy diferentes y del todo masculinas.

Estaba con una mujer hermosa e inteligente, y sentía el calor de su cuerpo contra el suyo.

El parapente y sus dos pasajeros salieron de la caldera. Austin le dio a Karla unas breves instrucciones para el aterrizaje, y se dirigió hacia un lugar relativamente despejado en el borde. El aterrizaje fue un poco brusco pero no estuvo mal. Karla se desabrochó el arnés y se acercó al lugar donde había un mantel a cuadros desplegado en el suelo, con una piedra en cada esquina para sujetarlo. En el centro había un pequeño jarrón con una flor silvestre y una mochila pequeña.

Austin hizo un amplio gesto con la mano.

—Una mesa con vistas, *madeimoselle*.

—Estás loco. —Karla sacudió la cabeza—. Pero es bonito.

Austin abrió la mochila y sacó varios botes de cristal, latas y botellas.

—Cortesía del capitán Ivanov. Setas *mosliak* para el aperitivo, carne *tushonka*, y caviar rojo con pan de centeno de postre. Todo bien regado con vino de Georgia.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Me enteré que el capitán Ivanov traería a un grupo de científicos, incluidos unos cuantos de la NUMA. Así que me colé en el *Kotelny*. —Austin abrió los botes y las latas, y sirvió dos copas de vino—. Ahora que has tenido ocasión de estudiar las cosas, ¿qué opinas de la ciudad de cristal?

—Harán falta varias décadas de estudios antes de que conozcamos toda la historia, pero creo que la ciudad la construyeron durante la Edad de Piedra en la cámara del magma después de que se extinguiese el volcán.

—¿Por qué la construyeron bajo tierra?

—Por los motivos habituales. La defensa, o los cambios climáticos. Emplearon a los mamuts como bestias de carga, y eso les permitió mover los bloques de piedra.

—¿Qué les pasó a los habitantes?

—Los cambios climáticos quizá acabaron con los campos de cultivo. Un cambio polar pudo causar una inundación o un terremoto que provocó un derrumbe parcial del techo de la cámara, y le dio a la caldera la extraña forma que vemos ahora. El camino en la ladera indica que el acceso habitual a la ciudad quedó interrumpido por alguna razón que desconocemos.

—¿Has pensado en cómo consiguieron sobrevivir los mamuts?

—Adaptación natural. A medida que disminuía la provisión de alimentos, redujeron su tamaño para acomodarse a los cambios en el entorno. Al parecer, son

capaces de hibernar durante todo el invierno.

—¿Qué me dices de los habitantes? ¿Quiénes eran?

—Eso es un enigma. Se tardarán años antes de que podamos saber quiénes eran y qué pasó con ellos.

—¿Qué tal están los enanos peludos?

—¿Los mamuts? Muy bien. Parecen no tener queja alguna del corral que hemos construido para ellos siempre que les demos de comer. María Arbatov se encarga de cuidarlos. Lo más difícil será protegerlos del mundo exterior. Estamos siendo objeto de una gran atención por parte de los medios e intentamos controlarla.

Austin echó una ojeada a la extensión de la isla.

—Espero que todo esto sobreviva a nuestras agresivas investigaciones.

—Creo que lo hará. Ahora ya no se trata de clonar a un mamut, sino una campaña científica en toda regla.

—¿Qué planes tienes?

—Pasaré unas cuantas semanas aquí, y luego iré a Montana para ver al tío Karl. El mes que viene iré a Washington para dar una conferencia en el Smithsonian.

—Esa es una excelente noticia. Cuando llegues a Washington, ¿qué tal si nos vemos para tomar unos cócteles, cenar, y lo que sea?

Los ojos color humo lo miraron por encima del borde de la copa.

—Me interesa sobre todo la parte de lo que sea.

—Entonces tienes una cita. Creo que es hora de proponer un brindis. Las damas primero.

Karla solo tuvo que pensar un segundo.

—Por el tío Karl. Si no hubiese salvado a mi abuelo, nada de todo esto habría sido posible.

—Brindo por eso. Sin el tío Karl, tú no hubieses estado aquí.

Karla le dedicó una sonrisa cargada de promesas. Luego, a la luz del ocaso ártico, levantaron las copas y brindaron.

Aunque la muerte había sido una compañera constante durante gran parte de su vida, Schroeder no recordaba la última vez que había asistido a un funeral. Quería enterrar a *Schatsky* con todos los honores. El pequeño dachshund al que había matado uno de los pistoleros de Gant había sido un gran compañero. Afortunadamente, las bajas temperaturas en su cabaña habían conservado el cuerpo durante su ausencia.

Recogió el cuerpo, lo lavó lo mejor que pudo para quitarle la sangre y lo envolvió en su manta favorita. Con la cama del perro como féretro, lo llevó al bosque detrás de la casa. Cavó un hoyo bien profundo, envolvió al perro y la cama con una lona, y después lo enterró junto con una caja de galletas para perros y sus juguetes de mascar.

Schroeder marcó la tumba con una piedra. Luego volvió a la cabaña y salió cargado con un cajón de madera. Lo llevó al bosque y cavó otro agujero a unos

metros de la tumba del perro. En el agujero vació todo un arsenal de armas automáticas y semiautomáticas y las sepultó. Había dejado solo una escopeta en la casa, por si acaso, pero ya no necesitaba de todas aquellas armas que había tenido ocultas debajo del suelo.

Era su manera de marcar el final de otro capítulo de su vida. Siempre había la posibilidad de que apareciese algo desagradable del pasado, pero eso sería menos probable con el paso de los años. Muy pronto recibiría la visita de Karla, y tenía mucho trabajo por delante para preparar los kayaks y las canoas para los turistas. Pero sin su pequeño perro alrededor, la cabaña le pareció muy desierta.

Subió a la camioneta y bajó de la montaña para ir a su bar preferido. Era relativamente temprano, y había pocos clientes. Sin la presencia de los habituales para saludarlo, se sintió todavía más solo.

Qué demonios. Se sentó a una de la mesas y pidió una cerveza. Después otra. Sentía lástima de sí mismo cuando alguien le tocó en el hombro. Se volvió. Era una mujer de unos sesenta años, con los cabellos plateados, grandes ojos castaños, y la piel bronceada muy tersa.

Ella se presentó como una artista que se había trasladado a Montana desde Nueva York. Tenía una sonrisa atractiva, una risa contagiosa y un agudo sentido del humor, que desplegó a la hora de describir las diferencias culturales entre los dos lugares. Schroeder estaba tan entusiasmado que se olvidó presentarse.

—Detecto un ligero acento —comentó la mujer.

Schroeder se disponía a darle la respuesta habitual: que era un sueco llamado Arne Svensen, pero se detuvo. Tenía que llegar el momento en el que pudiese confiar en los demás seres humanos, y este podía ser uno.

—Tiene muy buen oído. Soy austriaco. Me llamo Karl Schroeder.

—Es un placer conocerle, Karl —dijo ella, con una sonrisa coqueta—. Quisiera ir a pescar truchas, pero no sé dónde. ¿Podría recomendarme un guía de confianza?

Schroeder le dedicó su mejor sonrisa.

—Sí. Conozco al hombre adecuado para usted.

Agradecimientos

Al recrear los acontecimientos que rodearon a uno de los peores desastres marítimos de la historia, el hundimiento del *Wilhelm Gustloff*, un barco alemán que llevaba refugiados, tras el ataque de un submarino ruso, este libro ha tomado mucha información de *The Cruellest Night*, de Christopher Dobson, John Miller y Ronald Payne. Diversas fuentes sirvieron de inspiración para los capítulos de las olas gigantes, pero quizá la más importante fue la producción *Freak Wave*, de la BBC, que incluyó entrevistas con científicos y marinos. Nuestro agradecimiento también para Sue Davis, presidenta y directora ejecutiva del Stanley Museum, en Kingfield, Maine.



CLIVE CUSSLER. Aurora, Estados Unidos 15 de julio de 1931. Vivió desde su infancia en Alambra, California, estudiando en el Pasadena City College hasta ingresar en las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, participando en la Guerra de Corea. Tras licenciarse, trabajó en publicidad, primero como redactor y después como director creativo en dos importantes empresas, llegando a obtener un León de Oro en el Festival Publicitario de Cannes. Aventurero y arqueólogo marino, había comenzado a escribir en 1965, y fue en 1969, cuando presentó un libro sobre hechos reales como tesis doctoral en el Maritime College de la Universidad Estatal de Nueva York, siendo excepcionalmente aceptado y obteniendo un doctorado en Letras. Creador de la Nacional Underwater and Marine Agency, es miembro del Explorer Club de Nueva York, La Royal Geographic Society de Londres y la America Society of Oceanographers. Sus novelas, han aparecido en numerosas ocasiones en las listas de éxitos de The New York Times. Es autor de libros relacionados con el mar, y novelas de aventuras, también marítimas, protagonizadas por Dirk Pitt, un personaje a semejanza del autor, muy realistas y con gran despliegue de dispositivos tecnológicos.

PAUL KEMPRECOS. 11-03-1939. Escritor americano, es conocido por sus novelas de intriga en colaboración con Clive Cussler, situadas todas en entornos marinos. Tras esa primera novela en común, Kemprecos desarrolló sus propias novelas con Kurt Austin como personaje protagonista.